

Amy Tan

EL CLUB

DE LA BUENA ESTRELLA

*colección andanzas*



se

Cuatro mujeres chinas —que las sombras del pasado han unido— se reúnen regularmente en San Francisco para jugar al Mah jong, disfrutar de la comida china y «decirse» historias. June Woo, a la muerte de su madre, debe ocupar su lugar en esos encuentros nostálgicos. Pero June sólo sueña con independizarse y adaptarse a la vida moderna, lejos de esos «estrafalarios trajes chinos de seda».

No obstante, lentamente, una mezcla de dolor y curiosidad acaba por atraerla hacia ese mundo ancestral, y empieza a escuchar las sorprendentes historias que le revelarán el verdadero deseo de su madre muerta, la trágica manera en que pasó a ser realidad y la naturaleza del vacío que se había abierto irremediabilmente entre las dos.

El Club de la Buena Estrella trata, a fin de cuentas, de lo que puede perderse y salvaguardarse entre generaciones, entre personas que comparten un destino común, y también de la doble posibilidad de extraer conocimiento y felicidad de dos conceptos de vida tan radicalmente distintos.



Amy Tan

# **El club de la buena estrella**

ePub r1.5  
Mangeloso 07.11.14

Título original: *The Joy Luck Club*

Amy Tan, 1989

Traducción: Jordi Fibla

Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

Corrección de erratas: dekisi, adorader, IbnKhaldun

ePub base r1.2



*A mi madre  
y a la memoria de su madre.  
Cierta vez me preguntaste qué recordaría.  
Esto, y mucho más.*

## **Agradecimientos**

La autora agradece al grupo de escritores con el que se reúne semanalmente, su amabilidad y sus críticas durante la redacción de esta obra. También desea dejar constancia de su agradecimiento a Louis DeMattei, Robert Foothorap, Gretchen Schields, Amy Hempel, Jennifer Barth y su familia en China y Norteamérica. Y un millar de flores para cada una de las tres personas a quienes ha tenido la alegría y la suerte de conocer: su editora, Faith Sale, por haber creído en este libro; su agente, Sandra Dijkstra, por salvarle la vida; y su profesora, Molly Gilles, quien le enseñó a comenzar una y otra vez y luego, pacientemente, la guió hasta el final.

## **El club de la buena estrella**

### **Las madres**

Suyuan Woo

An-Mei Hsu

Lindo Jong

Ying-Ying St. Clair

### **Las hijas**

Ping-mei “June”. Woo

Rose Hsu Jordan

Waverly Jong

Lena St. Clair

## Plumas desde mil *li* de distancia

*La anciana recordaba un cisne que comprara hacía muchos años en Shanghai por una suma ridícula. Aquella ave, se jactó en su momento el vendedor del mercado, fue en otro tiempo un pato que estiró el cuello con la esperanza de convertirse en ganso, ¡y míralo ahora! Es demasiado hermoso para comerlo.*

*Luego la mujer y el cisne navegaron a través de un océano que tenía muchos [li](#)<sup>[1]</sup> de extensión, estirando sus cuellos hacia Estados Unidos. Durante la travesía, ella arrullaba al cisne diciéndole: «En América tendré una hija igual que yo, pero allí nadie dirá que su valía se mide por la sonoridad del eructo de su marido, allí nadie la mirará con desprecio, porque la obligaré a hablar sólo en un perfecto inglés norteamericano. ¡Y allí estará demasiado saciada para tragar ninguna pena! Sabrá lo que quiero decir porque le regalaré este cisne... un animalito que llegó a ser más de lo que se esperaba de él».*

*Pero cuando llegó al nuevo país, los funcionarios de inmigración le arrebataron el cisne; y ella se quedó agitando los brazos y con una sola pluma del ave como recuerdo. Luego tuvo que rellenar tantos formularios que olvidó por qué había ido allí y lo que dejó atrás.*

*La mujer había envejecido y tenía una hija que creció hablando sólo inglés y tragando más Coca-Cola que penas. Desde hacía mucho tiempo la mujer quería darle a su hija la única pluma de cisne y decirle: «Ahora tal vez parezca que esta pluma no vale nada, pero viene de lejos y trae consigo todas mis buenas intenciones».*

*Y aguardó, un año tras otro, hasta el día en que pudiera decirle eso a su hija en un perfecto inglés norteamericano.*

# Jing-Mei Woo

## El Club de la Buena Estrella

Mi padre me ha pedido que ocupe la cuarta esquina en el Club de la Buena Estrella, sustituyendo a mi madre, cuyo puesto ante la mesa de *mah jong* está vacío desde que falleció, hace un par de meses. Mi padre cree que la mataron sus propios pensamientos.

—Tenía una nueva idea en su cabeza —dijo mi padre—, pero antes de que pudiera expresarlo, el pensamiento se hizo demasiado grande y reventó. Debe de haber sido una idea muy mala.

Según el médico, la causa de su muerte fue un aneurisma cerebral, y sus amigas del club dijeron que había muerto como un conejo: rápidamente y dejando atrás asuntos sin concluir. Mi madre tendría que haber sido la anfitriona de la siguiente reunión del Club de la Buena Estrella.

Una semana antes de morir me llamó, llena de orgullo y de vida:

—Tía Lin ha hecho sopa de habichuelas rojas para el club. Yo voy a preparar sopa negra de semillas de sésamo.

—No te pavonees —le dije.

—Claro que no.

Me explicó que las dos sopas eran casi lo mismo, *chabudwo*, o quizá dijo *butong*, lo cual significaría que *no* eran lo mismo *en absoluto*. Se trataba de una de esas expresiones chinas con las que se indica la mejor parte de unas intenciones confusas. Nunca puedo recordar cosas que no he comprendido de entrada.

\* \* \*

En 1949, dos años antes de que yo naciera, mi madre creó en San Francisco una versión del Club de la Buena Estrella. Fue el año en que mis padres abandonaron China con un baúl de cuero rígido que sólo contenía lujosos vestidos de seda. Una vez a bordo del barco, mi madre explicó a mi padre que no había tenido tiempo de recoger nada más. Aun así, él siguió hurgando entre la seda resbaladiza, en busca de sus camisas de algodón y sus pantalones de lana.

Cuando llegaron a San Francisco, mi padre la obligó a esconder aquellas ropas chillonas, y ella llevó el mismo vestido chino a cuadros marrones hasta que la Sociedad de Acogida a los Refugiados le regaló dos vestidos de segunda mano, demasiado grandes incluso para las mujeres norteamericanas. La sociedad estaba formada por un grupo de ancianas misioneras pertenecientes a la Primera Iglesia Bautista China y, debido a sus regalos, mis padres no pudieron rechazar su invitación

para que se afiliaran a la iglesia, como tampoco pudieron hacer caso omiso del consejo práctico que les dieron aquellas señoras, a saber, que mejorasen su inglés mediante la clase de estudios bíblicos los miércoles y, más adelante, gracias a sus prácticas en el coro los sábados por la mañana. Así fue como mis padres conocieron a los Hsu, los Jong y los St. Clair. Mi madre percibió que las mujeres de estas familias también dejaron atrás tragedias inenarrables, en China, así como esperanzas que ni siquiera sabían empezar a expresar en su frágil inglés; o, por lo menos, mi madre reconoció el aturdimiento en el semblante de aquellas mujeres y vio con qué rapidez se movían los ojos cuando ella les explicaba su idea del Club de la Buena Estrella.

Mi madre atesoraba la idea de ese club desde la época de su primer matrimonio en Kweilin, antes de que llegaran los japoneses, y por ello considero el club como su historia de Kweilin, la historia que siempre me contaba cuando estaba aburrida, cuando no tenía nada que hacer, cuando había fregado todos los cuencos y restregado dos veces la mesa de formica, cuando mi padre se dedicaba a leer el periódico y fumar un Pall Mall tras advertirnos que no le molestáramos. En esas ocasiones mi madre sacaba una caja de viejos suéteres de esquiar, enviados por unos parientes de Vancouver a quienes nunca habíamos visto. Cortaba de un tijeretazo el borde de un suéter y extraía un crespo cabo de hilo, que ataba a un trozo de cartón, y mientras empezaba a enrollar rítmicamente la lana, me contaba su historia. En el transcurso de los años me contó siempre la misma historia, con excepción del final, cada vez más oscuro, que arrojaba largas sombras sobre su vida y, finalmente, también sobre la mía.

\* \* \*

—Soñaba con Kweilin antes de haberla visto —empezaba a contar mi madre, hablando en chino—. Soñaba con los picos recortados que se alzaban a lo largo de un río curvilíneo, sus orillas cubiertas de un mágico musgo verde. Las cumbres de aquellos picos estaban envueltas en blancas brumas, y si fueras capaz de deslizarte por aquel río y alimentarte con el musgo, serías lo bastante fuerte para escalar la cima. Si resbalaras, caerías en un mullido lecho de musgo y te echarías a reír. Y una vez llegaras a la cima, podrías verlo todo y sentirías tal felicidad que te bastaría para no volver a preocuparte en toda tu vida.

»En China, todo el mundo soñaba con Kweilin, y cuando llegué allí comprendí cuán míseros eran mis sueños, cuán pobres mis pensamientos. Al ver las colinas me reí y estremecí al mismo tiempo. Los picos parecían gigantescas cabezas de pescado frito que trataran de saltar fuera de una tina de aceite. Detrás de cada colina veía las sombras de otro pescado, y luego otro y otro. Entonces las nubes se movieron un poco y las colinas se convirtieron de repente en elefantes monstruosos que avanzaban en silencio hacia mí. ¿Te lo imaginas? Y al pie de la colina había cuevas ocultas, en

cuyo interior colgaban jardines rocosos con las formas y colores de coles, melones, nabos y cebollas. Estas cosas eran tan extrañas y hermosas que jamás podrías imaginarlas.

»Pero no fui a Kweilin para ver lo hermosa que era. El hombre que era mi marido nos llevó, a mí y a nuestros dos pequeños, porque creyó que allí estaríamos a salvo. Era funcionario del Kuomintang, y tras alojarnos en una pequeña habitación de una casa de dos plantas se marchó al noroeste, a Chungking.

»Sabíamos que los japoneses estaban ganando, aunque los periódicos decían lo contrario. Cada día, a cada hora, millares de personas llegaban a la ciudad y atestaban las aceras, en busca de un sitio donde vivir. Procedían de todos los puntos cardinales, eran ricos y pobres, de Shanghai, de Cantón, del norte, y no sólo chinos, sino también extranjeros y misioneros de todas las religiones. Y no faltaban, por supuesto, el Kuomintang y sus funcionarios militares, los cuales se consideraban por encima de todo el mundo.

»Formábamos una población de sobras mezcladas. De no haber sido por los japoneses, habrían existido muchos motivos para que aquellas gentes diferentes lucharan entre sí. ¿Te das cuenta? Gente de Shanghai con campesinos nortños, banqueros con barberos, conductores de *jinrikisha* con refugiados birmanos. Todo el mundo miraba con desprecio a alguien. No importaba que compartieran la misma acera para escupir y padecieran la misma diarrea galopante. Todos despedíamos el mismo hedor, pero cada uno se quejaba de que otro olía peor. En cuanto a mí, detestaba a los oficiales de las fuerzas aéreas norteamericanas, los que hablaban con aquellos sonidos incomprensibles que me hacían enrojecer. Pero los peores eran los campesinos del norte, que se sonaban con las manos y luego manoseaban a la gente y transmitían a todo el mundo sus sucias enfermedades.

»Así pues, comprenderás con qué rapidez Kweilin perdió su belleza para mí. Ya no subía a las cumbres para exclamar: ¡Qué hermosas son estas colinas!, y sólo me interesaba saber a cuáles de ellas habían llegado los japoneses. Me sentaba en los rincones oscuros de mi casa, con un bebé en cada brazo, llena de nerviosismo, esperando. Cuando las sirenas anunciaban un bombardeo, mis vecinos y yo nos poníamos en pie de un salto y corríamos a las cuevas profundas para ocultarnos como animales salvajes. Pero no puedes permanecer en la oscuridad durante mucho tiempo. Algo dentro de ti empieza a desvanecerse y entonces te vuelves como una persona hambrienta, desesperadamente ansiosa de luz. Hasta allí llegaba el estruendo de las explosiones, y luego el sonido de la lluvia de piedras. Ya no deseaba las coles ni los nabos del jardín rocoso colgante, y sólo veía las entrañas goteantes de una antigua colina que podría derrumbarse sobre mí. ¿Puedes imaginar lo que se siente cuando uno no quiere estar dentro ni fuera, cuando desea estar en ninguna parte y desaparecer?

»Cuando los ruidos del bombardeo se alejaban, salíamos de las cuevas como gatitos recién nacidos que se abrieran paso con las garras, de regreso a la ciudad, y

siempre nos asombraba ver de nuevo las colinas alzadas contra el cielo ardiente, incólumes, en vez de haber sido arrasadas.

»La idea del Club de la Buena Estrella se me ocurrió una noche de verano tan calurosa que incluso las mariposas nocturnas caían al suelo desmayadas, sus alas demasiado pesadas a causa del calor húmedo. Todo estaba tan lleno de gente que no había espacio para que circulara el aire fresco. Desde las cloacas se alzaban olores insoportables hasta mi ventana en el segundo piso, y el hedor no tenía más sitio adonde ir que mis narices. Oía gritos durante todas las horas del día y de la noche. No sabía si se trataba de un campesino que degollaba a un cerdo prófugo o de un oficial que azotaba a un campesino medio muerto por yacer en la acera, impidiéndole el paso. Ni siquiera me asomaba a la ventana para averiguarlo, pues, ¿de qué me habría servido? Y fue entonces cuando pensé que necesitaba alguna cosa que me ayudara a moverme.

»Mi idea consistía en una reunión de cuatro mujeres, una para cada esquina de la mesa de *mah jong*. Sabía a qué mujeres quería proponérselo, todas ellas jóvenes como yo, con semblantes en los que se expresaba su anhelo. Una de ellas era la esposa de un oficial del ejército, como yo, otra una muchacha de modales muy refinados, pertenecientes a una familia rica de Shanghai, de donde había huido con muy poco dinero, y finalmente una chica de Nanking con el cabello más negro que he visto jamás. Su familia era de clase baja, pero ella era bonita y agradable y se había casado bien, con un viejo que murió y le dejó los medios para una vida mejor.

»Cada semana una de nosotras daba una fiesta a fin de recaudar dinero y levantarnos el ánimo. La anfitriona tenía que servir comida *dyansyin* especial para invocar la buena suerte en todos los aspectos de la vida: buñuelos en forma de lingotes de plata, largos fideos de arroz para tener larga vida, cacahuets hervidos para concebir hijos y, por supuesto, muchas naranjas de la buena suerte para gozar de una vida plena y dulce.

»¡Con qué buenos alimentos nos regalábamos a pesar de nuestras parcas asignaciones! No reparábamos en que el relleno de los buñuelos era sobre todo de calabaza filamentosa y que las naranjas estaban muy agujereadas por los gusanos. Comíamos frugalmente, no como si la comida fuera escasa, sino para afirmar que no podíamos engullir un bocado más porque ya nos habíamos atracado antes. Nos sabíamos en posesión de lujos que poca gente podía permitirse. Éramos privilegiadas.

»Tras llenarnos el estómago, llenábamos un cuenco con dinero y lo colocábamos a la vista de todas. Entonces nos sentábamos a la mesa de *mah jong*. Mi mesa era un recuerdo de familia, de una madera roja muy fragante, no esa que vosotros llamáis palisandro, sino *hong mu*, tan fina que no existe ninguna palabra inglesa para nombrarla. La cubría una almohadilla muy gruesa, de modo que cuando arrojábamos los *pai* sobre la mesa no había más sonido que el de las fichas de marfil al rozarse.

»Una vez empezábamos a jugar, nadie podía hablar, excepto para decir «*Pung!*» o «*Chr!*» al coger una ficha. Teníamos que jugar con seriedad y no pensar en nada

salvo en aumentar nuestra felicidad ganando la partida. Pero al cabo de dieciséis jugadas nos dábamos otro festín, esta vez para celebrar nuestra buena suerte, y entonces hablábamos hasta el amanecer, contando historias sobre los buenos tiempos pasados y los que aún estaban por llegar.

»¡Ah, qué buenos eran aquellos relatos que se sucedían sin interrupción! Nos desternillábamos de risa. ¡Un gallo que entró despavorido en la casa y se puso a chillar sobre los cuencos de la comida, los mismos cuencos que al día siguiente lo contendrían silencioso y troceado! Y aquella historia de la muchacha que escribía cartas de amor para dos amigas que amaban al mismo hombre, y la tonta señora extranjera que se desmayó en un lavabo cuando estallaron unos petardos cerca de ella.

»La gente pensaba que hacíamos mal al celebrar banquetes todas las semanas, cuando tanta gente en la ciudad se moría de hambre, comía ratas y, más adelante, la basura con que se alimentaban las ratas más míseras. Otros creían que estábamos poseídas por los demonios... Sólo así se explicaba que tuviéramos ganas de fiestas cuando habíamos perdido miembros de nuestras familias, hogares y fortunas, cuando estábamos separados, el marido de la esposa, el hermano de la hermana, la hija de su madre. La gente torcía el gesto y se preguntaba cómo éramos capaces de reír.

»No es que fuéramos unas desalmadas insensibles al dolor. Todas estábamos atemorizadas, todas teníamos que sobrellevar nuestras desgracias, pero desesperar era tanto como desear algo que ya estaba perdido o prolongar lo que era ya de por sí insoportable. ¿Con qué fuerza puedes desear tu cálido abrigo preferido que colgaba en el armario de una casa que se quemó con tus padres dentro? ¿Hasta cuándo pueden imponerse en tu mente las imágenes de brazos y piernas pendientes de cables telefónicos, de perros hambrientos que corren por las calles con manos medio devoradas colgando de sus bocas? ¿Qué era peor, nos preguntábamos entre nosotras, sentarnos y esperar la muerte con el rostro apropiadamente sombrío, o buscar una manera de ser felices a pesar de todo?

»Así pues, decidimos celebrar las fiestas, como si cada semana llegara el año nuevo. Cada semana podríamos olvidar el daño que nos causaron en el pasado. No nos permitíamos albergar un solo pensamiento negativo. Comíamos, reíamos, jugábamos, perdíamos y ganábamos, contábamos las mejores historias. Y cada semana podíamos confiar en que nos sonriera nuestra buena estrella. Esa esperanza era nuestra única alegría. Y por eso dimos a nuestras reuniones el nombre de “Club de la Buena Estrella”.

Mi madre solía concluir su relato con una nota alegre, jactándose de su habilidad en el juego:

—Ganaba muchas veces y era tan afortunada que las demás me decían en broma que un ladrón muy listo me había enseñado los trucos. Gané decenas de millares de *juan*, pero no me hice rica. No, por entonces el papel moneda no valía nada. Incluso el papel higiénico tenía más valor, y eso nos hacía reír aún más, al pensar que un

billete de mil *yuan* no era lo bastante bueno ni siquiera para limpiarnos el trasero.

Siempre creí que el relato de Kweilin que me contaba mi madre no era más que un cuento de hadas chino. Los finales siempre variaban. A veces decía que usó ese billete de mil *yuan* sin valor para comprar media taza de arroz, que cambió por un cazo de gachas, y éstas por dos pies de cerdo. Esos pies le valieron seis huevos, los cuales se convirtieron en seis pollos. Era una historia en constante crecimiento.

Entonces, una noche, después de haberle suplicado que me comprara una radio de transistores, notó que su negativa me había sumido en un silencio malhumorado y me dijo:

—¿Por qué crees que echas de menos algo que nunca has tenido? —Y a continuación me contó un final totalmente distinto de la historia—: Una mañana, a primera hora, se presentó en mi casa un oficial del ejército y me dijo que me apresurara a reunirme con mi marido en Chungking. Enseguida comprendí lo que ocurría: me estaba diciendo que huyera de Kweilin. Yo sabía lo que les sucedía a los oficiales y sus familias cuando llegaban los japoneses. Pero ¿cómo podía irme si no salía ningún tren de Kweilin? Mi amiga de Nanking se portó muy bien conmigo. Sobornó a un hombre para que robara una carretilla utilizada para transportar carbón y me prometió que avisaría a las demás amigas.

»Cuatro días antes de que los japoneses entraran en Kweilin, puse a mis dos bebés y mis cosas en aquella carretilla y marché empujándola hacia Chungking. Por el camino me adelantaron personas que huían, más ligeras que yo, y por ellas tuve noticias de la terrible matanza. Hasta el último día, el Kuomintang insistió en que Kweilin estaba a salvo, protegida por el ejército chino, pero al atardecer de ese mismo día las calles de Kweilin estaban sembradas de hojas de periódico que anunciaban la gran victoria del Kuomintang y sobre esas hojas, como pescado fresco recién despachado, yacían filas de personas, hombres, mujeres y niños que nunca perdieron la esperanza pero, en cambio, habían perdido la vida. Al oír esta noticia avancé más y más rápido, preguntándome a cada paso si habían sido necios o valientes.

»Empujé la carretilla hacia Chungking, hasta que se rompió la rueda. Me vi obligada a abandonar mi hermosa mesa de *mah jong*, hecha de *hong mu*, pero mi sensibilidad ya estaba demasiado embotada para llorar. Hice unos cabestrillos con bufandas y me colgué a un bebé de cada hombro. Llevaba una bolsa en cada mano, una con ropa y la otra con comida, y cargué con ellas hasta que me salieron unos surcos profundos en las manos. Finalmente, cuando las manos me empezaron a sangrar y se volvieron demasiado resbaladizas para sujetar nada, prescindí de las bolsas.

»A lo largo del camino me encontré con otras personas que habían hecho lo mismo, abandonando gradualmente la esperanza. Era como un sendero incrustado de tesoros cuyo valor era superior a medida que avanzaba. Rollos de finas telas y libros, pinturas de antepasados y herramientas de carpintero... hasta que veías jaulas con

patitos, ahora silenciosos y sedientos y, más tarde, inmóviles, urnas de plata tiradas en el suelo, abandonadas por gentes demasiado fatigadas para seguir acarreándolas, ya sin ninguna esperanza en el futuro. Cuando llegué a Chungking lo había perdido casi todo excepto tres vistosos vestidos de seda, que me puse uno encima del otro.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo perdiste todo? —le pregunté con voz entrecortada—. ¿Qué les ocurrió a los bebés?

Ella ni siquiera hizo una pausa para pensar. En un tono que no permitía dudar de que la historia había terminado, replicó:

—Tu padre no es mi primer marido. Tú no eres uno de aquellos bebés.

\* \* \*

Cuando llego a casa de los Hsu, donde se celebra esta noche la reunión del club, la primera persona a la que veo es mi padre.

—¡Por fin estás aquí! —exclama—. ¡Nunca llegas puntual!

Y tiene razón. Todos los demás ya están presentes, siete amigos de la familia, de sesenta años en adelante. Todos me miran y se ríen. ¡Ah, esta chiquilla siempre se retrasa! Para ellos sigo siendo una niña a los treinta y seis años.

Tiemblo mientras procuro contener mi emoción. La última vez que les vi, en el funeral, rompí a llorar con grandes sollozos sofocados. Ahora debe intrigarles que, con un ánimo como el mío, pueda ocupar el lugar de mi madre. Cierta vez me dijo un amigo que mi madre y yo éramos iguales, hacíamos los mismos gestos tenues con las manos y compartíamos la risa infantil y la mirada de soslayo. Cuando se lo conté a ella, tímidamente, pareció ultrajada y replicó:

—¡Pero si casi no sabes nada de mí! ¿Cómo podemos ser iguales?

Y tenía razón. ¿Cómo puedo sustituir a mi madre en el club?

Saludo a cada uno de los presentes con una inclinación de cabeza, llamándoles «tía» o «tío». Siempre he llamado así a estos viejos amigos de la familia. Luego me acerco a mi padre y me quedo a su lado.

Está mirando las fotos que hicieron los Jong durante su reciente viaje a China.

—Mira eso —me dice cortésmente, señalando una foto del grupo turístico de los Jong, de pie sobre unos grandes escalones enlosados.

Nada en esa foto revela que ha sido tomada en China y no en San Francisco o en cualquier otro lugar. Pero mi padre tampoco la mira con detenimiento. Es como si todo le diera lo mismo, nada destaca para él. Siempre ha sido educadamente indiferente. Pero ¿cuál es la palabra china que significa indiferente porque uno es incapaz de *ver* ninguna diferencia? Creo que así es como se siente con respecto a la muerte de mi madre.

—Echa un vistazo a ésta —me dice, indicando otra fotografía sin nada especial.

La casa de los Hsu está impregnada de olores pesados, grasientos. Demasiadas

comidas chinas preparadas en una cocina minúscula, demasiados olores que fueron fragantes comprimidos en una capa delgada de grasa invisible. Recuerdo que cuando mi madre visitaba otras casas o iba a los restaurantes, arrugaba la nariz y luego decía en un susurro muy audible:

—Puedo ver y sentir la pegajosidad con la nariz.

Han pasado muchos años desde la última vez que estuve en casa de los Hsu, pero la sala de estar es exactamente tal como la recordaba. Cuando tía An-Mei y tío George se mudaron al distrito de Sunset desde Chinatown, veinticinco años atrás, compraron muebles nuevos. Están todos ahí, y aún parecen casi nuevos bajo las cubiertas de plástico amarillento: el mismo sofá turquesa cuya forma semicircular contornean ahora mis tíos cubiertos con gruesas chaquetas de *tweed*, las mesitas auxiliares de estilo colonial y pesada madera de arce, una lámpara de falsa porcelana cuarteada. Sólo el calendario, en forma de rollo de pergamino, regalo del Banco de Cantón, cambia cada año.

Recuerdo estos objetos porque, cuando éramos niños, tía An-Mei no nos dejaba tocar sus muebles nuevos excepto a través de las cubiertas de plástico transparente. Las noches en que había reunión del club, mis padres me llevaban a casa de los Hsu. Como yo era la invitada, tenía que cuidar de todos los niños más pequeños. Eran demasiados, y siempre había un bebé que lloraba por haberse golpeado la cabeza contra una pata de la mesa.

Mi madre me decía que yo era responsable, lo cual significaba que me vería en un aprieto si algo se derramaba, quemaba, perdía, rompía o ensuciaba. Yo era la responsable, al margen de quién lo hiciera. Ella y tía An-Mei se ponían unos curiosos vestidos chinos con rígidos cuellos alzados y ramas floridas de seda bordada y cosida sobre el pecho. Me parecía que esas ropas eran demasiado vistosas para que las usaran los chinos verdaderos, y demasiado extrañas para las fiestas en Norteamérica. En aquella época, antes de que mi madre me contara su historia de Kweilin, imaginaba que las reuniones del club eran una vergonzosa costumbre china, como las reuniones secretas del Ku Klux Klan o las danzas al son del tamtam de los pieles rojas que se preparaban para la guerra, en las películas de la televisión.

Pero esta noche no hay ningún misterio. Todas las tías reunidas aquí visten pantalones, blusas con estampados de vivos colores y diferentes modelos de macizos zapatos de paseo. Todos estamos sentados alrededor de la mesa del comedor, bajo una lámpara que parece un candelabro español. El tío George se pone sus gafas bifocales e inicia la reunión dando lectura al acta.

—Nuestro capital asciende a 24.825 dólares, o sea 6.026 por pareja o 3.103 por persona. Hemos vendido Subaru con pérdida, a seis y tres cuartos, y comprado cien acciones de Smith International a siete. Damos las gracias a Lindo y Tin Jong por sus golosinas. La sopa de habichuelas rojas, sobre todo, estaba deliciosa. La reunión de marzo ha tenido que ser cancelada hasta nuevo aviso. Lamentamos profundamente la pérdida de nuestra querida amiga Suyuan y extendemos nuestras condolencias a la

familia Canning Woo. Respetuosamente presentado, George Hsu, presidente y secretario.

Eso es todo. Estoy segura de que los demás empezarán a hablar de mi madre, de la maravillosa amistad que les unía y del motivo por el que ahora ocupo su lugar: ser la cuarta jugadora de *mah jong* y llevar a cabo la idea que ella concibió un caluroso día en Kweilin. Pero todo el mundo se limita a aprobar el acta con un movimiento de cabeza. Incluso la de mi padre oscila de arriba abajo con un gesto rutinario, y parece como si hubieran arrinconado la vida de mi madre a fin de hacer sitio para otras actividades.

Tía An-Mei se levanta con esfuerzo de la mesa y se dirige lentamente a la cocina para preparar la comida, y tía Lin, la mejor amiga de mi madre, se sienta en el sofá turquesa, se cruza de brazos y observa a los hombres todavía sentados a la mesa. Tía Ying, que parece más encogida cada vez que la veo, saca de su bolsa de hacer punto el inicio de un diminuto suéter azul.

Los tíos del club empiezan a hablar de acciones que les interesa comprar. Tío Jack, que es el hermano menor de tía Ying, está muy entusiasmado con una compañía minera que extrae oro en Canadá.

—Es un seguro contra la inflación —dice con conocimiento de causa. Es el que habla mejor inglés, casi sin acento. Creo que el inglés de mi madre era el peor, pero ella siempre pensó que su chino era el mejor. Hablaba mandarín algo enturbiado con un dialecto de Shanghai.

—¿No íbamos a jugar al *mah jong* esta noche? —pregunto alzando la voz a tía Ying, que es un poco sorda.

—Luego, pasada la medianoche.

—A ver, señoras —dice tío George—, ¿participan ustedes en esta reunión o no?

Cuando todos hemos votado unánimemente por las acciones del oro canadiense, voy a la cocina para preguntarle a tía An-Mei por qué motivo el club empezó a invertir en acciones.

—Jugábamos al *mah jong*, donde quien gana se lo lleva todo, pero siempre ganaban y perdían los mismos. —Está rellenando wonton: con un palillo extiende la carne sazonada con jengibre sobre la fina membrana y luego un único y diestro giro de su mano cierra esa membrana y le da la forma de una minúscula cofia de enfermera—. No puedes tener suerte cuando otra persona tiene habilidad, y por eso hace tiempo que decidimos invertir en el mercado de valores. Ahí no sirve la habilidad. Incluso tu madre estuvo de acuerdo en eso.

Tía An-Mei cuenta las piezas en la bandeja que tiene delante. Ya ha hecho cinco hileras con ocho wonton en cada una.

—Cuarenta wonton, ocho personas, diez por cabeza, cinco hileras más —se dice a sí misma en voz alta, y sigue rellenando—. Ahora somos listos y todos podemos ganar y perder por igual. Podemos tener la suerte del jugador de bolsa y jugar al *mah jong* por diversión, sólo por unos pocos dólares, que se lleva el ganador. ¡Los

perdedores se llevan a casa las sobras! Así todo el mundo puede disfrutar un poco. Está bien pensado, ¿eh?

Observo cómo tía An-Mei prepara más wonton, con dedos rápidos y expertos. No tiene que pensar en lo que está haciendo. De eso se quejaba mi madre, de que tía An-Mei nunca pensaba en lo que estaba haciendo.

—No es estúpida —me dijo mi madre en una ocasión—, pero no tiene temple. La semana pasada se me ocurrió una buena idea para ella. Le dije: «Vamos al consulado a pedir los papeles para tu hermano». Y ella casi quiso dejar su tarea e ir en aquel mismo momento, pero más tarde habló con alguien, vete a saber quién, y esa persona le dijo que podía causarle serios problemas a su hermano en China y que el FBI la pondría a ella en una lista y le causarían dificultades en Estados Unidos durante el resto de su vida. Esa persona le dijo: «Pides un préstamo para una casa y te lo niegan, porque tu hermano es comunista». «¡Si ya tienes una casa!», le dije. Pero ella seguía asustada. Tía An-Mei corre por aquí y por allá, pero no sabe por qué.

Miro a tía An-Mei y veo a una mujer baja y encorvada, de más de setenta años, el pecho abundante y las piernas delgadas e informes. Tiene las yemas de los dedos aplanadas y blandas de una anciana. Me pregunto qué haría tía An-Mei para que mi madre la criticara tanto durante toda su vida. Sin embargo, parece ser que mi madre estaba siempre descontenta de todas sus amigas, de mí e incluso de mi padre. Siempre fallaba algo, o necesitaba mejora, o no estaba equilibrado. Esto o aquello tenía una cantidad excesiva de un elemento y no la suficiente de otro.

Los elementos procedían de la versión particular que tenía mi madre de la química orgánica. Según ella, cada persona se compone de cinco elementos.

Demasiado fuego y tienes mal carácter, como le sucedía mi padre, a quien mi madre siempre criticaba por su hábito de fumar, y él le replicaba invariablemente que se guardara sus pensamientos. Creo que ahora se siente culpable por no haberle dejado decir lo que pensaba.

Si tienes poca madera, estás demasiado presto a escuchar las ideas ajenas, incapaz de hacer valer las propias. Éste era el caso de tía An-Mei.

Demasiada agua y fluyes en muchas direcciones, como yo misma, por haber estudiado media carrera de biología y otra media de arte sin terminar ninguna de las dos, para acabar trabajando como secretaria en una pequeña agencia de publicidad, convirtiéndome más tarde en redactora de textos publicitarios.

Yo solía descartar sus críticas, a las que consideraba como parte de sus supersticiones chinas, creencias que se adaptaban convenientemente a las circunstancias. Alrededor de los veinte años, cuando estudiaba Introducción a la psicología, intenté explicarle los motivos por los que ese hábito impedía un entorno saludable para el aprendizaje.

—Según ciertos pensadores, los padres no deberían criticar a los hijos, sino estimularlos —le dije—. Mira, una persona se pone a la altura de lo que los demás esperan de ella, y si la criticas das a entender que estás esperando su fracaso.

—Ése es el problema —respondió mi madre—. Tú no te pones a la altura de nada. Eres demasiado perezosa para hacer ese esfuerzo.

—A cenar —anuncia tía An-Mei alegremente, trayendo un cazo humeante con el wonton que acaba de preparar.

Sobre la mesa hay montones de comida, servida al estilo buffet, igual que en los banquetes de Kweilin. Mi padre hurga en el chow mein, que todavía está en una sartén de aluminio demasiado grande, rodeado de paquetitos de plástico que contienen salsa de soja. Tía An-Mei debe de haberlos comprado en Clement Street. La sopa de wonton, en la que flotan delicadas ramitas de cilantro, tiene un aroma delicioso. Lo primero que me atrae es una gran fuente de *chaswei*, carne de cerdo dulce a la parrilla, cortada en lonchas del tamaño de una moneda, y luego todo un surtido de lo que siempre he llamado golosinas digitales: empanadillas de fina membrana rellenas de carne picada de cerdo y de vaca, gambas y otros ingredientes desconocidos que mi madre describía siempre como «cosas nutritivas».

Aquí no se come precisamente con elegancia. Parece como si todos tuvieran hambre atrasada. Con la boca demasiado llena, siguen clavando sus tenedores en más trozos de cerdo, uno tras otro. No son como las señoras de Kweilin, a las que siempre imaginé saboreando su comida con cierta delicada indiferencia.

Entonces, casi tan rápidamente como habían empezado a comer, los hombres se levantan de la mesa. Como si esto fuese una señal, las mujeres engullen los últimos bocados, recogen platos y cuencos y los depositan en la pica de la cocina. Las mujeres se turnan para lavarse las manos, restregándolas vigorosamente. ¿Quién inició este ritual? También yo dejo mi plato en la pica y me lavo las manos. Las mujeres hablan del viaje a China de los Jong y luego se dirigen a una habitación en el fondo del piso. Pasamos ante otra habitación, que fue el dormitorio compartido por los cuatro hijos de los Hsu. Ahí siguen las literas con sus escalas llenas de rasguños, astilladas. Los tíos ya se han sentado alrededor de la mesa de juego. Tío George distribuye las cartas con rapidez, como si hubiera aprendido esta técnica en un casino. Mi padre ofrece a los demás cigarrillos Pall Mall, con uno de ellos ya colgando de sus labios.

Llegamos a la habitación del fondo, que en otro tiempo fue compartida por las tres hijas de los Hsu. Fuimos amigas en la infancia, y ahora todas están casadas y yo he vuelto a su habitación para jugar de nuevo. Todo parece igual que antes, salvo ese olor a alcanfor, como si Rase, Ruth y Janice pudieran entrar de un momento a otro con grandes latas de zumo de naranja en la cabeza, a modo de rulos, y desplomarse en sus idénticas camas estrechas. Los cubrecamas de felpilla blanca están tan desgastados que son casi translúcidos. Rose y yo solíamos arrancar las nudosidades mientras hablábamos de nuestros problemas con los chicos. Todo es lo mismo, salvo esa mesa de *mah jong* de color caoba que ahora está en el centro, y a su lado hay una lámpara de pie, un largo palo negro al que están sujetos tres focos ovales, como las anchas hojas de una planta de caucho.

Nadie me dice: «Siéntate aquí, donde lo hacía tu madre». Pero adivino dónde es antes que ninguna tome asiento. Percibo un vacío especial en la silla más cercana a la puerta, pero en realidad esa sensación no tiene que ver con la silla. Ése es el lugar que ocupaba mi madre ante la mesa. Sin que nadie me lo haya dicho, sé que su esquina de la mesa corresponde al Oriente.

Cierta vez mi madre me dijo que el Oriente es donde comienza todo, la dirección desde la que el sol se levanta, desde la que llega el viento.

Tía An-Mei, que está sentada a mi izquierda, arroja las fichas sobre la superficie de fieltro verde de la mesa y me dice:

—Ahora arrastramos las fichas.

Las hacemos girar con un movimiento circular de las manos. Las fichas producen un ruido crujiendo al entrecrocarse.

—¿Ganas como lo hacía tu madre? —me pregunta tía Lin, a la que tengo delante. No sonrío.

—Sólo he jugado un poco en la universidad, con unos amigos judíos.

—¡Bah! *Mah jong* judío —dice en tono de hastío—. No es lo mismo.

Eso era lo que mi madre solía decir, aunque nunca pudo explicarme con exactitud cuál era la diferencia.

—Tal vez no debería jugar esta noche, sino sólo mirar —comento.

Tía Lin parece exasperada, como si fuese una chiquilla boba.

—¿Cómo vamos a jugar si sólo somos tres? Sería como una mesa con tres patas, sin equilibrio. Cuando murió el marido de tía Ying, ella le pidió a su hermano que viniera. Tu padre te lo ha pedido a ti, así que está decidido.

Una vez le pregunté a mi madre cuál era la diferencia entre el *mah jong* judío y el chino. Su respuesta no me aclaró si los juegos eran distintos o si se trataba tan sólo de su actitud hacia los chinos y los judíos.

—Es una forma de jugar completamente distinta —respondió con el peculiar tono que usaba cuando daba explicaciones en inglés—. En *mah jong* judío uno sólo está atento a su propia ficha, juega sólo con sus ojos. —Entonces prosiguió en chino—: El *mah jong* chino es muy intrincado y tienes que jugar usando la cabeza. Debes observar todo lo que los demás descartan y no olvidarlo. Y si nadie juega bien, entonces el juego se parece al *mah jong* judío. ¿Para qué jugar? No hay ninguna estrategia y lo único que haces es contemplar cómo los otros cometen errores.

Esta clase de explicaciones me daban la impresión de que mi madre y yo hablábamos lenguajes diferentes, cosa que, por lo demás, hacíamos, pues yo le hablaba en inglés y ella me respondía en chino.

—Entonces, ¿cuál es la diferencia entre el *mah jong* chino y el judío? —le pregunto a tía Lin.

—*Aii-ya* —exclama ella, con una fingida voz regañona—. ¿Es que tu madre no te enseñó nada?

Tía Ying me da unas palmaditas en la mano.

—Eres una chica lista. Mira cómo jugamos y haz lo mismo. Ayúdanos a apilar las fichas y a hacer cuatro paredes.

Sigo las indicaciones de tía Ying, pero mirando sobre todo a tía Lin, que es la más rápida, por lo que fijándome primero en lo que ella hace casi puedo mantenerme al nivel de las demás. Tía Ying arroja los dados y me dice que tía Lin es el viento del Este. Yo soy el viento del Norte, la última en jugar, tía Ying, el Sur, y tía An-Mei el Oeste. Entonces empezamos a coger fichas, arrojando los dados y contando de nuevo en la pared para dar con los lugares exactos donde están nuestras fichas elegidas. Vuelvo a ordenar mis fichas, series de bambú y círculos, fichas dobles con números coloreados, fichas extrañas que no encajan en ninguna parte.

—Tu madre era la mejor, como una profesional —dice tía An-Mei mientras escoge lentamente las fichas, examinando cada una con atención.

Ahora empezamos a jugar, mirándonos las manos, arrojando fichas y recogiendo otras a un cómodo ritmo. Las tías del club empiezan a charlar de trivialidades, sin escucharse realmente unas a otras. Hablan en su lenguaje especial, la mitad en inglés chapurreado y la otra mitad en su propio dialecto chino. Tía Ying menciona que ha comprado lana a mitad de precio en alguna tienda del centro. Tía An-Mei se jacta de un suéter que tejió para el último bebé de su hija Ruth.

—Creyó que lo había comprado en una tienda —dice con orgullo.

Tía Lin explica cómo se enfureció con una dependienta que no aceptaba la devolución de una falda con la cremallera rota.

—Qué engaño —dice, enojada todavía—. Estaba muerta de rabia.

—Pero Lindo, aún estás con nosotras, no te has muerto —bromea tía Ying, y todavía está riendo cuando tía Lin exclama: «*Pung!*» y «*Mah jong!*». Entonces extiende sus fichas, riéndose a su vez de tía Ying mientras cuenta sus puntos. Empezamos a mover las fichas de nuevo y se hace el silencio. Me estoy sintiendo aburrida y somnolienta.

—Ah, tengo algo que contar —dice de pronto tía Ying, sobresaltándonos. Siempre ha sido la tía rara del grupo, una mujer perdida en su propio mundo. Mi madre solía decir: «No es que tía Ying sea dura de oído: es dura de escucha».

—El fin de semana pasado la policía detuvo al hijo de la señora Emerson —dice tía Ying, y por su tono parece como si estuviera orgullosa de ser la primera en dar la gran noticia—. Me lo dijo la señora Chan en la iglesia. Encontraron muchos televisores en su coche.

—*Aii-ya* —se apresura a decir tía Lin—. La señora Emerson es una buena mujer.

Quiere decir que la señora Emerson no se merece un hijo tan terrible, pero me doy cuenta de que también lo dice en beneficio de tía An-Mei, a cuyo hijo menor detuvieron hace dos años por vender estéreos de coche robados. Tía An-Mei frota su ficha cuidadosamente antes de descartarla. Parece dolida.

—Ahora en China todo el mundo tiene televisor —dice tía Lin, cambiando de tema—. Todos nuestros familiares allí los tienen... ¡no sólo en blanco y negro, sino

en color y con mando a distancia! Tienen de todo, así que cuando les preguntamos que querían que les lleváramos, dijeron que nada, que les bastaba con nuestra visita. De todos modos les compramos otras cosas, un vídeo y *Sony Walkman* para los chicos. No querían aceptarlos, pero creo que les gustaron.

La pobre tía An-Mei frota sus fichas con más fuerza todavía. Recuerdo que mi madre me habló del viaje de los Hsu a China, hace tres años. Tía An-Mei había ahorrado dos mil dólares para gastarlos con la familia de su hermano. Le enseñó a mi madre el contenido de sus pesadas maletas. Una estaba llena de golosinas, anacardos recubiertos de caramelo, grajeas de chocolate y cosas por el estilo. La otra maleta contenía las prendas de vestir más ridículas, todas nuevas: chillonas camisetas californianas de playa, gorras de béisbol, calzoncillos de algodón con cintura elástica, chaquetas de aviador, camisetas de entrenamiento, calcetines deportivos.

—¿Quién quiere estas cosas inútiles? —le dijo mi madre—. Lo único que desean es dinero.

Pero tía An-Mei replicó que su hermano era muy pobre y ellos, en comparación, muy ricos. Así pues, no hizo caso del consejo de mi madre y se fue con sus pesadas maletas y sus dos mil dólares a China. Por fin, cuando llegó con su grupo turístico a Hangzhou, toda la familia de Ningpo estaba allí para recibirles, no sólo el hermano menor de tía An-Mei, sino también los hermanastros de su esposa, una prima lejana, el marido de la prima y el tío del marido. Todos ellos habían ido con sus suegras e hijos, e incluso amigos del pueblo que no podían pavonearse de tener parientes chinos en el extranjero.

—Tía An-Mei había llorado antes de viajar a China —me dijo mi madre— pensando que haría a su hermano feliz y muy rico, dado el nivel de vida de los comunistas. Pero cuando regresó, me dijo entre lágrimas que todos tendieron la mano y que la suya fue la única que se quedó vacía.

Mi madre confirmó sus sospechas. Nadie quería las camisetas de entrenamiento y toda aquella ropa inútil. Las golosinas desaparecieron en un instante, y cuando las maletas quedaron vacías, los parientes preguntaron a los Hsu qué más les habían llevado.

Tía An-Mei y tío George se quedaron sin blanca, no sólo por los dos mil dólares con los que compraron televisores y frigoríficos, sino también por el coste del alojamiento de veintiséis personas por una noche en el Hotel Frente al Lago, tres mesas de banquete en un restaurante que servía a extranjeros ricos, tres regalos especiales para cada pariente y, finalmente, un préstamo de cinco mil *yuan* en moneda extranjera al supuesto tío de un primo que quería comprar una motocicleta, pero que luego desapareció con el dinero sin dejar rastro. Al día siguiente, cuando el tren partió de Hangzhou, los Hsu se encontraron con que su buena voluntad les había costado unos nueve mil dólares. Meses después, tras un reconfortante servicio religioso navideño en la Primera Iglesia Bautista China, tía An-Mei trató de recuperar su pérdida diciendo que en verdad era más santo dar que recibir, y mi madre estuvo

de acuerdo: su vieja amiga se había santificado por lo menos para varias vidas.

Tía Lin se jacta ahora de las virtudes de su familia en China, y me doy cuenta de que no le importa en absoluto el dolor de tía An-Mei. ¿Se trata de mezquindad por su parte o acaso mi madre no le contó a nadie, salvo a mí, esa historia vergonzosa que protagonizó la codiciosa familia de tía An-Mei?

—Dime, Jing-Mei, ¿cómo te va en la escuela?

—Se llama June —puntualiza tía Ying—. Ahora todos tienen nombres americanos.

—Podéis llamarme así —les digo, completamente en serio. De hecho, incluso se está poniendo de moda entre los chinos nacidos en Estados Unidos utilizar sus nombres chinos—. Pero ya no voy a ninguna escuela. Hace más de diez años que dejé los estudios.

Tía Lin enarca las cejas.

—Quizá te confundo con la hija de otra persona —me dice, pero sé que miente, sé que mi madre probablemente le dijo que yo volvería a estudiar para obtener el título, porque hace algún tiempo, quizá sólo seis meses, discutimos de nuevo sobre mi fracaso, el abandono de mis estudios y la conveniencia de reanudarlos. Y una vez más le respondí lo que ella deseaba oír: «Tienes razón, lo pensaré».

Siempre supuse que nos entendíamos tácitamente en esa cuestión, que ella no me consideraba en realidad un fracaso y yo me proponía en serio respetar más sus opiniones. Pero esta noche, al escuchar a tía Lin, recuerdo que mi madre y yo nunca llegamos a comprendernos bien. Cada una traducía los significados de la otra, y yo parecía oír menos de lo que me decía mi madre, mientras que ella oía más. Sin duda le dijo a tía Lin que volvería a estudiar para doctorarme.

Tía Lin y mi madre fueron a la vez las mejores amigas y archienemigas que se pasaban la vida comparando a sus hijos. Yo era un mes mayor que Waverly Jong, la excelente hija de tía Lin. Cuando aún éramos bebés, nuestras madres comparaban las arrugas que cada una tenía en el ombligo, lo bien formados que estaban los lóbulos de nuestras orejas, la rapidez con que se nos curaban los rasguños de las rodillas, el espesor de nuestro cabello y la intensidad de su negrura, el número de pares de zapatos que gastábamos en un año y, más tarde, lo experta que era Waverly jugando al ajedrez, los trofeos ganados el mes anterior, la cantidad de periódicos en los que salió su nombre, las ciudades que había visitado.

Sé que mi madre se irritaba cuando tía Lin le hablaba de Waverly sin que ella tuviera nada digno de mención sobre mí. Al principio trató de cultivar alguna genialidad que yo podría tener latente. Hacía tareas domésticas para una profesora de piano jubilada que vivía en nuestro mismo edificio, y esta mujer le correspondía dándome lecciones de piano gratuitas. Cuando se vio claramente que no sería concertista de piano, ni siquiera acompañante del coro juvenil de la iglesia, mi madre llegó a la conclusión de que yo era un genio de florecimiento tardío, como Einstein, a quien todo el mundo consideraba un retrasado mental hasta que inventó una bomba.

Ahora es tía Ying quien gana la partida de *mah jong*.

Contamos los puntos y empezamos de nuevo.

—¿Sabíais que Lena se ha mudado a Woodside? —pregunta tía Ying con un orgullo evidente, mirando las fichas y sin dirigirse a nadie en particular. En seguida deja de sonreír y adopta una expresión de recato—. Claro que no es la mejor casa del barrio, no es una casa de un millón de dólares, todavía no, pero sí una buena inversión, mejor que pagar un alquiler. Sí, mejor eso que verte tachada de la lista de alguien por los motivos que sean.

Así pues, ahora sé que Lena, la hija de tía Ying, le contó que me desahuciaron de mi piso al pie de Russian Hill. Aunque Lena y yo seguimos siendo amigas, hemos ido adquiriendo una cautela natural con respecto a lo que nos contamos. Aun así, lo poco que nos decimos suele aparecer más tarde tergiversado. Es el viejo juego de siempre, en el que todo el mundo habla en círculos.

—Se está haciendo tarde —comento cuando terminamos la partida. Empiezo a levantarme, pero tía Lin me obliga a sentarme de nuevo.

—Quédate, quédate —me dice—. Hablaremos un rato, tenemos que conocerte bien... Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

Sé que es un gesto cortés por parte de las tías del club esta insistencia, cuando en realidad están tan deseosas de perderme de vista como yo lo estoy de marcharme.

—No, de veras, he de irme. Os lo agradezco mucho, muchísimo —replico, satisfecha de recordar estas formalidades.

—¡Pero tienes que quedarte! —exclama tía Ying alzando demasiado la voz—. Tenemos algo importante que decirte, algo referente a tu madre.

Las demás parecen incómodas, como si no les gustara esa manera de darme alguna mala noticia. Me quedo sentada. Tía An-Mei sale rápidamente de la sala, regresa con un cuenco de cacahuets y cierra en silencio la puerta. Todas callan, como si ninguna supiera por dónde empezar. Finalmente es tía Ying la que habla.

—Creo que cuando tu madre murió tenía una idea importante —dice en un inglés entrecortado, y entonces empieza a hablar en chino, suave, sosegadamente—. Era una mujer muy fuerte y una buena madre. Te quería mucho, más que a su propia vida, y por eso puedes comprender por qué una madre así jamás podría olvidar a sus otras hijas. Sabía que estaban vivas, y antes de morir quería encontrarlas en China.

*Los bebés de Kweilin...* Yo no era uno de ellos. Los bebés en cabestrillos colgados de sus hombros. Sus otras hijas. Y ahora me siento como si estuviera en Kweilin en medio del bombardeo y viera a esos bebés tendidos al borde de la carretera, gritando para que los recogieran. Alguien se los llevó. Están a salvo. Y ahora mi madre me ha abandonado para siempre, ha vuelto a China en busca de esos bebés. Apenas puedo oír la voz de tía Ying.

—Las buscó durante años, escribió y recibió innumerables cartas —dice tía Ying—, y el año pasado consiguió una dirección. Iba a decírselo pronto a tu padre. *Aii-ya*, qué lástima. Toda una vida de espera.

Tía An-Mei la interrumpe, excitada:

—Así que tus tías y yo escribimos a esa dirección. Dijimos que cierta persona, tu madre, deseaba reunirse con otras personas. Y éstas nos respondieron. Son tus hermanas, Jing-Mei.

Mis hermanas, repito para mis adentros, pronunciando esas dos palabras juntas por primera vez.

Tía An-Mei me tiende una hoja de papel tan fina como el papel de seda para envolver. Veo los ideogramas chinos trazados en perfectas hileras verticales con tinta azul. Hay una palabra borrosa. ¿Una lágrima? Cojo la carta con manos temblorosas, maravillada de lo inteligentes que deben de ser mis hermanas, capaces de leer y escribir en chino.

Todas las tías me sonríen, como si yo hubiera sido una moribunda que se ha recuperado por milagro. Tía Ying me tiende otro sobre. Contiene un cheque a nombre de June Woo por 1.200 dólares. No puedo creerlo.

—¿Mis hermanas me envían dinero? —pregunto—. ¿A mí?

—No, no —dice tía Lin, con fingida exasperación—. Todos los años ahorramos nuestras ganancias en el *mah jong* para un gran banquete en un restaurante de lujo. Casi siempre ganaba tu madre, por lo que la mayor parte del dinero le pertenece. Hemos añadido un poco, para que puedas ir a Hong Kong, tomar un tren hasta Shanghai y ver a tus hermanas. Además, todas nos estamos volviendo demasiado ricas, demasiado gordas. —Se da unas palmadas en el estómago para demostrar su afirmación.

—Ver a mis hermanas —digo aturdida. Esta perspectiva, el intento de imaginar lo que vería, me admira y produce un cierto temor. Me siento azorada por la mentira sobre el banquete de fin de año que me han contado mis tías para enmascarar su generosidad. Ahora me echo a llorar, sollozo y río al mismo tiempo, percibiendo, aunque sin comprenderla, esta lealtad hacia mi madre.

—Tienes que ver a tus hermanas y hablarles de la muerte de tu madre —dice tía Ying—, pero, lo que es más importante, tienes que hablarles de su vida. Ahora deben conocer a la madre que no conocieron.

—Ver a mis hermanas, hablarles de mi madre —digo, asintiendo—. ¿Qué les diré? ¿Qué puedo decirles de mi madre? No sé nada. Era mi madre.

Las tías me miran como si acabara de enloquecer ante sus ojos.

—¿Que no conoces a tu propia madre? —grita tía An-Mei, incrédula—. ¿Cómo puedes decir semejante cosa? ¡Llevas a tu madre en la sangre!

—Cuéntales cosas de tu familia aquí, del éxito que tuvo —sugiere tía Lin.

—Cuéntales las cosas que ella te contaba, las lecciones que te daba, las ideas que tenía y que tú has hecho tuyas —dice tía Ying—. Tu madre era una señora muy lista.

Oigo un coro que repite «diles», «diles», mientras cada tía empeña frenéticamente en pensar lo que debería transmitir.

—Su amabilidad.

- Su inteligencia.
- Su abnegación natural hacia su familia.
- Sus esperanzas, las cosas que le importaban.
- Los excelentes platos que cocinaba.
- ¡Imagina, una hija que no conoce a su propia madre!

Entonces me doy cuenta de que están asustadas. Ven en mí a sus propias hijas, igualmente ignorantes, igualmente olvidadizas de las verdades y esperanzas que sus madres trajeron a América del Norte. Ven hijas que se impacientan cuando sus madres hablan en chino, que las consideran estúpidas cuando explican las cosas en un inglés chapurreado. Ven que la alegría y la buena estrella no significan lo mismo para sus hijas, que el concepto de «buena estrella» no existe para sus mentes americanizadas por completo. Ven hijas que les darán nietos nacidos sin ninguna esperanza de continuidad transmitida de una generación a otra.

—Se lo diré todo —me limito a decir, y las tías me miran con expresiones dubitativas—. Recordaré todo sobre mi madre y se lo diré —añado con más firmeza. Y gradualmente, una tras otra, sonríen y me dan palmadas en la mano. Aún parecen inquietas, como si no las tuvieran todas consigo, pero también abrigan la esperanza de que mis palabras sean ciertas. ¿Qué más pueden pedir? ¿Qué más puedo prometerles?

Vuelven a comer sus cacahuets blandos, hervidos, mientras hablan de ellas mismas. Vuelven a ser jóvenes, sueñan con los buenos tiempos pasados y en los que están por llegar. Un hermano de Ningpo, que hace llorar a su hermana de alegría cuando le devuelve nueve mil dólares más los intereses. Un hijo menor cuyo negocio de reparación de estéreos y televisores le va tan bien que envía sobras a China. Una hija cuyos pequeños son capaces de nadar como peces en una lujosa piscina de Woodside. Qué buenas anécdotas cuentan. Las mejores. Ellas son las afortunadas.

Y yo sigo sentada en el lugar de mi madre ante la mesa de *mah jong*, en el lado de Oriente, donde todo da comienzo.

# An-Mei Hsu

## La cicatriz

Cuando era una niña y vivía en China, mi abuela me contó que mi madre era un fantasma. Esto no significaba que mi madre hubiera muerto. En aquellos tiempos, un fantasma era cualquier cosa de la que se nos prohibía hablar. Supe, pues, que Popo quería que me olvidara expresamente de mi madre, y así es como llegué a no tener ningún recuerdo de ella. La vida que conocía se iniciaba en la gran casa de Ningpo, con sus fríos corredores y sus altas escaleras. Era la casa familiar de mis tíos, donde vivía con Popo y mi hermanito.

Pero a menudo oía relatos sobre un fantasma que intentaba llevarse a los niños, sobre todo a las chiquillas testarudas que eran desobedientes. Muchas veces Popo dijo a quien quisiera oírlo que mi hermano y yo habíamos salido de las entrañas de una gansa estúpida, de dos huevos que nadie quiso y que ni siquiera eran bastante buenos para romperlos sobre unas gachas de arroz. Dijo tal cosa para que los fantasmas no nos arrebataran. Como ves, también para Popo éramos muy preciosos.

Siempre tuve miedo de Popo, y me asustó todavía más cuando cayó enferma. Sucedió en 1923, cuando yo tenía nueve años. Popo se había hinchado como una calabaza demasiado madura, tan llena que su carne se había ablandado y podrido y emitía mal olor. Me llamaba a su habitación, impregnada de aquel hedor terrible, y me contaba historias.

—An-Mei —me decía, llamándome por el nombre que me daban en la escuela—. Escucha con mucha atención. —Y me contaba historias que yo no comprendía.

Una de ellas trataba de una muchacha codiciosa cuyo vientre se hinchaba más y más, y que se envenenó tras negarse a decir de quién era el niño que llevaba en su seno. Cuando los monjes le abrieron el cuerpo, dentro encontraron un gran melón blanco.

—Si eres codiciosa —me decía Popo—, lo que está en tu interior es lo que siempre te hace sentir hambrienta, insaciable, vacía.

En otra ocasión, Popo me habló de una muchacha que no quería escuchar a sus mayores. Un día esta criatura mala agitó la cabeza con tal vigor, al rechazar una sencilla petición de su tía, que una bolita blanca, casi insignificante le cayó de un oído y por allí le salieron los sesos, claros como caldo de pollo.

—Tus propios pensamientos están tan atareados nadando ahí dentro que echan afuera todo lo demás —me contó Popo.

Poco antes de ponerse tan enferma que ya no podía hablar, Popo me atrajo hacia ella y me habló de mi madre.

—Nunca pronuncies su nombre —me advirtió—. Decir su nombre es escupir en la tumba de tu padre.

Sólo conocí a mi padre por el gran retrato que colgaba en la sala principal. Era un

hombre corpulento, de expresión severa, desdichado por estar tan quieto en la pared, Sus ojos inquietos me seguían por la casa, e incluso desde mi habitación, en el extremo del pasillo, podía ver los ojos vigilantes de mi padre. Según Popo, me vigilaba por si descubría en mí la menor falta de respeto, y por ello, a veces, cuando había tirado piedras a otros niños en la escuela, o había perdido un libro por descuido, pasaba rápidamente ante el retrato de mi padre, con expresión de no saber nada, y me ocultaba en un rincón de mi cuarto donde él no pudiera verme la cara.

La atmósfera de nuestra casa me parecía desdichada, pero mi hermanito no daba muestras de pensar lo mismo. Corría en bicicleta por el patio, persiguiendo a los pollos y a otros niños y riéndose de los que gritaban más. Cuando los tíos estaban ausentes, visitando a sus amigos en el pueblo, mi hermano entraba en la casa silenciosa y se ponía a saltar sobre los mejores sofás de plumas.

Pero incluso la felicidad de mi hermano se desvaneció. Un cálido día de verano, cuando Popo ya se encontraba muy enferma, estábamos fuera, mirando un cortejo fúnebre que pasaba ante nuestro patio. Cuando llegó a la puerta de nuestra casa, el pesado retrato enmarcado del muerto cayó de su peana y se estrelló contra el suelo polvoriento. Una anciana gritó y se desmayó. Mi hermano se echó a reír y mi tía le dio una bofetada.

Mi tía, que tenía muy mal genio con los niños, le dijo que carecía de *shou*, es decir, de respeto hacia los antepasados de la familia, como le ocurría a mi madre. Mi tía tenía una lengua como tijeras voraces que comen tejido de seda, y cuando mi hermano le dedicó una mirada torcida, ella le dijo que nuestra madre fue tan atolondrada que huyó al norte a toda prisa, sin llevarse los muebles que constituían la dote de su matrimonio con mi padre, sin coger sus diez pares de palillos de plata, sin presentar sus respetos ante la tumba de mi padre y de nuestros antepasados. Cuando mi hermano acusó a la tía de que nuestra madre huyó atemorizada por ella, la tía respondió a gritos que nuestra madre se casó con un hombre llamado Wu Tsing, el cual ya tenía una esposa, dos concubinas y varios hijos malos.

Y cuando mi hermano dijo a gritos que la tía era un pollo hablador decapitado, ella lo empujó contra la puerta del patio y le escupió a la cara.

—Me golpeas con palabras fuertes —le dijo la tía—, pero no eres nada. Eres el hijo de una madre con tan poco respeto que se ha convertido en una *ni*, una traidora a nuestros antepasados. Está tan por debajo de los demás que hasta el diablo tiene que bajar la vista para verla.

Fue entonces cuando empecé a comprender las historias que Popo me contaba, las lecciones que debía aprender de mi madre.

—Cuando alguien pierde su prestigio, An-Mei —me decía Popo a menudo—, es como si el collar que lleva al cuello le cayera a un pozo. La única manera de recuperarlo es echarte de cabeza tras él.

Ahora podía imaginar a mi madre, una mujer atolondrada que reía y meneaba la cabeza, que introducía los palillos demasiadas veces en el cuenco para comer otro

trozo de fruta dulce, dichosa al verse libre de Popo, de su desgraciado marido colgado de la pared y de sus dos hijos desobedientes. Me sentía desdichada porque esa mujer era mi madre, pero también porque nos había abandonado. Tales eran mis pensamientos mientras me ocultaba en el rincón de mi cuarto, donde mi padre no podía verme.

\* \* \*

Estaba sentada en lo alto de la escalera cuando ella llegó. Supe que era mi madre aunque no la había visto jamás desde que tenía memoria. Se quedó de pie en el umbral, con el rostro oculto por la sombra. Era mucho más alta que mi tía, casi tanto como mi tío, y tenía un aspecto raro, como las señoras misioneras de nuestra escuela, insolentes y mandonas con sus zapatos de tacón muy alto, sus ropas extranjeras y el pelo corto.

Mi tía desvió en seguida la vista y no la llamó por su nombre ni le ofreció té. Una vieja criada salió corriendo, con expresión de disgusto. Procuré permanecer muy quieta, pero mi corazón era como una jaula de grillos que forcejearan para liberarse. Mi madre debió de oírlo, porque me miró, y cuando lo hizo vi mi propio rostro mirándome, con unos ojos muy abiertos que veían demasiado.

—Demasiado tarde, demasiado tarde —protestó mi tía en la habitación de Popo, mientras mi madre se acercaba a la cama. Pero sus palabras no la detuvieron.

—Ha vuelto, está aquí —murmuró mi madre a Popo—. *Nuyer* ha venido. Tu hija ha vuelto.

Popo tenía los ojos muy abiertos, pero ahora su mente corría en muchas direcciones distintas y no reposaba el tiempo suficiente para ver nada. De haber tenido claridad mental, habría alzado los dos brazos y echado a mi madre de la habitación.

Contemplé a mi madre, viendo por vez primera a aquella mujer bonita de piel blanca y rostro oval, no demasiado redondeado como el de mi tía ni anguloso como el de Popo. Vi que tenía el cuello largo y blanco, como la gansa de cuyo huevo nací, que parecía flotar, mecerse adelante y atrás como un fantasma, mientras humedecía paños fríos para aplicarlos al rostro hinchado de Popo. Miraba los ojos de la anciana y le susurraba suaves palabras de preocupación. Yo la observaba atentamente, pero era su voz lo que me confundía, un sonido familiar procedente de un sueño olvidado.

Aquella tarde, cuando regresé a mi habitación, la encontré allí, de pie, erguida, y al recordar que Popo me había dicho que no pronunciara su nombre, me quedé inmóvil y callada. Ella me cogió de la mano y me llevó al canapé. Se sentó a mi lado como si lo hubiéramos hecho todos los días.

Empezó a soltarme las trenzas y cepillarme el cabello con largos y amplios movimientos.

—¿Has sido una buena hija, An-Mei? —me preguntó, sonriente, con expresión confidencial.

Puse cara de no saber nada, pero por dentro temblaba. Yo era la niña cuyo vientre contenía un melón incoloro.

—Sabes quién soy, An-Mei —me dijo con una leve frialdad en su voz. Esta vez no la miré, por temor a que me liara la cabeza y los sesos me salieran por las orejas.

Dejó de cepillarme el cabello, y entonces noté que sus largos y suaves dedos me frotaban y buscaban algo bajo el mentón, hasta dar con la cicatriz en mi cuello. Me quedé muy quieta mientras ella la frotaba. Era como si aquel roce en mi piel me devolviera la memoria. Entonces dejó de acariciarme y se echó a llorar, llevándose las manos a su propio cuello. Lloró con un sonido quejumbroso, muy triste, y aquella voz me hizo recordar mi sueño.

\* \* \*

Yo tenía cuatro años y el mentón me llegaba justo por encima de la mesa. Veía a mi hermano pequeño, entonces un bebé, en el regazo de Popo, llorando muy enfadado. Oía las voces que alababan la humeante y oscura sopa que estaba sobre la mesa, voces que murmuraban cariñosamente: «*Ching! Ching!*» (¡Come, por favor!).

Entonces dejaron de hablar. Mi tío se levantó de la silla y todos se volvieron hacia la puerta, donde estaba una mujer alta. Yo fui la única que habló.

—Mamá —grité, y me dispuse a saltar de la silla, pero mi tía me dio una bofetada y me obligó a sentarme de nuevo.

Ahora todos estaban de pie, gritando, y distinguí la voz de mi madre que también gritaba: «¡An-Mei! ¡An-Mei!». La voz aguda de Popo se impuso a las demás.

—¿Quién es este fantasma? No es una viuda honrada, sino sólo una tercera concubina. Si te llevas a tu hija, se volverá como tú, una desprestigiada, incapaz de levantar nunca la cabeza.

A pesar de estas palabras, mi madre siguió llamándome a gritos. Ahora recuerdo su voz con toda claridad. ¡An-Mei! ¡An-Mei! Puedo ver el rostro de mi madre al otro lado de la mesa. Entre ella y yo se interponía la sopera, sobre su pesado soporte en forma de tubo de chimenea, meciéndose lentamente, adelante y atrás. Entonces uno de los gritos hizo que la oscura sopa hirviendo se derramara y cayera sobre mi cuello. Fue como si la ira de todos los reunidos se vertiera sobre mí.

Fue uno de esos dolores tan terribles que un niño pequeño no debería recordar jamás, pero sigue todavía en mi memoria de mi piel. Sólo lloré un poco, porque pronto mi carne empezó a arder por dentro y por fuera y me faltaba el aire para respirar.

No podía hablar a causa de aquella terrible sensación asfixiante. No podía ver debido a las lágrimas que derramaba para eliminar el dolor, pero oía el llanto de mi

madre. Popo y mi tía gritaban. Y entonces el llanto de mi madre se extinguió. Más tarde, aquella noche, oí la voz de Popo.

—An-Mei, escúchame atentamente. —Su voz tenía el mismo tono regañón que usaba cuando yo correteaba de un lado a otro del pasillo—. An-Mei, te hemos hecho tus ropas y zapatos de moribunda. Son de algodón blanco.

Yo la escuchaba, asustada.

—An-Mei —murmuró, ahora suavemente—. Tus ropas de moribunda son muy sencillas. No son lujosas porque todavía eres una niña. Si mueres, tu vida habrá sido corta y aún estarás en deuda con tu familia. Tu funeral será reducido, el tiempo que dedicaremos a llorarte será breve.

Y entonces Popo dijo algo que era peor que la quemazón en mi cuello.

—Incluso a tu madre se le han agotado las lágrimas y se ha ido. Si no te pones bien pronto, te olvidará.

Popo era muy lista. Regresé apresuradamente del otro mundo para encontrar a mi madre.

Cada noche lloraba tanto que no sólo me ardía el cuello sino también los ojos. Popo se sentaba junto a mi cama y me vertía agua fría en el cuello, con la semiesfera ahuecada de un pomelo grande. Me humedecía una y otra vez hasta que mi respiración se tranquilizaba y podía conciliar el sueño. Por la mañana, Popo utilizaba sus uñas afiladas como pinzas y retiraba las membranas muertas.

Dos años después mi cicatriz era pálida y brillante, y ya no me acordaba de mi madre. Así es como se cura una herida: empieza a cerrarse sobre sí misma, a proteger lo que duele tanto y, una vez cerrada, ya no ves qué hay debajo, eso que provocaba el dolor.

\* \* \*

Adoraba a esa madre de mi sueño, pero la mujer que estaba junto a la cama de Popo no era la madre de mi recuerdo. No obstante, también llegué a amar a esa madre, no porque viniera a mí y me rogara que la perdonase, pues no hizo tal cosa. No tuvo necesidad de explicar que Popo la echó de casa cuando yo me estaba muriendo. Eso era algo que yo sabía. No tuvo que contarme que se casó con Wu Tsing para cambiar una infelicidad por otra. Eso también lo sabía.

He aquí cómo llegué a amar a mi madre, cómo vi en ella mi propia naturaleza verdadera, lo que había bajo mi piel, en el meollo de mis huesos.

Era noche cerrada cuando fui a la habitación de Popo. Mi tía dijo que a Popo le había llegado la hora de su muerte y que yo debía mostrar respeto. Me puse un vestido limpio y permanecí entre mi tía y mi tío al pie de la cama de Popo. Lloré un poco, no demasiado alto.

Veía a mi madre en el otro extremo de la habitación, serena y triste. Estaba

haciendo sopa, vertiendo hierbas y medicinas en la olla humeante. Y entonces vi que se arremangaba y sacaba un cuchillo bien afilado, que aplicó a la parte más blanda de su brazo. Intenté cerrar los ojos, pero me fue imposible.

Mi madre cortó un trozo de carne de su brazo. Las lágrimas brotaron de sus ojos y la sangre se derramó en el suelo.

Mi madre cogió su carne y la echó en la sopa. Hacía un cocido mágico según la tradición antigua, tratando de curar a su madre por última vez. Abrió la boca de Popo, ya demasiado apretada por el intento de mantener su espíritu dentro. Le hizo tomar la sopa, pero aquella noche Popo huyó para siempre con su enfermedad.

Aunque yo era pequeña, comprendí el dolor de la carne y el valor del dolor.

Así es como una hija honra a su madre. Es un *shou* tan profundo que se alberga en la médula de tus huesos. El dolor de la carne no es nada. Debes olvidarlo, porque a veces ésa es la única manera de recordar lo que tienes en los huesos. Debes arrancarte la piel, y la de tu madre, y la de la suya, hasta que no quede nada, ni cicatriz ni piel ni carne.

# Lindo Jong

## La vela roja

Cierta vez sacrifiqué mi vida para cumplir la promesa que hice a mis padres. Esto no significa nada para ti, pues para ti las promesas no significan nada. Una hija puede prometerte que vendrá a comer, pero si le duele la cabeza, si se encuentra con un atasco de tráfico, si quiere ver una película favorita por televisión, su promesa finalmente se queda en nada.

Cuando no viniste me quedé mirando esta misma película. El soldado norteamericano le promete a la chica que volverá y se casarán. Ella llora con un sentimiento auténtico, y él le dice: «¡Te lo prometo! Mi promesa es tan buena como el oro, cariño mío». Entonces la empuja sobre la cama. Pero luego no regresa. Su oro es como el tuyo, es sólo de catorce quilates.

Para los chinos, el oro de catorce quilates no es oro de verdad. Toca mis brazaletes. Deben ser de veinticuatro quilates, oro puro por dentro y por fuera.

Es demasiado tarde para que cambies, pero te digo esto porque me preocupa tu bebé, me preocupa que algún día diga: «Gracias por el brazaletes de oro, abuela. Nunca te olvidaré». Pero más adelante olvidará su promesa, olvidará que tuvo una abuela.

\* \* \*

En esta misma película de guerra, el soldado vuelve a su país y le pide de rodillas a otra chica que se case con él. Y los ojos de la muchacha miran a un lado y a otro, llenos de timidez, como si nunca hubiera pensado hasta entonces en esa posibilidad. Y de repente... baja la vista para mirarle directamente y entonces sabe que le ama, le quiere tanto que siente deseos de llorar. «Sí», le dice por fin, y se unen para siempre en matrimonio.

No fue ése mi caso. La casamentera del pueblo se entrevistó con mi familia cuando yo sólo tenía dos años. No, nadie me lo dijo, lo recuerdo todo perfectamente. Era verano, fuera hacía mucho calor y el aire estaba repleto de polvo. Llegaba desde el patio el chirriar de las cigarras. Nos encontrábamos en la huerta, bajo unos árboles. Los criados y mis hermanos estaban encaramados, por encima de mí, cogiendo peras, y mi madre me tenía en sus brazos cálidos y pegajosos. Yo agitaba la mano a uno y otro lado, porque ante mí oscilaba un pajarillo con antenas y alas muy coloridas, delgadas como el papel. Entonces el pajarillo desapareció y vi a las dos mujeres ante mí. Las recuerdo porque una de ellas producía unos sonidos acuosos, «shrrhh, shrrhh». Cuando crecí pude reconocerlos como el acento de Pekín, que resulta

siempre muy extraño al oído de las gentes de Taiyuan.

Las dos señoras me miraban sin hablar. La de la voz acuosa tenía la cara embadurnada de pintura que se licuaba con el sudor. La otra mujer tenía el rostro seco como un tronco viejo. Su mirada se posó primero en mí y luego en la señora pintada.

Por supuesto, ahora sé que la señora parecida a un tronco de árbol era la vieja casamentera del pueblo, y la otra era Huang Taitai, la madre del muchacho con el que me obligarían a casarme. No, no es cierto eso que dicen algunos chinos de las niñas recién nacidas, que carecen de valor. Depende de la clase de niña que seas. En mi caso, la gente distinguía mi valor. Mi aspecto y mi olor eran los de un delicioso panecillo dulce, de color limpio y atractivo.

La casamentera ensalzaba mis gracias.

—Un caballo de tierra para una oveja de tierra. Ésta es la mejor combinación para un matrimonio. —Me dio unas palmaditas en el brazo y yo le aparté la mano. Huang Taitai susurró con aquel sonido *shrrhh-ssrrhh* que quizá tenía yo un *pichi* excepcionalmente malo, un mal carácter, pero la casamentera se rió y dijo—: Qué va, qué va. Es un caballo fuerte. Crecerá, será fuerte para el trabajo y te servirá bien en tu vejez.

Entonces Huang Taitai me miró con el semblante sombrío, como si pudiera desvelar mis pensamientos y ver mis futuras intenciones. Nunca olvidaré su aspecto. Con los ojos muy abiertos, escudriñó mi rostro y luego sonrió. Pude ver un gran diente de oro al que el sol arrancaba destellos, y luego abrió la boca, mostrando los demás dientes, como si fuese a tragarme de un bocado. De este modo me prometieron al hijo de Huang Taitai, el cual, como descubrí más tarde, era sólo un bebé, un año menor que yo. Se llamaba Tyan-yu, *tyan*, que equivale a «cielo», porque el pequeño era muy importante, y *yu*, que significa «sobras», porque cuando nació su padre estaba muy enfermo y su familia creía que podría morir. Tyan-yu sería las sobras del espíritu de su padre. Pero éste vivió y la abuela temía que los espíritus dirigieran su atención al bebé y se lo llevaran en lugar del hombre. Por eso ahora le vigilaban continuamente, tomaban todas las decisiones por él y le mimaban demasiado.

Pero aunque hubiera sabido que me habían destinado un marido tan malo, ni entonces ni más adelante tuve otra alternativa. Así eran las familias del país que vivían sumidas en un atraso tradicional. Siempre éramos los últimos en abandonar las estúpidas costumbres antiguas. Ya entonces, en otras ciudades un hombre podía elegir a su esposa, con el permiso de sus padres, naturalmente. Pero esos aires renovadores no llegaban a nosotros. Nunca oías hablar de las nuevas ideas en otra ciudad, a menos que fueran peores que las de la tuya. Nos contaban anécdotas de hijos tan influidos por sus malas esposas que echaban a la calle a sus padres ancianos y llorosos. Así pues, las madres taiyuanesas seguían eligiendo a sus nueras, aquellas que criarían hijos como es debido, cuidarían de los ancianos y, pletóricas de sentimientos filiales, barrerían el cementerio familiar mucho después de que las viejas damas hubieran descendido a sus tumbas.

Como me prometieron en matrimonio al hijo de los Huang, mi propia familia empezó a tratarme como si perteneciera a otra persona. Cuando me acercaba a los labios demasiadas veces el cuenco de arroz, mi madre me decía:

—Fijaos cuánto es capaz de comer la hija de Huang Taitai.

Mi madre no me trataba así porque no me amara. Decía esto mordiéndose luego la lengua, para no desear algo que ya no le pertenecía.

Yo era una niña muy obediente, pero a veces tenía una expresión desabrida, sólo porque estaba acalorada o fatigada o muy enferma. Entonces mi madre decía:

—Qué cara tan fea. Los Huang no te querrán y serás un oprobio para nuestra familia.

Y yo lloraba más o ponía una cara todavía más fea.

—Es inútil —decía mi madre—. Tenemos un contrato y no se puede cancelar.

Y yo seguía llorando a lágrima viva.

No vi a mi futuro marido hasta los ocho o nueve años. Mi mundo conocido era el recinto de mi familia en el pueblo cercano a Taiyuan. Mi familia vivía en una modesta casa de dos plantas, con una vivienda más pequeña que sólo tenía un par de habitaciones para la cocinera, la sirvienta y sus familias. Nuestra casa se levantaba en una pequeña colina, a la que llamábamos Tres Escalones al Cielo, pero que en realidad estaba formada por capas de barro acarreadas por el río Fen y endurecidas en el transcurso de los siglos. El río discurría junto al muro oriental de nuestro recinto, un río al que, según decía mi padre, le gustaba engullir a los niños. Contaba que en cierta ocasión se tragó a toda la ciudad de Taiyuan. En verano las aguas del río bajaban marrones y en invierno tenían un color azul verdoso en los tramos estrechos por donde fluía con rapidez, mientras que en los lugares más anchos estaban inmóviles, congeladas, de un blanco glacial.

Recuerdo el día de Año Nuevo en que mis familiares capturaron muchos pescados, gigantescos y viscosos seres cogidos mientras aún dormían en el lecho helado del río, tan frescos que incluso después de destripados bailaban sobre sus colas cuando los echaban a la sartén caliente.

Aquel fue también el año en que vi por vez primera al niño que sería mi marido. Cuando empezaron los fuegos artificiales se puso a berrear, aunque ya no era un bebé.

Más adelante le veía en las ceremonias del huevo rojo, cuando imponían sus nombres verdaderos a los bebés de un mes. Estaba sentado sobre las viejas rodillas de su abuela, que casi crujían bajo su peso, y se negaba a comer todo lo que le ofrecían, apartando siempre la nariz como si le dieran un encurtido hediondo en vez de un dulce.

Como ves, no sentí un amor instantáneo hacia mi futuro marido, como hoy vemos que ocurre en los seriales de televisión. Aquel chico me parecía más bien un primo fastidioso. Aprendí a ser cortés con los Huang y especialmente con Huang Taitai. Mi madre me empujaba hacia ella, diciéndome:

—¿Qué le dices a tu madre?

Y yo me sentía confusa, sin saber a qué madre se refería. Entonces me volvía hacia mi madre verdadera y le decía: «Perdona, mamá», para dirigirme luego a Huang Taitai y ofrecerle una golosina, diciéndole: «Para ti, madre». Recuerdo que una vez le di un pedazo de *syaumei*, una especie de budín relleno que me encantaba. Mi madre le dijo a Huang Taitai que yo había hecho aquel budín especialmente para ella, aunque en realidad sólo hurgué sus lados humeantes con un dedo cuando la cocinera lo volcó en la bandeja de servicio.

Mi vida cambió por completo cuando tenía doce años, el verano en que llegaron las grandes lluvias. El río Fen, que atravesaba el centro de las tierras de mi familia, inundó las llanuras, destruyó todo el trigo que había plantado mi familia aquel año e inutilizó la tierra por varios años. Incluso nuestra casa en la cima de la pequeña colina se hizo inhabitable. Al bajar del segundo piso, vimos que los suelos y los muebles estaban cubiertos de barro viscoso. En los patios se amontonaban árboles arrancados de cuajo, fragmentos de pared desmoronados y pollos muertos. Aquel estropicio nos redujo a una pobreza extrema.

En aquellos tiempos no podías ir a una compañía de seguros, decir que alguien te había causado tales daños y pedir un millón de dólares. No, en aquel entonces, si habías agotado tus posibilidades, mala suerte. Mi padre dijo que no teníamos más alternativa que trasladarnos a Wushi, hacia el sur, cerca de Shanghai, donde el hermano de mi madre tenía una pequeña fábrica de harina. Mi padre nos explicó que toda la familia, excepto yo, partiría de inmediato. Yo tenía doce años y ya era lo bastante mayor para separarme de mi familia y vivir con los Huang.

Las carreteras estaban tan enfangadas y llenas de baches gigantescos que no había ningún camionero dispuesto a venir a la casa. Tuvieron que dejar atrás los muebles pesados y la ropa de cama, que ofrecieron a los Huang como mi dote. Mi familia fue, pues, muy práctica. Según mi padre, aquella dote era más que suficiente, pero no pudo evitar que mi madre me diera su *chang*, un collar de jade rojo. Cuando me lo puso alrededor del cuello, sus gestos y su expresión eran muy severos, y me di cuenta de lo triste que estaba.

—No nos deshonres —me dijo—. Cuando llegues, demuestra que te sientes muy feliz. Eres afortunada de veras.

\* \* \*

La casa de los Huang también se levantaba junto al río, pero mientras la nuestra sufrió la inundación, la suya quedó indemne, debido a que estaba ubicada en un lugar del valle más elevado. Esto me hizo ver por primera vez que la posición de los Huang era superior a la de mi familia. Nos miraban con desprecio desde su altura, para lo cual tenían que bajar la vista, cosa que me hizo comprender por qué Huang Taitai y

Tyan-yu tenían la nariz tan larga.

Cuando pasé bajo la arcada de piedra y madera que daba acceso a la finca de los Huang, vi un gran patio con tres o cuatro hileras de edificios pequeños y bajos. Algunos eran almacenes de víveres, y otros, habitaciones para los criados y sus familias. Detrás de estos edificios modestos se alzaba la casa principal.

Seguí avanzando y contemplé la casa que sería mi hogar durante el resto de mi vida, habitada por aquella familia desde hacía muchas generaciones. No es que fuese muy antigua o notable, pero te percatabas de que había crecido con la familia. Tenía planta baja y tres pisos, uno para cada generación: bisabuelos, abuelos, padres e hijos. Su aspecto era enmarañado, pues la habían construido de prisa, añadiéndole luego habitaciones, pisos, alas y decorados de muchos estilos, que reflejaban demasiadas opiniones. El primer nivel se construyó con piedras del río, unidas con una mezcla de barro y paja. Los niveles segundo y tercero eran de ladrillo liso con una pasarela exterior que le daba el aspecto de una torre de palacio, y el nivel superior tenía muros de losas grises coronados con un tejado rojo. Dos columnas grandes y redondas, que sostenían una terraza sobre la puerta principal, daban a la casa un aire de importancia. Estas columnas estaban pintadas de rojo, al igual que los bordes de las ventanas de madera. Alguien, probablemente Huang Taitai, había añadido cabezas de dragones imperiales en los ángulos del tejado.

Las pretensiones del interior de la casa eran de distinto orden. La única habitación agradable era una sala en el primer piso, que los Huang utilizaban para recibir a sus invitados. Allí había mesas y sillas de laca roja tallada, elegantes cojines con el apellido de los Huang bordado al estilo antiguo, y muchos objetos preciosos que daban una impresión de riqueza y prestigio añejo. El resto de la casa era sencillo, incómodo y ruidoso, como no podía ser menos con veinte parientes quejosos hacinados bajo un mismo techo. Creo que con cada generación el interior de la casa se había reducido. Llegó un momento en que fue preciso dividir en dos cada habitación.

No hubo ninguna fiesta con motivo de mi llegada. Huang Taitai no colgó pendones rojos para saludarme en la lujosa sala de la planta baja. Tyan-yu no estaba presente para recibirme. Huang Taitai me hizo subir apresuradamente al primer piso, donde estaba la cocina, un lugar al que no solían ir los niños de la familia, pues era el ámbito de los cocineros y criados. Entonces supe cuál era mi posición en aquella casa.

Aquel primer día, enfundada en mi mejor vestido acolchado, me puse a cortar verduras en la baja mesa de cocina. No podía evitar el temblor de mis manos. Echaba en falta a mi familia y tenía una sensación extraña en el estómago, al saber que por fin me encontraba en el lugar al que pertenecía. Pero también estaba decidida a hacer honor a las palabras de mis padres, de modo que Huang Taitai jamás pudiera desprestigiar a mi madre. No le permitiría esa satisfacción.

Mientras me entregaba a estos pensamientos, me fijé en una vieja criada

encorvada sobre la misma mesa, que estaba destripando un pescado. Me miraba por el rabillo del ojo y, como yo estaba llorando, temí que se lo dijera a Huang Taitai, por lo que sonreí y exclamé:

—¡Soy una chica muy afortunada! Me voy a dar la gran vida.

No me di cuenta de que tenía el cuchillo en la mano, y debí de agitarlo muy cerca de su nariz, porque ella gritó enojada:

—*Shemma bende ren!* (¿Qué clase de idiota eres?).

Comprendí en el acto que esto era una advertencia, porque cuando hice mi precipitada declaración de felicidad, casi me engañé a mí misma, pensando que podría ser verdad.

Vi a Tyan-yu a la hora de cenar. Todavía era unos centímetros más alta que el muchacho, pero éste actuaba como si fuera un importante señor de la guerra. Supe qué clase de marido sería, porque se esforzaba al máximo para hacerme llorar. Se quejó de que la sopa no estaba lo bastante caliente y luego derramó el contenido del cuenco fingiendo que era por accidente. Esperó hasta que estuve sentada para comer y entonces pidió otro cuenco de arroz. Me preguntó por qué ponía una cara tan desagradable cuando le miraba.

En el transcurso de los años siguientes, Huang Taitai dio instrucciones a los demás criados para que me enseñaran a coser los ángulos de las fundas de las almohadas y a bordar mi futuro apellido. Cada vez que me enseñaba una nueva tarea, Huang Taitai me preguntaba cómo una esposa puede mantener en orden la casa de su marido si nunca se ha ensuciado sus propias manos. No creo que ella se ensuciara jamás las suyas, pero era muy diestra para dar órdenes y criticar.

—Enséñale a lavar adecuadamente el arroz, hasta que el agua corra clara —le decía a una criada—. Su marido no puede comer arroz turbio.

En otra ocasión le ordenó a una criada que me enseñara a limpiar el orinal:

—Que meta la nariz en el recipiente para asegurarse de que está bien limpio.

Así es cómo aprendí a ser una esposa obediente. Aprendí a cocinar tan bien que por el olor sabía si el relleno de carne era demasiado salado antes incluso de saborearlo. Podía coser con unas puntadas tan minúsculas que parecía como si el bordado hubiera sido pintado. E incluso Huang Taitai simulaba quejarse, diciendo que si tiraba una blusa sucia al suelo, antes de que cayera ya estaba limpia y volvía a ponérsela, por lo que todos los días llevaba la misma ropa.

Al cabo de un tiempo ya no pensaba que aquella clase de vida era terrible. No, en absoluto: al cabo de un tiempo, estaba tan dolida que ya no notaba ninguna diferencia. ¿Qué mayor felicidad que la de ver a todo el mundo engullir las setas relucientes y los brotes de bambú que yo había ayudado a preparar aquel día? ¿Había algo más satisfactorio que el gesto de asentimiento y las palmaditas que Huang Taitai me daba en la cabeza después de que le pasara el peine por la cabellera un centenar de veces? ¿No es el colmo de la felicidad ver que Tyan-yu comía un cuenco entero de fideos sin quejarse ni una sola vez de su sabor o de su aspecto? Es algo parecido a lo

que sienten esas señoras que vemos en la televisión norteamericana, tan felices por haber quitado las manchas de la ropa, la cual ahora tiene mejor aspecto que si fuese nueva.

¿Te das cuenta de cómo los Huang casi me inundaban con su manera de pensar? Llegué a considerar a Tyan-yu como un dios, alguien cuyas opiniones valían mucho más que mi propia vida, y Huang Taitai llegó a parecerme mi madre verdadera, alguien a quien quería complacer, alguien a quien debía seguir y obedecer sin rechistar.

Cuando llegó el año nuevo lunar y cumplí dieciséis años, Huang Taitai me dijo que ya estaba preparada para recibir un nieto la próxima primavera. Aun cuando yo no hubiera querido casarme, ¿dónde podría vivir si no accedía? Aunque fuese fuerte como un caballo, ¿cómo podría huir? Los japoneses estaban hasta en el último rincón de China.

\* \* \*

—Los japoneses se presentaron como unos huéspedes a los que nadie había invitado —dijo la abuela de Tyan-yu— y por eso no vino nadie más.

Huang Taitai había trazado unos planes minuciosos, pero la ceremonia de nuestra boda fue muy reducida.

Había invitado al pueblo entero, así como amigos y familiares de otras ciudades. En aquella época no se pedía respuesta a la invitación. No asistir se consideraba una descortesía, y Huang Taitai no creyó que la guerra pudiera cambiar los buenos modales de la gente. Así pues, la cocinera y sus ayudantes prepararon centenares de platos. Los viejos muebles de mi familia habían sido pulimentados y estaban en la sala, formando una dote impresionante. Huang Taitai se había encargado de eliminar todas las señales dejadas por el agua y el barro. Incluso había encargado a alguien que escribiera mensajes de felicitación en estandartes rojos, lo cual daba la sensación de que mis propios padres habían confeccionado aquellos motivos decorativos para felicitar me por mi buena suerte. También había alquilado un palanquín rojo para transportarme desde la casa de su vecino al lugar de la boda.

El día que nos casamos fue muy desafortunado, a pesar de que la casamentera había elegido un día de suerte, el decimoquinto de la octava luna, cuando ésta es perfectamente redonda y más grande que en cualquier otra época del año. Pero los japoneses llegaron una semana antes que la luna, e invadieron la provincia de Shansi, así como las provincias limítrofes con la nuestra. La gente estaba nerviosa, y la mañana del día quince, el de nuestra boda, empezó a llover, lo cual era un mal augurio. Al principio los truenos y relámpagos confundieron a la gente, temerosa de un bombardeo japonés, y no quisieron abandonar sus casas.

Más tarde supe que la pobre Huang Taitai esperó muchas horas a que llegaran

más invitados y, finalmente, al ver que no acudiría nadie más, decidió dar comienzo a la ceremonia. ¿Qué otra cosa podía hacer? No estaba en sus manos cambiar el curso de la guerra.

Yo me encontraba en la casa vecina. Cuando me llamaron para que bajara y me acomodase en el palanquín rojo, estaba sentada ante un pequeño tocador, junto a una ventana abierta. Me eché a llorar y pensé amargamente en la promesa que les hice a mis padres. Me pregunté por qué habían decidido mi destino, por qué mi vida había de ser desdichada para que la de otra persona fuese feliz. Desde mi asiento junto a la ventana vi el río Fen con sus turbias aguas marrones. Pensé en arrojarme a aquel río que había destruido la felicidad de mi familia. A una se le ocurren pensamientos muy extraños cuando parece que su vida está a punto de terminar.

Empezó a llover de nuevo, apenas una llovizna. Desde abajo volvieron a gritarme que me diera prisa, y mis pensamientos se volvieron más imperiosos y extraños.

Me pregunté qué era lo verdadero en una persona. ¿Cambiaría de la misma manera que el río cambia de color pero seguiría siendo la misma persona? Entonces vi que las cortinas se agitaban con violencia y afuera llovía con más intensidad, por lo que todo el mundo se escabullía y gritaba. Sonreí, y me di cuenta por primera vez del poder que tiene el viento. No podía ver al viento, pero sí cómo acarrea el agua que llenaba los ríos y moldeaba el campo, que hacía aullar y brincar a los hombres.

Me restregué los ojos y me miré en el espejo. Lo que vi reflejado en él me sorprendió. Llevaba un hermoso vestido rojo, pero lo que vi era incluso más valioso. Yo era fuerte y pura, albergaba unos pensamientos originales que nadie podía ver, que nadie podría arrebatarme jamás. Yo era como el viento.

Eché la cabeza atrás y sonreí orgullosa de mí misma. Entonces me tapé el rostro con el gran pañuelo rojo bordado y cubrí estos pensamientos, pero seguía sabiendo quién era bajo aquel pañuelo, y me hice una promesa: siempre recordaría los deseos de mis padres, pero jamás me olvidaría a mí misma.

Cuando llegué al lugar de la boda, tenía el pañuelo rojo sobre la cara y no veía nada delante de mí, pero inclinando la cabeza hacia delante pude ver lo que había a los lados. Muy pocas personas habían asistido. Vi a los Huang, los mismos parientes viejos y quejosos, ahora azorados por la escasa asistencia de invitados, y los músicos con sus violines y flautas. Algunos vecinos del pueblo habían tenido suficiente arrojito para salir y disfrutar de una comida gratuita. Incluso vi criados con sus hijos, a los que debieron añadir para que la concurrencia pareciera mayor.

Alguien me cogió de las manos y me guió a lo largo de un pasillo. Yo era como una ciega caminando hacia mi destino. Pero ya no estaba asustada. Podía ver lo que había dentro de mí.

Un alto funcionario presidió la ceremonia, y habló demasiado sobre filósofos y modelos de virtud. Luego la casamentera se refirió a nuestras fechas de nacimiento y habló de armonía y fertilidad. Incliné mi cabeza cubierta por el velo y noté que sus manos desdoblaban un pañuelo de seda rojo y levantaban una vela roja para que

todos los presentes pudieran verla.

La vela tenía pabilo en ambos cabos. En un lado estaban tallados los ideogramas dorados del nombre de Tyan-yu, y en el otro los míos. La casamentera encendió los dos cabos y anunció:

—El matrimonio ha dado comienzo.

Tyan me quitó el pañuelo del rostro y sonrió a sus familiares y amigos, sin mirarme ni una sola vez. Me recordaba a un joven pavo real al que vi una vez actuar como si acabara de afirmar su posesión de todo el corral, desplegando en abanico su cola todavía corta.

La casamentera colocó la vela roja encendida en una palmatoria de oro y la tendió a una criada que parecía nerviosa. Esta criada tenía que vigilar la vela durante el banquete y a lo largo de la noche, para asegurarse de que no se apagaba ningún extremo. Por la mañana la casamentera mostraría el resultado, un poco de ceniza negra, y declararía: «Esta vela ha ardidido continuamente por ambos cabos sin apagarse. Este matrimonio no podrá romperse jamás».

Todavía lo recuerdo. Aquella vela era un vínculo matrimonial más valioso que la promesa de no divorciarse efectuada por un católico. Significaba que no podría divorciarme ni volver a casarme jamás, aunque Tyan-yu muriese. Aquella vela roja sellaba mi pertenencia inviolable a mi marido y su familia, sin que a partir de entonces valiera ninguna excusa para pedir la separación.

Por supuesto, a la mañana siguiente la casamentera efectuó su declaración y mostró que había hecho su tarea. Pero yo sabía lo que había ocurrido realmente, porque permanecí despierta toda la noche, llorando por mi matrimonio.

\* \* \*

Después del banquete, los pocos invitados reunidos nos llevaron casi en volandas al segundo piso, donde estaba nuestro pequeño dormitorio. La gente bromeaba a gritos y sacaba a los niños de debajo de la cama. La casamentera ayudó a los pequeños a recoger los huevos rojos que habían ocultado entre las mantas. Los chicos que tenían aproximadamente la edad de Tyan-yu nos hicieron sentar en la cama, uno al lado del otro, y nos azuzaron para que nos besáramos y nuestros rostros enrojecieran de pasión. En la pasarela, al otro lado de la ventana abierta, estallaron petardos, y alguien dijo que ésta era una buena excusa para que me arrojara en brazos de mi marido.

Cuando todos se marcharon, permanecimos sentados uno al lado del otro, sin decirnos nada, durante varios minutos, oyendo todavía las risas en el exterior. Cuando se hizo el silencio, Tyan-yu me dijo:

—Ésta es mi cama. Tú dormirás en el sofá.

Me arrojó una almohada y una manta delgada. ¡Qué contenta estaba! Esperé a que

se durmiera y entonces me levanté sin hacer ruido, bajé la escalera y salí al patio oscuro.

El aire olía como si pronto fuese a llover de nuevo. Yo andaba descalza, llorando y notando aún el calor húmedo dentro de los ladrillos. Al otro lado del patio, a través del recuadro amarillo de una ventana abierta, vi a la criada de la casamentera. Estaba sentada ante una mesa, muy adormilada al parecer, mientras la vela roja ardía en su palmatoria especial. Me senté junto a un árbol, para ver cómo se decidía mi destino por mí.

Debí de quedarme dormida, pues recuerdo que desperté sobresaltada por el estrépito de un trueno crepitante. Vi que la criada de la casamentera salía corriendo de la habitación, asustada como un pollo a punto de perder la cabeza. Pensé que también se había dormido y ahora creía que los japoneses nos bombardeaban. Me eché a reír, me pregunté adónde creería que estaba yendo. Y entonces vi que la brisa hacía oscilar un poco las llamas de la vela roja.

No pensé en nada al levantarme y cruzar el patio corriendo hacia la habitación iluminada con aquella luz amarillenta, pero confiaba —rezaba a Buda, a la diosa de la misericordia y a la luna llena— en que la vela se apagara. Chisporroteó un poco y las llamas se inclinaron hacia abajo, pero ambos cabos siguieron ardiendo. Mi garganta se llenó con tanta esperanza que al final ésta se rompió y apagó el cabo de la vela correspondiente a mi marido.

Me eché a temblar. Temí que apareciera un cuchillo y me matara en el acto, o que se abriera el cielo y los vientos me arrastraran, pero no ocurrió nada, y cuando volví en mí, salí rápidamente de la habitación, sintiéndome culpable.

A la mañana siguiente la casamentera efectuó su orgullosa declaración ante Tyan-yu, sus padres y yo.

—Mi trabajo ha concluido —anunció, vertiendo el resto de ceniza negra en el paño rojo.

Su criada tenía una expresión avergonzada y pesarosa.

\* \* \*

Aprendí a amar a Tyan-yu, pero no como pensáis. Desde el principio, me angustió la idea de que algún día montaría encima de mí para hacer aquello a lo que tenía derecho.

Cada vez que yo entraba en nuestro dormitorio, mi cabello ya estaba erizado. Pero él no me tocó una sola vez durante los primeros meses. Dormía en su cama, y yo en el sofá.

Delante de sus padres era una esposa obediente, tal como me habían enseñado. Cada mañana ordenaba a la cocinera que matara un pollo joven y lo cociera hasta convertirlo en puro jugo. Yo misma colaba este jugo en un cuenco, sin añadir agua, y

se lo daba para desayunar, musitando buenos deseos acerca de su salud. Y todas las noches preparaba una sopa tónica especial llamada *tounau*, que no sólo era deliciosa, sino que tenía ocho ingredientes que garantizan larga vida a las madres. Esto complacía en gran medida a mi suegra.

Pero no era suficiente para hacerla feliz. Una mañana, Huang Taitai y yo estábamos sentadas en la misma habitación, trabajando en nuestros bordados. Yo soñaba en mi infancia, en una rana doméstica que tuve una vez, llamada Gran Viento. Huang Taitai parecía inquieta, como si le picara la planta del pie. La oí resoplar y luego, de improviso, se levantó de la silla, se acercó a mí y me abofeteó.

—¡Mala esposa! —gritó—. Si te niegas a dormir con mi hijo, yo me niego a darte de comer o vestirte.

Así supe lo que había dicho mi marido para evitar las iras de su madre. También yo estaba llena de ira, pero no dije nada, recordando la promesa que hice a mis padres de que sería una esposa obediente.

Aquella noche me senté en la cama de Tyan-yu y esperé que me tocara, pero no lo hizo y me sentí aliviada. A la noche siguiente, me tendí en la cama, a su lado, y él siguió sin tocarme, y por eso, a la noche siguiente, me quité la camisa de dormir.

Fue entonces cuando pude ver lo que había dentro de Tyan-yu. Estaba asustado y desvió el rostro. No me deseaba, pero su temor me hizo pensar que no deseaba a ninguna mujer. Era como un chiquillo cuyo crecimiento se hubiera interrumpido. Al cabo de un rato ya no tuve ningún miedo, e incluso empecé a pensar de un modo distinto sobre Tyan-yu, no como una esposa que ama a su marido, sino como una hermana que protege a un hermano menor. Me puse de nuevo la camisa de dormir, me acosté a su lado y le froté la espalda. Supe que ya no tenía nada que temer. Dormía con Tyan-yu: él no me tocaba y yo disponía de una cama cómoda.

Transcurrieron varios meses y, al ver que mi vientre y mis pechos seguían lisos, Huang Taitai volvió a enfurecerse.

—Mi hijo dice que ha plantado suficientes semillas para que nazcan millares de nietos. ¿Dónde están? Debes ser tú la que hace algo que no está bien.

Y tras esto me ordenó que no me moviera de la cama, de modo que las simientes de su hijo no se perdieran con tanta facilidad.

Sin duda creerás que es muy divertido pasarte el día entero en la cama, sin levantarte jamás, pero te digo que es peor que una prisión. Creo que Huang Taitai se había vuelto un poco loca.

Pidió a los criados que recogieran todos los objetos afilados que había en la habitación, creyendo que tijeras y cuchillos estaban cortando a su próxima generación. Me prohibió que cosiera y dijo que debía concentrarme y no pensar en nada salvo en tener hijos. Cuatro veces al día, una joven sirvienta muy bonita entraba en mi habitación y se deshacía en excusas mientras me obligaba a beber una medicina que tenía un sabor horrible.

Yo envidiaba a aquella muchacha, la libertad que tenía para desplazarse. A veces,

mientras la contemplaba desde mi ventana, me imaginaba en su lugar, de pie en el patio, regateando con el zapatero remendón ambulante, cuchicheando con otras sirvientas, riñendo a un guapo recadero con su voz aguda y provocativa.

Un día, al cabo de dos meses sin ningún resultado. Huang Taitai llamó a la vieja casamentera. Ésta me examinó detenidamente, miró la fecha y la hora de mi nacimiento y luego preguntó a Huang Taitai por mi naturaleza. Finalmente le ofreció sus conclusiones.

—Lo que ha ocurrido está claro. Una mujer sólo puede concebir si es deficiente en uno de los elementos. Tu nuera nació con suficiente madera, fuego, agua y tierra, y tenía deficiencia de metal, cosa que era un buen signo. Pero cuando se casó la cargaste con brazaletes de oro y adornos, y ahora tiene todos los elementos, incluido el metal. Está demasiado equilibrada para tener hijos.

Esta explicación alegró mucho a Huang Taitai, pues nada podía satisfacerle más que reclamar todo su oro y sus joyas y ayudarme a ser fértil. También fue una buena noticia para mí, porque cuando me quitó todo el oro de mi cuerpo me sentí más ligera y más libre. Dicen que esto es lo que ocurre si te falta metal. Empiezas a pensar como una persona independiente. Aquel día empecé a pensar en cómo me libraría de aquel matrimonio sin romper la promesa que hice a mi familia.

No me costó mucho dar con la solución. Haría creer a los Huang que ellos habían tenido la idea de desembarazarse de mí, considerando que el contrato de matrimonio no era válido.

Pensé en mi plan durante muchos días. Les observé cuando estaban a mi alrededor, escruté los pensamientos que se revelaban en sus rostros, hasta que estuve preparada. Elegí un día propicio, el tercero del tercer mes, que es cuando se celebra el Festival de la Brillantez Pura. Ese día tus pensamientos deben ser nítidos, pues te dispones a pensar en tus antepasados. Es el día en que todos visitan las tumbas de sus familiares fallecidos, provistos de hoces para cortar los hierbajos y escobas para barrer las lápidas, y ofrecen bolas de masa hervida y naranjas como alimento espiritual. No, no es un día sombrío, sino más bien como una excursión al campo, pero tiene un significado especial para quienes esperan la llegada de nietos.

En la mañana de aquel día desperté a Tyan-yu y a toda la casa con mis sollozos. Huang Taitai tardó largo tiempo en presentarse en mi habitación.

—¿Qué le pasará ahora? —gritó desde su dormitorio—. Id a tranquilizarla.

Pero finalmente, como yo no dejaba de llorar, entró precipitadamente en mi habitación y me riñó a voz en cuello.

Yo me tapaba la boca con una mano y los ojos con la otra. Mi cuerpo se contorsionaba como si fuese presa de un terrible dolor. Resultaba muy convincente, porque Huang Taitai retrocedió y se encogió como un animal asustado.

—¿Qué te ocurre, hijita? —gritó—. Dímelo en seguida.

—Oh, es demasiado terrible para pensarlo... para decirlo —repliqué entre sollozos, con la voz entrecortada.

Cuando consideré que había llorado bastante, dije aquello que era tan impensable.

—He tenido un sueño. Nuestros antepasados se presentaron y me dijeron que querían ver nuestra boda, así que Tyan-yu y yo celebramos la misma ceremonia para ellos. Vimos a la casamentera encender la vela y dársela a la criada para que la vigilara. Nuestros antepasados estaban tan complacidos, tanto...

Volví a llorar suavemente. Huang Taitai pareció impacientarse.

—Pero entonces la criada salió de la habitación y un fuerte viento llegó de improviso y apagó la vela. Nuestros antepasados se pusieron muy furiosos. ¡Dijeron a gritos que el matrimonio estaba condenado! ¡Dijeron que el extremo de la vela correspondiente a Tyan-yu se había apagado! ¡Nuestros antepasados dijeron que Tyan-yu moriría si seguía casado conmigo!

Tyan-yu palideció, pero Huang Taitai sólo frunció el ceño.

—¡Sólo una niña estúpida puede tener tales sueños! —exclamó, y ordenó a todos con malos modos que volvieran a la cama.

—Madre —le dije en un susurro ronco—. ¡No me abandones, por favor! ¡Tengo miedo! Nuestros antepasados han dicho que si este asunto no se arregla, iniciarán el ciclo de la destrucción.

—¿Qué tonterías son ésas? —gritó Huang Taitai, volviéndose hacia mí. Tyan-yu la imitó, frunciendo el ceño igual que su madre. Supe que casi habían caído en la trampa, eran como dos patos inclinándose hacia la cazuela.

—Ellos sabían que no me creeríais —les dije en tono compungido—, porque saben que no quiero abandonar las comodidades de mi matrimonio. Por eso nuestros antepasados han dicho que ofrecerán signos para mostrar cómo se está descomponiendo nuestro matrimonio.

—¿Qué tonterías engendra tu estúpida cabeza? —dijo Huang Taitai, suspirando, pero no pudo resistirse a preguntar—: ¿Qué signos?

—En mi sueño vi un hombre con una larga barba y un lunar en la mejilla.

—¿El abuelo de Tyan-yu? —preguntó Huang Taitai.

Asentí, recordando el retrato que colgaba de la pared.

—Dijo que hay tres signos. Primero, ha dibujado una mancha negra en la espalda de Tyan-yu, y esa mancha crecerá y consumirá la carne de Tyan-yu como devoró el rostro de nuestro antepasado antes de que muriese.

Huang Taitai se volvió rápidamente hacia Tyan-yu y le alzó la camisa.

—*Aii-ya!* —exclamó, porque allí estaba el mismo lunar negro, del tamaño de la punta de un dedo, tal como yo lo había visto siempre durante los cinco meses en que habíamos dormido como hermana y hermano.

—Entonces nuestro antepasado me tocó la boca. —Me di unas palmaditas en la mejilla, como si ya me doliera—. Dijo que mis dientes empezarán a caer uno tras otro, hasta que ya no pudiera protestar por abandonar este matrimonio.

Huang Taitai me abrió la boca y soltó una exclamación al ver el espacio vacío en el fondo de mi boca, de donde cuatro años atrás se me había desprendido una muela

echada a perder.

—Y, finalmente, le vi plantar una semilla en la matriz de una joven criada. Dijo que esa muchacha sólo finge proceder de una familia humilde, pero que en realidad es de sangre imperial y...

Hundí la cabeza en la almohada, como si estuviera demasiado extenuada para continuar. Huang Taitai me tocó el hombro.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que la criada es la verdadera esposa espiritual de Tyan-yu y que la semilla que ha plantado se convertirá en el hijo de Tyan-yu.

A media mañana trajeron a rastras a la criada de la casamentera y le extrajeron su terrible confesión.

Tras mucho buscar, encontraron a la joven criada que me gustaba tanto, aquella a la que había mirado desde mi ventana todos los días. Había visto cómo se le agrandaban los ojos y su voz provocativa se suavizaba cada vez que llegaba el guapo recadero. Y más adelante vi que su vientre se redondeaba y el temor y la preocupación le alargaban el rostro.

Así pues, imagina su felicidad cuando la obligaron a decir la verdad sobre su procedencia imperial. Más tarde supe que el milagro de casarse con Tyan-yu la maravilló tanto que se convirtió en una persona muy religiosa, y ordenaba a los criados que barrieran las tumbas de los antepasados no sólo una vez al año, sino a diario.

\* \* \*

La historia finaliza aquí. No me culparon demasiado. Huang Taitai tuvo su nieto. Yo obtuve mis ropas, un billete de tren a Pekín y el dinero suficiente para emigrar a los Estados Unidos. Los Huang sólo me pidieron que jamás contara a nadie de importancia la historia de mi aciago matrimonio.

Ésta es la verdadera historia de cómo mantuve mi promesa y sacrifiqué mi vida. Mira el oro que ahora puedo llevar. Di a luz a tus hermanos y entonces tu padre me regaló estos dos brazaletes. Luego te tuve a ti. Y de vez en cuando, cuando me sobra algo de dinero, compro otro brazaletes. Sé lo que valgo. Siempre son de veinticuatro quilates, de oro puro.

Pero jamás olvidaré. El día del Festival de la Brillantez Pura, me quito todos mis brazaletes. Recuerdo el día en que se me ocurrió aquel pensamiento y fui capaz de seguirlo hasta el final. Aquel día yo era una chiquilla con el rostro cubierto por un pañuelo rojo de desposada. Entonces prometí que no me olvidaría de mí misma.

¡Qué bonito es volver a ser aquella niña, quitarme el pañuelo para ver lo que hay debajo y sentir que mi cuerpo vuelve a ser ligero!

# Ying-Ying St. Clair

## La Dama de la Luna

Durante todos esos años mantuve la boca cerrada, a fin de que no salieran de ella deseos egoístas, y, como permanecí silenciosa tanto tiempo, ahora mi hija no me oye. Se sienta junto a su lujosa piscina y sólo presta oídos a su *Sony Walkman*, su teléfono sin cable, su corpulento e importante marido que le pregunta por qué usan carbón y no un fluido más ligero.

Durante todos esos años mantuve oculta mi naturaleza, deslizándome como una pequeña sombra para que nadie pudiera atraparme. Y, como me movía con tanto sigilo, ahora mi hija no me ve. Sólo ve una lista de compras, su cuenta corriente sin saldo, el cenicero torcido sobre una mesa recta.

Y quiero decirle que estamos perdidas, ella y yo, ni nos ven ni vemos, ni nos oyen ni oímos, los demás nos desconocen.

No me perdí a mí misma en seguida. Restregué el rostro a lo largo de los años para eliminar mi dolor, de la misma manera en que el agua desgasta las tallas en piedra.

No obstante, hoy puedo recordar la época en que corría y gritaba, en que no podía quedarme quieta. Es mi recuerdo más antiguo: contarle mi deseo secreto a la Dama de la Luna, y como olvidé lo que deseaba, ese recuerdo ha permanecido oculto para mí durante muchos años.

Pero ahora recuerdo el deseo y veo con nitidez los detalles de aquel día, tan claramente como veo a mi hija y la estupidez de su vida.

En 1918, cuando tenía cuatro años, el Festival de la Luna llegó a Wushi durante un otoño excepcionalmente caluroso. Cuando desperté aquella mañana, el día decimoquinto de la octava luna, la estera de paja que cubría mi cama ya estaba pegajosa. La habitación olía a hierba húmeda cociéndose lentamente con el calor.

A principios del verano los criados pusieron cortinas de bambú en todas las ventanas, para mitigar los terribles rayos del sol. Las camas estaban cubiertas con una estera de paja tejida, lo único que usábamos durante los largos meses de constante calor húmedo. Sobre los ladrillos calientes del patio había una cuadrícula de senderos de bambú. Llegó el otoño, pero sin sus mañanas y noches frescas, y el calor rancio continuaba en las sombras detrás de las cortinas, caldeando los acres olores de mi orinal, filtrándose en mi almohada, despellejándome el cuello e hinchándome las mejillas, por lo que aquella mañana me desperté inquieta y quejosa.

Me llegó otro olor desde el exterior, de algo que se quemaba, una áspera fragancia agrídulce.

—¿Qué es ese olor tan fuerte? —pregunté a mi ama de cría, quien siempre se las ingeniaba para aparecer junto a mi cama en cuanto me despertaba. Dormía en un camastro, en una pequeña habitación junto a la mía.

—Es lo mismo que te expliqué ayer —respondió, al tiempo que me levantaba de la cama y me sentaba en sus rodillas, y mi mente adormilada intentó recordar lo que me contó la mañana anterior al despertar.

—Estamos quemando los Cinco Males —le dije soñolienta, y me revolví para saltar de su cálido regazo.

Subí a un pequeño taburete y miré a través de la ventana, al patio que se extendía abajo. Vi un objeto verde, enrollado en espiral en forma de serpiente, con una cola de la que se alzaba un humo amarillo. El día anterior, mi ama de cría me había mostrado que la serpiente salía de una pintoresca caja, decorada con cinco criaturas malignas: una serpiente nadadora, un escorpión saltarín, un ciempiés volador, una araña que se dejaba caer al suelo y un lagarto que se lanzaba como impulsado por un resorte, y me explicó que la picadura de cualquiera de aquellos seres podía matar a un niño. Así pues, sentí alivio al pensar que habían capturado a los Cinco Males y estaban quemando sus cadáveres. No sabía que la serpiente verde era tan sólo incienso utilizado para alejar mosquitos y moscas pequeñas.

Aquel día, en vez de vestirme con una chaqueta de algodón claro y unos pantalones holgados, el ama de cría me trajo una pesada chaqueta de seda amarilla y una falda bordeada de franjas negras.

—Hoy no hay tiempo para jugar —me dijo, abriendo la chaqueta forrada—. Tu madre te ha hecho nuevas ropas de tigre para el Festival de la Luna... —Me puso los pantalones—. El de hoy es un día muy importante, y ahora eres una niña mayor, así que puedes asistir sin problemas a la ceremonia.

—¿Qué es una ceremonia? —pregunté al ama, que ahora me ponía la chaqueta sobre las prendas interiores de algodón.

—Es una manera apropiada de comportarse. Haces esto y aquello para que los dioses no te castiguen —me explicó mientras me abrochaba las presillas.

—¿Qué clase de castigo? —le pregunté audazmente.

—¡Haces demasiadas preguntas! —gritó el ama—. No necesitas entenderlo. Compórtate, simplemente, sigue el ejemplo de tu madre. Enciende el incienso, haz una ofrenda a la luna, inclina la cabeza. No me hagas quedar mal, Ying-Ying.

Bajé la cabeza, con los labios fruncidos. Reparé en las franjas negras que rodeaban las mangas de la chaqueta y las diminutas peonías bordadas que emergían de unas volutas de hilo dorado. Recordé haber visto a mi madre coser con una aguja plateada y con suaves movimientos, haciendo que flores, hojas y zarcillos florecieran en el paño.

Entonces oí voces en el patio. Me puse de puntillas en el taburete para ver quién era. Alguien se quejaba del calor: «... tócame el brazo, está tan ablandado por el calor que se nota el hueso». Muchos familiares del norte habían llegado para el Festival de la Luna, y pasarían con nosotros la semana.

El ama intentó peinarme con un ancho peine, y en cuanto encontró un nudo fingí que me caía del taburete.

—¡Quieta, Ying-Ying! —gritó, como hacía siempre, mientras yo me reía y oscilaba en el taburete.

Entonces me tiró del pelo, como si fueran las riendas de un caballo, y antes de que pudiera caerme otra vez del taburete, me lo trenzó con mucha rapidez, formando una sola trenza a un lado, que sujetó con cinco cintas de seda de colores. A continuación enrolló la trenza, convirtiéndola en un prieto moño, y dispuso y recortó las cintas de seda sueltas hasta que formaron una bonita borla.

Me dio la vuelta para inspeccionar su obra. Me estaba asando bajo la chaqueta de seda forrada y los pantalones, prendas sin duda destinadas a días más frescos. Sentía una quemazón en el cuero cabelludo, debida a las atenciones prodigadas por el ama. ¿Qué clase de fiesta podría justificar semejante sufrimiento?

—Muy bonita —afirmó el ama, aunque yo tenía el ceño fruncido.

—¿Quién viene hoy? —le pregunté.

—*Dajya* (Toda la familia) —respondió muy satisfecha—. Vamos a ir todos al lago Tai. La familia ha alquilado un barco con un jefe de cocina famoso, y esta noche, durante la ceremonia, verás a la Dama de la Luna.

—¡La Dama de la Luna! ¡La Dama de la Luna! —exclamé, dando saltos y llena de entusiasmo. Entonces, cuando cesó mi asombro ante los agradables sonidos de mi voz al pronunciar las nuevas palabras, tiré de la manga del ama y le pregunté—: ¿Quién es la Dama de la Luna?

—Se llama Chang-O y vive en la luna. Hoy es el único día que puedes verla y lograr que se cumpla un deseo secreto.

—¿Qué es un deseo secreto?

—Es lo que deseas pero no puedes pedir —respondió el ama.

—¿Por qué no puedo pedirlo?

—Porque... porque si lo pides... ya no es un simple deseo, sino un deseo egoísta —replicó el ama—. ¿No te he enseñado que está mal eso de pensar en tus propias necesidades? Una muchacha nunca debe pedir nada. Ha de escuchar, nada más.

—Si es así, ¿cómo conocerá mi deseo la Dama de la Luna?

—*Ai!* Ya me has hecho demasiadas preguntas! No puedes pedirle nada porque no es una persona ordinaria.

Por fin me di por satisfecha y me apresuré a decirle:

—Entonces le diré que no quiero ponerme esta ropa nunca más.

—¡Ah! ¿Pero no te lo acabo de explicar? Ahora que me has dicho eso, ya no es un deseo secreto.

Mientras comíamos nadie parecía tener prisa por ir al lago. Siempre había alguien que engullía un bocado más, y cuando por fin terminó el desayuno, se entabló una conversación sobre cosas insignificantes. Yo me sentía más preocupada y desdichada a cada minuto que pasaba.

—... La luna de otoño se calienta. ¡Oh! Las sombras de los gansos retornan. —Baba recitaba un largo poema que había descifrado de antiguas inscripciones en

piedra—. En la losa faltaba la tercera palabra —explicó—. Las lluvias la habían desgastado con el paso de los siglos y casi se perdió definitivamente para la posteridad.

—Pero por fortuna —dijo mi tío, con un centelleo en los ojos—, eres un paciente erudito de la historia y la literatura antiguas, y creo que pudiste resolverlo.

Mi padre respondió con el verso:

—Radiantes flores de la bruma. ¡Oh!...

Mamá explicaba a mi tía y a las ancianas la mejor manera de mezclar diversas hierbas e insectos para producir un bálsamo.

—Se extiende aquí, entre estos dos puntos, y se frota vigorosamente hasta que la piel se calienta y el dolor desaparece.

—¡Ai! ¿Pero cómo puedo frotar un pie inflamado? —se lamentó una anciana—. Tengo un dolor intenso tanto dentro como fuera. ¡Es tan sensible que ni siquiera puedo tocarlo!

—Es el calor —se quejó otra vieja tía—, el calor que te cuece la carne y la debilita.

—¡Y que te quema los ojos! —exclamó mi tía abuela. Yo suspiraba cada vez que iniciaban un nuevo tema. Finalmente el ama reparó en mí y me dio un pastelillo lunar en forma de conejo, diciéndome que podía sentarme en el patio y comerlo con mis dos pequeñas medio hermanas, Número Dos y Número Tres.

Es fácil olvidarse de un barco cuando una tiene un pastelillo en forma de conejo en la mano. Las tres salimos enseguida de la habitación y, en cuanto cruzamos la puerta en forma de luna que conducía al patio interior, brincamos y gritamos, corriendo para ver quién llegaba primero al banco de piedra. Yo era la más corpulenta, por lo que tomé asiento en la parte umbría, donde la losa de piedra estaba fresca, y mis medio hermanas se sentaron al sol. Repartí entre las dos las orejas del conejo, que eran sólo de pasta, sin relleno de dulce ni yema de huevo en su interior, pero mis medio hermanas eran demasiado pequeñas para protestar.

—Yo le gusto más a la hermana —le dijo Número Dos a Número Tres.

—No, yo le gusto más —replicó Número Tres.

—No arméis jaleo —ordené a las dos, y me comí el cuerpo del conejo, deslizando la lengua por los labios para lamer la pegajosa pasta de judías.

Nos quitamos mutuamente las migas de la ropa, y al terminar nuestro festín se hizo el silencio y volví a sentirme inquieta. De repente vi una libélula de cuerpo carmesí muy grande y alas transparentes. Me levanté de un salto y corrí tras ella, seguida por mis medio hermanas, que saltaban y alzaban las manos hacia el insecto.

—¡Ying-Ying! —oí que me llamaba el ama, y Número Dos y Número Tres se escabulleron. El ama estaba en el patio y mi madre y las otras señoras cruzaban ahora la puerta lunar. La mujer se me acercó a paso vivo y se agachó para alisar mi chaqueta amarilla—. *Syin yifu! Yidafadwo!* (¡Tu ropa nueva! ¡Todo esparcido por ahí!) —gritó con ostentosa congoja.

Mi madre sonrió y vino hacia mí, volvió a colocarme en su sitio unas hebras de cabello rebelde y las fijó en la trenza arrollada.

—Un chico puede correr y perseguir libélulas, porque así es su naturaleza —me dijo—, pero una muchacha debe estarse quieta. Si permaneces inmóvil largo rato, la libélula ya no te verá. Entonces se acercará a ti y se ocultará en tu cómoda sombra.

Las ancianas mostraron con risas su acuerdo, y entonces todas me dejaron en medio del patio caluroso.

Me quedé perfectamente inmóvil, como me había dicho mi madre, y descubrí mi sombra. Al principio era sólo una mancha oscura sobre las esterillas de bambú que cubrían los ladrillos del patio, con las piernas cortas, los brazos largos y una trenza oscura y enrollada como la mía. Cuando movía la cabeza, ella también lo hacía. Ambas agitamos los brazos y levantamos una pierna. Me volví para marcharme y ella me siguió. Me volví rápidamente y la vi ante mí. Alcé la estera de bambú para ver si podía arrancar mi sombra, pero estaba debajo de la estera, sobre los ladrillos. Grité de placer por la astucia de mi propia sombra. Corrí hacia el círculo umbrío bajo el árbol, viendo cómo mi sombra me perseguía.

Entonces desapareció. Quería a mi sombra, ese lado oscuro mío que poseía la misma naturaleza inquieta que yo.

Entonces oí que el ama me llamaba de nuevo.

—¡Ying-Ying! Es la hora. ¿Estás preparada para ir al lago? —Asentí, eché a correr hacia ella, y mi yo se me adelantó—. Despacio, despacio —me advirtió el ama.

Toda nuestra familia estaba ya sentada en el exterior, charlando animadamente, cada uno de sus miembros con un atavío que le daba aspecto de importancia. Baba llevaba un traje nuevo de color marrón, sencillo pero de una seda cuya textura y confección eran evidentemente de gran calidad. Mamá vestía chaqueta y falda de colores inversos a los míos: seda negra con franjas amarillas. Mis medio hermanas llevaban blusas de color rosa, así como sus madres, las concubinas de mi padre. Mi hermano mayor vestía chaqueta azul con unos bordados que parecían los cetros de Buda para una larga vida. Hasta las ancianas se habían puesto sus mejores galas para la celebración: la tía de mamá, la madre de Baba y su prima, y la gorda esposa del tío abuelo, la cual todavía se depilaba las cejas y siempre andaba como si cruzara un arroyo resbaladizo, con dos pasitos seguidos de una mirada temerosa.

Los criados ya habían cargado en un *jinrikisha* las provisiones básicas de la jornada: un capazo lleno de *zong zi*, el arroz pegajoso envuelto en hojas de loto, unas rellenas de jamón soasado y otras de semillas dulces de loto, un hornillo para hervir el agua del té, otro capazo con tazas, cuencos y palillos, un saco de manzanas, granadas y peras, húmedos tarros de barro con carnes y verduras en conserva, pilas de cajas rojas cada una de las cuales contenía cuatro pastelillos lunares y, por supuesto, esterillas para la siesta de la tarde.

Entonces todos subimos a los *jinrikishas*, los niños más pequeños sentados al lado de sus amas. En el último momento, antes de partir, me zafé del ama, que me tenía

cogida, y salté del vehículo para subir al de mi madre, cosa que desagradó al ama, porque era una conducta presuntuosa por mi parte y también porque el ama me quería más que a su propio hijo, al cual abandonó siendo un bebé, cuando falleció su marido y vino a mi casa para ser mi ama de cría. Pero yo estaba muy mimada por su culpa. Nunca me había enseñado a tener en cuenta sus sentimientos y por ello el ama sólo era para mí alguien que me ofrecía comodidad, como un ventilador en verano o una estufa en invierno, una bendición que sólo aprecias y quieres cuando ya no está presente.

Al llegar al lago, me llevé una decepción porque no había ni un soplo de brisa refrescante. Los hombres que tiraban de nuestros *jinrikishas* estaban empapados en sudor, abrían la boca y resollaban como caballos. En el embarcadero contemplé a los ancianos que iban subiendo a una gran embarcación alquilada por nuestra familia. Tenía forma de casa de té, con un pabellón a cielo abierto mayor que el de nuestro patio, muchas columnas rojas y un tejado puntiagudo, y detrás una especie de cenador con ventanas redondas.

Cuando nos tocó el turno, el ama me cogió la mano con fuerza y cruzamos la pasarela, que se movía bajo nuestros pies, pero en cuanto estuve en cubierta me liberé del ama y, junto con Número Dos y Número Tres, me abrí paso entre las piernas de la gente, rodeadas de ondulantes sedas oscuras y brillantes, para ver quién sería la primera en recorrer toda la longitud del barco.

Me encantaba la sensación de inestabilidad, casi de caída, primero a un lado y luego al otro. Los farolillos rojos que colgaban del tejado y las barandillas se movían como impulsados por la brisa. Mis medio hermanas y yo deslizamos las manos por los bancos y mesitas del pabellón, seguí más con los dedos los dibujos de las amadas barandillas de madera y nos asomamos a las aberturas para ver el agua allá abajo. ¡Y aún nos quedaban más cosas por descubrir!

Abrí una pesada puerta que daba al cenador y corrí a través de una pieza que parecía una gran sala de estar. Mis hermanas me seguían, riendo. Otra puerta abierta me reveló una cocina, en cuyo interior había gente. Un hombre que sostenía una voluminosa cuchilla se volvió, y al vernos nos llamó, pero sonreímos tímidamente mientras retrocedíamos.

En la popa del barco vimos gente de aspecto humilde: un hombre que metía leños en una chimenea alta, una mujer que cortaba verduras y dos muchachos de rudo semblante, acucillados cerca del borde de la embarcación sujetando un cordel atado a una jaula de tela metálica, que pendía justamente por debajo de la superficie del agua. Ni siquiera nos dirigieron una mirada.

Regresamos a la proa del barco, a tiempo de ver que el muelle se alejaba de nosotras. Mamá y las demás señoras ya estaban sentadas en unos bancos alrededor del pabellón, abanicándose con brío y dándose mutuamente palmadas en los lados de la cabeza cuando se les posaban mosquitos. Baba y el tío estaban apoyados en una barandilla, hablando con voces profundas y serias. Mi hermano y unos primos habían

encontrado una larga vara de bambú y la introducían en el agua como si así pudieran hacer que el barco avanzara con más rapidez. Los criados estaban sentados en el extremo delantero, dedicados a calentar agua para el té, pelar nueces de ginkgo tostadas y vaciar los capazos de alimentos para servir una comida fría.

Aunque el lago Tai es uno de los mayores de China, aquel día parecía estar repleto de embarcaciones: botes de remos, botes de pedales, veleros, pesqueros y pabellones flotantes como el nuestro, y así a menudo pasábamos por el lado de otros barcos y veíamos personas inclinadas y con las manos metidas en el agua fresca o que iban a la deriva, dormidas bajo un toldo de paño o una sombrilla lubricada con aceite.

De repente oí los gritos: «¡Aahh! ¡Aahh! ¡Aahh!» y pensé que por fin había empezado la fiesta. Corrí al pabellón y encontré a las tías y tíos riendo, mientras cogían con los palillos gambas bailarinas, que todavía coleaban y agitaban sus patitas. Así pues, eso era lo que había contenido la jaula de tela metálica bajo el agua, gambas de agua dulce, que ahora mi padre mojaba en una salsa picante de soja y engullía tras un par de mordiscos.

Pero la emoción no tardó en disiparse y la tarde pareció transcurrir como cualquier otra en casa: la misma apatía después de la comida, un poco de chismorreo soñoliento con el té caliente, el ama diciéndome que me acueste en la esterilla, el silencio cuando todo el mundo duerme durante las horas más calurosas del día.

Me enderecé y vi que el ama aún dormía, tendida oblicuamente en la estera. Regresé a la popa, donde los muchachos de aspecto rudo estaban sacando de una jaula de bambú un ave de gran tamaño y cuello largo que lanzaban graznidos de protesta y tenía un aro metálico alrededor del cuello. Uno de los muchachos lo inmovilizó, rodeándole las alas con los brazos, mientras el otro ataba una gruesa cuerda a la anilla metálica. Entonces la soltaron; el ave se precipitó agitando frenéticamente sus alas blancas, revoloteó sobre el borde del barco y se posó en las aguas brillantes. Me acerqué al borde y miré al pájaro, que me devolvió la mirada con un solo ojo, cauteloso, antes de zambullirse y desaparecer.

Otro chico arrojó al agua una balsa de cañas rojas huecas, se zambulló y al emerger subió a la balsa. Instantes después también apareció el ave, meneando la cabeza para sujetar un gran pescado que tenía en el pico. Subió a la balsa e intentó tragárselo pero, naturalmente, la anilla alrededor de su cuello se lo impedía. Con un solo movimiento, el muchacho le arrebató el pescado del pico y lo lanzó a su compañero del barco. Aplaudí y el ave se sumergió de nuevo.

Durante la hora siguiente, mientras el ama y los demás dormían, me quedé allí mirando, como un gato hambriento que espera su turno, mientras un pescado tras otro aparecían en el pico del ave para acabar en un cubo de madera sobre la cubierta del barco. Entonces el chico que estaba en el agua le gritó al otro: «¡Suficiente!», y el del barco gritó a alguien que estaba en la parte del barco oculta a mi vista. Se oyeron fuertes ruidos metálicos y silbidos, mientras el barco se movía de nuevo. El muchacho que estaba a mi lado se lanzó al agua, subió a la balsa y se quedó allí en

cuclillas, junto al otro: parecían dos pájaros posados en una rama. Les saludé agitando la mano, envidiosa de la libertad con que se movían, y pronto quedaron lejos, convertidos en una pequeña mancha amarilla que se balanceaba en el agua.

Esta sola aventura me habría bastado, pero seguí allí, como sumida en un sueño agradable, y al volverme vi a una mujer adusta agachada ante el cubo de pescado; sacó un cuchillo de hoja delgada y afilada y empezó a destripar los pescados, quitándoles las entrañas rojas y viscosas y lanzándolas al agua por encima del hombro. La vi raspar las escamas, que volaban como fragmentos de cristal, y luego poner fin al gorjeo de dos pollos, a los que decapitó. Una gran tortuga estiró el cuello para coger un palito y, ¡zas!, también perdió la cabeza. En un recipiente había una masa oscura de delgadas anguilas de agua dulce, que se contorsionaban furiosamente. Entonces la mujer se lo llevó todo a la cocina, sin decir una sola palabra. Ya no había nada más que ver.

En aquel momento, ya demasiado tarde, vi mis ropas nuevas... y las manchas de sangre, escamas de pescado, fragmentos de plumas y barro. ¡Qué ideas tan extrañas se me ocurrían! Presa del pánico, al oír las voces de los que despertaban de su siesta y se aproximaban a la proa del barco, sumergí las manos en el cuenco que contenía la sangre de la tortuga y me restregué las mangas, la parte delantera de los pantalones y la chaqueta, creyendo seriamente que si podía tapar aquellas manchas tiñéndome la ropa de rojo carmesí, y si permanecía completamente inmóvil, nadie se daría cuenta de aquel cambio.

Así es como me encontró el ama: una aparición cubierta de sangre. Todavía oigo su voz, gritando aterrorizada y precipitándose hacia mí para ver qué partes de mi cuerpo faltaban, dónde estaban los orificios por los que me sangraba. Y al no encontrar nada tras inspeccionarme las orejas y la nariz y contarme los dedos, me insultó con palabras que nunca había oído hasta entonces, pero que, por su manera de pronunciarlas, parecían malignas. Me quitó bruscamente la chaqueta y los pantalones, diciéndome que olía «a tal cosa horrible» y que mi aspecto era el de «tal otra cosa horrible». Le temblaba la voz, no tanto de ira como de temor.

—Ahora tu madre podrá darse el gusto de lavarse las manos con respecto a ti — me dijo compungida—. Nos desterrará a las dos a Kunming.

Estas últimas palabras me asustaron de veras, porque había oído decir que Kunming estaba tan lejos que nadie lo visitaba jamás y que era un lugar salvaje rodeado por un bosque de piedra y gobernado por monos. El ama me dejó llorando en la popa del barco, de pie y sólo con las prendas interiores de algodón blanco y las zapatillas atigradas.

Esperaba que mi madre viniera en seguida. La imaginé al ver mi ropa sucia y las florecillas que le habían dado tanto trabajo, pensé que vendría a la popa del barco y me regañaría a su manera suave. Pero no apareció. Una vez oí pasos, pero sólo vi las caras de mis medio hermanas apretadas contra el ventanillo de la puerta. Me miraron con expresión de sorpresa, me señalaron y luego se escabulleron riendo.

El color del agua había ido variando, y del dorado oscuro pasó al rojo, al púrpura y finalmente al negro. Ahora el cielo estaba oscuro y las luces de los farolillos rojos diseminados por el lago empezaron a brillar. Oía a la gente hablar y reír, algunas voces procedentes de la proa de nuestro barco y otras de barcos vecinos. Entonces oí que se abría y cerraba bruscamente la puerta de la cocina, y la atmósfera se llenó de aromas succulentos. «¡Ai! ¡Mirad esto! ¡Y eso de ahí!», exclamaban voces incrédulas en el pabellón. Ansiaba estar con ellos.

Escuché los ruidos del banquete, sentada en la popa y con las piernas colgando. Aunque era de noche, el ambiente resplandecía. Podía ver mi reflejo, mis piernas, mis manos apoyadas en el borde y mi rostro. También vi la causa de aquel resplandor: en el agua oscura se reflejaba la luna llena, una luna tan cálida y grande que parecía el sol. Alcé la cabeza para buscar a la Dama de la Luna y decirle mi deseo secreto, pero todos los demás también debieron verla en aquel momento, porque estallaron los fuegos artificiales, y caí al agua sin oír siquiera el ruido de mi chapuzón.

La frescura consoladora del agua fue una sorpresa y al principio no me asusté. Era como una caída ingravida, en un sueño, y esperaba que el ama viniera de inmediato a recogerme. Pero en el instante en que empecé a asfixiarme, supe que no vendría. Agité brazos y piernas bajo el agua, que me anegaba la nariz, la garganta y los ojos, lo cual hacía que me debatiera con más frenesí. «¡Ama!», intenté gritar, enfurecida porque me había abandonado, por hacerme esperar y sufrir innecesariamente. Y entonces una forma oscura pasó rozándome y supe que era uno de los Cinco Males, una serpiente nadadora.

Me envolvió, me exprimió el cuerpo como si fuera una esponja y luego me arrojó al aire asfixiante... y caí de cabeza en una red llena de pescados que se retorcían. El agua me salía a borbotones de la boca, ahogándome, y en cuanto pude me puse a gemir. Al volver la cabeza vi cuatro sombras, con la luna a sus espaldas. Una figura empapada trepaba al barco.

—¿Es demasiado pequeño? —dijo el hombre que acaba de subir, jadeando—. ¿Lo tiramos al agua o tiene algún valor?

Los otros rieron y yo me quedé muy quieta. Sabía quiénes eran. Cuando pasábamos junto a gente como aquélla por las calles, el ama me tapaba con sus manos las orejas y los ojos.

—Basta ya —les riñó una mujer que estaba entre ellos—. La estáis asustando. Cree que somos bandidos y que vamos a venderla como esclava. —Entonces me preguntó en tono amable—: ¿De dónde vienes, hermanita?

El hombre que acababa de salir del agua se agachó para mirarme.

—¡Vaya, una chiquilla en vez de un pescado!

—¡No es un pescado! ¡No es un pescado! —murmuraron los demás, riendo entre dientes.

Empecé a estremecerme, demasiado asustada para llorar. En el aire flotaban los efluvios acres del pescado y la pólvora, un olor que evocaba peligro.

—No les hagas caso —me dijo la mujer—. ¿Eres de otro pesquero? ¿De cuál? No tengas miedo, de veras.

Veía en el agua botes de remo, de pedal, veleros y pesqueros como el que me había recogido, con la proa alargada y una casita en el centro. Miré atentamente, el corazón latiéndome con fuerza.

—¡Allí! —exclamé, y señalé un pabellón flotante lleno de gente que reía y farolillos—. ¡Allí! ¡Allí!

Me eché a llorar, ansiando desesperadamente regresar con mi familia y recibir su consuelo. El pesquero se deslizó veloz hacia el barco del que procedían los olores succulentos.

—¡Eh! —gritó la mujer—. ¿Habéis perdido una niña, una chiquilla que se cayó al agua?

Se oyeron gritos en el pabellón flotante y forcé la vista para ver los rostros del ama, Baba y mamá. Había gente apiñada en un lado del pabellón, asomada, señalando, mirando nuestro barco. Rostros enrojecidos y risueños, todos desconocidos, voces estentóreas. ¿Dónde estaba el ama? ¿Por qué no había venido mi madre? Una pequeña se abrió paso entre las piernas de los adultos.

—¡Ésa no es yo! —gritó—. Estoy aquí, no me caí al agua.

Los del barco se echaron a reír y se dispersaron.

—Te has equivocado, hermanita —dijo la mujer mientras el pesquero dejaba atrás aquel barco.

Me eché a temblar de nuevo. No había visto a nadie a quien importase mi desaparición. Mi mirada abarcó los centenares de farolillos que oscilaban sobre el agua. Los fuegos artificiales estallaban y a su estrépito se unían las risas de otras gentes. Cuanto más avanzábamos, más se agrandaba el mundo, y ahora tenía la sensación de que me había perdido para siempre.

La mujer seguía mirándome fijamente. Mi trenza estaba enrollada, mi ropa interior era gris y estaba mojada, había perdido las zapatillas y tenía los pies descalzos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó en voz baja uno de los hombres—. Nadie la reclama.

—A lo mejor es una pordiosera —dijo otro—. Mirad sus ropas. Es una de esas chiquillas que navegan en balsas endebles y piden dinero.

Yo estaba aterrorizada. Tal vez tenían razón y me había convertido en una mendiga, perdida sin mi familia.

—¿Pero es que no tenéis ojos en la cara? —dijo la mujer, irritada—. Mirad qué pálida es su piel y lo suaves que son las plantas de sus pies.

—Entonces dejémosla en la orilla. Si es cierto que tiene familia, la buscarán ahí.

—¡Qué noche! —suspiró otro hombre—. Las noches de fiesta siempre se cae alguien al agua, poetas borrachos y niños pequeños. Ha tenido suerte de no ahogarse.

Siguieron charlando así mientras nos dirigíamos lentamente a la orilla. Uno de los

hombres impulsaba la embarcación con una larga caña de bambú y nos deslizábamos entre otros barcos. Cuando llegamos al muelle, el hombre que me había rescatado del agua me cogió con sus manos que olían a pescado y me depositó en tierra.

—La próxima vez ten cuidado, hermanita —me gritó la mujer cuando su barco se alejaba.

La luna brillante estaba a mi espalda, y vi de nuevo mi sombra. Esta vez era más corta, encogida y estafalaria. Juntas corrimos hacia unos arbustos a lo largo de un sendero y nos escondimos. Desde allí podía oír a las personas que pasaban conversando, oía también a las ranas y los grillos y luego... ¡flautas, platillos tintineantes, un gong resonante y tambores!

Me asomé a través del ramaje y vi delante de mí una muchedumbre y, por encima de la gente, un escenario sobre el que se alzaba la luna. Un joven apareció por uno de los lados del escenario y se dirigió al público:

—Y ahora vendrá la Dama de la Luna y os contará su triste historia, en una representación de sombras chinescas cantada a la manera clásica.

¡La Dama de la Luna!, me dije, y el mero sonido de estas palabras mágicas me hizo olvidar mis apuros. Oí más sonidos de platillos y gongs y entonces apareció la sombra de una mujer contra la luna. Tenía el pelo suelto y se lo estaba peinando. Mientras lo hacía, empezó a hablar con una voz dulce y quejumbrosa.

—Mi sino y mi penitencia —se lamentó, pasando sus largos dedos entre las hebras del cabello— es vivir aquí en la luna, mientras mi esposo vive en el sol. Por ello cada día y cada noche seguimos nuestros caminos sin vernos jamás, excepto en esta única noche, la noche de la luna a mediados del otoño.

La multitud se acercó más. La Dama de la Luna tañó su laúd e inició el canto de su historia.

Vi aparecer la silueta de un hombre al otro lado del disco lunar. La Dama de la Luna alzó los brazos hacia él...

—¡Oh, Hou yi, maestro Arquero de los Cielos! —cantó, pero su marido ni siquiera parecía verla. Miraba al cielo y, a medida que la brillantez de éste se intensificaba, abría la boca, no sé si con horror o placer.

La Dama de la Luna se llevó las manos a la garganta y cayó al suelo, llorando.

—¡La sequedad de diez soles en el cielo oriental!

Y mientras la dama cantaba así, el Maestro Arquero apuntó sus flechas mágicas y derribó nueve soles que reventaron y derramaron sangre.

—¡Hundiéndose en un mar hirviente! —entonó alegremente, y pude oír el hervor y la crepitación agónicos de aquellos soles.

Entonces un hada —¡la Reina Madre de los Cielos Orientales!— voló hacia el Maestro Arquero. Abrió una caja, de la que sacó una bola brillante... ¡no, no un sol infantil, sino un melocotón mágico, el melocotón de la vida eterna! Vi que la Dama de la Luna fingía estar absorta en su bordado, pero observaba a su marido y le vio esconder el melocotón en una caja. Entonces el Maestro Arquero alzó su arco y juró

que ayunaría durante un año entero a fin de mostrar que tenía la paciencia necesaria para vivir eternamente. ¡Cuando se marchó, la Dama de la Luna no perdió un momento, fue en busca del melocotón y se lo comió!

Apenas lo había probado, empezó a elevarse y luego voló, no como la Reina Madre, sino como una libélula con las alas rotas.

—¡Expulsada de esta tierra por mi perversidad! —gritó en el mismo momento en que su esposo regresaba a casa.

—¡Ladrona! —gritó él—. ¡Esposa que me roba la vida!

Empuñó su arco, apuntó una flecha hacia su esposa y con el retumbar de un gong, el cielo se ennegreció.

*Wyah! Wyah!* La triste música del laúd se reanudó, mientras se iluminaba el cielo sobre el escenario. Y allí estaba la pobre dama, contra una luna brillante como el sol. Ahora tenía el cabello tan largo que le llegaba al suelo, y se enjugaba las lágrimas. Había transcurrido una eternidad desde la última vez que vio a su marido, pues tal era su destino: permanecer perdida en la luna, anhelando eternamente sus deseos egoístas.

—Pues la mujer es yin —exclamó tristemente—, la oscuridad interior, donde yacen las pasiones inmoderadas. Y el hombre es yang, la brillante verdad que ilumina nuestra mente.

Cuando finalizó el relato cantado, yo estaba llorando y temblaba desesperadamente. Aunque no había entendido toda la historia, comprendía la aflicción de la dama, pues en un brevísimo instante ambas habíamos perdido el mundo, sin que hubiera ninguna manera de regresar.

Sonó un gong y la Dama de la Luna inclinó la cabeza y miró serenamente a un lado. El público aplaudió vigorosamente, y entonces el mismo joven de antes salió al escenario y anunció:

—¡Aguardad todos! La Dama de la Luna ha consentido en conceder un deseo secreto a cada uno de los presentes... —Un movimiento de excitación se propagó entre la gente, cuyo murmullo se intensificaba—. Por una pequeña contribución... —siguió diciendo el joven, y la gente empezó a dispersarse, entre risas y gruñidos—. ¡Es una oportunidad que sólo se presenta una vez al año! —exclamó el joven, pero nadie le escuchaba, excepto mi sombra y yo ocultas en los arbustos.

—¡Tengo un deseo! —grité mientras corría descalza—. ¡Tengo uno!

Pero el joven no me prestó atención y bajó del escenario. Seguí corriendo hacia la luna, para decirle a la dama lo que quería, porque ahora sabía cuál era mi deseo. Rápida como un lagarto, di la vuelta al escenario y llegué a la otra cara de la luna.

La vi allí, de pie e inmóvil sólo por un instante. Era hermosa, bañada por la luz que despedían una docena de lámparas de queroseno. Agitó sus largas trenzas oscuras y empezó a bajar los escalones.

—Tengo un deseo —le dije en un susurro, pero ella siguió sin prestarme oídos. Así pues, me acerqué más a la Dama de la Luna, hasta que pude verle el rostro: los

pómulos hundidos, la nariz ancha y grasienta, dientes grandes y brillantes y los ojos enrojecidos. Con el mismo cansancio que reflejaba su rostro, se quitó la peluca, y su largo vestido se desprendió de sus hombros. Y mientras mis labios expresaban el deseo secreto, la Dama de la Luna me miró y se convirtió en un hombre.

Durante muchos años no conseguí recordar lo que quise que la Dama de la Luna me concediera aquella noche, ni cómo me encontró por fin mi familia. Ambas cosas me parecían una ilusión, un deseo concedido en el que no podía confiar. Y así, aunque me encontraron —más tarde, después de que el ama, Baba, el tío y los otros gritaran mi nombre a lo largo de la orilla—, nunca creí que mi familia había encontrado a la misma niña.

Luego, con el transcurso de los años, olvidé el resto de lo que sucedió aquel día: la triste historia que cantaba la Dama de la Luna, el pabellón flotante, el ave con la argolla en el cuello, las florecillas en mi manga, la quema de los Cinco Males.

Pero ahora que soy vieja y cada día me aproximo más al final de mi vida, también me siento más cercana al principio, y recuerdo cuanto sucedió aquel día porque ha sucedido muchas veces en mi vida: la misma inocencia, confianza e inquietud, la maravilla, el temor y la soledad, la manera en que me perdí.

Recuerdo todas esas cosas. Y esta noche, el día decimoquinto de la octava luna, también recuerdo lo que le pedí a la Dama de la Luna hace tanto tiempo. Deseé que me encontraran.

## Las veintiséis puertas malignas

—No dobles la esquina montada en tu bicicleta —dijo la madre a su hija cuando ésta tenía siete años.

—¿Por qué no? —protestó la niña.

—Porque si lo haces no podré verte y cuando te caigas y llores no te oiré.

—¿Cómo sabes que me caeré? —preguntó la niña en voz lastimosa.

—Todas las cosas malas que pueden ocurrirte fuera de la protección de esta casa están en un libro titulado: Las veintiséis puertas malignas.

—No te creo. Déjame ver ese libro.

—Está escrito en chino y no podrías entenderlo. Por eso debes hacerme caso.

—¿Cuáles son entonces? —inquirió la pequeña—. Dime qué veintiséis cosas malas.

Pero la madre siguió haciendo punto en silencio.

—¿Qué veintiséis cosas?

La madre siguió callada.

—¡No puedes decírmelo porque no lo sabes! ¡No sabes nada!

Y la niña salió corriendo, montó en la bicicleta y, en su apresuramiento, cayó incluso antes de llegar a la esquina.

# Waverly Jong

## Las reglas del juego

Tenía seis años cuando mi madre me enseñó el arte de la fuerza invisible. Era una estrategia para salir vencedora en las discusiones, despertar respeto en los demás y, finalmente, aunque ninguna de las dos lo sabía entonces, para ganar en el juego de ajedrez.

—Muérdete la lengua —me reprendió mi madre cuando me eché a llorar ruidosamente y tiré de su mano hacia la tienda donde vendían bolsas de ciruelas saladas. Una vez en casa, me dijo—: Persona prudente, no va contra el viento. En chino decimos: ven desde el sur, avanza con el viento... ¡puum! El norte seguirá. El viento más fuerte no puede verse.

A la semana siguiente me mordí la lengua cuando entramos en la tienda que tenía las golosinas prohibidas. Al finalizar las compras, mi madre, en silencio, cogió del estante una bolsita de ciruelas y la puso sobre el mostrador, con los demás artículos.

Mi madre impartía sus verdades cotidianas para ayudarnos a mis hermanos mayores y a mí, a elevarnos por encima de nuestras circunstancias. Vivíamos en el Chinatown de San Francisco. Como la mayoría de los demás niños chinos que jugaban en los callejones detrás de los restaurantes y las tiendas de objetos curiosos, yo no creía que fuéramos pobres. Mi cuenco siempre estaba lleno y comía tres veces al día, empezando por una sopa con toda clase de cosas misteriosas cuyos nombres no quería saber.

Vivíamos en Waverly Place, en un piso cálido, limpio, de dos dormitorios, encima de una pequeña panadería china especializada en pastas al vapor y *dim sum*. A primera hora de la mañana, cuando todavía el silencio imperaba en el callejón, me llegaba el aroma fragante de las judías rojas, que cocían hasta convertirlas en una pasta dulce. Hacia el alba flotaba en nuestro piso el olor de las bolas de sésamo fritas y las medias lunas de pollo dulce al curry. Desde la cama oía los ruidos de mi padre que se preparaba para ir al trabajo, luego el de la puerta al cerrarse y el de la llave, una, dos, tres vueltas.

En el extremo del callejón de atrás de nuestra casa había un pequeño parque infantil, con columpios y toboganes, muy brillantados en el centro por el uso. La zona de juego estaba rodeada de bancos de madera, donde viejos del terruño se sentaban para partir con sus dientes de oro semillas de sandía tostadas, cuyas cáscaras echaban a un grupo cada vez mayor de palomas impacientes y arrulladoras. Pero el mejor terreno de juego era el callejón mismo, siempre rebosante de misterios y aventuras. Mis hermanos y yo escudriñábamos el interior de la herboristería y observábamos cómo el viejo Li distribuía en una rígida hoja de papel blanco la cantidad apropiada de caparazones de insectos, semillas de color azafrán y hojas picantes para sus clientes achacosos que venían a consultarle. Se decía que una vez

curó a una mujer que agonizaba a causa de una maldición ancestral que había eludido a los mejores doctores norteamericanos. Al lado de la farmacia había un impresor especializado en invitaciones de boda en relieve dorado y festivos banderines rojos.

Más abajo, en la misma calle, estaba el mercado de pescado de Ping Yuen. En el escaparate había una pecera llena de peces condenados y tortugas que trataban en vano de sujetarse a los resbaladizos costados de losetas verdes. Un letrero escrito a mano informaba a los turistas: «Todos los animales de esta tienda son para alimentación, no domésticos». Dentro, los carniceros con sus batas blancas manchadas de sangre despanzurraban diestramente los pescados, mientras los clientes hacían sus pedidos a voz en cuello y gritaban: «Dame el más fresco», a lo cual los pescaderos siempre respondían: «Todos son los más frescos». En días en que el mercado estaba menos concurrido, inspeccionábamos las cajas de ranas y cangrejos vivos, bajo la severa advertencia de que no los tocáramos, las cajas de sepia seca e hilera tras hilera de gambas congeladas, calamares y pescados viscosos. Había unas barbadas que me hacían estremecer, pues tenían los ojos en un lado aplanado y me recordaban el relato que me contaba mi madre de una muchacha descuidada que cruzó corriendo y sin mirar una calle llena de tráfico y la atropelló un coche, dejándola aplastada como una lámina.

En una esquina del callejón estaba el café de Hong Sing, un café con sólo cuatro mesas y una escalera, en un hueco de la fachada, que conducía a una puerta con un rótulo en el que se leía: «Proveedores». Mis hermanos y yo creíamos que de noche, salía por aquella puerta gente del hampa. Los turistas nunca iban al local de Hong Sing, porque el menú sólo estaba impreso en chino. En cierta ocasión, un hombre blanco que tenía una cámara fotográfica muy grande nos hizo posar, a mí y a mis compañeros de juego, delante del restaurante, y nos pidió que nos hiciéramos a un lado del escaparate, para que saliera en la foto el pato asado con cabeza y todo, que colgaba de una cuerda pringosa de grasa. Después de que nos fotografiara le dije que debería comer en casa Hong Sing. Cuando él sonrió y preguntó qué servían, le grité: «¡Tripas y pies de pato y menudillos de pulpo!». Entonces mis amigos y yo echamos a correr por el callejón riendo alocadamente, y nos escondimos en la gruta que formaba la entrada de la Compañía China de Gemas. El corazón me latía con fuerza por la esperanza de que aquel hombre nos persiguiera.

Mi madre me puso el nombre de la calle donde vivíamos: Waverly Jong, mi nombre oficial para los documentos importantes, pero mi familia me llamaba Meimei, «hermanita», pues era la más pequeña y la única hija. Cada mañana, antes de salir hacia la escuela, mi madre me retorció y estiraba el espeso cabello negro hasta formar dos coletas muy apretadas. Un día, mientras se afanaba rastrillando mi cabello rebelde con un peine de púas duras, tuve una ocurrencia maliciosa.

—¿Qué es la tortura china, mamá? —le pregunté.

Mi madre meneó la cabeza. Tenía una horquilla para el pelo entre los labios. Se humedeció la palma y me alisó el cabello por encima de la oreja, introduciendo luego

la horquilla de tal manera que me rozó bruscamente el cuero cabelludo.

—¿Quién dice esas cosas? —me preguntó, y si se daba cuenta de mi malicia no lo aparentó en absoluto.

—Un chico de mi clase dijo que los chinos practican la tortura china —repliqué, encogiéndome de hombros.

—Los chinos hacen muchas cosas —se limitó ella a decir—. Los chinos hacemos negocios, medicina, pintura... Torturamos, sí, y mejor que nadie.

La verdad es que el juego de ajedrez lo recibió Vincent, mi hermano mayor. Habíamos ido a la fiesta navideña que se celebraba cada año en la Primera Iglesia Bautista China, al final del callejón. Las misioneras habían reunido una serie de regalos donados por feligreses de otra iglesia. Los paquetes no tenían nombres de destinatarios y había sacos distintos para chicos y chicas de edades diferentes.

Uno de los feligreses chinos se había disfrazado de Papá Noel y llevaba una barba de papel con bolas de algodón pegadas. Sin duda los únicos niños que le consideraban verdadero eran demasiado pequeños para saber que Papá Noel no era chino. Cuando me llegó el turno, el hombre quiso saber mi edad y esta pregunta me pareció engañosa, pues tal como se contaban los años en Estados Unidos tenía siete, pero según el calendario chino eran ocho. Le dije que nací el 17 de marzo de 1951, Y esto pareció satisfacerle. Entonces me preguntó en tono solemne si aquel año me había portado como una niña muy, muy buena, si creía en Jesucristo y obedecía a mis padres. Yo sabía que esas preguntas sólo podían tener una respuesta, y asentí con la misma solemnidad.

Había visto a los otros niños abrir sus paquetes y ya sabía que los regalos grandes no eran necesariamente los más interesantes. Una chica de mi edad recibió un gran libro de personajes bíblicos para colorear, mientras que una muchacha menos codiciosa, que seleccionó una caja más pequeña, consiguió un frasco de agua de lavanda. El sonido de la caja también era importante. Un chico de diez años eligió una caja que producía un sonido discordante al agitarla. Era un globo terráqueo de hojalata, con una ranura para introducir dinero. Debió de creer que estaba llena de monedas, porque cuando vio que sólo contenía diez centavos puso tal cara de decepción, sin tapujos, que su madre le dio un cachete y se lo llevó de la iglesia, pidiendo disculpas a los demás feligreses porque su hijo tenía tan malos modales que no sabía apreciar un regalo tan bonito.

Eché un vistazo al saco y palpé rápidamente los regalos restantes, los sopesé e imaginé su contenido. Elegí un paquete pesado y compacto, envuelto en brillante papel de estaño y con una cinta de satén rojo. Contenía doce unidades de Life Savers, y me pasé el resto de la fiesta colocando una y otra vez los tubos de caramelos, ordenándolos según mis preferencias. Mi hermano Winston también eligió sagazmente su regalo resultó ser una caja de complicadas piezas de plástico y, según las instrucciones de la caja, una vez ensambladas adecuadamente tendría una auténtica réplica en miniatura de un submarino de la segunda guerra mundial.

Vincent consiguió el juego de ajedrez, y habría sido un regalo muy apropiado en una fiesta navideña parroquial, de no haber sido porque, como descubrimos más tarde, estaba evidentemente usado y le faltaba un peón negro y un caballo blanco. Mi madre dio efusivas gracias al benefactor desconocido, diciendo: «Es demasiado bueno, demasiado costoso», y entonces una anciana de fino cabello blanco nos miró, hizo un gesto de asentimiento y dijo en un susurro sibilante: «Feliz, muy feliz Navidad».

Al regresar a casa, mi madre le dijo a Vincent que tirara el juego de ajedrez. «Si ella no lo quiere, nosotros tampoco», comentó, moviendo la cabeza rígidamente a un lado, con una sonrisa tensa y orgullosa. Mis hermanos hicieron caso omiso de sus palabras. Ya estaban colocando las fichas sobre el tablero y leyendo el manoseado libro de instrucciones.

Durante las vacaciones navideñas observé cómo jugaban Vincent y Winston. El tablero de ajedrez parecía encerrar complicados secretos en espera de que los desentrañaran. Las piezas eran más poderosas que las hierbas mágicas del viejo Li, que remediaban maldiciones ancestrales, y mis hermanos ponían unas caras tan serias que yo estaba segura de que estaba en juego algo más importante que evitar la puerta de los proveedores en el restaurante de Hong Sing.

—¡Dejadme! ¡Dejadme! —les rogaba en el intervalo entre dos partidas, cuando uno de mis hermanos exhalaba un profundo suspiro de alivio por su victoria; mientras el otro se disgustaba y no podía resignarse a su derrota.

Al principio, Vincent no quería dejarme jugar, pero cuando le ofrecí mis Life Savers para sustituir los botones que representaban las fichas faltantes, se avino. Eligió los sabores: cereza silvestre para el peón negro y menta para el caballo blanco. El ganador podría comerse los dos.

Mientras nuestra madre rociaba con harina y amasaba los pequeños círculos de pasta para el budín relleno que cenaríamos aquella noche, Vincent explicaba las reglas, señalando cada ficha.

—Cada uno tiene dieciséis fichas: un rey, una reina, dos alfiles, dos caballos, dos torres y ocho peones. Los peones sólo pueden moverse una casilla hacia adelante, con excepción del primer movimiento, en el que pueden avanzar dos, pero sólo pueden comerse fichas en sentido transversal, así, excepto al principio: entonces puedes moverlos adelante y comerte otro peón.

—¿Por qué? —le pregunté mientras movía mi peón—. ¿Por qué no pueden avanzar más casillas?

—Porque son peones —replicó.

—Pero ¿por qué tienen que moverse de través para comerse otras fichas? ¿Y por qué son todos peones y no hay peonas ni peoncitos?

—¿Por qué es azul el cielo? —respondió Vincent—. ¿Por qué has de hacer siempre preguntas estúpidas? Esto es un juego y tiene unas reglas que yo no he inventado. Mira, está en el libro. —Golpeó una página con el peón que tenía en la

mano—. Peón, ¿ves? P-E-O-N. Peón. Léelo tu misma.

Mi madre palmoteó ligeramente para quitarse la harina de las manos.

—Déjame ver el libro —dijo en voz queda. Examinó las páginas con rapidez, sin leer los símbolos ingleses, extraños para ella, sin apariencia de buscar algo en concreto—. Éstas son reglas norteamericanas —concluyó, y en su inglés, tan deficiente cuando tenía que decir más de tres palabras, nos explicó—: Cuando vas a país extranjero, debes conocer reglas. Juez dice: no las conoces, pues lástima, vuelve a tu país. No te dicen por qué, y así no sabes manera para seguir adelante. Te dicen: no sabemos por qué, tú mismo descubres. Pero ellos saben desde principio. Así que mejor aceptas y descubres tú mismo. —Eché la cabeza atrás, con una sonrisa de satisfacción.

Más adelante averigüé todos los porqué, leí las reglas y busqué todas las palabras desconocidas en el diccionario. Tomé libros prestados de la biblioteca municipal de Chinatown y estudié cada ficha de ajedrez, tratando de absorber el poder que contenían.

Aprendí los movimientos iniciales y por qué es importante controlar el centro desde el principio, pues la distancia más corta entre dos puntos es una línea recta a partir del medio. Aprendí cómo se juega en el medio y por qué las tácticas entre dos adversarios son como ideas que chocan. El que juega mejor tiene los planes más claros tanto para atacar como para librarse de las trampas. Aprendí por qué la previsión es básica en la jugada final, una comprensión matemática de todos los movimientos posibles, así como paciencia. Todos los puntos flacos y las ventajas son evidentes para un adversario fuerte, mientras que un contrario fatigado no los percibe. Descubrí que es preciso hacer acopio de fuerzas invisibles para toda la partida y ver la jugada final antes de iniciar el juego.

También descubrí por qué nunca debía revelar el «por qué» a los demás. Retener cierto conocimiento es una gran ventaja que uno ha de almacenar para su uso futuro. Ése es el poder del ajedrez. Es un juego de secretos, en el que uno debe mostrar y jamás decir.

Me encantaban los secretos que descubría en las sesenta y cuatro casillas blancas y negras. Dibujé cuidadosamente un tablero y lo clavé en la pared, al lado de mi cama. Por las noches lo miraba y libraba en él combates imaginarios. Pronto dejé de perder partidas y tubos de Life Savers, pero perdí a mis adversarios. Winston y Vincent se interesaron más en recorrer las calles al salir de la escuela, tocados con sus sombreros de cowboy Hopalong Cassidy.

Una fría tarde de primavera, cuando regresaba a casa después de la escuela, me desvié a través del parque infantil en el extremo de nuestro callejón. Vi un grupo de ancianos, dos de ellos jugando al ajedrez con un tablero plegable, otros fumando en pipa, comiendo cacahuètes y mirando a los jugadores. Corrí a casa y cogí el tablero de Vincent, que estaba guardado en una caja de cartón sujeta con gomas elásticas. Seleccioné también dos de los mejores tubos de Life Savers. Regresé al parque y me

acerqué a un hombre que estaba observando el juego.

—¿Quiere jugar? —le pregunté. Él me miró sorprendido y sonrió al ver la caja bajo mi brazo.

—Hace mucho tiempo que no juego con muñecas, hermanita —me dijo, sonriendo con benevolencia. Rápidamente puse la caja a su lado y saqué mi tablero.

Lau Po, como me permitió llamarle, resultó ser un jugador mucho más diestro que mis hermanos. Perdí muchas partidas y muchos Life Savers, pero en el transcurso de las semanas, a medida que desaparecían los tubos de caramelos, adquiría nuevos secretos, cuyos nombres me daba Lau Po. El doble ataque desde las orillas oriental y occidental, arrojar piedras al ahogado, la reunión súbita del clan, la sorpresa de la guardia durmiente, el humilde sirviente que mata al rey, arena en los ojos de las fuerzas que avanzan, una muerte doble sin sangre.

Conocí también los detalles de la etiqueta propia del ajedrez: mantener las piezas capturadas en hileras pulcras, como prisioneros bien custodiados, no anunciar nunca «jaque» con vanidad, para evitar que te degollara alguien con una espada invisible, no tirar nunca fichas a la salvadera tras haber perdido una partida, porque luego deberías buscarlas sin ayuda de nadie, tras haber pedido disculpas a los demás. Hacia el final del verano, Lau Po me había enseñado todo lo que sabía, y yo me había convertido en una buena jugadora de ajedrez.

Los fines de semana, cuando jugaba y derrotaba a mis adversarios uno tras otro, se reunía a mi alrededor un grupo de chinos y turistas. Mi madre se sumaba a los espectadores para presenciar aquellas jugadas de exhibición al aire libre. Se sentaba, orgullosa, en el banco y, con una humildad apropiadamente china, decía a mis admiradores: «Tiene suerte».

Un hombre que me veía jugar en el parque le sugirió a mi madre que me dejara participar en los campeonatos de ajedrez del barrio. Mi madre respondió con una amable sonrisa que no significaba nada. Yo lo deseaba con todas mis fuerzas, pero me mordí la lengua. Sabía que no me dejaría jugar entre desconocidos, y así, cuando regresábamos a casa, le dije con un hilo de voz que no quería participar en el campeonato del barrio, pues tendrían reglas norteamericanas y, si perdía, sería una vergüenza para mi familia.

—Vergüenza es caerte si nadie empuja —sentenció mi madre.

Durante el primer campeonato, mi madre se sentó conmigo en la primera fila, mientras aguardaba mi turno. Yo movía las piernas con frecuencia, para despegarlas de la fría silla metálica plegable. Cuando oí mi nombre, me levanté de un salto. Mi madre desenvolvió algo que tenía en el regazo. Era su *chang*, una pequeña tableta de jade rojo que retenía el fuego del sol. «Da suerte», susurró, y la metió en el bolsillo de mi vestido. Me volví hacia mi contrario, un chico de quince años que venía de Oakland. Él me miró, frunciendo la nariz.

Cuando empecé a jugar, el chico desapareció, los colores de la sala se esfumaron y no veía más que mis fichas blancas y las suyas negras que esperaban en el otro

lado. Noté el soplo de una brisa ligera susurrándome secretos que sólo yo podía oír.

«Sopla desde el sur», musitaba. «El viento no deja rastro». Vi un camino sin obstáculos, así como las trampas que debía evitar. La muchedumbre se movía y murmuraba. «¡Chis! ¡Chis!», decían las esquinas de la sala. El viento sopló con más fuerza. «Arroja arena desde el este para distraerle». El alfil se adelantó, preparado para el sacrificio. El viento siseaba, cada vez con mayor intensidad. «Sopla, sopla, sopla. No puede ver, ahora está ciego, haz que se aparte del viento para que te sea más fácil derribarle».

—Jaque —dije entonces. El viento rugió de júbilo y fue disminuyendo hasta confundirse con los leves soplos de mi respiración.

Mi madre colocó mi primer trofeo al lado del nuevo juego de ajedrez de plástico con que me había obsequiado la sociedad Tao del barrio.

—Próxima vez, gana más, pierde menos —me dijo al tiempo que frotaba las piezas con una gamuza.

—Pero mamá, no se trata de las piezas que pierdes. A veces es necesario perder algunas para seguir adelante.

—Mejor perder menos, ver si necesitas de veras.

En el torneo siguiente gané de nuevo, pero fue mi madre la que sonrió triunfante.

—Esta vez ocho piezas perdidas. Última vez once. ¿Qué te dije? ¡Mejor perder menos!

Yo estaba irritada, pero no podía decir nada.

Participé en más torneos, cada vez más lejos de casa, y gané todas las partidas y en todas las divisiones. El pastelero chino que tenía su tienda en los bajos de nuestro edificio expuso mi creciente colección de trofeos en el escaparate, entre los pasteles polvorientos que nadie compraba nunca. Al día siguiente de mi triunfo en un importante torneo regional, adornó el escaparate con un pastel de hojaldre recién hecho. La superficie era de nata batida y tenía una inscripción en letras rojas que decía: «Felicidades Waverly Jong, campeona de ajedrez de Chinatown». Poco después, el empresario de un negocio de floristería, grabado de lápidas y pompas fúnebres, me ofreció su patrocinio en torneos nacionales. Entonces mi madre decidió que dejara de fregar los platos y encargó mis tareas a Winston y Vincent.

—¿Por qué tiene que jugar mientras nosotros hacemos todo el trabajo? —se quejó Vincent.

—Nuevas reglas americanas —dijo mi madre—. Meimei juega, exprime cerebro para ganar ajedrez. Vosotros jugáis, es como escurrir una toalla.

Cuando cumplí los nueve años era campeona nacional de ajedrez. Aún distaba unos 429 puntos de la categoría de gran maestro, pero ya me llamaban la Gran Esperanza Blanca, era un niño prodigio, y hembra por añadidura. Publicaron mi foto en la revista *Life*, al lado de una cita de Bobby Fischer: «Jamás una mujer llegará a gran maestro». El pie de la foto decía: «Tu jugada, Bobby».

El día que me hicieron la foto para la revista llevaba unas trenzas muy pulcras,

sujetas con pasadores de plástico y adornadas con brillantitos de imitación. Estaba jugando en el gran salón de actos de un instituto de segunda enseñanza, donde resonaban las toses flemáticas del público y los chirridos del caucho que remataba las patas de las sillas al deslizarse sobre los suelos de madera recién encerados. Ante mí se sentaba un norteamericano que tendría la edad de Lau Po, quizá cincuenta años. Recuerdo que su frente sudorosa parecía llorar cada vez que yo movía una pieza. Llevaba un traje gris y maloliente, uno de cuyos bolsillos contenía un gran pañuelo grande con el que se enjugaba la palma antes de deslizar la mano hacia la pieza de ajedrez elegida con un gran floreo.

Enfundada en un almidonado vestido blanco y rosa, con un rasposo encaje en el cuello, uno de los dos que mi madre me había confeccionado para aquellas ocasiones especiales, me sujetaba el mentón con las palmas, los codos ligeramente apoyados en la mesa, tal como mi madre me había enseñado para posar ante la prensa, y balanceaba los pies calzados con zapatos de charol como una niña impaciente en un autobús escolar. Entonces me detenía, aspiraba, agitaba la pieza elegida en el aire, como si no me decidiera, y finalmente la colocaba en su nuevo lugar amenazante y completaba la jugada dirigiendo a mi adversario una sonrisa de triunfo.

Ya no jugaba en el callejón de Waverly Place, nunca visitaba el parque infantil donde se reunían las palomas y los viejos. Iba a la escuela y regresaba directamente a casa para aprender nuevos secretos del ajedrez, ventajas hábilmente ocultas, nuevas rutas de escape.

Pero en casa me resultaba difícil concentrarme. Mi madre tenía la costumbre de permanecer a mi lado mientras yo planeaba mis jugadas. Creo que se consideraba una especie de aliada protectora. Apretaba los labios y después de cada jugada emitía un tenue «hummmm» nasal.

—Mamá, no puedo practicar si te quedas aquí —le dije un día.

Ella se retiró a la cocina y empezó a trastear ruidosamente con cazuelas y sartenes. Cuando cesó el ruido, vi por el rabillo del ojo que estaba de pie en el vano de la puerta. Emitió otro «¡hummm!», esta vez con la garganta.

Mis padres hicieron muchas concesiones para permitirme practicar. Una vez me quejé de que el dormitorio que compartía con mis hermanos era tan ruidoso que me impedía pensar. A partir de entonces los chicos durmieron en una cama instalada en la sala de estar, en el lado que daba a la calle. Dije que no podía terminar el arroz porque la cabeza no me funcionaba bien cuando tenía el estómago demasiado lleno. Me levantaba de la mesa con los cuencos a medio terminar y nadie protestaba. Una sola tarea no pude evitar: los sábados, cuando no se celebraba ningún torneo, tenía que acompañar a mi madre al mercado. Ella caminaba orgullosa a mi lado y visitaba tiendas, pero compraba muy poco.

—Ésta es mi hija, Waverly Jong —decía a todo el que nos miraba.

Un día, al salir de una tienda, se lo planteé.

—Desearía que no hicieras eso, mamá —le dije en voz baja—. Decir a todo el

mundo que soy tu hija...

Mi madre se paró en seco en medio de la acera atestada de gente. Los transeúntes pasaban cargados con pesadas bolsas, rozándonos o empujándonos con los hombros.

—*Aiii-ya*. ¿Tanta vergüenza estar con madre? —Me apretó la mano más fuerte todavía, mientras me fulminaba con la mirada.

—No es eso —le dije, bajando la vista—, pero se nota tanto... haces que me sienta violenta.

—¿Violenta por ser mi hija? —La voz le temblaba de ira.

—Eso no es lo que quiero decir, no es lo que he dicho.

—¿Qué dices entonces?

Sabía que era un error seguir discutiendo, pero no pude contenerme.

—¿Por qué tienes que utilizarme para lucirte? Si quieres hacerlo, ¿por qué no aprendes a jugar al ajedrez?

Los ojos de mi madre se transformaron en dos peligrosas ranuras negras. No tenía palabras para mí, sino sólo silencio.

Noté el soplo del viento alrededor de mi cabeza. De un tirón, me libré de la mano de mi madre que aferraba la mía y giré sobre mis talones, tropezando con una anciana, cuya bolsa de la compra cayó al suelo.

—*¡Aiii-ya!* ¡Niña estúpida! —gritaron mi madre y la mujer.

Naranjas y latas de conservas rodaron por la acera. Mientras mi madre ayudaba a la anciana a recoger los alimentos en desbandada, me di a la fuga. Corrí calle abajo, sorteando a los transeúntes, sin mirar atrás.

—*¡Meimei!* ¡*Meimei!* —gritaba mi madre a voz en cuello.

Huí por un callejón, pasé ante tiendas oscuras, con las cortinas corridas, y comerciantes que limpiaban la mugre de sus escaparates, salí a la luz del sol, a una amplia calle llena de turistas que examinaban chucherías y souvenirs, me metí en otro callejón oscuro, salí a otra calle, entré en otro callejón... Corrí hasta notar punzadas de dolor y me di cuenta de que no tenía ningún lugar a donde ir, de que no estaba huyendo de nada. En aquellos callejones no había ninguna ruta de escape.

Mi aliento parecía el humo de un voraz incendio. Hacía frío. Me senté en un cubo de plástico volcado, junto a una columna de cajas vacías, apoyé el mentón en las manos y reflexioné. Imaginé a mi madre recorriendo las calles, primero a paso vivo y luego, abandonando la búsqueda y regresando lentamente a casa para esperarme allí. Al cabo de dos horas me levanté y, con las piernas temblorosas, volví despacio a casa.

El callejón estaba en silencio y vi las luces amarillas de nuestro piso, brillantes en la noche como los ojos de un tigre. Con mucha cautela, procurando no hacer el menor ruido que advirtiera de mi presencia, subí los dieciséis peldaños hasta el piso. Giré el pomo de la puerta, pero estaba cerrada con llave. Oí el ruido de una silla, pasos rápidos, el clic-clic de la llave en la cerradura... y la puerta se abrió.

—Ya era hora de que llegaras a casa —me dijo Vincent—. Te has metido en un

buen lío.

Mi hermano volvió a su sitio en la mesa, sobre la que había una fuente con los restos de un gran pescado, su cabeza carnosa todavía unida a las espinas, nadando a contracorriente, en un vano intento de huida. Inmóvil, esperando mi castigo, oí la voz seca de mi madre:

—Esa niña no es nuestra. Nada que ver con nosotros.

Los demás no me miraron. Los palillos de hueso tintineaban en el interior de los cuencos, cuyo contenido pasaba velozmente a las bocas hambrientas.

Entré en mi dormitorio, cerré la puerta y me tendí en la cama. El cuarto estaba a oscuras, el techo lleno de sombras producidas por las luces de los pisos vecinos a la hora de la cena.

Imaginé un tablero de ajedrez con sesenta y cuatro casillas blancas y negras. Ante mí estaba mi adversaria, dos ranuras negras y airadas por ojos y una sonrisa de triunfadora.

—Viento más fuerte no puede verse —me dijo.

Sus fichas negras avanzaron por el tablero, desfilando lentamente hacia cada nivel sucesivo como una sola unidad. Mis fichas blancas gritaron y se escabulleron, cayendo por el borde del tablero una tras otra. A medida que sus fichas se aproximaban a mi lado del tablero, sentí que me volvía cada vez más liviana. Me alcé en el aire y salí volando por la ventana. Subí y subí, por encima del callejón y los tejados, donde me recogió el viento y me llevó hacia el cielo nocturno, hasta que todo lo de abajo desapareció y me encontré sola.

Cerré los ojos y me concentré en mi siguiente jugada.

# Lena St. Clair

## La voz desde el muro

Cuando era pequeña, mi madre me dijo que mi bisabuelo sentenció a un mendigo a morir de la peor manera posible, y que luego el muerto regresó y mató a mi bisabuelo. O bien sucedió eso, o bien murió de gripe una semana después.

Una y otra vez yo representaba mentalmente los últimos momentos del mendigo. Veía al verdugo quitándole la camisa y conduciéndole al patio.

—Este traidor ha sido condenado a morir de un millar de tajos —leía el verdugo.

Pero antes de que pudiera levantar su espada afilada para quitarle poco a poco la vida, vieron que la mente del mendigo ya se había roto en mil fragmentos. Unos días después, mi bisabuelo alzó la vista de sus libros y vio a aquel mismo hombre, con el aspecto de un jarrón roto cuyos pedazos han sido pegados apresuradamente.

—Cuando la espada me iba saizando lentamente —dijo el espectro—, pensé que eso era lo peor que habría de soportar jamás, pero por cierto me equivocaba. Lo peor está en el otro lado.

Y el muerto cogió a mi bisabuelo con los fragmentos mal encajados de su brazo y le hizo atravesar el muro, para mostrarle lo que quería decir.

Cierta vez le pregunté a mi madre cómo había muerto realmente.

—Murió en la cama, con mucha rapidez, tras sólo un par de días enfermo.

—No, no, me refiero al otro hombre. ¿Cómo le mataron? ¿Lo desollaron primero? ¿Usaron una cuchilla de carnicero para cortarles los huesos? ¿Gritó y sintió el dolor del millar de tajos?

—¡Aaah! ¿Por qué los americanos no tenéis más que esa clase de pensamientos morbosos? —gritó mi madre en chino—. Ese hombre murió hace casi setenta años. ¿Qué importa cómo fue?

Siempre me ha parecido que tiene importancia saber qué es lo peor que podría sucederte y cómo puedes evitarlo, para que no te atraiga la magia de lo inenarrable, porque, ya de pequeña, percibía los terrores inefables que rodeaban nuestra casa, y que persiguieron a mi madre hasta que se ocultó en un rincón oscuro y secreto de su propia mente. Y, no obstante, la encontraron. En el transcurso de los años observé cómo la devoraban, un fragmento tras otro, hasta que desapareció y se convirtió en un fantasma.

Tal como lo recuerdo, el lado oscuro de mi madre procedía del sótano de nuestra vieja casa en Oakland. Yo tenía cinco años y mi madre trató de ocultármelo. Obstruyó la puerta con un sillón y la aseguró con una cadena y dos cerraduras. Aquello era tan misterioso que dediqué todas mis energías a averiguar lo que había detrás de aquella puerta, hasta el día en que por fin pude abrirla con mis deditos, para caer al instante de cabeza en el oscuro abismo. Y sólo después de que dejara de gritar —había visto la sangre que manaba de mi nariz en el hombro de mi madre— ella me habló del

hombre malo que vivía en el sótano y me dijo por qué no debía volver a abrir jamás la puerta. Según ella aquel hombre vivía allí desde hacía milenios, y era tan maligno y codicioso que, si mi madre no me hubiera rescatado enseguida, habría engendrado cinco hijos en mí y luego nos habría devorado a los seis, arrojando nuestros huesos al sucio suelo.

Tras este incidente empecé a ver cosas terribles. Veía aquellas cosas con mis ojos chinos, la parte de mi cuerpo que había heredado de mi madre. Veía diablos que bailaban enfebrecidos en el fondo de un hoyo que había abierto en el cajón de arena. Veía que los relámpagos tenían ojos y miraban en busca de niños a los que fulminar. Veía un escarabajo con la cara de un niño, al que me apresuraba a aplastar con la rueda de mi bicicleta. Y cuando fui haciéndome mayor, podía ver cosas que las muchachas blancas de la escuela no veían: corros de monos que se dividían en dos grupos, balanceaban a un niño y lo arrojaban al aire, bolas atadas con una cuerda capaces de aplastar la cabeza de una muchacha y diseminar sus fragmentos por el terreno de juego ante sus risueños amigos.

No hablaba a nadie de esas visiones, ni siquiera a mi madre. La mayoría de la gente no sabía que yo era medio china, quizá porque me apellidaba St. Clair. Cuando me veían por primera vez, pensaban que me parecía a mi padre, angloirlandés, huesudo y delicado al mismo tiempo, pero si me miraban con detenimiento, si se veían reflejados en mis ojos, entonces percibían los rasgos chinos. En vez de tener unos pómulos angulosos como los de mi padre, los míos eran suaves como guijarros de playa. No tenía su pelo rubio como la paja ni su piel blanca, sino que mi color parecía demasiado pálido, como si mi piel hubiera sido más oscura pero el sol hubiese descolorido.

Y los ojos eran los de mi madre, sin párpados, como si vieran tallados en una de esas lanternas hechas con una calabaza, con dos cortes rápidos de un cuchillo corto. Solía empujar los extremos de mis ojos hacia dentro para redondearlos, o los abría mucho hasta que podía ver el blanco. Pero cuando deambulaba por la casa con los ojos así abiertos mi padre me preguntaba por qué parecía tan asustada.

Tengo una fotografía de mi madre con ese mismo aspecto asustado. Mi padre me dijo que le hicieron esa foto cuando salió de la Comisaría de Inmigración de Angel Island, donde había permanecido tres semanas, hasta que pudieron comprobar sus documentos y determinar si era una «novia de guerra», una persona desplazada, una estudiante o la esposa de un ciudadano estadounidense de origen chino. Según mi padre, las leyes no habían tomado en consideración el caso de un ciudadano blanco casado con una china. Al final la declararon «persona desplazada», perdida en un mar de categorías de inmigración.

Mi madre nunca hablaba de su vida en China, pero mi padre me dijo que la había librado de la vida terrible que llevaba allí, de alguna tragedia sobre la que ella no podía decir nada. Mi padre escribió orgullosamente su nombre en los papeles de inmigración: Betty St. Clair, tachando su nombre chino de Gu Ying-Ying, y a

continuación anotó 1916 como su año de nacimiento, en vez de 1914. De esta manera, con el trazo de una pluma, mi madre perdió su nombre y, de acuerdo con el calendario chino, se convirtió en dragón en vez de tigre.

Esa foto revela por qué mi madre parece desplazada. Sujeta un gran bolso en forma de almeja, lo aferra como si alguien pudiera robárselo a la menor distracción. Lleva un vestido chino que le llega hasta los tobillos, con unas decorosas aberturas a los lados, y encima una chaqueta occidentalizada, extrañamente elegante en el menudo cuerpo de mi madre, con sus hombreras, las solapas anchas y unos botones forrados en tela y demasiado grandes. Ése fue el vestido nupcial de mi madre, un regalo de mi padre. Así vestida parece como si no viniera de ningún sitio ni fuera a ninguna parte. Inclina el mentón y se le ve la raya exacta en el cabello, una nítida línea blanca que parte de la ceja izquierda y se pierde en el horizonte negro de su cabeza.

Y aunque tiene la cabeza gacha, con una humilde expresión de derrota, sus ojos miran fijamente más allá de la cámara, muy abiertos.

—¿Por qué parece asustada? —le pregunté a mi padre.

Y él me lo explicó. Era sólo porque le dijo que sonriera y mi madre se debatió para mantener los ojos abiertos hasta el disparo del flash, diez segundos después.

Mi madre solía tener aquel aspecto, como si esperase que sucediera algo, ese aire asustado. Sólo más tarde dejó de debatirse para mantener los ojos abiertos.

\* \* \*

—No la mires —me dijo mi madre cuando caminábamos por la Chinatown de Oakland.

Me había cogido la mano con fuerza, atrayéndome con decisión hacia ella. Y, como es lógico, miré. Vi a una mujer sentada en la acera, apoyada en un edificio. Era vieja y joven al mismo tiempo, con los ojos apagados, tristes, como si no hubiera dormido durante muchos años. Y me fijé en sus pies y manos... los dedos eran tan negros como si los hubiera sumergido en tinta china, pero supe que estaban putrefactos.

—¿Qué se ha hecho? —le susurré a mi madre.

—Conoció a un hombre malo —dijo mi madre—. Tuvo un hijo al que no quería.

Supe que eso no era cierto, que mi madre inventaba cualquier cosa para advertirme, para ayudarme a evitar algún peligro desconocido. Mi madre veía peligros en todo, incluso en otros chinos. En el barrio donde vivíamos y comprábamos, todo el mundo hablaba cantonés o inglés. Mi madre era de Wushi, cerca de Shanghai, y hablaba mandarín y un poco de inglés. Mi padre, que sólo conocía algunas expresiones cantonesas estereotipadas, insistía en que mi madre aprendiera inglés. Con él se comunicaba mediante sus disposiciones de ánimo,

gestos, miradas, silencios y, a veces, una combinación de inglés punteado con expresiones de titubeo y frustración en chino: «*Shwo buchalai*» (No me salen las palabras). Y así mi padre ponía las palabras en su boca.

—Creo que mamá intenta decir que está cansada —susurraba cuando mi madre estaba malhumorada.

—¡Creo que dice que somos la mejor familia del país! —exclamaba cuando mamá había preparado una comida de fragancia deliciosa.

Pero, cuando estábamos a solas, mi madre me hablaba en chino y decía cosas que mi padre no podía imaginar de ningún modo. Yo entendía las palabras perfectamente, pero no los significados. Un pensamiento llevaba a otro sin conexión.

—No debes ir por aquí y por allá, sino directamente a la escuela y luego a casa —me advirtió cuando decidió que ya era lo bastante mayor para ir sola por la calle.

—¿Por qué? —le pregunté.

—No puedes entender estas cosas.

—¿Por qué no?

—Porque aún no te las he explicado.

—¿Por qué no?

—*Aii-ya!* ¡Qué preguntas me haces! Porque es demasiado terrible pensar en esas cosas. Un hombre podría raptarte, venderte a otra gente o hacerte un hijo. Entonces tú matarías al bebé, y cuando lo descubrieran en un cubo de basura, ¿qué se podría hacer? Irías a la cárcel y te morirías allí.

Sabía que ésta no era la respuesta verdadera, pero también yo inventaba embustes para evitar que me ocurrieran cosas malas en el futuro. A menudo mentía cuando le traducía los interminables formularios, instrucciones y avisos de la escuela, o las llamadas telefónicas. «*Shemma yisz?*» (¿Qué significa?), me preguntó cuando el encargado de una tienda le gritó porque abría tarros para oler el contenido. Me sentí tan azorada que le dije que allí no se permitía comprar a los chinos. Cuando enviaron de la escuela un aviso sobre la vacunación contra la polio, le comuniqué el lugar y la hora y añadí que ahora exigían a todos los estudiantes que usaran fiambreras metálicas para el almuerzo, pues habían descubierto que las viejas bolsas de papel podían acarrear gérmenes de la enfermedad.

\* \* \*

—Estamos subiendo de categoría —me anunció con orgullo mi padre cuando lo ascendieron a supervisor de ventas de una fábrica textil—. Tu madre está entusiasmada.

Y la subida también fue geográfica: fuimos a vivir al otro lado de la bahía de San Francisco, a un barrio italiano encaramado en una colina de North Beach, donde la calle era tan empinada que tenía que subir la acera inclinándome cuando regresaba a

casa al salir de la escuela. Tenía diez años y confiaba en que podríamos dejar atrás, en Oakland, todos los viejos temores.

El edificio tenía tres plantas, con dos pisos en cada una. La fachada había sido restaurada recientemente con una capa de estuco y, en la parte superior, varias escalas metálicas conectadas para escapar en caso de incendio, pero por dentro era una casa antigua. La puerta principal, con sus estrechas hojas de vidrio, daba acceso a un vestíbulo mohoso, en el que se mezclaban los olores de todas las viviendas, los nombres de cuyos inquilinos figuraban en el portero electrónico, aliado de la puerta: Anderson, Giordino, Hayman, Ricci, Sorci y el nuestro, St. Clair. Vivíamos en la planta del medio, empotrados entre los olores de la comida que ascendían y el ruido de las pisadas que bajaban. Mi dormitorio daba a la calle, y por la noche, en la oscuridad, veía mentalmente otra vida, los coches que intentaban subir la cuesta envuelta en la niebla, el sonido de los motores acelerados y el chirrido de las ruedas, gentes ruidosas, felices, que reían, resoplaban y decían jadeantes: «Casi hemos llegado, ¿no?», un perro pachón que se erguía para iniciar sus gañidos, a los que respondían poco después las sirenas de los bomberos y una mujer que siseaba colérica: «¡Sammy! ¡Perro malo! ¡Cállate ahora!». Todos estos sonidos, tan predecibles, me relajaban y no tardaba en quedarme dormida.

Mi madre estaba satisfecha con aquel piso, pero al principio no me daba cuenta. Nada más mudarnos estuvo muy ocupada, colocando los muebles, desenvolviendo la vajilla, colgando los cuadros de las paredes. Todo esto le llevó casi una semana, y poco después, cuando ella y yo nos dirigíamos a la parada del autobús, tropezó con un hombre que la puso fuera de sí.

Era un chino de rostro rojizo, que venía tambaleándose por la acera, como si estuviera perdido. Nos vio con sus ojos húmedos y al instante se puso delante de nosotras con los brazos extendidos y gritando: «¡Te encontré! ¡Suzie Wong, la chica de mis sueños! ¡Aah!». Con los brazos y la boca abiertos se precipitó hacia nosotras. Mi madre me soltó la mano y se cubrió el cuerpo con los brazos, como si estuviera desnuda, incapaz de hacer otra cosa. En cuanto me soltó, me eché a gritar, al ver que aquel hombre de aspecto peligroso se abalanzaba contra nosotras. Seguí gritando después de que dos hombres que reían cogieran al otro y, sacudiéndole, le dijeran: «Joe, por Dios, basta. Estás asustando a esa pobre niña y su criada».

Hicimos varias cosas durante el resto del día, viajamos en autobús, recorrimos tiendas, compramos víveres para la cena, pero mi madre no dejaba de temblar y me apretaba la mano con tanta fuerza que me hacía daño. En una ocasión me soltó la mano para sacar el monedero del bolso y pagar la compra, y yo empecé a apartarme para mirar los dulces expuestos. Ella volvió a cogerme la mano con tal rapidez que en aquel instante supe cuánto lamentaba no haberme protegido mejor.

En cuanto regresamos a casa, colocó en su sitio latas y verduras. Entonces, como si algo no estuviera del todo bien, quitó las latas de un estante y las puso junto a las latas de otro. A continuación descolgó de la pared ante la puerta un espejo redondo de

gran tamaño y lo colgó de una pared al lado del sofá.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

Me susurró en chino que «las cosas no estaban bien equilibradas», y pensé que se refería al aspecto que tenían y no a la impresión que daban. Entonces empezó a cambiar de sitio cosas más grandes, el sofá, los sillones, un rollo de papel chino con peces de colores pintados.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó mi padre al volver del trabajo.

—Está mejorando el aspecto del piso —le dije.

Al día siguiente, cuando regresé de la escuela, vi que había vuelto a cambiarlo todo y ahora cada cosa ocupaba un lugar diferente. Comprendí que nos enfrentábamos a algún peligro terrible.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté, temerosa de que me diera la respuesta verdadera.

Pero ella no lo hizo, sino que se limitó a susurrar algo absurdo en chino:

—Cuando algo va contra tu naturaleza no estás equilibrado. Esta casa se construyó en una cuesta demasiado empinada, y un mal viento que sopla en lo alto se lleva toda tu fuerza cuesta abajo. Por eso nunca puedes avanzar, siempre estás retrocediendo. —Entonces empezó a señalar las paredes y las puertas del piso—. Mira qué estrecha es esta puerta, como un cuello estrangulado. Y la cocina está frente al lavabo, de modo que toda tu valía se va por el desagüe.

—¿Pero qué significa eso? —le pregunté—. ¿Qué ocurrirá si no hay equilibrio?

Mi padre me lo explicó más tarde.

—Lo único que ocurre es que tu madre pone en práctica su instinto de anidar, que tienen todas las madres. Ya lo verás cuando seas mayor.

Me intrigó que mi padre no se preocupara nunca. ¿Acaso estaba ciego? ¿Por qué mi madre y yo podíamos ver algo más?

Unos días después comprobé que mi padre había estado en lo cierto. Lo vi al regresar de la escuela, cuando entré en mi dormitorio. Mi madre había vuelto a arreglar la habitación y la cama ya no estaba al lado de la ventana, sino contra una pared, y en el lugar que ocupó la cama... ahora había una cuna usada. Así pues, el peligro secreto era un vientre hinchado, el origen del desequilibrio de mi madre: iba a tener un bebé.

—¿Ves? —me dijo mi padre mientras los dos mirábamos la cuna—. Es el instinto de anidar. Aquí está el nido, que ocupará el bebé.

Aquel bebé imaginario en la cuna le complacía mucho, pero no vio lo que yo vi más tarde. Mi madre empezó a tropezar con objetos, con los bordes de las mesas, como si se olvidara de que su vientre albergaba un bebé, como si no se encaminara hacia el parto sino hacia el infortunio. No mencionaba las alegrías de volver a ser madre, sino la pesadez que la rodeaba, que las cosas estaban desequilibradas y no armonizaban entre ellas. Así pues, me preocupé por aquel bebé, porque estaba atascado en algún lugar entre el vientre de mi madre y la cuna de mi dormitorio.

\* \* \*

La nueva orientación de mi cama contra la pared hizo que se modificara la vida nocturna de mi imaginación. En lugar de los sonidos callejeros, empecé a oír voces procedentes de la pared, desde el piso contiguo. El nombre que figuraba en el portero electrónico era el de familia Sorcis.

Aquella primera noche oí el sonido amortiguado de alguien que gritaba. ¿Una mujer? ¿Una muchacha? Apliqué la oreja a la pared y oí la voz airada de una mujer y luego otra voz, más aguda, la de una muchacha que replicaba a gritos. Entonces las voces se volvieron hacia mí, como sirenas de bomberos que entraran en nuestra calle, y oí que las acusaciones aumentaban de volumen poco a poco y se desvanecían gradualmente: *¿Por qué voy a quedarme?... ¿Es que no puedes dejar de fastidiarme? ... ¡Entonces lárgate y no vuelvas!... ¿Ah, sí? Con que preferirías estar muerta, ¿eh? ... ¡Pues por qué no te mueres!*

Entonces oí los ruidos de una pelea, portazos, golpes y gritos. Estaban matando a alguien. Imaginé a una madre que blandía una espada sobre la cabeza de su hija y empezaba a descuartizarla, primero le cortaba una trenza, luego el cuero cabelludo, una ceja, un dedo de los pies, el pulgar, una mejilla, la nariz... hasta que no quedaba nada y cesaban los sonidos.

Hundí la cabeza en la almohada, con el corazón desbocado, conmocionada por lo que me habían revelado mis oídos y mi imaginación. Acababan de matar a una muchacha. No había podido dejar de escucharlo, había sido incapaz de evitar lo sucedido. Era horroroso.

Pero a la noche siguiente la muchacha resucitó. Oí más gritos y más golpes, y su vida volvió a correr peligro. A partir de entonces, todas las noches sucedía lo mismo, una voz atravesaba la pared y me decía que aquello era lo peor que podía ocurrir: el terror de no saber cuándo terminaría.

A veces oía los gritos de aquella alborotadora familia del otro lado del pasillo que separaba nuestros pisos; el suyo estaba junto a las escaleras que subían al segundo piso, el nuestro junto a las escaleras que descendían al vestíbulo.

—Como te rompas las piernas deslizándote por la barandilla, te retorceré el cuello —gritaba una mujer, y el ruido de unos pies que bajaban apresuradamente la escalera seguía a esa advertencia—. ¡Y no te olvides de recoger los trajes de papá!

Conocía tan a fondo la vida terrible de aquella gente que me sobresalté cuando vi a la chica tan cerca de mí por primera vez. Yo estaba cerrando la puerta del piso mientras mantenía en equilibrio una carga de libros bajo el brazo, y al volverme la vi venir hacia mí por el vestíbulo. Me llevé tal sorpresa que grité y dejé caer los libros al suelo. Ella soltó una risita y no tuvo duda alguna de quién era aquella muchacha alta, a la que supuse unos doce años, dos más que yo. Entonces bajó la escalera a saltos, y

yo recogí en seguida mis libros y la seguí, aunque caminando por la otra acera.

No parecía una chica a la que hubieran matado un centenar de veces. Me fijé en su ropa, en la que no había el menor rastro de sangre. Llevaba una blusa blanca bien planchada, chaqueta de lana azul y falda plisada verde azulada. La verdad es que, con las dos trenzas que rebotaban garbosa y rítmicamente al andar, me dio la impresión de ser muy feliz. Entonces, como si supiera que estaba pensando en ella, volvió la cabeza. Me miró con el ceño fruncido y dobló rápidamente una esquina, perdiéndose de vista.

A partir de entonces, cada vez que me encontraba con mi vecina, fingía que bajaba la vista, me afanaba en arreglar mis libros o abrocharme los botones del suéter y me sentía culpable por saberlo todo de ella.

\* \* \*

Un día, los amigos de mis padres, tía Su y tía Canning, me recogieron en la escuela y me llevaron al hospital, donde estaba ingresada mi madre. Supe que se trataba de algo grave, porque hablaban de cosas innecesarias pero las decían en un tono muy solemne.

El tío Canning consultó su reloj.

—Ya son las cuatro.

—El autobús nunca llega a tiempo —dijo tía Su.

En la habitación del hospital, mi madre parecía semidormida y se revolvía en la cama. De súbito abrió los ojos y se quedó mirando el techo.

—La culpa es sólo mía, sólo mía —balbució—. Sabía que pasaría esto, no hice nada por evitarlo.

—Betty, cariño, por favor —decía mi padre frenéticamente, pero ella siguió acusándose.

Me cogió la mano y me di cuenta de que estaba temblando. Entonces me miró de una manera extraña, como si me rogara que le perdonase la vida, como si yo pudiera perdonarla. Musitó unas palabras en chino.

—¿Qué dice, Lena? —gritó mi padre. Por una vez no tenía palabras que poner en labios de mi madre.

Y por una vez tampoco yo tuve una respuesta inmediata. Comprendí que había ocurrido lo peor que podría imaginar, que sus temores se habían hecho realidad. Las advertencias habían cesado. Y yo no podía hacer más que escuchar sus palabras.

—Cuando el bebé estaba a punto de nacer —murmuró— le oía gritar incluso dentro de la matriz. Aferraba sus deditos a las paredes, quería quedarse allí, pero las enfermeras y el médico me dijeron que empujara, que le hiciera salir. Y cuando asomó la cabeza, las enfermeras gritaron: «¡Tiene los ojos abiertos! ¡Lo ve todo!». Entonces salió el resto de su cuerpo y quedó sobre la mesa, lleno de vida.

»Al mirarle, me di cuenta en seguida. Sus piernas diminutas, sus bracitos, su cuello delgado y una cabeza tan terrible que no podía apartar los ojos de ella. El bebé tenía los ojos abiertos y la cabeza... ¡también estaba abierta! Pude ver su interior, hasta allá donde deberían brotar sus pensamientos, pero no había nada. «¡No tiene cerebro!», gritó el médico. «¡Su cabeza es sólo una cáscara de huevo vacía!». Tal vez el bebé nos oyó, pues su gran cabeza pareció llenarse de aire y alzarse de la mesa. La volvió a un lado y luego al otro, y se quedó mirándome fijamente. Supe que lo veía todo en mi interior: ¡veía que maté a mi otro hijo sin pensarlo dos veces, y que de la misma manera le había tenido a él!

No pude traducirle a mi padre lo que acababa de decirme, pues él ya estaba demasiado triste al lado de la cuna vacía. ¿Cómo podía decirle que mamá se había vuelto loca?

He aquí lo que le traduje:

—Dice que debemos pensarlo muy bien antes de tener otro bebé y confía en que el recién nacido sea muy feliz en el otro mundo. Además, cree que ahora debemos dejarla e ir a comer.

Tras la muerte del bebé, mi madre se desmoronó, no de golpe, poco a poco, como platos que caen de un estante uno tras otro. Yo no sabía cuándo iba a derrumbarse del todo, por lo que estaba constantemente nerviosa, esperando.

A veces empezaba a hacer la cena, pero se detenía a la mitad, dejaba que el agua caliente corriera en la pica, el cuchillo inmóvil en el aire sobre las verduras a medio cortar, silenciosa, llorando, y otras veces estábamos comiendo y teníamos que interrumpir y dejar los cubiertos sobre la mesa porque ella se había cubierto el rostro con las manos y decía: «*Meigwansyi*» (No importa). Mi padre permanecía inmóvil, tratando de imaginar qué era lo que no importaba tanto, y yo abandonaba la mesa, sabiendo que sucedería de nuevo, que siempre habría una próxima vez.

Mi padre, no menos afligido, reaccionó de un modo diferente. Se propuso mejorar la situación, pero era como si corriera para coger los objetos a punto de caer y fuese él quien cayera antes de poder coger alguno.

—Sólo está cansada —me explicó mientras cenábamos en el restaurante Gold Spike, los dos solos, porque mi madre estaba postrada en la cama como una estatua yacente. Yo sabía que mi padre pensaba en ella por su semblante preocupado y porque miraba su plato como si estuviera lleno de gusanos en vez de espaguetis.

En casa, mi madre lo miraba todo con expresión vacía. Mi padre llegaba del trabajo, me daba unas palmaditas en la cabeza y decía, «¿Cómo está mi chiquilla?», pero siempre su mirada iba más allá de mí, hacia mi madre, y yo sentía enormes temores, no en la cabeza, sino en el estómago. Ya no podía comprender por qué estaba tan asustada, pero así me sentía. Percibía los movimientos más ligeros en nuestra casa silenciosa y, por la noche, oía las ruidosas peleas al otro lado del muro, en mi dormitorio, aquella muchacha a la que apaleaban. En cama, con la manta hasta el cuello, solía preguntarme qué sería peor, si su situación o la mía, y tras pensarlo

durante un rato, tras sentir lástima de mí misma, me consolaba un poco pensando que la chica de al lado llevaba una vida más desdichada.

Una noche, después de la cena, sonó el timbre de la puerta, cosa curiosa porque, en general, los visitantes llamaban primero por el portero electrónico.

—Lena, ¿quieres ver quién es? —me dijo mi padre desde la cocina, donde estaba fregando los platos. Mi madre estaba en cama: ahora siempre «descansaba» y era como si hubiese muerto y se hubiera convertido en un fantasma viviente.

Entreabrí la puerta con cautela, y entonces la abrí del todo, sorprendida al ver a la chica de al lado. Me quedé mirándola sin disimular mi asombro, mientras ella me sonreía. Su ropa estaba arrugada, como si acabara de levantarse de la cama y se hubiera acostado vestida.

—¿Quién es? —preguntó mi padre desde la cocina.

—¡Es la vecina! —repliqué—. Es...

—Teresa —se apresuró a decir ella.

—¡Es Teresa! —añadí.

—Invítala a pasar —dijo mi padre casi en el mismo momento en que Teresa se deslizaba por mi lado y entraba en el piso. Sin que yo le dijera nada, se dirigió a mi dormitorio. Cerré la puerta del piso y seguí sus dos trenzas, que rebotaban como látigos que restallaran en la grupa de un caballo.

Se acercó a mi ventana y empezó a abrirla.

—¿Qué estás haciendo? —le grité.

Mi vecina se sentó en el borde de la ventana, mirando la calle. Entonces volvió la cabeza, me miró y se echó a reír. Me senté en la cama, observándola y esperando a que terminara, notando el aire frío que entraba por la ventana abierta.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunté por fin. Pensé que tal vez se reía de mí y de mi vida. Quizás había escuchado a través de la pared y no había oído nada, salvo el silencio estancado de nuestra casa desdichada.

—¿De qué te ríes? —insistí.

—Mi madre me ha echado de casa —dijo finalmente. Hablaba en un tono jactancioso y parecía orgullosa de lo que acababa de ocurrirle. Rió un poco más y añadió—: Nos hemos peleado, me ha echado de casa y ha cerrado la puerta por dentro. Cree que voy a esperar ahí fuera hasta que esté lo bastante apenada para pedir disculpas, pero no pienso hacerlo.

—¿Qué vas a hacer entonces? —le pregunté estupefacta, segura de que esta vez su madre acabaría con ella.

—Voy a usar tu escalera de emergencia para regresar a mi dormitorio —susurró—, y ella tendrá que esperar. Cuando esté preocupada, abrirá la puerta, ¡pero no me encontrará ahí! Estaré en mi habitación, en la cama. —Se rió de nuevo.

—¿No se pondrá furiosa cuando te descubra?

—Qué va, se alegrará de que no esté muerta ni me haya pasado nada. Bueno, fingirá estar furiosa, pero eso será todo. Siempre estamos haciendo lo mismo.

Entonces se deslizó a través de la ventana y, sin hacer ningún ruido, regresó a su casa.

Me quedé largo rato mirando la ventana abierta y pensando en ella. ¿Cómo podía volver a su casa? ¿No veía lo terrible que era su vida? ¿No se daba cuenta de que aquello no terminaría jamás?

Me tendí en la cama y esperé oír los golpes y los gritos. Era ya tarde y estaba todavía despierta cuando oí el jaleo en el piso de al lado. La señora Sorci gritaba y lloraba. «*Pero qué idiota eres. Por poco sufro un ataque cardíaco*». Y Teresa replicaba a gritos: «*Podrías haberme matado. Casi me caigo y me rompo el cuello*». Entonces las oí reír y llorar, llorar y reír y gritarse ternezas.

Me quedé pasmada. Casi podía verlas abrazándose y besándose. Lloré de alegría con ellas, porque me había equivocado.

Todavía recuerdo vivamente la esperanza que latió en mí aquella noche. Me aferré a esa esperanza día tras día, noche tras noche, año tras año. Contemplaba a mi madre tendida en la cama o murmurando para sus adentros mientras permanecía sentada en el sofá. Y, no obstante, sabía que aquello, lo peor de todo, cesaría algún día. Ahora descubría la manera de cambiarlas. Aún oía las feroces peleas de la señora Sorci y Teresa, pero veía algo más.

Veía a una chiquilla que se quejaba de que el dolor de no ser vista era insoportable. Veía a la madre tendida en la cama, con su túnica larga y ondeante. Entonces la muchacha desenvainaba una espada afilada y decía a su madre:

—Ahora debes morir de un millar de tajos. Es la única manera de salvarte.

La madre aceptaba esto y cerraba los ojos. La espada descendía y sajava adelante y atrás, arriba y abajo, y la madre gritaba, soltaba alaridos de terror y dolor, pero cuando abría los ojos no veía sangre ni su cuerpo descuartizado.

—¿Te das cuenta ahora? —le preguntaba la niña. La madre asentía.

—Ahora lo comprendo perfectamente. Ya he experimentado lo peor. Después de esto, no hay nada que pueda ser peor.

—Ahora debes volver al otro lado —decía la niña—, y entonces podrás ver por qué estabas equivocada.

Y la muchacha cogía a su madre de la mano y pasaba con ella a través del muro.

# Rose Hsu Jordan

## Mitad y mitad

Los domingos, cuando mi madre iba a la Primera Iglesia Bautista China, llevaba consigo una pequeña Biblia encuadernada en simlicuero, como prueba de su fe. Más adelante, cuando perdió su fe en Dios, esa Biblia acabó sirviendo como cuña bajo la pata demasiado corta de una mesa, lo cual era para mi madre una manera de corregir los desequilibrios de la vida. El libro lleva ahí más de veinte años.

Mi madre finge que la Biblia no está bajo esa pata de la mesa. Cuando alguien le pregunta qué hace ese libro en el suelo, ella alza la voz más de lo necesario para responder: «Ah, ¿eso? Lo había olvidado». Pero yo sé que lo ve. Mi madre no es la mejor ama de casa del mundo, y después de tantos años esa Biblia sigue siendo de un blanco inmaculado.

Esta noche veo a mi madre llorar bajo la misma mesa de cocina, cosa que hace todas las noches después de cenar. Con mucho cuidado pasa la escoba alrededor de la pata sostenida por la Biblia. Observo sus movimientos, esperando el momento adecuado para hablarle de Ted y de mí, de que vamos a divorciarnos. Cuando se lo diga, sé que replicará: «Eso no puede ser». Y cuando le diga que es cierto, que nuestro matrimonio ha terminado, sé que también dirá: «Entonces debes salvarlo». Y aunque sé que es inútil —no queda absolutamente nada que salvar— me temo que si le digo eso ella seguirá insistiendo para que lo intente.

No deja de ser irónico ese deseo materno de que procure evitar el divorcio, porque hace diecisiete años, cuando empecé a salir con Ted, se mostró contrariada. Mis hermanas mayores sólo habían salido con muchachos chinos, pertenecientes a la iglesia, antes de contraer matrimonio.

Ted y yo nos conocimos en una clase de política ecológica. Se acercó a mí y me ofreció dos dólares por los apuntes de la última semana. Rechacé el dinero y acepté en cambio una taza de café. Esto sucedía durante el segundo semestre en la Universidad de California en Berkeley, donde me había matriculado en la especialidad de artes liberales, que más tarde cambié por la de bellas artes. Ted estudiaba tercer curso preparatorio para la carrera de medicina, por la que se había interesado, según me dijo, desde que en el transcurso de curso de sus estudios secundarios diseccionó un feto de cerdo.

Debo admitir que al principio me atrajo de Ted aquello que le diferenciaba de mis hermanos y los muchachos chinos con los que yo había salido: su descaro, la firmeza con que pedía cosas y esperaba recibirlas, la testarudez de sus opiniones, su rostro anguloso y su cuerpo larguirucho, sus brazos musculosos, el hecho de que sus padres procedieran de Tarrytown, Nueva York, y no de Tientsin, China.

Mi madre debió de notar esas mismas diferencias la noche en que Ted vino a recogerme a casa. Cuando regresé, mi madre aún estaba levantada, mirando la

televisión.

—Es americano —me advirtió, como si yo hubiera estado también ciega para darme cuenta—. Un *waigoren*.

—También yo soy americana —repliqué—, y sólo salimos juntos, no vamos a casarnos ni nada por el estilo.

La señora Jordan también tenía algo que decir. Con toda naturalidad, Ted me había invitado a una fiesta familiar, la reunión anual del clan que tenía lugar en los campos de polo de Goleen Gate Park. Aunque sólo habíamos salido dos o tres veces durante el último mes y, desde luego, nunca nos habíamos acostado, puesto que los dos vivíamos en casa de nuestros respectivos padres, Ted me presentó a sus parientes como su novia, cosa que, hasta entonces, yo no sabía que fuese.

Más tarde, cuando Ted y su padre se marcharon con los demás para jugar un partido de voleibol, su madre me cogió la mano y echamos a andar por el césped, alejándonos de los demás. Me apretó afectuosamente la palma, pero sin mirarme.

—Me alegro de conocerte por fin —me dijo, recalcando las dos últimas palabras. Yo quería decirle que no era realmente la novia de Ted, pero ella prosiguió—: Me parece magnífico que tú y Ted os divirtáis tanto juntos y por eso mismo espero que no interpretes mal lo que he de decirte.

Entonces me habló pausadamente del futuro de Ted, de su necesidad de concentrarse en los estudios de medicina y de que pasarían varios años antes de que pudiera pensar en casarse. Me aseguró que no tenía nada en contra de las minorías raciales. Ella y su marido, propietarios de una cadena de tiendas que suministraban material de oficina, conocían personalmente a muchas personas excelentes que eran orientales, hispanos e incluso negros, pero Ted iba a dedicarse a una profesión en la que sería juzgado con distinto criterio por los pacientes, y otros médicos, quizá no tan comprensivos como los Jordan. Me dijo que era una desgracia que el resto del mundo fuese como era y que la guerra de Vietnam era muy impopular.

—No soy vietnamita, señora Jordan —le dije en voz baja, aunque estaba a punto de gritar— y no tengo la menor intención de casarme con su hijo.

Aquel día, cuando Ted me llevaba a casa en su coche, le dije que no podía seguir viéndole. Él quiso saber por qué, y me encogí de hombros. Insistió y le repetí literalmente lo que me había dicho su madre, sin hacer ningún comentario.

—¡Y tú no vas a mover un solo dedo! —exclamó—. ¿Dejarás que mi madre decida lo que es correcto?

Parecía como si yo fuese una conspiradora que se había convertido en traidora. Me conmovió que Ted se enojara tanto.

—¿Qué deberíamos hacer? —le pregunté, pensando que la sensación apenada que experimentaba era el inicio del amor.

Durante aquellos primeros meses nos aferramos uno a otro con una desesperación más bien absurda, porque, a pesar de todo lo que pudieran decir mi madre o la señora Jordan, no había nada que realmente nos impidiera vernos. Con una tragedia

imaginaria cerniéndose sobre nosotros, nos hicimos inseparables, dos mitades que creaban el todo: yin y yang. Yo era una víctima para su talante heroico, siempre estaba en peligro y él me rescataba continuamente, yo caía y él me levantaba. Era algo estimulante y agotador a la vez. El efecto emocional de salvar y ser salvado se estaba convirtiendo en una adicción para los dos. Nuestra relación amorosa, incluso en la cama, se alimentaría de esa necesidad mía de protección.

—¿Qué deberíamos hacer? —seguí preguntándole, y menos de un año después de nuestro primer encuentro vivíamos juntos.

Un mes antes de que Ted iniciara la carrera de medicina en la Universidad de California, San Francisco, nos casamos en la iglesia episcopal, y la señora Jordan se sentó en la primera fila, llorando como se esperaba de la madre del novio. Cuando Ted finalizó su etapa de médico residente especializado en dermatología, compramos una vieja casa victoriana de tres plantas y con un amplio jardín en Ashbury Heights. Ted me ayudó a instalar un estudio en la planta baja, para que pudiera dedicarme a trabajar por mi cuenta como ayudante de producción de artistas gráficos.

A partir de entonces, Ted lo decidía todo: dónde iríamos de vacaciones, el mobiliario que deberíamos comprar, cuánto tiempo esperaríamos para trasladarnos a un barrio mejor antes de tener hijos. Discutíamos algunas de estas cosas, pero ambos sabíamos que al final le diría: «Decídelo tú, Ted», y no habría más que hablar. Pronto cesó toda discusión, y Ted se limitaba a decidir, mientras que a mí ni se me ocurría ponerle objeciones. Prefería ignorar el mundo que me rodeaba y sólo me fijaba en lo que tenía ante los ojos, la escuadra, el *cutter*, el lápiz azul.

Pero el último año, cambiaron los sentimientos de Ted acerca de lo que él llamaba «decisión y responsabilidad». Una paciente le planteó un problema de venas varicosas en la mejilla. Él le dijo que podía eliminarle aquella especie de telaraña rojiza y devolverle la belleza, y ella le creyó, pero durante la operación le succionó un nervio por accidente y le dejó torcido el lado izquierdo de la cara. La mujer lo demandó.

Después de que perdiera el litigio por negligencia profesional —el primero y, ahora me doy cuenta, una enorme conmoción para él— empezó a presionarme para que yo tomara decisiones. ¿Creía que deberíamos comprar un coche del país o japonés? ¿Deberíamos cambiar el seguro de vida a plazo fijo? ¿Qué pensaba de aquel candidato que apoyaba a los contras nicaragüenses? ¿Cuántos hijos deberíamos tener?

Yo sopesaba los pros y los contras, pero al final me sentía muy confusa, porque nunca creía que hubiera una sola respuesta correcta y, no obstante, eran muchas las erróneas. Así pues, cada vez que decía: «Decídelo tú» o «me es indiferente» o «me parece bien de cualquiera de las maneras». Ted replicaba con impaciencia: «No, decídelo *tú*. No puedes prescindir de la responsabilidad y librarte luego de tu parte de culpa».

Percibí que las cosas estaban cambiando entre nosotros. Se había alzado un velo

protector y ahora Ted empezaba a hacerme responsable de todo. Me pedía que decidiera sobre las cosas más triviales, como para provocarme: comida italiana o tailandesa, un aperitivo o dos, qué clase de aperitivo, tarjeta de crédito o metálico, Visa o MasterCard.

El último mes, cuando se disponía a marcharse para seguir un cursillo de dermatología en Los Ángeles, que duraría un par de días, me preguntó si quería acompañarle, pero en seguida, sin darme tiempo a responderle, añadió:

—No importa, prefiero ir solo.

—Así tendrás más tiempo para estudiar —convine.

—No es por eso. Es que nunca eres capaz de tomar una decisión acerca de nada.

—Sólo en asuntos que no tienen importancia —protesté.

—Entonces nada es importante para ti —dijo él en tono de disgusto.

—Ted, si quieres que vaya, iré.

Estas palabras parecieron tocarle alguna fibra sensible.

—No sé cómo llegamos a casarnos. ¿Dijiste que sí sólo porque el sacerdote te dijo «repite conmigo...»? ¿Qué habría sido de tu vida si no te hubieras casado conmigo? ¿Se te ha ocurrido pensarlo alguna vez?

Había tan poca lógica entre lo que cada uno de nosotros decía, que tuve la sensación de que éramos como dos seres situados en sendas cimas montañosas, inclinándose temerariamente hacia delante para arrojarse piedras, sin ver el peligroso abismo que las separaba. Ahora comprendo que Ted hablaba así expresamente desde el principio, con la intención de mostrarme la brecha, porque esa misma noche me llamó desde Los Ángeles y dijo que quería divorciarse.

Desde que Ted se marchó, he estado pensando y llegado a la conclusión de que aunque lo hubiera esperado, aunque hubiera sabido cómo orientaría mi vida, el golpe habría sido igualmente brutal.

Cuando sufres un choque tan violento, es inevitable que pierdas el equilibrio y caigas. Y una vez que te has levantado, comprendes que no puedes confiar en que nadie te salve, ni tu marido ni tu madre ni Dios. ¿Qué puedes hacer entonces para evitar inclinarte y caer de nuevo?

\* \* \*

Durante muchos años mi madre creyó en la voluntad divina. Era como si hubiera abierto un grifo celestial que no cesaba de verter la divinidad. Decía que la fe era lo que possibilitaba todas las cosas buenas con que nos encontrábamos en la vida, pero yo entendía «destino», porque ella no sabía pronunciar el sonido «th» de la palabra «fe<sup>[2]</sup>».

Más adelante descubrí que quizá se trataba de destino desde el principio, que la fe no era más que la ilusión de que, de algún modo, ejerces el control de tu vida.

Observé que lo máximo que yo podía tener era esperanza, con lo cual no negaba ninguna posibilidad, ni buena ni mala. Todo lo que decía era: «Si hay una alternativa, Dios mío o lo que seas, inclina hacia aquí las probabilidades».

Recuerdo que cuando empecé a pensar así fue una gran revelación para mí. Sucedió el día en que mi madre perdió la fe en Dios, cuando descubrió que no podría volver a confiar jamás en cosas de certeza incuestionable.

Habíamos ido a la playa, a un lugar recogido al sur de la ciudad, cerca de Devil's Slide. Mi padre había leído en la revista *Sunset* que era un buen sitio para pescar percas, y aunque mi padre no era pescador, sino auxiliar de farmacia que en el pasado ejerció como médico en China, creía en su *nengkan*, su capacidad de hacer cualquier cosa que se propusiera. Mi madre se creía en posesión de *nengkan* para cocinar cualquier cosa que capturase mi padre. Esta creencia en su *nengkan* fue lo que llevó a mis padres a Estados Unidos, lo que les capacitó para tener siete hijos y comprar una casa en el distrito de Sunset con muy poco dinero, lo que les dio confianza para creer que su suerte nunca se acabaría, que Dios estaba de su parte, que los dioses domésticos solos podían informar de cosas buenas y nuestros antepasados estaban satisfechos, que las garantías vitalicias significaban que nuestra suerte nunca cesaría, que todos los elementos estaban en equilibrio, la cantidad adecuada de viento y agua.

Así pues, allí estábamos los nueve: mis padres, mis dos hermanas, cuatro hermanos y yo misma, pletóricos de confianza mientras caminábamos a lo largo de la playa. Avanzábamos en fila india por la arena gris y fría, en orden de mayor a menor. Yo, con catorce años, iba en el medio. Habríamos formado una curiosa estampa para un posible espectador, nueve pares de pies descalzos andando por la arena, nueve pares de zapatos en las manos, nueve cabezas morenas volviéndose hacia el agua para ver cómo rompían las olas en la orilla.

El viento azotaba mis pantalones de algodón, y yo buscaba algún lugar donde la arena no me entrara en los ojos. Vi que estábamos en la hondonada de una cala, como un cuenco gigante, partido en dos, cuya otra mitad hubiera arrebatado el mar. Mi madre se dirigió a la derecha, donde la arena estaba limpia, y todos la seguimos. En aquel lado la pared de la cala se curvaba y protegía la playa del áspero oleaje y del viento. Y a lo largo del muro, a su sombra, se extendía una hilera de escollos que empezaba en el borde de la playa y continuaba más allá de la cala, donde las aguas se agitaban. Daba la impresión de que podías adentrarte en el mar sobre aquel arrecife, a pesar de su aspecto tan rocoso y resbaladizo. En el otro lado de la cala el muro era más irregular, carcomido por el agua, con muchas grietas, y cuando las olas golpeaban contra la pared, el agua surgía por aquellos orificios como blancos torrentes.

Recuerdo que aquella cala arenosa era un lugar terrible, lleno de sombras húmedas que nos hacían estremecer y motas invisibles que se nos metían en los ojos y nos impedían ver los peligros. La novedad de la experiencia nos cegaba a todos: una familia china tratando de actuar como una típica familia norteamericana en la

playa.

Mi madre extendió sobre la arena una vieja manta a rayas, que el viento agitó hasta que nueve pares de zapatos la sujetaron. Mi padre montó su larga caña de bambú, una caña que él mismo se había confeccionado, recordando el diseño de la caña que tuvo en su infancia en China. Los niños nos acurrucamos hombro contra hombro sobre la manta, y en seguida saqueamos la bolsa llena de bocadillos de mortadela, que comimos ávidamente, sazonados con la arena adherida a nuestros dedos.

Mi padre se puso en pie y admiró su caña de pescar, fina y resistente. Satisfecho, recogió sus zapatos, fue al extremo de la playa y avanzó por el arrecife, deteniéndose antes de llegar al punto batido por las aguas. Mis dos hermanas mayores, Janice y Ruth, se levantaron de la manta y se palmotearon los muslos para desprender la arena. Luego, tras palmotearse mutuamente la espalda, echaron a correr por la playa, gritando. Yo estaba a punto de ir tras ellas, pero mi madre señaló a mis hermanos con la cabeza y me recordó: «*Dangsying tamende shenti*», que significa «cuida de ellos» o, literalmente, «vigila sus cuerpos». Aquellos cuerpos eran las anclas de mi vida: Matthew, Mark, Luke y Bing. Volví a sentarme en la arena y, una vez más, repetí mi ronco lamento: «¿Por qué?». ¿Por qué tenía que ser yo quien cuidara de ellos?

Y ella volvió a darme la misma respuesta: «*Yiding*». Debía hacerlo, porque eran mis hermanos. Mis hermanas ya cuidaron de mí cuando era pequeña. De lo contrario, ¿cómo aprendería a tener responsabilidad? ¿Cómo apreciaría lo que mis padres hicieron por mí?

Matthew, Mark y Luke tenían doce, diez y nueve años respectivamente, eran lo bastante mayores para no parar de divertirse ruidosamente. Ya estaba Luke enterrado en la arena, de la que sólo le sobresalía la cabeza, y ahora empezaban a construir un castillo de arena encima de él. Pero Bing tenía cuatro años, se excitaba fácilmente y con la misma facilidad se aburría e irritaba. No quería jugar con los demás hermanos porque lo habían hecho a un lado, amonestándole: «No, Bing, lo derribarás».

Así pues, Bing deambuló por la playa, caminando rígidamente como un emperador destronado, recogiendo fragmentos de roca y trozos de madera de acarreo que lanzaba con todas sus fuerzas a las olas. Fui tras él, imaginando marejadas y preguntándome qué haría si aparecía una. De vez en cuando le decía: «No te acerques demasiado al agua, vas a mojarte los pies», y pensaba en cómo me parecía a mi madre, siempre preocupada más allá de lo razonable pero, al mismo tiempo, hablando del peligro como si fuese menor de lo que era realmente. La preocupación me rodeaba, como el muro de la cala, haciéndome creer que lo había tenido todo en cuenta y que la seguridad del pequeño era absoluta.

Mi madre tenía la superstición de que los niños están expuestos a ciertos peligros en determinados días, que dependen de su fecha de nacimiento. La explicación estaba en un librito chino titulado *Las veintiséis puertas malignas*, en cada una de cuyas páginas figuraba la ilustración de algún peligro terrible que aguardaba a los niños

inocentes. A los lados había una descripción en chino, pero como yo no sabía leer los ideogramas, tenía que contentarme con el significado de la imagen.

En cada ilustración aparecía el mismo niño, trepando a la rama rota de un árbol, de pie junto a una puerta que se viene abajo, resbalando en un baño de madera, entre los dientes de un perro que lo ha arrebatado, huyendo de un rayo. Otro personaje presente en todas las ilustraciones era hombre que parecía disfrazado de lagarto y tenía un gran pliegue en la frente, o quizá se trataba de dos cuernos redondeados. En una de las imágenes el hombre lagarto de pie junto a un puente curvo, riendo mientras veía caer al pequeño por encima del pretil, con los pies ya en el aire.

Ya era muy inquietante pensar que un niño pudiera correr cualquiera de aquellos peligros, y aunque la fecha de nacimiento correspondía sólo a uno, a mi madre le preocupaban todos. El motivo era su incapacidad de trasladar las fechas chinas basadas en el calendario lunar, a las fechas del calendario gregoriano. Así pues, tenerlos todos presentes era la única manera de estar absolutamente segura de que podía prevenir cada uno de ellos.

El sol se había movido y ahora se cernía sobre el otro lado del muro de la cala. Todo estaba en su lugar. Mi madre se afanaba para impedir que cayera arena en la manta, eliminaba la arena de los zapatos y volvía a colocarlos en los ángulos de la manta. Mi padre seguía en el extremo del arrecife, lanzaba pacientemente el anzuelo y esperaba que el *nengkan* se manifestara en forma de pescado. Veía unas figurillas a lo lejos, en la playa, y sabía que eran mis hermanas por las cabezas morenas y los pantalones amarillos. Los gritos de mis hermanos se mezclaban con los de las gaviotas. Bing había encontrado una botella de gaseosa vacía y la usaba para cavar en la arena cerca del oscuro muro de la cala. Yo estaba sentada en la arena, donde terminaban las sombras y empezaba la parte soleada.

Bing golpeaba la roca con la botella de gaseosa.

—No lo hagas tan fuerte —le grité—. Abrirás un agujero en la pared, te caerás en él e irás a parar a China.

Me reí cuando él me miró como si pensara que era cierto. Se levantó y echó a andar hacia el agua. Puso el pie en el arrecife, tanteando, y le advertí:

—Bing.

—Voy a ver a papá —protestó él.

—Entonces no te separes de la pared, apártate del agua. Cuidado con los peces malos.

Le observé mientras avanzaba por el arrecife, casi pegado a la rocosa pared de la cala. Todavía le veo, tan claramente que casi tengo la sensación de que puedo hacer que se quede ahí para siempre.

Le veo de pie al lado del muro, a salvo, llamando a mi padre, el cual le mira por encima del hombro. ¡Cuánto me alegra que mi padre vaya a vigilarle un rato! Bing empieza a andar y entonces algo tira del sedal de mi padre y él lo enrolla tan rápido como puede.

Oigo gritos. Alguien ha tirado arena a la cara de Luke y éste ha emergido de su tumba de arena y se ha arrojado sobre Mark, al que ahora está vapuleando. Mi madre me pide a gritos que los detenga. En cuanto he separado a Luke y Mark, alzo la vista y veo que Bing avanza solo hacia el borde del arrecife. En la confusión de la pelea, nadie se percata. Soy la única que ve lo que Bing está haciendo.

El pequeño da uno, dos, tres pasos. Su cuerpecillo se mueve con mucha rapidez, como si hubiera visto algo maravilloso al borde del agua, y pienso: *Se va a caer*. Lo estoy esperando, y en el mismo momento en que lo pienso, sus pies ya están en el aire, en un instante de equilibrio, antes de caer al agua y desaparecer sin dejar siquiera una onda en la superficie.

Me arrodillé, mirando el lugar donde había desaparecido, sin moverme, sin decir nada. Lo que acababa de ocurrir no tenía sentido. Me pregunté si debería correr al agua e intentar sacarle. ¿Debería gritar a mi padre? ¿Podría incorporarme con suficiente rapidez? ¿Podía hacer que todo retrocediera y prohibirle a Bing que fuera a reunirse con mi padre en el arrecife?

Entonces regresaron mis hermanas y una de ellas preguntó dónde estaba Bing. Se hizo el silencio durante unos segundos y luego hubo gritos y revuelo de arena cuando todos pasaron por mi lado hacia el borde del agua. Me quedé allí, incapaz de moverme, mientras mis hermanos apartaban frenéticamente maderas de deriva para ver qué había detrás. Mis padres intentaban separar las olas con las manos.

Estuvimos allí muchas horas. Recuerdo las embarcaciones de búsqueda, la puesta de sol y la oscuridad. Jamás había visto una puesta de sol como aquélla: una brillante llama anaranjada que rozaba el borde del agua y luego se abría en abanico, calentando el mar. Cuando oscureció, se encendieron los fanales amarillos de las barcas y mi madre se arrojó al agua. No había nadado en toda su vida, pero la fe en su *nengkan* la convenció de que podía hacer lo mismo que hacían aquellos norteamericanos. Podía encontrar a Bing.

Cuando los hombres de la partida de rescate la sacaron finalmente del agua, seguía con su *nengkan* intacto. El agua fría empapaba su pelo y sus ropas, pero permaneció en pie, serena y majestuosa como una reina de las sirenas que acabara de salir del mar. La policía suspendió la búsqueda, nos acompañaron al coche y nos enviaron a llorar a casa.

Había supuesto que mis padres y hermanos me matarían a azotes. Sabía que era culpable, porque no había vigilado al pequeño como era debido, y, no obstante, le había visto. Pero nos sentamos en la sala a oscuras y les oí, uno tras otro, susurrando sus pesares.

—He sido un egoísta al empeñarme en pescar —dijo mi padre.

—No deberíamos haber ido a pasear —observó Janice, mientras Ruth se sonaba una vez más.

—¿Por qué me echaste arena a los ojos? —gimió Luke—. ¿Por qué me obligaste a pelear?

Y mi madre, dirigiéndose a mí, admitió en voz baja:

—Te pedí que los separases, que dejaras de vigilar al pequeño.

Si hubiera tenido tiempo para experimentar una sensación de alivio, se habría evaporado en seguida, porque mi madre también me dijo:

—Mañana a primera hora debemos volver ahí y encontrarle, tú y yo.

Todos tenían la vista baja, pero entendí que aquél era mi castigo: salir con mi madre, regresar a la playa y ayudarla a encontrar el cuerpo de Bing.

No estaba en absoluto preparada para lo que mi madre hizo al día siguiente. Cuando me desperté aún no había amanecido, pero ella ya estaba vestida. Sobre la mesa de la cocina había un termo, una taza de té, la Biblia encuadernada en simlicuero blanco y las llaves del coche.

—¿Ya está listo papá? —le pregunté.

—Papá no viene —replicó.

—Entonces, ¿cómo vamos a llegar allí? ¿Quién nos llevará?

Ella cogió las llaves del coche y la seguí afuera. Subimos al vehículo y, mientras nos dirigíamos a la playa, no dejé de preguntarme cómo había aprendido a conducir de la noche a la mañana. No utilizó la guía de carreteras. Condujo con suavidad, giró más abajo de Geary y entró en la gran autopista, sin olvidar en ningún momento la señalización correcta, cogió la carretera costera y tomó con pericia las curvas cerradas que con frecuencia dejaban a los conductores inexpertos en la cuneta o los hacían saltar por los precipicios.

Cuando llegamos a la playa, sin pérdida de tiempo mi madre recorrió el sendero de tierra y avanzó hasta el extremo del arrecife, donde yo había visto desaparecer a Bing. Llevaba en la mano la Biblia blanca. Allí, ante el agua, llamó a Dios y las gaviotas transportaron su vocecilla al cielo. Empezó diciendo «Dios mío querido» y terminó con «amén», y entre la primera expresión y la última habló en chino.

—Siempre he creído en tus bendiciones —le dijo a Dios, en el mismo tono de alabanza que usaba para los exagerados cumplidos chinos—. Sabíamos que llegarían, no las poníamos en duda. Tus decisiones eran las nuestras. Tú nos recompensabas por nuestra fe.

»A cambio siempre hemos procurado mostrarte nuestro respeto más profundo. Íbamos a tu casa, te dábamos dinero, cantábamos tus himnos. Nos diste más bendiciones, y ahora hemos extraviado una de ellas. Es cierto que hemos sido descuidados. Teníamos tantas cosas buenas que no podíamos pensar constantemente en todas ellas.

»Así, tal vez nos lo has ocultado para darnos una lección, para que tuviéramos más cuidado con tus dones en el futuro. Lo he aprendido, está grabado en mi memoria. Y ahora he venido para recuperar a Bing.

Escuché en silencio a mi madre, horrorizada, y me eché a llorar cuando le oí añadir:

—Perdónanos por sus malos modales. Mi hija, aquí presente, no dejará de darle

mejores lecciones de obediencia antes de que el muchacho te visite de nuevo.

Después de la plegaria, su fe era tan grande que le vio, tres veces, saludándola con la mano desde más allá de la primera ola. «*Nale!*» (¡Allí!). Y permaneció en pie como un centinela, hasta que tres veces le falló la vista y Bing resultó ser una mancha oscura de algas agitadas.

Mi madre no agachó la cabeza. Regresó a la playa y dejó la Biblia. Cogió el termo y la taza y se acercó a la orilla. Entonces me dijo que la noche anterior había recordado su pasado, cuando era una muchacha en China, y he aquí lo que había hallado:

—Recuerdo que un chico perdió una mano a causa de los fuegos artificiales. Vi los jirones de su brazo y sus lágrimas, y entonces oí a su madre afirmar que le crecería otra mano, mejor que la perdida. Aquella madre dijo que pagaría multiplicada por diez una deuda ancestral, que usaría un tratamiento de agua para aplacar la ira de Chu Jung, el dios del fuego, con sus tres ojos. Y, en efecto, a la semana siguiente aquel niño montaba en bicicleta, ¡y cuando pasó ante mis ojos asombrados vi que sujetaba el manillar con las dos manos!

Entonces mi madre bajó el tono de voz, y cuando habló de nuevo lo hizo de un modo precavido y respetuoso.

—Cierta vez uno de nuestros antepasados robó agua de un pozo sagrado. Ahora el agua trata de robar a su vez. Hemos de atemperar el malhumor del dragón serpenteante que vive en el mar. Tiene sujeto a Bing, y hemos de hacer que afloje su presa dándole otro tesoro que pueda esconder.

Mi madre vertió té endulzado con azúcar en la taza y la arrojó al mar. Entonces abrió el puño. Tenía en la palma un anillo con un zafiro azul pálido, regalo de su madre, que había muerto muchos años antes. Me dijo que la belleza de aquella piedra hacía que las madres la mirasen codiciosas, desatendiendo a los niños a los que vigilaban tan celosamente. Aquello haría que el dragón serpenteante se olvidara de Bing. Arrojó el anillo al agua.

Pero ni siquiera así Bing apareció de inmediato. Durante cosa de una hora no vimos más que algas a la deriva. Entonces mi madre se llevó las manos al pecho y exclamó:

—¡Ya sé! Es porque estamos mirando en la dirección equivocada.

También yo vi a Bing caminando pesadamente en el extremo de la playa, los zapatos colgando de la mano, la morena cabeza gacha, extenuado. Pude sentir lo mismo que sentía mi madre. Experimentamos un instante de alegría inconmensurable. Y entonces, antes de que pudiéramos levantarnos, las dos le vimos encender un cigarrillo, crecer y convertirse en un desconocido.

—Vámonos, mamá —le dije lo más suavemente posible.

—Está aquí —dijo ella con firmeza, y señaló la pared irregular al otro lado del agua—. Le veo. Está en una cueva, sentado en un escalón por encima del agua. Tiene hambre y un poco de frío, pero ya ha aprendido a no quejarse demasiado.

Entonces se levantó y echó a andar por la arena como si fuese un camino pavimentado. Intenté seguirla, caminando con dificultad y tropezando con los blandos montículos. Mi madre subió por el empinado sendero hasta el lugar donde estaba aparcado el coche, y ni siquiera jadeaba cuando sacó del maletero una gran cámara de neumático. Ató a este salvavidas el sedal de la caña de pescar de mi padre. Regresó a la orilla y lanzó la cámara al mar, sujetando el sedal.

—Esto irá al lugar donde está Bing —dijo con vehemencia—. Le hará volver.

Jamás había notado tanto *nengkan* en la voz de mi madre.

La cámara de neumático pareció corroborar su idea. Fue a la deriva hacia el otro lado de la cala, donde la zarandeó un oleaje más fuerte. El sedal se puso tenso y ella lo aferró, pero no pudo evitar que se rompiera y cayera al agua trazando una espiral.

Ambas nos dirigimos al extremo del arrecife. Ahora la cámara había llegado al otro lado de la cala, y una gran ola la arrojó contra la pared. La cámara hinchada saltó hacia arriba y luego fue absorbida bajo la pared, en una caverna. Poco después se asomó, y a partir de entonces una y otra vez desaparecía, emergía, negra y reluciente, informando fielmente que había visto a Bing e iba a intentar sacado de la cueva. Una y otra vez se sumergió y volvió a salir, vacía pero todavía esperanzada, hasta que, por fin, al cabo de unas doce veces, fue absorbida por la negra cavidad y, cuando salió, estaba desgarrada y desinflada.

Sólo entonces mi madre se dio por vencida. Jamás olvidaré la expresión de su rostro, una expresión de desesperación y horror absolutos, por haber perdido a Bing, por ser tan necia de creer que la fe le serviría para cambiar el destino. Y me sentí furiosa, ciegamente furiosa, porque todo nos había fallado.

\* \* \*

Ahora sé que en ningún momento esperé encontrar a Bing, como sé ahora que jamás encontraré la manera de salvar mi matrimonio. Pero mi madre me dice que debo seguir intentándolo.

—¿Para qué? —replico—. No hay ninguna esperanza. No hay ningún motivo para que siga intentándolo.

—Porque debes hacerlo —dice ella—. Ni la esperanza ni la razón tienen nada que ver con esto. Se trata de tu destino. Es tu vida, lo que debes hacer.

—¿Qué debo hacer entonces?

—Eso tienes que averiguarlo tú misma —responde mi madre—. Si alguien te lo dice, no lo estás intentando.

Y sale de la cocina, dejándome ahí sola para que reflexione en eso.

Pienso en Bing, en cómo supe que corría peligro y cómo dejé que ocurriera su accidente. Pienso en mi matrimonio, en los signos que percibí. Sí, vi los signos, pero me limité a dejar que las cosas sucedieran. Y pienso en que el destino está formado a

medias por las expectativas y a medias por la falta de atención. Pero, de algún modo, cuando pierdes algo que amas, interviene la fe. Tienes que prestar atención a lo que has perdido. Tienes que deshacer la expectativa.

Mi madre sigue prestando atención a lo que perdió. Sé que ve esa Biblia bajo la pata de la mesa. Recuerdo que la vi escribir algo en ella antes de que la hiciera servir como una cuña.

Levanto la mesa y saco la Biblia. La pongo sobre la mesa y paso rápidamente las páginas, porque sé que ahí está lo que busco. En la página anterior al inicio del Nuevo Testamento hay una sección con el rótulo «Fallecimientos», y ahí es donde escribió «Bing Hsu», a lápiz y con trazo ligero, fácilmente borrable.

# Jing-Mei Woo

## Dos clases

Mi madre creía que en los Estados Unidos puedes ser cualquier cosa que te propongas, puedes abrir un restaurante, trabajar para el gobierno y obtener una buena pensión al jubilarte, comprar una casa sin apenas entregar dinero a cuenta, hacerte rico, ser famoso de la noche a la mañana.

—Por supuesto, también puedes ser un prodigio —me dijo cuando tenía nueve años—. Puedes ser la mejor en lo que quieras. ¿Qué sabe tía Lindo? Su hija sólo es la mejor tramposa.

Mi madre cifraba en los Estados Unidos todas sus esperanzas. Llegó a este país en 1949, tras perderlo todo en China, sus padres, su hogar, su primer marido y dos hijas, dos bebés gemelos. Pero jamás miró atrás con pesar. Las cosas mejorarían en muchos aspectos.

\* \* \*

No encontramos en seguida la clase de prodigio más adecuada. Al principio mi madre pensó que yo podría ser una Shirley Temple china. Mirábamos viejas películas de Shirley por televisión, como si fuesen material de adiestramiento. Mi madre me tocaba el brazo y decía:

—*Ni kan* (Fíjate).

Y yo veía a Shirley bailando un zapateado o cantando una canción de marineros o frunciendo los labios hasta formar una O muy redonda mientras decía: «Oh, Dios mío».

—*Ni Kan* —repetía cuando los ojos de Shirley se inundaban de lágrimas—. Ya sabes cómo hacerlo. ¡Para llorar no se necesita talento!

Poco después de que a mi madre se le ocurriera la idea de que debería imitar a Shirley Temple, me llevó a una escuela de peluquería en el distrito de Mission y me puso en manos de una alumna que apenas podía sostener las tijeras sin que le temblara la mano. En vez de salir de allí con unos rizos grandes y espesos, lo hice con una masa irregular de lanilla negra y crespas. Mi madre me llevó a rastras al baño y trató de alisarme el pelo mojándolo.

—Pareces una china negra —se lamentó, como si yo hubiera hecho aquel desaguizado a propósito.

La instructora de la escuela de peluquería tuvo que podar aquellos húmedos mechones para igualarme de nuevo el cabello.

—Últimamente Peter Pan es muy popular —le aseguró a mi madre.

Ahora tenía el pelo corto como el de un chico, con un flequillo ladeado cinco centímetros por encima de las cejas. Ese corte de pelo me gustaba, me estimulaba a esperar ilusionada mi futura fama.

La verdad es que al principio estaba tan excitada como mi madre, tal vez incluso más. Me representaba esa faceta de niña prodigio con muchas imágenes diferentes, que me probaba como prendas de vestir, para ver cuál me sentaba mejor. Unas veces era una refinada bailarina, de pie al lado del telón, en espera de escuchar la música que me haría avanzar deslizándome sobre las puntas de los pies. Otras veces era el Niño Jesús, alzado del pesebre de paja y llorando con sagrada indignación, o era Cenicienta, bajando de la calabaza convertida en carroza con una centelleante música de dibujos animados llenando la atmósfera.

Imaginaba todas esas cosas con la sensación de que pronto llegaría a ser *perfecta*. Mis padres me adorarían, mi comportamiento sería irreprochable, jamás me enfurruñaría por nada.

Pero a veces el componente prodigioso de mi personalidad se volvía impaciente. «Si no te das prisa y me sacas de aquí», me advertía, «voy a desaparecer para siempre, y entonces nunca serás nada».

Cada noche, después de la cena, mi madre y yo nos sentábamos en la cocina, ante la mesa de formica. Ella me sometía a nuevas pruebas, tomando sus ejemplos de relatos sobre niños sorprendentes que había leído en el *Créalo o no* de Ripley, *La buena ama de casa*, *Reader's Digest* y una docena más de revistas que guardaba amontonadas en nuestro dormitorio. Esas revistas se las regalaban las personas cuyas casas iba a limpiar y, como limpiaba muchas casas cada semana, teníamos un gran surtido. Las hojeaba todas, buscando relatos sobre niños notables.

La primera noche se sirvió de la anécdota de un niño de tres años que conocía las capitales de todos los estados y hasta de la mayor parte de países europeos. La revista citaba a un maestro según el cual el pequeño también sabía pronunciar correctamente los nombres de las ciudades extranjeras.

—¿Cuál es la capital de Finlandia? —me preguntó mi madre, mirando la revista.

Yo sólo conocía la capital de California, porque Sacramento era el nombre de la calle de Chinatown donde vivíamos.

—¡Nairobi! —conjeturé, diciendo la palabra más extranjera que se me ocurrió. Ella comprobó si ésa era una posible pronunciación de «Helsinki» antes de mostrarme la respuesta correcta.

Las dificultades de las pruebas fue en aumento: tenía que multiplicar mentalmente, encontrar la reina de corazones en una baraja, tratar de mantenerme vertical sobre la cabeza sin usar las manos, predecir las temperaturas diarias en Los Ángeles, Nueva York y Londres.

Una noche tuve que leer una página de la Biblia durante tres minutos y luego decirle todo lo que recordaba.

—Ahora Josafat tenía riquezas y honores en abundancia y... Eso es todo lo que

recuerdo, mamá.

Al ver una vez más la decepción reflejada en el rostro de mi madre, algo empezó a morir dentro de mí. Detestaba aquellas pruebas, las esperanzas que alimentábamos y las expectativas fallidas.

Aquella noche, antes de acostarme, me miré en el espejo sobre el lavabo, y al ver mi propio rostro devolviéndome la mirada, pensé que siempre tendría aquella cara ordinaria y me eché a llorar. ¡Qué niña tan triste y tan fea! Emití unos sonidos agudos, como un animal enloquecido, e intenté arañar el rostro del espejo.

Y entonces vi lo que parecía mi elemento prodigioso, porque nunca hasta entonces había visto semejante rostro. Contemplé mi imagen reflejada, parpadeando para poder verla con más claridad. La niña que me miraba estaba furiosa, llena de energía. Aquella niña y yo éramos la misma persona. Tuve nuevos pensamientos, unos pensamientos obstinados, o más bien cargados de negativas. Me prometí que no permitiría a mi madre cambiarme. No sería lo que no era.

En lo sucesivo, cada vez que mi madre me sometía a sus pruebas, yo actuaba abúlicamente, con la cabeza apoyada en un brazo, fingiendo que me aburría. Pero no necesitaba fingir, pues me aburría de veras. Me aburría tanto que empecé a contar las veces que sonaban las sirenas de niebla en la bahía, mientras mi madre me preguntaba otras cosas. Aquel sonido era consolador y me recordaba la vaca que salta a la luna.

Al día siguiente puse en práctica un juego: ver si mi madre me daba por inútil antes de que contara ocho toques de sirena. Al cabo de poco tiempo solía contar sólo uno, dos toques como máximo. Por fin estaba empezando a perder la esperanza.

Transcurrieron dos o tres meses sin que saliera a relucir mi faceta de niña prodigio. Un día mi madre estaba mirando el programa de Ed Sullivan por televisión. El receptor era viejo y el sonido se desvanecía continuamente. Cada vez que mi madre se levantaba a medias del sofá para ajustar el volumen, el sonido regresaba y se oían las palabras de Ed, pero en cuanto se sentaba, el presentador volvía a quedar en silencio. Se levantaba, y el televisor emitía música de piano a todo volumen; nada más sentarse, se hacía el silencio. Y así una y otra vez, arriba y abajo, adelante y atrás, silencio y sonido. Era como si mi madre y el receptor bailaran rápidamente una extraña danza en la que no se entrelazaran las parejas. Finalmente se levantó y permaneció al lado del televisor, con la mano en el botón del sonido.

Parecía fascinada por la música, una pieza de piano un tanto frenética, con una cualidad hipnotizante, unos pasajes rápidos seguidos por otros de ritmo marcado y guasón, antes de volver a las partes rápidas y retozonas.

—*Ni kan* —dijo mi madre, llamándome la atención con apresurados ademanes—. Mira esto.

Noté por qué aquella música fascinaba a mi madre. La estaba tocando una niña china, de unos nueve años, con un corte de pelo a lo Peter Pan y el atrevimiento de una Shirley Temple. Era orgullosamente recatada, como una buena muchacha china.

Al terminar hizo una graciosa reverencia, de modo que la falda ahuecada de su vestido blanco descendió lentamente hacia el suelo, como los pétalos de un clavel enorme.

A pesar de estas señales de advertencia, no me preocupé. Nuestra familia no tenía piano y no podíamos permitirnos comprar uno, y no digamos costear resmas de papel de música y clases de piano. Por eso pude ser generosa en mis comentarios cuando mi madre despotricó contra la niña de la televisión.

—Sabe tocar las notas, pero no suena bien —se quejó mi madre—. No es un sonido melodioso.

—¿Por qué te metes con ella? —le dije sin pensarlo dos veces—. Es bastante buena. Tal vez no sea la mejor, pero pone mucho empeño. —Supe que en seguida me arrepentiría de haber dicho tal cosa.

—Lo mismo que tú —replicó mi madre—. No eres la mejor, porque no lo intentas.

Emitió un ligero bufido al tiempo que soltaba el botón del sonido y volvía a sentarse en el sofá.

La chinita también se sentó para tocar una repetición de la «Danza de Anitra» de Grieg. Recuerdo la canción porque más adelante tuve que aprender a tocarla.

Tres días después de aquel programa televisivo de Ed Sullivan, mi madre me comunicó el horario de las clases de teoría y práctica de piano. Había hablado con el señor que vivía en el primer piso de nuestro edificio. El señor Chong era profesor de piano retirado, y mi madre había trocado con él sus servicios de empleada doméstica por lecciones semanales y un piano para que yo practicara cada día, dos horas diarias, de cuatro a seis.

Cuando lo supe, me sentí como si mi madre me hubiera enviado al infierno. Sollocé y, cuando no pude soportarlo más, me puse a patlear.

—¿Por qué no te gusto tal como soy? ¡No soy ningún genio! ¡No puedo tocar el piano, y aunque pudiera no iría a la televisión aunque me dieras un millón de dólares!

Mi madre me abofeteó.

—¿Quién te pide que seas un genio? —gritó—. Tan sólo deseo que des lo mejor de ti misma, por tu propio bien. ¿Crees que quiero que seas un genio? ¡Qué va! ¿Para qué? ¿Quién te pide tal cosa?

Luego le oí murmurar en chino: «Qué ingrata es. Si tuviera tanto talento como mal carácter, ya sería famosa».

El señor Chong, al que llamaba en secreto el abuelo Chong, era un hombre muy raro, que siempre estaba tamborileando los dedos, como si siguiera la música silenciosa de una orquesta invisible. Me parecía muy viejo, pues había perdido la mayor parte del pelo, usaba gafas de cristales gruesos y sus ojos daban siempre una impresión de fatiga y somnolencia, pero debía de ser más joven de lo que me figuraba, ya que vivía con su madre y aún no se había casado.

Vi a la vieja Chong una vez y fue suficiente. Despedía un olor peculiar, como el

de un bebé que se ha hecho encima sus necesidades, y tenía los dedos como los de un muerto, como un viejo melocotón que encontré un día en el fondo del frigorífico, cuya piel se separaba de la carne al cogerlo.

Pronto descubrí que el abuelo Chong se había retirado de la enseñanza musical. Era sordo.

—¡Como Beethoven! —me dijo alzando mucho la voz—. ¡Ambos escuchamos sólo dentro de la cabeza!

Y dicho esto empezó a dirigir sus frenéticas sonatas silenciosas.

Daba comienzo a las clases abriendo el libro y señalando distintas cosas, cuya finalidad me explicaba.

—¡Tono! ¡Tiple! ¡Bajo! ¡Ni sostenido ni bemol! ¡Esto es do mayor! ¡Ahora escucha y haz como yo!

Entonces tocaba varias veces la escala de do, un acorde simple y, a continuación, como si le inspirase una antigua e inalcanzable comezón, añadía gradualmente más notas, trinos consecutivos y un bajo martilleante, hasta que la música era en verdad magnífica.

Yo procuraba imitarle, tocando la escala simple, el acorde simple y luego alguna tontería, algo parecido a un gato correteando arriba y abajo sobre una hilera de cubos de basura. El abuelo Chong aplaudía sonriente.

—¡Muy bien! —exclamaba—. Pero ahora has de aprender a mantener el compás.

Así descubrí que la vista del abuelo Chong era demasiado lenta para seguir las notas erróneas que yo tocaba. Él ejecutaba los movimientos en la mitad del tiempo. Para ayudarme a mantener el ritmo, se colocaba detrás de mí y me apretaba el hombro derecho con cada compás. Colocaba monedas sobre mis muñecas y yo debía tenerlas en equilibrio mientras tocaba lentamente escalas y arpegios. Me hacía curvar la mano alrededor de una manzana y mantener esa forma cuando tocaba acordes. Desfilaba rígidamente para enseñarme a mover cada dedo arriba y abajo, en *staccato*, como soldaditos obedientes. Me enseñó todas estas cosas, y así fue como aprendí también que podía ser perezosa y cometer impunemente muchos errores. Si tocaba mal las notas porque no había practicado bastante, nunca me corregía. Me limitaba a seguir el ritmo, mientras el abuelo Chong seguía dirigiendo su ensoñación particular.

Así pues, es posible que nunca me diera a mí misma una buena oportunidad. Comprendí los aspectos básicos con bastante rapidez, y podría haberme convertido en una buena pianista a edad temprana. Pero estaba tan decidida a no intentarlo, a no ser una persona distinta a la que era que sólo aprendí a tocar los preludios más ensordecedores, los himnos más discordantes.

En el transcurso del año siguiente practiqué de ese modo, obediente a mi manera. Entonces, cierto día, oí que mi madre y su amiga Lindo Jong hablaban en un tono alto y jactancioso, para que las demás pudieran oírlas. Era a la salida de la iglesia, y yo estaba apoyada en la pared de ladrillo, con unas rígidas enaguas blancas debajo del vestido. Waverly, la hija de tía Lindo, que tenía más o menos mi edad, también estaba

junto a la pared, un par de metros más abajo. Habíamos crecido juntas y teníamos la intimidad de unas hermanas que se pelean por los lápices de colores y las muñecas. En otras palabras, nos teníamos un odio considerable. Waverly Jong, una presumida a mi modo de ver, había conseguido cierta fama como «la campeona china de ajedrez más pequeña de Chinatown».

—Trae a casa demasiados trofeos —se lamentaba aquel domingo tía Lindo—. Día entero jugando ajedrez. No tengo tiempo para nada, siempre limpiando sus trofeos. —Miró cejijunta a Waverly, la cual fingió no verla—. Tú estás de suerte sin ese problema —le dijo a mi madre, suspirando.

Entonces mi madre cuadró los hombros y se jactó:

—Nuestro problema es peor que el tuyo. Si le pedimos a Jing-Mei que lave los platos, no hace caso, no oye más que la música. Es como si no pudieras detener ese talento natural.

En aquel momento decidí poner punto final a su estúpido orgullo.

Unas semanas después, el abuelo Chong y mi madre conspiraron para que tocara en una exhibición de niños dotados que tendría lugar en el salón de la iglesia. Por entonces mis padres habían ahorrado el dinero suficiente para comprarme un piano de segunda mano, una espineta Wurlitzer negra con un banco lleno de magulladuras. Era el mueble principal de nuestra sala de estar.

En aquella exhibición tenía que tocar «Niño que suplica», de las *Escenas de la infancia* de Schumann. Era una melodía sencilla y triste que parecía más difícil de lo que era en realidad. Tenía que memorizarla toda y tocar las repeticiones dos veces, para aumentar la duración de la pieza. Pero desperdicié el tiempo durante los ensayos: tocaba unos compases y en seguida hacía trampa, alzando la vista para ver qué notas seguían. No escuchaba en serio lo que estaba tocando y me sumía en una ensoñación, imaginando que estaba en otro lugar y era otra persona.

La parte que más me gustaba practicar era la extravagante reverencia: el pie adelantado, tocar la rosa de la alfombra con la punta del otro pie, inclinación al lado, pierna izquierda doblada, alzar la vista y sonreír.

Mis padres invitaron a todas las parejas del Club de la Buena Estrella a presenciar mi debut. Tía Lindo y tía Tin estaban presentes. Waverly y sus dos hermanos mayores también acudieron. Las dos primeras filas estaban ocupadas por niños menores y mayores que yo. Los más pequeños actuaron primero. Recitaron sencillos poemas infantiles, graznaron melodías con violines diminutos, hicieron girar aros de Hula Hoop, las niñas con falditas rosas de ballet realizaron cabriolas y cada vez que saludaban con inclinaciones de cabeza o reverencias, el público suspiraba al unísono y aplaudía con entusiasmo.

Cuando me tocó el turno, estaba rebotante de confianza. Recuerdo mi excitación infantil. Era como si supiera, sin sombra de duda, que mi faceta prodigiosa existía realmente. No sentía ningún temor ni nerviosismo. Recuerdo que me dije: «¡Por fin! ¡Por fin!». Miré al público, vi el rostro inexpresivo de mi madre, el bostezo de mi

padre, la sonrisa tensa de tía Lindo, el semblante enfurruñado de Waverly. Yo llevaba un vestido blanco con hileras de encaje y un lazo rosa en el pelo cortado a lo Peter Pan. Al tomar asiento imaginé a la gente poniéndose en pie y a Ed Sullivan apresurándose a presentarme a todo el mundo en la televisión.

Empecé a tocar. Era una música muy bella, y estaba tan embelesada por el aspecto encantador que tenía sentada al piano que al principio no me preocupé por el sonido. Por eso me llevé una sorpresa cuando toqué la primera nota errónea y me di cuenta de que algo no sonaba del todo bien. Entonces fallé otra vez, y otra más... Un escalofrío se inició en lo alto de mi cabeza y empezó a recorrerme el cuerpo. Sin embargo, no podía dejar de tocar, como si tuviera las manos embrujadas. Pensaba que mis dedos volverían a adaptarse por sí solos, como un tren desviado que vuelve a la vía correcta. Toqué aquel extraño revoltijo a lo largo de dos repeticiones, y las ásperas notas me acompañaron hasta el final.

Cuando me puse en pie, me temblaban las piernas. A lo mejor sólo había estado nerviosa y el público, como el abuelo Chong, me había visto efectuar los movimientos apropiados sin oír nada erróneo. Adelanté el pie derecho, doblé la rodilla, alcé la vista y sonreí. La sala permanecía en silencio, con excepción del abuelo Chong, quien sonreía radiante y gritaba: «¡Bravo, bravo, muy bien!». Pero entonces vi el rostro de mi madre, su expresión compungida. El público aplaudió débilmente, y cuando regresaba a mi asiento, con el rostro congestionado por el esfuerzo para no llorar, oí que un niño le susurraba a su madre: «Ha sido horrible», y la mujer replicaba: «Bueno, por lo menos lo ha intentado».

Entonces me fijé en la cantidad de gente que había en la sala. Parecía como si el mundo entero se hubiese reunido allí, y tenía la sensación de que sus miradas se concentraban en mi espalda. Comprendí la vergüenza que debían de experimentar mis padres, sentados allí rígidamente durante el resto de la sesión.

Podríamos habernos marchado durante el intermedio, pero el orgullo y un extraño sentido del honor debieron de fijar a mis padres a sus asientos. Así pues, lo vimos todo: el chico de dieciocho años con un bigote postizo que hacía un número de magia y juegos malabares con aros llameantes montado en un monociclo, la muchacha pechugona con la cara embadurnada de maquillaje blanco que cantó unos fragmentos de *Madama Butterfly* y obtuvo una mención honorífica, y el muchacho de once años que se llevó el primer premio interpretando al violín una intrincada melodía que parecía el vuelo de una abeja bulliciosa.

Después del espectáculo, los Hsu, los Jong y los St. Clair, del Club de la Buena Estrella, se acercaron a mis padres.

—Cuántos chicos con talento —dijo vagamente tía Lindo, con una ancha sonrisa.

—Eso ha sido algo diferente —comentó mi padre, y me pregunté si se refería a mí de una manera humorística o si se acordaba siquiera de lo que había hecho.

Waverly me miró y se encogió de hombros.

—No eres un genio como yo —me dijo con naturalidad, y de no haberme sentido

tan mal, le habría tirado de las trenzas y golpeado el estómago.

Pero el semblante de mi madre fue lo que me desbastó, la expresión sosegada y vacía de quien lo ha perdido todo. Yo sentía lo mismo, y ahora parecía que todo el mundo se nos acercaba, como mirones en el escenario de un accidente, para ver las mutilaciones. Cuando subimos al autobús para volver a casa, mi padre tarareaba la melodía de la abeja bulliciosa y mi madre guardaba silencio. Pensé que quería esperar a que estuviéramos en casa para gritarme, pero cuando mi padre abrió la puerta del piso, mi madre entró y se dirigió directamente al dormitorio, sin acusaciones, sin culparme, y, en cierto sentido, me sentí decepcionada. Había estado esperando que empezara a gritar, y así yo podría replicarle también a gritos, llorar y echarle la culpa de mi desgracia.

Supuse que tras mi fracaso en el espectáculo de niños con talento no me vería obligada nunca más a tocar el piano, pero dos días después, al salir de la escuela, mi madre salió de la cocina y me vio mirando la televisión.

—Son las cuatro —me recordó, como si no hubiera ocurrido nada.

Eso me dejó pasmada. ¿Acaso quería que me sometiera otra vez a la tortura de aquel espectáculo? Me arrellané en la butaca, dispuesta a seguir ante el televisor.

—Apaga la tele —me ordenó ella desde la cocina cinco minutos después.

No me moví, y en aquel momento tomé una decisión. Ya no tenía que hacer lo que quería mi madre. No era su esclava, no estábamos en China. Antes le hice caso y el resultado fue desastroso. Ella era la estúpida.

Salió de la cocina y se quedó en la entrada arqueada de la sala.

—Las cuatro —repitió, alzando la voz.

—No voy a tocar más —le dije imperturbable—. ¿Por qué habría de hacerlo? No soy un genio.

Mi madre avanzó y se detuvo delante del televisor. Vi que la ira agitaba su pecho.

—¡No! —grité, sintiéndome más fuerte, como si mi verdadero ser hubiera emergido por fin. Entonces, eso era lo que guardaba en mi interior desde el principio—. ¡No, no lo haré!

Ella me tiró del brazo bruscamente, obligándome a levantarme, y apagó el televisor. Con una fuerza tremenda, me llevó medio a rastras al piano. Me resistí, pataleé, di puntapiés a las alfombras, pero ella me levantó en vilo y me sentó en el duro banco. La miré enfurecida, sollozando. Su pecho se agitaba aun más que antes, tenía la boca abierta y sonreía abiertamente, como si le complaciera verme llorar.

—¡Quieres que sea algo que no soy! —gemí—. ¡Nunca seré la clase de hija que quieres que sea!

—Sólo hay dos clases de hijas —gritó ella en chino—. ¡Las que son obedientes y las que hacen lo que les da la gana! Sólo una clase de hija puede vivir en esta casa. ¡Una hija obediente!

—Entonces ojalá no fuese hija tuya. ¡Ojalá no fueras mi madre!

Mientras así hablaba me embargó el temor. Tuve la sensación de que gusanos,

sapos y criaturas viscosas salían reptando de mi pecho, pero también me sentí aliviada, como si aquel lado terrible de mí saliera por fin a la superficie.

—Es demasiado tarde para cambiar eso —dijo mi madre en voz chillona.

Comprendí que su cólera estaba a punto de desbordarse, y quise que ocurriera. Entonces recordé las hijas que perdió en China, aquéllas de las que nunca hablábamos.

—¡Pues ojalá no hubiera nacido! —exclamé—. ¡Preferiría estar muerta! Como ellas.

Fue como si hubiera pronunciado unas palabras mágicas. Su rostro se volvió inexpresivo, cerró la boca, dejó caer los brazos a los lados y salió de la sala, aturdida, como una hoja muerta, delgada y quebradiza, arrastrada por el viento.

\* \* \*

Aquella no sería la única decepción de mi madre, durante los años siguientes fracasé muchas veces, y en cada una de ellas afirmaba mi voluntad, mi derecho a no estar a la altura de lo que ella esperaba de mí. No obtenía sobresalientes, no me nombraron presidenta de la clase, no me admitieron en la universidad de Stanford. Abandoné los estudios. Al contrario que ella, no creía que pudiera ser cualquier cosa que me propusiera. Sólo podía ser yo misma.

Y en el transcurso de aquellos años nunca hablamos del desastre en el recital ni de mis terribles acusaciones cuando me sentó a la fuerza en el banco del piano. Todo eso siguió latente, como una traición de la que ya no era posible hablar, y así nunca encontré la ocasión de preguntarle por qué había puesto sus esperanzas en algo tan grande que el fracaso era inevitable. Y lo que era aún peor, nunca le pregunté lo que más me atemorizaba: ¿por qué había renunciado a la esperanza?

Tras aquella refriega en el piano, no volvió a pedirme que tocara. Cesaron las lecciones. La tapa se cerró sobre el teclado, dejando fuera el polvo, mi aflicción y los sueños de mi madre. Por eso me sorprendí hace unos años, cuando cumplí los treinta y me ofreció el piano. No había vuelto a tocar desde aquel día, y consideré el ofrecimiento como una señal de perdón, como la eliminación de una carga tremenda.

—¿Estás segura? —le pregunté tímidamente—. ¿No lo echaréis en falta tú y papá?

—No, es tu piano —dijo ella con firmeza—. Siempre lo será. Eres la única que puede tocarlo.

—Bueno, es probable que ya no sepa tocar... Han pasado muchos años.

—Te acordarás en seguida —dijo mi madre, como si no tuviera la menor duda—. Tienes un talento natural. Podrías ser un genio si quisieras.

—No, no podría serlo.

—Es que no lo intentas —dijo mi madre, y no estaba airada ni triste. Lo dijo

como si anunciara un hecho irrefutable—. Llévatelo.

Pero al principio no me lo llevé. Ya era suficiente con que me lo hubiera ofrecido. Desde entonces, cada vez que veía el piano en la sala de estar de mis padres, ante las ventanas saledizas, me sentía orgullosa, como si fuese un brillante trofeo que hubiera recuperado.

La semana pasada envié a un afinador a casa de mis padres para que pusiera el piano en condiciones, por motivos puramente sentimentales. Mi madre murió unos meses atrás, y me dediqué a ordenar las cosas para mi padre, poco a poco, en cada una de mis visitas. Guardé las joyas en bolsas de seda especiales. Los suéteres que ella había tejido, amarillo, rosa, naranja brillante, todos los colores que yo detestaba, los coloqué en cajas a prueba de polillas. Encontré unos viejos vestidos de seda chinos, de esos que tienen unas pequeñas ranuras a los lados. Restregué la seda antigua contra mi piel y luego los envolví en papel fino y decidí llevármelos a casa.

Cuando el piano estuvo afinado, abrí la tapa y pulsé las teclas. Su sonido era incluso más modulado de lo que recordaba. Desde luego, era un instrumento muy bueno. En el compartimiento del banco estaban los mismos ejercicios con las escalas escritas a mano, los mismos libros de música de segunda mano, las tapas sujetas con cinta amarilla.

Abrí el libro de Schumann por la pequeña pieza triste que toqué en el recital. Estaba a la izquierda de la página: «Niño que suplica». Parecía más difícil de lo que recordaba. Toqué unos cuantos compases y me sorprendí de la facilidad con que las notas acudían a mis manos.

Y por primera vez, o así me lo pareció, reparé en la pieza de la derecha. Se titulaba «Felicidad perfecta». Intenté tocarla también. La melodía era más ligera, pero tenía el mismo ritmo fluido y resultó ser muy fácil. «Niño que suplica» era más corta pero más lenta. «Felicidad perfecta» era más larga pero más rápida. Y después de tocar ambas piezas unas cuantas veces, me di cuenta de que eran dos mitades de la misma canción.

## Versión americana

—¡Ah! —gritó la madre al ver el guardarropa con lunas en el dormitorio principal del nuevo piso de su hija—. No puedes poner espejos a los pies de la cama. Toda la felicidad de tu matrimonio rebotará e irá en la dirección contraria.

—Es el único sitio donde tiene cabida este armario, así que va a quedarse aquí —replicó la hija, irritada porque su madre veía malos augurios por todas partes. Siempre había oído esa clase de advertencias.

La madre frunció el ceño y buscó algo en el bolso comprado en Macy's que sólo había usado un par de veces.

—Entonces, afortunadamente, te lo puedo solucionar.

Sacó el espejito de bordes dorados que había adquirido la semana anterior en el Price Club. Era su regalo por la inauguración de la vivienda. Lo apoyó contra el cabezal de la cama, sobre las dos almohadas.

—Cuélgalo ahí —dijo la madre, señalando la pared—. Este espejo ve al otro y, ¡hala!, multiplica la suerte para el florecimiento del melocotón.

—¿La suerte para el florecimiento del melocotón? ¿Qué es eso?

La madre sonrió, con un brillo de malicia en los ojos.

—Está ahí dentro —dijo señalando el espejo—. Míralo bien y dime si no tengo razón. En este espejo está mi futuro nieto, sentado ya en mi regazo la próxima primavera.

La hija miró y, ¡hala!, allí estaba: su propio reflejo la miraba.

# Lena St. Clair

## Marido y arroz

Siempre he creído que mi madre tiene la misteriosa capacidad de ver ciertas cosas antes de que sucedan. Ella explica lo que sabe con un proverbio chino. *Chunwang chihan*: si los labios desaparecen, los dientes tendrán frío, cuyo significado, supongo, es que una cosa siempre es resultado de otra.

Pero mi madre no predice cuándo se producirá un terremoto o cuál será el comportamiento del mercado de valores. Sólo ve cosas malas que afectan a nuestra familia, y sabe cuáles son sus causas. Ahora se lamenta de no haber hecho nunca nada para impedir las.

Cierta vez, cuando yo era todavía pequeña y vivíamos en San Francisco, observó que la cuesta donde se alzaba nuestra casa era demasiado empinada y dijo que el bebé que aún llevaba en su seno caería por allí y moriría. Y así ocurrió.

Cuando frente a nuestra sucursal bancaria abrieron una tienda de material de fontanería y artículos para cuartos de baño, mi madre aseguró que todo el dinero del banco se iría pronto por el desagüe, y al cabo de un mes detuvieron a un directivo del banco por desfalco.

Poco después de que falleciera mi padre, el año pasado, mi madre afirmó que lo había sentido, porque un filodendro que le regaló mi padre se había marchitado y muerto, a pesar de ella lo había regado con regularidad. Dijo que la misma planta había dañado sus raíces y era imposible que llegara el agua. El informe de la autopsia que recibí más tarde decía que mi padre tenía bloqueadas las arterias en un noventa por ciento antes de sufrir el ataque cardíaco que acabó con su vida a los setenta y cuatro años. Mi padre no era chino, como mi madre, sino norteamericano de origen angloirlandés, y cada mañana disfrutaba con sus cinco tiras de bacon y tres huevos fritos por un solo lado.

Recuerdo esta habilidad de mi madre porque ahora nos visita en la casa que mi marido y yo acabamos de comprar en Woodside, y me pregunto qué verá.

Harold y yo fuimos afortunados al encontrar esta casa, que está cerca de la colina donde la Carretera 9 alcanza su punto más alto, y desde ahí se llega por tres bifurcaciones, a izquierda-derecha-izquierda, de caminos sin asfaltar ni señalizar, esto último porque los vecinos siempre arrancan los letreros indicadores para dificultar la llegada de vendedores, urbanizadores e inspectores municipales. Estamos a sólo tres cuartos de hora del piso de mi madre en San Francisco, pero el recorrido se convirtió en un penoso trayecto de una hora con mi madre en el coche. Tras entrar en la serpenteante carretera de dos carriles en dirección a la cima, mi madre tocó suavemente el hombro de Harold y le dijo en voz baja:

—Ai, un neumático chirría. —Y poco después añadió—: Gastáis demasiado el coche.

Harold sonrió y aminoró la marcha, pero vi que apretaba el volante del Jaguar, mientras miraba nerviosamente por el espejo retrovisor la hilera de automóviles impacientes que crecía de un minuto a otro. En el fondo me alegraba de su incomodidad, porque él siempre seguía demasiado de cerca a los Buick conducidos por ancianas, haciendo sonar el claxon y acelerando el motor, como si fuese a embestirlas a menos que se hicieran a un lado.

Al mismo tiempo me sentía irritada conmigo misma por mi mezquindad, por pensar que Harold se merecía aquel tormento, pero no podía evitarlo. Estaba furiosa con él, mientras que yo le exasperaba. Aquella mañana, antes de que recogiéramos a mi madre, me había dicho:

—Deberías pagar tú los exterminadores, porque Mirugai es tu gato y, por lo tanto, las pulgas son tuyas. Es lo justo.

Ninguno de nuestros amigos podría creer que nos peleábamos por algo tan estúpido como las pulgas del gato, pero tampoco creerían jamás que nuestros problemas son mucho más profundos de lo que haría pensar esa minucia, tan profundos que ni siquiera sé dónde está el fondo.

Y ahora que mi madre está aquí —va a quedarse una semana, o hasta que hayan terminado de colocar la nueva instalación eléctrica en su edificio de San Francisco— tenemos que fingir que no ocurre nada preocupante entre nosotros.

Entretanto nos pregunta una y otra vez por qué hemos pagado tanto dinero por un granero restaurado y una piscina forrada de moho, todo rodeado por cuatro acres de terreno, dos de los cuales están llenos de secoyas y zumaque venenoso. En realidad no pregunta, sino que se limita a decir: «Aii, tanto dinero, tanto...», mientras le mostramos las distintas partes de la casa y el terreno. Y sus lamentos siempre mueven a Harold a explicarle las cosas con sencillez: «Bueno, verás, lo que resulta tan caro son los detalles, como este suelo de madera, por ejemplo, blanqueado a mano. Y las paredes, con ese efecto de mármol, que se ha conseguido también a mano, con una esponja. Realmente vale la pena». Y mi madre asiente: «El blanqueo y las esponjas cuestan tanto...».

Durante el breve recorrido por la casa ya ha encontrado defectos. Dice que la inclinación del suelo la hace sentirse como si corriera hacia abajo, cree que la habitación para huéspedes en la que va a alojarse, y que es en realidad un antiguo henil al que se le ha puesto un tejado inclinado, está desequilibrado, ve arañas en los rincones altos e incluso pulgas saltando en el aire, como salpicaduras de aceite caliente. Mi madre sabe que, a pesar de los lujosos detalles tan caros, esta casa sigue siendo un granero. Ella se da cuenta de todo esto, y me enoja que sólo se fije en lo negativo, pero cuando miro a mi alrededor, veo que todo lo que ha dicho es cierto, lo cual me convence de que también percibe lo que ocurre entre Harold y yo, sabe lo que va a sucedernos, porque recuerdo otra cosa que vio cuando yo tenía ocho años.

Un día mi madre miró el interior de mi cuenco de arroz y me dijo que me casaría con un mal hombre.

Después de aquella cena, hace tantos años, me dijo:

—Aii, Lena, tu futuro marido tendrá una marca de viruela por cada grano de arroz que dejes. —Dejó el cuenco sobre la mesa y añadió—: Una vez conocí a un hombre picado de viruelas, un hombre ruin, un mal hombre.

Pensé en un vecino despreciable que tenía hoyos en las mejillas, y era cierto, aquellas marcas tenían el tamaño de los granos de arroz. Era un chico de unos doce años que se llamaba Arnold.

Cada vez que pasaba ante su casa, cuando volvía a la mía al salir de la escuela, Arnold me disparaba gomas elásticas a las piernas, y una vez atropelló a mi muñeca con su bicicleta y le aplastó las piernas por debajo de las rodillas. Yo no quería que aquel muchacho cruel fuese mi futuro marido, así que cogí el cuenco de arroz frío y rebañé hasta el último grano. Luego sonreí a mi madre, confiada en que mi futuro marido no sería Arnold sino otro cuyo rostro tendría la suavidad de mi cuenco de porcelana, ahora limpio. Pero mi madre suspiró.

—Ayer tampoco terminaste el arroz —observó.

Pensé en aquellos bocados de arroz sin terminar, en los granos pegados al cuenco el día anterior y los demás días, y mi corazón de ocho años se encogió más y más, aterrorizado por la creciente posibilidad de que el ruin Arnold estuviera destinado a ser mi marido y que, debido a mis malos hábitos alimenticios, aquel rostro horrible acabara pareciendo la luna llena de cráteres.

Esto no debería haber sido más que un curioso incidente de mi infancia, pero es un recuerdo que acude de vez en cuando a mi mente con una mezcla de náusea y remordimiento. El odio que me inspiraba Arnold había crecido hasta tal punto que finalmente encontré la manera de hacerle morir. Dejé que una cosa se derivara de otra. Desde luego, en conjunto podría tratarse de una serie de coincidencias vagamente relacionadas y, tanto si así fue en realidad como si no, sé que la intención estaba presente, porque cuando quiero que algo suceda o deje de suceder, empiezo a considerar que todos los acontecimientos son pertinentes, una oportunidad que he de aprovechar o evitar.

Encontré la oportunidad. La misma semana que mi madre me habló del cuenco de arroz y de mi futuro marido, vi una película asombrosa en la escuela dominical. Recuerdo que la maestra había disminuido la iluminación hasta que sólo podíamos ver nuestras siluetas. Entonces, situándose al frente de la sala llena de inquietos y bien alimentados niños chinos nacidos en Estados Unidos, nos dijo:

—Esta película os mostrará por qué debéis dar diezmos a Dios, para que se haga su obra. Quiero que penséis en cinco centavos de golosinas, o la cantidad que gastéis cada semana en caramelos, galletas, dulces... y comparéis eso con lo que ahora vais a ver. Y pensad también en cuáles son vuestras verdaderas bendiciones en la vida.

Entonces puso en marcha el ruidoso proyector. En la película aparecían misioneros en África y la India. Aquellas buenas gentes trabajaban con personas cuyas piernas estaban hinchadas hasta tal punto que parecían troncos de árboles,

cuyos miembros entumecidos estaban tan retorcidos como enredaderas en la jungla. Pero la afección más terrible de aquellos hombres y mujeres era la lepra. Sus rostros estaban cubiertos por toda clase de horrores imaginables: hoyos y pústulas, grietas, protuberancias y fisuras que sin duda habían estallado con la misma vehemencia que unos caracoles retorciéndose en un lecho de sal. Si mi madre hubiera estado en la sala habría dicho que aquella pobre gente era víctima de futuros maridos y esposas que se habían negado a comer fuentes enteras de alimentos.

Tras ver esta película hice una cosa terrible. Vi lo que debería hacer para no tener que casarme con Arnold. Empecé a dejar más arroz en mi cuenco y luego amplí mi prodigalidad más allá de la comida china. No terminaba la tarta de maíz a la crema, el brócoli, las galletas crujientes de arroz o los bocadillos de mantequilla de cacahuete, y una vez, al morder una barra de caramelo y ver sus protuberancias, sus puntos oscuros y secretos, su viscosa cremosidad, también la sacrificué.

Me dije que probablemente no le sucedería nada a Arnold, que quizá no cogería la lepra, no iría a África y no moriría, y esto, de alguna manera, contrapesaba la sombría posibilidad de que le ocurriera.

No murió en seguida. Transcurrieron cinco años, a cuyo término yo había adelgazado muchísimo. No dejé de comer por Arnold, del que me había olvidado, sino para seguir la moda y ser tan anoréxica como las demás chicas de trece años que hacían régimen y descubrían otras maneras de vivir una adolescencia sufriendo.

Un día estaba sentada a la mesa, esperando que mi madre terminara de envolver el almuerzo que yo siempre tiraba nada más doblar la esquina. Mi padre tomaba su desayuno, comiendo con los dedos: con una mano remojaba los extremos de las tiras de bacon en las yemas de huevo, mientras con la otra sujetaba el periódico.

—Dios mío, escucha esto —me dijo, todavía mojando el bacon.

Entonces me anunció que Arnold Reisman, un muchacho que vivía en nuestro barrio de Oakland, había fallecido a causa de complicaciones tras contraer el sarampión. Acababan de aceptarle en la universidad estatal de Hayward y tenía intención de estudiar podología.

—«Al principio la dolencia causó la perplejidad de los médicos, quienes informan que es muy infrecuente y en general ataca a niños y adolescentes entre diez y veinte años, meses o años después de haber contraído el virus. Según la madre del muchacho, éste ya padeció un sarampión ordinario a los doce años. En esta segunda ocasión, los trastornos empezaron a manifestarse como problemas de coordinación motora y letargo mental, que fueron en aumento hasta que entró en coma. El joven, de diecisiete años, no recobró la conciencia». —Mi padre dejó de leer y me preguntó —: ¿No conocías a ese chico?

No le respondí, y mi madre comentó, mirándome:

—Ha sido una lástima, una verdadera lástima.

Pensé que podía leer en mi interior y sabía que yo era la causante de la muerte de Arnold. Estaba aterrada.

Aquella noche me di un atracón en mi cuarto. Había cogido del frigorífico un envase de litro de helado de fresa y tomé una cucharada tras otra, forzándome hasta no dejar nada. Más tarde, y durante varias horas, me acurruqué en el rellano de la salida de emergencia, fuera de mi dormitorio, vomitando en el envase vacío del helado, y recuerdo que me pregunté por qué comer algo bueno podía provocarme una sensación tan mala, mientras que vomitar algo terrible podía hacerme sentir tan bien.

La idea de que yo pudiera haber causado la muerte de Arnold no es tan ridícula. Tal vez estaba verdaderamente destinado a ser mi marido, porque, incluso hoy, me intriga que en el mundo, con su caos enorme, puedan darse tantas coincidencias, tantas similitudes y antagonismos exactos. ¿Por qué me eligió Arnold para torturarme con sus gomas elásticas? ¿Cómo es posible que contrajera el sarampión el mismo año que yo empecé a odiarle de un modo consciente? ¿Y por qué pensé en Arnold en primer lugar —cuando mi madre miraba mi cuenco de arroz— y luego llegué a odiarle tanto? ¿Acaso el odio no es un simple resultado del amor herido?

E incluso cuando por fin puedo rechazar todo esto por ridículo, sigo pensando que de algún modo, en general, nos merecemos lo que obtenemos. Yo no obtuve a Arnold, sino a Harold.

Harold y yo trabajamos en la misma firma de arquitectura, Livotny y Asociados, sólo que Harold Livotny es un accionista y yo soy una asociada. Nos conocimos hace ocho años, antes de que él fundara Livotny y Asociados. Yo tenía veintiocho y era auxiliar de proyectos. Él contaba entonces treinta y cuatro. Ambos trabajábamos en la sección de diseño y construcción de restaurantes de Harned Kelley y Davis.

Empezamos a almorzar juntos para hablar de los proyectos, y siempre pagábamos la cuenta a medias, aunque yo no solía comer más que una ensalada, porque tiendo a ganar peso con facilidad. Más adelante, cuando empezamos a reunirnos en secreto para cenar, seguíamos dividiendo la cuenta. Y continuamos así, partiéndolo todo por la mitad. Yo incluso fomentaba ese sistema y a veces insistía en pagar el total: comida, bebida y propina. La verdad es que no me molestaba.

—Eres extraordinaria, Lena —me dijo Harold al cabo de seis meses de cenas, cinco de hacer el amor después de haber comido y una semana de tímidas y bobas confesiones amorosas.

Estábamos en la cama, entre unas sábanas nuevas de color púrpura que le había comprado. Sus viejas sábanas blancas estaban manchadas en lugares reveladores, lo cual no era muy romántico.

Me rozó el cuello con los labios y susurró:

—Creo que no he conocido jamás a otra mujer que sea al mismo tiempo tan...

Recuerdo que sentí una punzada de temor al oír las palabras «otra mujer», porque podía imaginar docenas, centenares de adoradoras ansiosas de pagarle a Harold el desayuno, el almuerzo y la cena para experimentar el placer de su aliento en la piel.

Entonces me mordisqueó el cuello y me dijo precipitadamente:

—Ni ninguna tan suave, tan dulce, tan adorable como tú.

Sentí un delirio, sorprendida por esta última revelación de amor, extrañada de que una persona tan notable como Harold pudiera considerarme extraordinaria.

Ahora que estoy airada con Harold, me resulta difícil recordar qué era tan notable en él. Sé que tenía buenas cualidades, porque de lo contrario no habría sido tan estúpida de enamorarme y casarme con él. Todo lo que puedo recordar es que me sentía muy afortunada y, en consecuencia, me preocupaba que esa buena suerte desapareciera algún día.

Cuando fantaseaba sobre la posibilidad de vivir con él, también experimentaba los temores más profundos: me diría que olía mal, que tenía unos hábitos terribles en el baño, que mis gustos en música y televisión eran atroces. Me preocupaba que algún día Harold tuviera que graduarse la vista y, al ponerse las gafas nuevas, me mirase y dijera: «¿Qué es esto? No eres la chica que creía que eras, ¿verdad?».

Creo que esa sensación de temor nunca me abandonó, el temor a que un día me viera tal como soy, me recriminara por ser una farsante. Pero hace poco, una amiga mía, Rose, sometida ahora a terapia porque su matrimonio ya se ha deshecho, me dijo que esa clase de pensamientos son corrientes en mujeres como nosotras.

—Al principio pensaba que se debía a que me habían educado en la humildad china —me dijo Rose—, o tal vez a que, el hecho de ser china, tienes que aceptarlo todo, fluir con el Tao sin producir ninguna ola. Pero mi terapeuta me preguntó por qué culpaba a mi cultura, mi raza. Y recordé un artículo que leí sobre los nacidos en la posguerra. Decía que somos una generación que espera lo mejor y, cuando lo conseguimos, nos preocupamos pensando que tal vez deberíamos haber esperado más, porque, después de cierta edad, todos los réditos disminuyen.

Tras la charla con Rose, me reconcilé conmigo misma y pensé que, desde luego, Harold y yo somos iguales en muchos aspectos. Él no es exactamente agraciado en el sentido clásico, aunque tiene la piel blanca y es sin duda atractivo, con su aspecto de intelectual delgado y nervioso. En cuanto a mí, puede que no sea una belleza deslumbrante, pero muchas mujeres en mi clase de aeróbic me dicen que tengo un «exotismo» fuera de lo corriente y envidian mis pechos que no cuelgan, ahora que están de moda los senos pequeños. Además, uno de mis clientes dice que tengo una vitalidad y exuberancia increíbles.

Así pues, creo que me merezco a un hombre como Harold, y lo digo en el buen sentido, no como un karma negativo. Somos iguales. También yo soy inteligente, tengo sentido común y un grado elevado de intuición. Fui yo quien le dijo a Harold que tenía las cualidades necesarias para fundar su propio negocio.

Cuando todavía trabajábamos en Harned Kelley y Davis, le dije:

—Harold, esta empresa sabe qué chollo tiene contigo. Eres la gallina de los huevos de oro. Si hoy mismo crearas tu propia empresa, te llevarías más de la mitad de los clientes de restaurantes.

—¿La mitad? —replicó él, riendo—. Vaya, eso sí que es amor.

—¡Más de la mitad! —exclamé, riendo con él—. Eres un gran profesional, el

mejor que hay en el ramo. Lo sabes tan bien como yo, y también lo saben muchos promotores de restaurantes.

Aquella noche decidió «ir a por ello», como decía él, usando una expresión que he detestado personalmente desde que un banco en el que trabajaba adoptó el eslogan para el certamen de productividad de sus empleados.

Aun así, le dije a Harold:

—También yo quiero ayudarte a ir por ello, Harold. Quiero decir que vas a necesitar dinero para iniciar el negocio.

Él no quiso ni oír hablar del asunto. No aceptaría mi dinero como un favor ni como un préstamo ni una inversión y ni siquiera como un pago a cuenta por mi asociación. Dijo que valoraba demasiado nuestra relación y no quería contaminarla con dinero.

—No quiero una limosna, como tampoco tú la querrías —me explicó—. Mientras los asuntos económicos estén separados, siempre estaremos seguros de nuestro amor.

Yo quería protestar, decirle: «¡No! No soy realmente así con respecto al dinero, tal como lo hemos hecho hasta ahora va en contra de mi forma de ser. La verdad es que me gusta darlo generosamente. Quiero...». Pero no supe por dónde empezar. Quería preguntarle quién, qué mujer, le había herido de esa manera, hasta el extremo de llevarle a temer la aceptación del amor en todas sus formas maravillosas. Pero entonces le oí decir lo que había esperado oír durante mucho tiempo.

—La verdad es que podrías ayudarme si vinieras a vivir conmigo. Quiero decir que de ese modo podría usar los quinientos dólares de alquiler que me pagarías...

—Es una magnífica idea —le dije de inmediato, sabiendo lo azorado que se sentía por tener que pedírmelo de ese modo.

Me sentía tan feliz que no me importó que el alquiler de mi estudio sólo fuese realmente de cuatrocientos treinta y cinco dólares. Además, la casa de Harold era mucho más bonita, un piso de dos dormitorios con una vista de la bahía que abarcaba doscientos cuarenta grados, y valía la diferencia, al margen de la persona con la que compartiera la vivienda.

Así pues, aquel mismo año Harold y yo abandonamos Harned Kelley y Davis; él fundó Livotny y Asociados, y yo fui a trabajar allí como coordinadora de proyectos. No se llevó la mitad de los clientes de restaurantes que tenía Harned Kelley y Davis. De hecho, la empresa amenazó con demandarle si les quitaba un solo cliente durante el próximo año. Por las noches, cuando cedía al abatimiento, yo le daba charlas alentadoras, le decía que debería hacer un diseño temático de restaurantes más vanguardista, para diferenciarse de las demás empresas.

—¿Quién necesita otro bar y grill de latón y madera de roble? —le decía—. ¿Quién quiere otro local especializado en pastas con una reluciente decoración italiana moderna? ¿A cuántos sitios puedes ir que tienen coches de policía saliendo de las paredes? Esta ciudad está anegada de restaurantes que sólo son repeticiones de los mismos viejos temas. Puedes encontrar un espacio propio. Haz algo diferente cada

vez. Ponte en contacto con los inversores de Hong Kong que están deseosos de volcar unos cuantos dólares en el ingenio americano.

Él me miraba apasionado y sonriente, con aquella sonrisa que decía: «Me encanta que seas tan ingenua». Y yo adoraba que me mirase de ese modo.

Así, le transmitía entrecortadamente mi amor.

—Tú podrías crear nuevos temas para los restaurantes... un... un... ¡un hogar en la pradera!, por ejemplo la comida casera preparada por mamá, la mamá ante la cocina económica, con un delantal de algodón, y camareras que serían como mamá y se inclinarían para decirte que te acabes la sopa.

»Y quizá... quizá podrías crear un restaurante con menús literarios... alimentos sacados de la ficción... bocadillos de las novelas de misterio de Lawrence Sanders, postres de *Se acabó el pastel*, de Nora Ephron... y algo más con un tema mágico o chistes o payasadas o...

Harold me escuchaba en serio, tomaba esas ideas y las aplicaba de una manera educada y metódica. Él llevaba las ideas a la práctica, pero seguían siendo mías.

Y hoy Livotny y Asociados es una empresa en expansión, con doce empleados en plantilla, especializada en el diseño temático de restaurantes, lo que todavía me gusta llamar «restauración temática». Harold es el promotor de la idea, el arquitecto jefe, el diseñador, la persona que efectúa la presentación final de venta a un nuevo cliente. Yo trabajo a las órdenes del diseñador de interiores porque, como Harold explica, a los demás empleados no les parecería justo que me promocionara sólo porque ahora estamos casados... Lo hicimos hace cinco años, dos después de la fundación de Livotny y Asociados. Aunque cumplo muy bien con mi cometido, nunca me he adiestrado formalmente en este campo. Cuando me especializaba en estudios asiático americanos, sólo seguí un curso que tenía relación con mi trabajo actual, diseño de decorados teatrales, para una producción universitaria de *Madama Butterfly*.

En Livotny y Asociados me encargo de facilitar los elementos temáticos. Para un restaurante llamado El Cuento del Pescador, uno de mis mejores hallazgos fue un bote de madera amarilla barnizada, con el nombre *Overbored* estarcido, y se me ocurrió que los menús deberían colgar de cañas de pescar en miniatura y que las servilletas tendrían estampadas reglas para conversión de pulgadas a pies y a centímetros. Para una tienda especializada en manjares árabes llamada Tray Sheik, fui yo quien pensó en que debería producir el efecto de un típico bazar oriental y puse cobras de imitación descansando sobre falsos cantos rodados de Hollywood.

Me gusta mi trabajo cuando no pienso demasiado en él, pero cuando pienso en mi paga, en lo mucho que trabajo y en lo justo que es Harold con todo el mundo excepto conmigo, me siento disgustada.

Somos, pues, iguales, excepto en que Harold gana unas siete veces más que yo. Él no lo ignora, puesto que cada mes firma el cheque de mi paga, que luego deposito en mi cuenta independiente.

Últimamente, sin embargo, eso de la igualdad empezó a molestarme. Ya hacía

tiempo que algo me rondaba la cabeza, pero no sabía con exactitud qué era. Me sentía inquieta sin un motivo determinado, hasta que hace una semana todo se aclaró. Yo estaba recogiendo los platos del desayuno y Harold calentaba el coche para que pudiéramos ir a trabajar. Vi el periódico abierto sobre el mostrador de la cocina, las gafas de Harold encima, su taza de café favorita, con el asa desportillada, y, por alguna razón, al ver todos estos pequeños signos domésticos de familiaridad, nuestro ritual cotidiano, me sentí desfallecer, pero era como si viera a Harold la primera vez que hicimos el amor, aquella sensación de absoluta entrega a él, con abandono, sin que me importara lo que recibía a cambio.

Cuando subí al coche, seguía bajo el influjo de esa sensación. Toqué su mano y le dije: «Te quiero, Harold», y él miró por el retrovisor, mientras hacía retroceder el vehículo, y dijo a su vez: «Yo también te quiero. ¿Has cerrado la puerta con llave?». Entonces empecé a pensar que esa clase de relación era insuficiente.

Harold hace tintinear las llaves del coche y dice:

—Voy a comprar comida para la cena. ¿Te parece bien filetes? ¿Quieres algo especial?

—Se nos ha terminado el arroz —respondo, señalando discretamente con la cabeza a mi madre, que me da la espalda, mirando, a través de la ventana, la espaldera cubierta de buganvillas.

Harold sale de casa y poco después oigo el ruido sordo del motor y luego el crujido de la grava bajo los neumáticos del coche.

Mi madre y yo nos quedamos a solas. Empiezo a regar las plantas. Ella está de puntillas, mirando una lista adherida a la puerta del frigorífico.

La lista dice «Lena» y «Harold», y bajo cada uno de los nombres figuran las cosas que hemos comprado y lo que cuestan:

| <b>Lena</b>                    | <b>Harold</b>                |
|--------------------------------|------------------------------|
| Pollo, verdura, pan,           | Material para garaje: 25,35  |
| brócoli, champú,               | Material para baño: 5,41     |
| cerveza: 19,63                 | Material para coche: 6,57    |
| María (limpieza + propina): 65 | Accesorios eléctricos: 87,26 |
| (ver lista de compras): 55,15  | Grava para sendero: 19,99    |
| petunia tierra: 14,11          | Gasolina: 22                 |
| revelado de fotos: 13,83       | Revisión escape coche: 35    |
|                                | Cine y cena: 65              |
|                                | Helado: 4,50                 |

Tal como van las cosas esta semana, el gasto de Harold supera los cien dólares más que yo, por lo que le deberé unos cincuenta de mi bolsillo.

—¿Qué son estos apuntes? —me pregunta mi madre en chino.

—Nada importante —le digo con la mayor naturalidad posible—. Sólo cosas que compartimos.

Ella me mira y frunce el ceño, pero no dice nada. Vuelve a leer la lista, esta vez más detenidamente, deslizando un dedo sobre los artículos, y me siento azorada, pues sé lo que ve. Me alegra que no vea la otra mitad del asunto, las discusiones. Después de innumerables charlas, Harold y yo llegamos a un entendimiento para no incluir cosas como «máscara», «loción para el afeitado», «fijador de cabello», «cuchillas Bic», «tampones» o «polvos para el pie de atleta».

Cuando nos casamos en el ayuntamiento, él insistió en pagar el importe. Logré que mi amigo Robert nos hiciera las fotos. Celebramos una fiesta en nuestro piso y todo el mundo trajo champaña. Cuando compramos la casa, convinimos en que yo sólo pagaría un porcentaje de la hipoteca, basado en lo que gana cada uno de nosotros, y que poseería porcentaje equivalente de la propiedad comunitaria. Eso está escrito en nuestro acuerdo prenupcial. Puesto que Harold paga más, tiene capacidad decisoria sobre el aspecto de la casa, que es elegante, sobria y lo que él llama «fluida», sin nada que interrumpa las líneas, lo cual significa todo lo contrario de mi tendencia al amontonamiento de objetos. En cuanto a las vacaciones, la que escogemos en común la pagamos al cincuenta por ciento. De las otras se encarga Harold, siempre teniendo en cuenta que se trata de un regalo de aniversario, de cumpleaños o navideño.

Hemos sostenido discusiones filosóficas sobre cosas de contornos poco nítidos, como mis anticonceptivos, o las cenas en casa cuando agasajamos a personas que en realidad son clientes suyos o viejos amigos míos de la universidad, o las revistas de alimentación a las que estoy suscrita pero que él también lee sólo porque se aburre, no porque correspondan a sus preferencias personales.

Todavía discutimos acerca de Mirugai, *el* gato, no nuestro ni mío, sino *el* gato que él me regaló para mi cumpleaños el año pasado.

—¡Eso no lo vais a compartir! —exclama mi madre en tono de asombro.

Me sobresalto, pensando que ya ha leído mis pensamientos sobre Mirugai. Pero entonces veo que señala el apunte de «helado» en la lista de Harold. Sin duda recuerda el incidente en el rellano de la salida de emergencia, donde me encontré, temblorosa y exhausta, sentada al lado de aquel envase de helado vomitado. Aquel día aborrecí para siempre el helado. Y entonces me sobresalto una vez más al reparar en que Harold no ha caído jamás en la cuenta de que no pruebo el helado que trae a casa todos los viernes por la noche.

—¿Por qué hacéis esto?

Hay una nota de dolor en su voz, como si yo hubiera puesto ahí esa lista para herirla. Pienso en la manera de explicárselo, recordando las palabras que Harold y yo hemos usado en el pasado: «Así podemos eliminar las falsas dependencias... ser iguales... el amor sin obligaciones...». Pero son palabras que ella nunca podría comprender. Por eso le digo en cambio:

—La verdad es que no lo sé. Es algo que iniciamos antes de casarnos y, por alguna razón, no la hemos interrumpido.

Cuando Harold regresa de la tienda, empieza a encender el carbón. Desempaqueto los alimentos, escabecho los filetes, preparo el arroz y pongo la mesa. Mi madre está sentada en un taburete, ante el mostrador de granito, tomando una taza de café que le he servido. De vez en cuando limpia la base de la taza con un pañuelo de papel que guarda bajo la manga de su suéter.

Durante la cena, Harold hace que la conversación se mantenga. Habla de los planes para la casa: las claraboyas, ampliación de la terraza, parterres de flores, con tulipanes y azafrán, eliminar el zumaque, añadir otra ala a la vivienda, construir un baño de estilo japonés. Luego recoge la mesa y empieza a introducir los platos en el lavavajillas.

—¿Quién quiere postre? —pregunta.

—Yo estoy repleta —le digo.

—Lena no puede tomar helado —comenta mi madre.

—Eso parece. Siempre está a régimen.

—No, nunca lo come. No le gusta.

Entonces Harold sonrío y me mira perplejo, esperando que le traduzca lo que ha dicho mi madre.

—Es cierto —le digo en tono neutro—. Detesto el helado casi desde toda la vida.

Harold me mira como si también yo hablara en chino y no pudiera comprenderme.

—Me pareció que sólo tratabas de perder peso...

—Se volverá tan delgada que no podrás verla —dice mi madre—. Desaparecerá, como un fantasma.

—¡Eso es! —exclama Harold, riendo, aliviado al pensar que mi madre intenta amablemente acudir en su ayuda—. Tienes mucha razón.

Después de la cena pongo toallas limpias sobre la cama en la habitación de huéspedes. Mi madre está sentada en la cama. La habitación tiene el aspecto minimalista tan caro a Harold: las camas gemelas con sábanas y mantas blancas, suelo de madera pulimentada, una silla de roble blanqueada y las paredes grises e inclinadas totalmente vacías.

El único elemento decorativo es una pieza de aspecto extraño al lado de la cama: una mesita auxiliar construida con una losa de mármol tallada de manera irregular, las patas formadas por un entrecruzamiento de finas maderas negras laqueadas. Mi madre deja el bolso sobre la mesa y el florero cilíndrico que descansa encima del mármol empieza a bambolearse y tiemblan las fresas que contiene.

—Ten cuidado, que no es muy fuerte —le advierto.

Esa mesa es una pieza mal diseñada que Harold hizo en sus tiempos de estudiante. Siempre me he preguntado por qué está tan orgulloso de ella. Sus líneas son torpes. No tiene ninguno de los rasgos de «fluidez» que ahora son tan importantes

para Harold.

—¿Para qué sirve? —pregunta mi madre, moviendo la mesa con la mano—. Pones algo más encima y todo se viene abajo. *Chunwang chihan*.

Dejo a mi madre en su habitación y bajo a la sala. Harold está abriendo las ventanas para que entre el aire nocturno. Lo hace todas las noches.

—Tengo frío —le digo.

—¿Cómo es eso?

—¿Podrías cerrar las ventanas, por favor?

Él me mira, suspira y sonrío, cierra las ventanas y luego se sienta en el suelo y abre una revista. Yo estoy sentada en el sofá, enfurruñada, y no sé por qué. Harold no ha hecho nada irritante. Se limita a ser Harold.

Incluso antes de hacerlo, sé que voy a iniciar una pelea tan virulenta que no sabré controlarla. Pero lo hago de todos modos. Voy al frigorífico y tacho la palabra «helado» en la columna de la lista correspondiente a Harold.

—¿Qué estás haciendo?

—No creo que debas seguir obteniendo crédito por *tu* helado.

Él se encoge de hombros, divertido.

—Me parece bien.

—¡¿Por qué tienes que ser tan condenadamente justo?! —le grito.

Harold deja la revista a un lado y me mira boquiabierto y exasperado.

—¿Qué es esto? ¿Por qué no dices lo que te ocurre?

—No sé... no sé... Es todo... la manera de contar todo, lo que compartimos, lo que no compartimos. Estoy demasiado harta de eso, de sumar, restar y compensar. Me asquea.

—Fuiste tú la que quisiste el gato.

—¿De qué estás hablando?

—De acuerdo, si crees que soy injusto porque te hago pagar a los exterminadores de pulgas, los pagaremos los dos.

—¡No se trata de eso!

—¡Entonces dime de qué se trata, por favor!

Me echo a llorar, cosa que Harold detesta. Siempre le hace sentirse incómodo e irritado. Cree que es un recurso manipulador. Pero no puedo evitarlo, porque ahora me doy cuenta de que no sé cuál es el motivo de la discusión. ¿Le estoy pidiendo a Harold que me mantenga? ¿Le pido que esté de acuerdo en que yo pague menos de la mitad? ¿Creo de veras que deberíamos dejar de contar todo? ¿No seguiríamos haciéndolo mentalmente? ¿No acabaría Harold pagando más? ¿Y no me sentiría entonces peor, porque no seríamos iguales? O tal vez deberíamos haber empezado por no casarnos. Tal vez Harold es un mal hombre. Tal vez yo tenga la culpa de que se haya vuelto así.

Nada de todo esto parece correcto, nada tiene sentido. No puedo admitir ninguna de estas cosas y estoy totalmente desesperada.

—Mira, creo que debemos cambiar la situación —le digo cuando me parece que puedo dominar mi voz, pero mi resolución flaquea en seguida y añado entre sollozos —: Tenemos que pensar en qué se basa realmente nuestro matrimonio... no en esta hoja de balance, en lo que uno le debe al otro.

—Mierda —dice Harold. Suspira y se inclina hacia atrás, como si pensara en mis palabras. Luego añade en un tono que me parece dolido—: Mira, sé que nuestro matrimonio se basa en algo más que en una hoja de balance, en mucho más, y si tú no lo crees así, entonces me parece que deberías pensar en qué más quieres, antes de cambiar las cosas.

Ahora no sé qué pensar. ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué dice él? Permanecemos sentados en la sala, silenciosos. La atmósfera es bochornosa. Miró a través de la ventana y veo el valle a lo lejos, el centelleo de millares de luces que brillan en la neblina del verano. Entonces oigo el sonido de cristal roto, en el piso de arriba, y de una silla que raspa el suelo.

Harold empieza a levantarse, pero le digo:

—No, yo iré a ver.

La puerta está abierta, pero la habitación a oscuras.

—¿Mamá? —inquiero.

Veó en seguida lo ocurrido: la mesita auxiliar de mármol se ha derrumbado sobre sus delgadas patas negras. A un lado está el florero negro, el suave cilindro roto en dos mitades y las fresias esparcidas sobre un charco de agua.

Entonces veo a mi madre, sentada al lado de la ventana abierta, su oscura silueta contra el cielo nocturno. Se vuelve hacia mí, pero no puedo verle el rostro.

—Se ha caído —dice simplemente, sin pedir disculpas.

—No importa —le digo, y empiezo a recoger los fragmentos de vidrio—. Sabía que ocurriría.

—Entonces, ¿por qué no le pones fin? —pregunta mi madre.

Y me digo que es una pregunta tan sencilla...

# Waverly Jong

## Cuatro direcciones

Había llevado a mi madre a mi restaurante chino preferido, con la esperanza de ponerla de buen humor, pero fue un desastre.

Cuando nos encontramos en el restaurante Cuatro Direcciones, mostró de inmediato su desaprobación por mi aspecto.

—*Aii ya!* ¿Qué te has hecho en el pelo? —me preguntó en chino.

—Me lo he cortado, eso es todo.

Esta vez el señor Rory me había hecho un peinado diferente, con un fleco brusco y asimétrico, más corto en el lado izquierdo. Era un estilo a la moda, aunque no totalmente radical.

—Parece cortado de un tajo —comentó—. Tienes que pedir te devuelvan el dinero.

Suspiré.

—Vamos a tomar una buena comida, ¿de acuerdo?

Ella examinó el menú con expresión de desagrado.

—No hay demasiadas cosas buenas —musitó. Entonces tocó el brazo del camarero, deslizó un dedo a lo largo de los palillos y lo husmeó—. ¿Espera que coma con esta cosa grasienta?

Lavó ostentadamente su cuenco de arroz con té caliente y luego advirtió a otros clientes del restaurante para que hicieran lo mismo. Dijo al camarero que quería la sopa muy caliente y, por supuesto, con su lengua de experta consideró que ni siquiera estaba tibia.

—No deberías enfadarte tanto —le dije después de que discutiera por un par de dólares que cobraron porque pidió té de crisantemo en vez del té verde corriente—. Además, una tensión innecesaria no es buena para tu corazón.

—A mi corazón no le pasa nada —replicó ofendida, mirando despectivamente al camarero.

Y estaba en lo cierto. A pesar de la tensión a que la somete su carácter —y ella somete a los demás— los médicos han afirmado que mi madre, a los sesenta y nueve años, tiene la presión sanguínea de una niña de dieciséis y la fuerza de un caballo, lo cual es así, en efecto, pues nació en 1918, año del Caballo, destinada a ser testaruda y sincera hasta el punto de prescindir del tacto. Ella y yo formamos una mala combinación, porque soy Conejo, nacida en 1951, supuestamente sensible pero con tendencia a ser susceptible e inquietarme a la primera señal de crítica.

Tras nuestro lamentable almuerzo, abandoné la idea de que podía encontrar una buena ocasión para darle la noticia de que Rich Shields y yo vamos a casarnos.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —me preguntó mi amiga Marlene Ferber por teléfono la otra noche—. No es como si Rich fuese la hez de la sociedad. Por Dios, es

un abogado especializado en impuestos, como tú. ¿Cómo puede criticar eso?

—No conoces a mi madre. Para ella nada es nunca suficientemente bueno.

—Pues fúgate con él —sugirió Marlene.

—Eso es lo que hice con Marvin.

Marvin fue mi primer marido y había sido mi novio en la escuela secundaria.

—Pues entonces ya tienes experiencia —dijo Marlene.

—Cuando mi madre nos encontró, nos tiró un zapato... y eso fue sólo el comienzo.

Mi madre no conocía a Rich. De hecho, cada vez que sacaba su nombre a colación, cuando decía, por ejemplo, que Rich y yo habíamos ido a un concierto, que Rich había llevado al zoo a Shoshana, mi hija de cuatro años, mi madre encontraba la manera de cambiar de tema.

Mientras esperábamos que nos trajeran la cuenta en el restaurante Cuatro Direcciones, le comenté:

—¿Te he contado lo bien que se lo pasó Shoshana con Rich en el Exploratorium? Él...

—Ah —me interrumpió—, no te lo he dicho. Es sobre tu padre. Los médicos decían que quizá necesitaría cirugía exploratoria. Pero no, ahora dicen que todo normal, sólo tiene un estreñimiento excesivo.

Me di por vencida. En seguida caímos en la rutina habitual. Pagué la cuenta con un billete de diez dólares y tres de uno. Mi madre retiró los tres billetes de dólar, contó las monedas exactas, trece centavos, y las puso en la bandeja en vez de los billetes, explicándome con firmeza: «¡Nada de propina!», al tiempo que echaba atrás la cabeza con una sonrisa triunfante. Y mientras ella iba al lavabo, le deslicé al camarero un billete de cinco dólares. Él meneó la cabeza, con una profunda comprensión. Mientras ella estaba ausente ideé otro plan.

—*Choszle!* (¡Ahí dentro huele que apesta!) —murmuró al salir del lavabo. Me enseñó un paquetito de Kleenex, pues no confiaba en el papel higiénico de los demás —. ¿Lo necesitas?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Antes de dejarte vamos a pasar un momento por casa —le dije—. Quiero mostrarte algo.

Hacía meses que mi madre no iba al piso. Cuando estaba casada con mi primer marido, solía presentarse sin previo aviso, hasta que un día le sugerí que telefonara con antelación. Desde entonces se ha negado a venir, a menos que la invite oficialmente.

Así pues, observé su reacción ante los cambios producidos en el piso, desde la vivienda que mantuve impecable después del divorcio, cuando de súbito tuve demasiado tiempo para ordenar mi vida, hasta el caos actual de un hogar lleno de vida y amor. Por el pasillo estaban esparcidos los juguetes de Shoshana, todos de plástico brillante y con las piezas diseminadas. En la sala de estar había un juego de

barras con pesas, dos copas de coñac sucias sobre la mesita de centro, las entrañas de un teléfono que Shoshana y Rich desmontaron el otro día para ver de dónde salían las voces.

—Está ahí, al fondo —le dije.

Seguimos andando hacia el dormitorio trasero. La cama estaba sin hacer, los cajones de la cómoda abiertos e inclinados, por lo que algunos calcetines y corbatas habían caído al suelo. Mi madre pisó unos zapatos de marcha, más juguetes de Shoshana, las zapatillas negras de Rich, mis pañuelos, un rimero de camisas blancas colocado detrás del aspirador.

Su expresión era de dolor y rechazo, y me recordaba la época lejana en que nos llevó a mis hermanos y a mí a un dispensario para que nos revacunaran contra la polio. Cuando la aguja penetró en el brazo de mi hermano y éste gritó, mi madre me miró angustiada y me aseguró: «Al siguiente no le hará daño».

Ahora, sin embargo, ¿cómo podía ignorar mi madre que estábamos viviendo juntos, que lo nuestro iba en serio y no desaparecería aunque ella se empeñara en silenciarlo? Tenía que decir algo.

Abrí el armario y saqué el chaquetón de visón que Rich me había regalado para Navidad. Era el regalo más extravagante que había recibido en toda mi vida. Me lo puse.

—Es un regalo tonto —dije nerviosamente—. En San Francisco nunca hace bastante frío para llevar visón, pero parece que es una moda, lo que los hombres compran a sus esposas y novias estos días.

Mi madre guardaba silencio. Estaba mirando el armario abierto, lleno de zapatos, corbatas, mis vestidos y los trajes de Rich. Tocó el visón.

—Esto no es tan bueno —dijo por fin—. No son más que tiras sobrantes y la piel es demasiado corta, sin pelos largos.

—¡Cómo puedes criticar un regalo! —protesté, profundamente herida—. Me lo ha regalado con todo su cariño.

—Por eso me preocupa —replicó.

Miré el chaquetón reflejado en el espejo y ya no pude seguir teniendo a raya la fuerza de voluntad de mi madre, su capacidad para hacerme ver negro lo que había sido blanco y viceversa. La prenda parecía pobre, una mala imitación del lujo verdadero.

—¿No vas a decir nada más? —le pregunté con suavidad.

—¿Qué debería decir?

—Sobre el piso, sobre todo esto. —Hice un gesto abarcando las señales diseminadas de la presencia de Rich.

Ella miró a su alrededor, luego hacia el pasillo y, finalmente, dijo:

—Tienes una carrera, estás ocupada, quieres vivir con este desorden. ¿Qué puedo decir?

Mi madre sabe cómo tocar una fibra sensible, y el dolor que siento es peor que el

de cualquier otra clase de aflicción, porque lo que ella hace me afecta siempre como una conmoción, exactamente como una sacudida eléctrica, que se instala permanentemente en mi memoria. Todavía recuerdo la primera vez que lo experimenté.

\* \* \*

Tenía entonces diez años y, aunque pequeña, sabía que mi habilidad en el juego de ajedrez era un don. No me costaba esfuerzo, era muy fácil para mí. Podía ver sobre el tablero cosas que a otros les pasaban inadvertidas. Podía levantar barreras protectoras que eran invisibles para mis adversarios. Y este don me proporcionó una confianza suprema. Sabía qué harían mis adversarios, jugada tras jugada. Sabía en qué preciso instante cambiaría su expresión cuando mi estrategia en apariencia sencilla e infantil se revelara como una trayectoria devastadora e irrevocable. Me encantaba ganar.

Y a mi madre le gustaba alardear de mí, mostrarme como uno de mis muchos trofeos que ella brillantaba. Solía comentar mis jugadas como si ella hubiera ideado las estrategias.

—Le dije a mi hija que usara sus caballos para atropellar al enemigo —informó a un tendero—. De esta manera ganó con mucha rapidez.

Y, por supuesto, había dicho eso antes de la partida... eso y un centenar de otras cosas inútiles que no habían tenido nada que ver con mi triunfo.

Cuando nos visitaban amigos de la familia les confiaba:

—No hace falta ser muy listo para ganar en el ajedrez. Todo son trucos. Soplas desde el norte, el sur, el este y el oeste, y el contrario se confunde, no sabe hacia qué lado correr.

Yo detestaba esa manera de arrogarse todo el mérito, y un día se lo dije así, gritándole en la calle Stockton, en medio de la gente. Le dije que no sabía nada y que no debería alardear, sino callarse. No recuerdo mis palabras exactas, pero en esencia era eso.

Aquella noche y el día siguiente no me dirigió la palabra. Habló duramente de mí a mi padre y mis hermanos, como si me hubiera vuelto invisible y hablara de un pescado podrido que había tirado pero cuyo olor persistía.

Yo conocía esta estrategia, la manera solapada de provocar la ira de alguien y hacerle caer en una trampa, así que hice caso omiso de ella, me negué a hablar y esperé a que cediera.

Después de que transcurrieran muchos días en silencio me senté en mi cuarto, mirando las sesenta y cuatro casillas del tablero e intentando pensar en otro sistema. Entonces decidí dejar de jugar al ajedrez.

Por supuesto, no quería abandonarlo para siempre, sino sólo por unos días, como máximo, y expuse ostentosamente mi decisión. En vez de practicar en mi habitación

cada noche, como hacía siempre, fui a la sala y me senté ante el televisor con mis hermanos, quienes se quedaron mirándome, molestos por la intrusión. Los usé para reforzar mi plan, hice crujir los nudillos para fastidiarles.

—¡Mamá! —gritaron—. Dile que pare, que se vaya.

Pero mi madre no dijo nada.

No me preocupé por eso, pero comprendí que debía hacer una jugada más temeraria. Decidí sacrificar un torneo que iba a celebrarse al cabo de una semana. Me negaría a participar en él, y sin duda mi madre se vería obligada a dar explicaciones sobre mi conducta, porque los patrocinadores y las asociaciones de beneficencia empezarían a llamarla, a rilarle y suplicarle que me hiciera jugar de nuevo.

Se celebró el torneo sin mí, y mi madre no me preguntó entre lágrimas por qué no jugaba al ajedrez. En cambio, lloré en mi interior, porque supe que un chico al que derroté fácilmente en otras dos ocasiones había sido el triunfador.

Comprendí que mi madre sabía más trucos de los que yo había pensado, pero ahora estaba harta de su juego. Quería empezar a practicar para el próximo torneo, de modo que fingí que la dejaba ganar. Yo sería la primera en hablar.

—Estoy dispuesta a jugar de nuevo al ajedrez —le anuncié.

Había imaginado que ella sonreiría y me preguntaría si quería comer algo especial, pero, en vez de hacer eso, frunció el ceño y me miró con fijeza a los ojos, como si pudiera sacarme a la fuerza alguna verdad.

—¿Por qué me dices eso? —me preguntó por fin en tono estridente—. Crees que es tan fácil... Un día abandonas, al otro juegas. Todo lo haces igual manera. Tan lista, tan desenvuelta, tan rápida.

—He dicho que jugaré —gemí.

—¡No! —gritó, con tal vehemencia que me sobresalté—. Ya no va a ser tan fácil.

Yo temblaba, pasmada por lo que acababa de oír, sin saber qué significaba. Entonces regresé a mi habitación, me quedé mirando el tablero de ajedrez, sus sesenta y cuatro casillas, tratando de encontrar la manera de resolver aquella situación terrible, y tras pasar así muchas horas, llegué a creer que en verdad había convertido en blancas las casillas negras y viceversa, y que todo se arreglaría.

Y, por supuesto, volví a salirme con la mía. Aquella noche me dio una fiebre alta y ella se sentó al lado de mi cama y me regañó por haber ido a la escuela sin ponerme el suéter. Por la mañana seguía allí, y me alimentó con gachas de arroz perfumado con caldo de polvo que ella misma había colado. Dijo que me daba aquello porque tenía la varicela y un pollo sabría cómo vencer a otro<sup>[3]</sup>. Por la tarde se sentó en una silla y me tejió un suéter de color rosa mientras me hablaba del que tía Suyuan había tejido para su hija June, que era feísimo y de la peor lana. Me sentí dichosa porque mi madre volvía a ser la de siempre.

En el siguiente torneo, aunque mi actuación fue buena en conjunto, al final no obtuve suficientes puntos y perdí. Lo peor de todo fue que mi madre no dijo nada. Iba de un lado a otro con semblante satisfecho, como si mi fracaso fuese una estrategia

ideada por ella.

Yo estaba horrorizada. Todos los días pasaba varias horas rumiando lo que había perdido. Sabía que no era sólo el último torneo. Examiné cada jugada, cada pieza, cada casilla, y ya no podía ver las armas secretas de cada pieza, la magia en la intersección de las casillas, sino que sólo veía mis errores y debilidades. Era como si hubiera perdido mi armadura mágica y todo el mundo pudiese ver por dónde era fácil atacarme.

Durante las semanas siguientes y en los meses y años posteriores seguí jugando, pero nunca con la misma sensación de confianza suprema. Me esforzaba al máximo, con temor y desesperación. Cuando ganaba, me sentía agradecida y aliviada, y cuando perdía se apoderaba de mí un miedo creciente, que cedió el paso al terror de no ser ya un prodigio, de haber perdido el don y no ser más que una persona del todo ordinaria.

Cuando perdí por segunda vez frente al muchacho a quien había derrotado tan fácilmente unos años antes, dejé de jugar por completo. Y nadie protestó. Tenía catorce años.

\* \* \*

—Oye, la verdad es que no te entiendo —me dijo Marlene cuando la llamé por la noche, un día después de haberle enseñado a mi madre el chaquetón de visión—. Puedes decir a los de Hacienda que se vayan a hacer puñetas, pero no eres capaz de hacer frente a tu propia madre.

—Siempre intento hacerlo, pero ella dice esas cosas solapadas, lanza bombas de humo, hace observaciones irónicas y...

—¿Por qué no le dices que deje de torturarte? —me interrumpió Marlene—. Pídele que no siga arruinando tu vida, dile que se calle.

—Eso es gracioso —repliqué, casi riendo—. ¿Quieres que le diga a mi madre que se calle?

—Claro, ¿por qué no?

—Pues... no sé si está legislado explícitamente, pero jamás puedes decirle a una madre china que se calle. Podrían acusarte como cómplice de tu propio asesinato.

No temía tanto a mi madre como a Rich. Ya sabía lo que ella iba a hacer, cómo le atacaría y criticaría. Al principio no dejaría traslucir nada. Luego comentaría cualquier pequeñez, algo en lo que se habría fijado, y luego haría otro ligero comentario y otro y otro más, cada uno lanzado como puñadito de arena desde esta dirección, luego desde atrás y así sucesivamente, hasta que hubiera erosionado por completo el aspecto de Rich, su carácter, su alma. Y aunque yo reconociera su estrategia, su ataque solapado, temía que alguna pavesa invisible de verdad me entrara en el ojo, empañara lo que estaba viendo y Rich pasara de ser el hombre

divino que era para mí a un individuo mundano, herido mortalmente con hábitos tediosos e imperfecciones irritantes.

Eso es lo que sucedió en mi primer matrimonio, con Marvin Chen, con quien me fugué cuando tenía dieciocho años y él diecinueve. En la época en que amaba a Marvin, él era casi perfecto. Se graduó en Lowell, con el tercer lugar de su clase, y obtuvo una beca completa en Stanford. Jugaba al tenis, tenía músculos sobresalientes en las pantorrillas y ciento cuarenta y seis pelos negros y lacios en el pecho. Hacía reír a todo el mundo y su propia risa era profunda, sonora, masculinamente sensual. Se enorgullecía de tener posturas amorosas favoritas en los distintos días y horas de la semana. No tenía más que susurrar «miércoles por la tarde» y yo me estremecía.

Pero transcurrió el tiempo, y cuando mi madre hubo dicho todo lo que pensaba de él, vi que la pereza había encogido el cerebro de Marvin, de modo que ahora sólo servía para pensar excusas. Perseguía pelotas de golf y tenis y para huir de las responsabilidades familiares, su mirada vagabundeaba por las piernas de otras mujeres, y así ya no sabía regresar directamente a casa. Le gustaba gastar bromas que hacían sentirse ridículos a los demás, hacía gala de su generosidad dando propinas de diez dólares a desconocidos, pero era cicatero con los regalos para la familia. Consideraba que encerar su coche deportivo rojo era más importante que usarlo para llevar a su mujer a alguna parte.

Mis sentimientos hacia Marvin nunca alcanzaron el nivel del odio. No, pero en cierto modo fue peor. Pasaron de la decepción al desprecio y a un aburrimiento apático. Sólo después de nuestra separación, en las noches en que Shoshana dormía y yo estaba sola, me preguntaba si mi madre no habría envenenado mi matrimonio.

Gracias a Dios, su veneno no afectó a mi hija Shoshana. Sin embargo, estuve a punto de abortarla. Cuando supe que estaba embarazada, me puse furiosa, consideré secretamente mi embarazo como mi «resentimiento creciente» e insistí en que Marvin acudiera a la clínica para que sufriera también las molestias del embarazo. Resultó que nos habíamos equivocado al elegir la clínica. Allí nos pasaron una película que era un terrible lavado de cerebro puritano. Vi aquellos fetos, a los que llamaban bebés cuando sólo tenían siete semanas de desarrollo, con unos dedos minúsculos, y decían que los deditos del bebé podían moverse, que debíamos imaginarlos aferrándose a la vida, tratando de coger una oportunidad, que eran un milagro. Si hubieran mostrado cualquier otra cosa excepto dedos minúsculos... Gracias a Dios que lo hicieron, porque Shoshana fue realmente un milagro. Era perfecta. Cada uno de sus detalles me parecía notable, sobre todo la manera en que flexionaba y curvaba los dedos. Desde el mismo momento en que apartó el puño de la boca para llorar, supe que mis sentimientos hacia ella eran inviolables.

Pero Rich me preocupaba, pues sabía que mis sentimientos eran vulnerables, que podían caer derribados por las sospechas, las observaciones casuales y las indirectas de mi madre. Y temía lo que perdería entonces, porque Rich Shields me adoraba de la misma manera que yo adoraba a Shoshana. Su amor era inequívoco y nada podía

cambiarlo. No esperaba nada de mí; mi mera existencia le bastaba. Y, al mismo tiempo, decía que había cambiado, para mejor, gracias mí. Era turbadoramente romántico, e insistía en que no lo había sido hasta que me conoció. Esta confesión hizo que sus gestos románticos me parecieran tanto más ennobecedores. En el trabajo, por ejemplo, cuando grapaba notas de «FYI, para tu información» en los informes legales y declaraciones de impuestos de las empresas que yo debía revisar, las firmaba al pie: «FYI, Tú y yo para siempre<sup>[4]</sup>». La empresa desconocía nuestra relación, y por ello esa clase de conducta temeraria por su parte me emocionaba.

Pero lo que me sorprendía realmente era la química sexual. Pensé que sería uno de esos hombres callados, embarazosamente amable y torpe, la clase de individuo de maneras suaves que te dice: «¿Te estoy haciendo daño?», cuando no puedes sentir nada. Pero se adaptaba tan bien a cada uno de mis movimientos que yo estaba segura de que me leía la mente. No tenía ninguna inhibición, y las que descubría en mí me las arrancaba como si fueran pequeños tesoros. Veía todos mis aspectos íntimos, y no me refiero sólo a los sexuales, sino a mi lado más oscuro, mi mezquindad, mi mal genio, el odio hacia mí misma, todas las cosas que mantenía ocultas. Así pues, con él me hallaba totalmente desnuda, y cuando lo estaba, cuando me sentía más vulnerable, cuando una palabra inadecuada me habría hecho salir huyendo para siempre, él siempre decía exactamente lo apropiado en el momento oportuno. No me permitía ocultarme. Me cogía las manos, me miraba fijamente a los ojos y me decía algo nuevo sobre sus motivos para amarme.

Nunca había conocido un amor tan puro, y temía que mi madre lo ensuciara. Por ello traté de guardar en mi memoria todas aquellas muestras de amor de Rich, para evocarlas cuando fuese necesario.

Tras meditarlo largamente, se me ocurrió un plan brillante. Ideé una manera para que Rich y mi madre se conocieran y él se ganara su simpatía. Lo arreglé de modo tal que mi madre quisiera preparar una comida especial para él. Tía Suyuan echó una mano. Era amiga de mi madre desde hacía mucho tiempo y estaban muy unidas, lo cual significaba que se atormentaban continuamente con jactancias y secretos. Y yo le ofrecí a tía Su un secreto del cual jactarse.

Un domingo, después de pasear por North Beach, le sugerí a Rich que hiciéramos una visita por sorpresa a tía Su y tío Canning. Vivían en Leavenworth, unas pocas manzanas al oeste del apartamento de mi madre. Caía la tarde, y llegamos cuando tía Su estaba haciendo la cena.

—¡Cenad con nosotros! —insistió.

—No, no, sólo pasábamos por aquí y...

—Ya he hecho suficiente comida. ¿Veis? Una sopa para cuatro. Si no la tomáis, a la basura. ¡Una pérdida!

¿Cómo podíamos negarnos? Tres días después, Rich y yo enviamos una carta de agradecimiento a tía Suyuan. «Rich me ha dicho que fue la comida china más deliciosa que ha probado jamás», le escribí.

Y al día siguiente mi madre me llamó e invitó a una cena para celebrar tardíamente el cumpleaños de mi padre. Mi hermano Vincent iría con su novia, Lisa Lum. Yo también podía ir acompañada de un amigo.

Sabía que iba a hacer eso, porque mediante sus habilidades culinarias mi madre expresaba su amor, su orgullo, su poder, y demostraba que sabía más que tía Su.

—Luego no te olvides de decirle que su comida ha sido la mejor que has probado jamás, mucho mejor que la de tía Su —le dije a Rich—. Créeme.

La noche de la cena me senté en la cocina, mirando cómo trabajaba, esperando el momento apropiado para hablarle de nuestros planes de matrimonio, nuestra decisión de casarnos en julio, unos siete meses después. Ella estaba cortando una berenjena y al mismo tiempo hablaba de tía Suyuan:

—Sólo sabe cocinar mirando una receta. En cambio, yo tengo las instrucciones en los dedos. ¡Me basta el olfato para saber qué ingredientes secretos debo añadir!

Cortaba con tal ferocidad, aparentemente sin prestar atención a la afilada cuchilla, que temía que las puntas de sus dedos se convirtieran en uno de los ingredientes del plato de cerdo desmenuzado con berenjena.

Confiaba en que ella dijera primero algo sobre Rich. Había visto su expresión cuando abrió la puerta, la forzada sonrisa mientras le miraba de la cabeza a los pies, confrontando su evaluación con la que ya le había dado tía Suyuan. Traté de prever las críticas que le haría.

Rich no sólo no era chino, sino que tenía varios años menos que yo y, por desgracia, parecía mucho más joven con el cabello rojizo y rizado, la piel suave y pálida y las pecas anaranjadas en la nariz. Era más bien bajo y de complexión maciza. Enfundado en su traje de calle oscuro, tenía un aspecto agradable pero fácil de olvidar, como el sobrino de alguien en un funeral. Por eso no me fijé en él durante el primer año que trabajamos juntos. Pero mi madre reparó en todo.

—Bueno, ¿qué te parece Rich? —le pregunté finalmente, reteniendo el aliento.

Ella echó la berenjena en el aceite hirviendo, produciendo un ruido estridente, chirriante, airado.

—Tiene demasiados lunares en la cara —replicó. Sentí como si me clavaran alfileres en la espalda.

—Son pecas, y las pecas son una señal de buena suerte, ¿sabes? —Hablé un tanto acaloradamente, alzando la voz para hacerme oír por encima del estrépito de la cocina.

—¿Ah, sí? —dijo ella, con tono de inocencia.

—Sí, cuantos más lunares, mejor. Todo el mundo sabe eso.

Ella reflexionó un momento y luego sonrió y habló en chino:

—Tal vez sea cierto. De pequeña tuviste la varicela. Te salieron tantas manchas que tuviste que quedarte diez días en casa, y por eso pensaste que eras afortunada.

No pude salvar a Rich en la cocina, como tampoco pude hacerlo más tarde, en el comedor.

Rich había llevado una botella de vino francés, sin saber que mis padres no serían capaces de apreciarlo. Ellos ni siquiera tenían copas de vino. Luego cometió el error de llenar no una sino dos veces un vaso de vidrio mate, cuando los demás tomaron un dedo, «sólo para probarlo».

Cuando le ofrecí a Rich un tenedor, él insistió en usar los resbaladizos palillos de marfil, que sostenía extendidos como las patas patizambas de un avestruz, mientras cogía un gran pedazo de berenjena empapada en salsa. A medio camino entre el plato y su boca abierta, la berenjena le cayó sobre la impecable camisa blanca y se deslizó hacia la entrepierna. Pasaron varios minutos antes de que Shoshana dejara de reír ruidosamente.

Entonces se sirvió grandes porciones de gambas y guisantes, sin darse cuenta de que lo cortés era tomar sólo una cucharada, hasta que todos los demás se hubieran servido un poco. Rechazó las legumbres verdes salteadas, las tiernas y caras hojas de las plantas de habichuelas arrancadas antes de que los brotes se convirtieran en judías, y Shoshana se negó también a comerlas, señalando a Rich: «¡Él no las ha comido! ¡Él no las ha comido!».

Creó ser cortés al rechazar segundas porciones cuando debería haber seguido el ejemplo de mi padre, que aceptaba ostentosamente segundas, terceras y hasta cuartas porciones pequeñas, diciendo siempre que no podía resistirse a tomar otro bocado de tal o cual cosa, y luego quejándose porque estaba tan repleto, según él, que iba a reventar.

Pero lo peor fue cuando Rich criticó la comida de mi madre sin saber siquiera lo que estaba haciendo. Como manda la costumbre china, mi madre siempre hacía observaciones en menoscabo de su propia habilidad culinaria. Aquella noche decidió hacer de su famoso cerdo al vapor con verduras confitadas, que siempre servía con especial orgullo, el blanco de su denigración.

—Ai! Este plato no bastante salado, no tiene sabor —se quejó tras probar un bocado—. No se puede comer.

Con esto daba pie a los comensales para que comieran un poco y proclamaran que era el mejor plato que había cocinado jamás. Pero antes de que pudiéramos hacerlo, Rich le dijo:

—Mire, todo lo que necesita es un poco de salsa de soja.

Y procedió a verter un río del salado líquido negro en la fuente del cerdo, ante los ojos horrorizados de mi madre.

Aunque confié durante toda la cena en que ella viera de algún modo la amabilidad de Rich, su sentido del humor y su encanto juvenil, sabía que su comportamiento había sido intolerable para ella.

Rich, por supuesto, tenía una opinión diferente sobre el desarrollo de la velada. Aquella noche, una vez en casa y tras acostar a Shoshana, me dijo humildemente:

—Creo que lo hemos hecho muy bien, cariño.

Tenía el aspecto de un perro dálmata, jadeante, leal, esperando que le den unas

palmaditas.

—Humm —repliqué.

Me estaba poniendo una camisa de dormir vieja, señal de que no tenía ganas de atenciones amorosas. Aún me estremecía al pensar en los firmes apretones de mano que Rich, había dado a mis padres, con la misma familiaridad que empleaba con sus nuevos y nerviosos clientes. «Linda, Tin», les dijo. «Estoy seguro de que volveremos a vernos pronto». Mis padres se llaman Lindo y Tin Jong, y nadie, excepto unos pocos viejos amigos de la familia, les llama jamás por su nombre de pila.

—Dime, ¿cómo reaccionó cuando se lo dijiste?

Supe que se refería a nuestro matrimonio. Anteriormente le había dicho a Rich que primero hablaría con mi madre y dejaría que ella le diera la noticia a mi padre.

—No he tenido ocasión de decírselo —repliqué.

Y era cierto. ¿Cómo podría haberle dicho a mi madre que íbamos a casarnos si cada vez que estábamos a solas ella comentaba cuánto vino caro le gustaba beber a Rich, o lo pálido y enfermizo que parecía, o lo triste que estaba Shoshana?

Rich me sonrió.

—¿Tanto cuesta decirles: «Mamá, papá, voy a casarme»?

—No lo entiendes. No puedes comprender a mi madre.

Rich meneó la cabeza.

—¡Uf! En eso tienes razón. Habla un inglés tan malo... ¿Sabes? Cuando hablaba de ese tipo muerto que sale en *Dinastía*, creí que se refería a algo que sucedió en China hace mucho tiempo.

\* \* \*

Aquella noche, después de la cena, permanecí despierta en la cama, tensa. Sentía una profunda decepción por el último fracaso, empeorada por el hecho de que Rich no parecía darse cuenta de nada. Era tan patético... Me sobresalté al repetir esas palabras. ¡*Tan patético!* Mi madre volvía a influir en mí, me hacía ver negro donde antes veía blanco. En sus manos era siempre un peón, sólo podía huir, mientras que ella era la reina, capaz de moverse en todas las direcciones, implacable en su persecución, capaz de descubrir mis puntos débiles.

Me desperté tarde, con los dientes apretados y los nervios de punta. Rich ya se había levantado y duchado, y estaba leyendo el periódico dominical.

—Buenos días, muñeca —me dijo entre los crujidos que hacía al masticar copos de maíz.

Me puse el chándal y los zapatos de correr, salí de casa, subí al coche y me dirigí al piso de mis padres.

Marlene estaba en lo cierto. Tenía que decirle a mi madre... que sabía lo que estaba haciendo, no se me ocultaban sus tretas para que me sintiera desdichada.

Cuando llegué a la casa había acumulado suficiente ira para detener un millar de cuchillos lanzados contra mí.

Mi padre abrió la puerta y pareció sorprenderse al verme.

—¿Dónde está mamá? —le pregunté, procurando ocultar mi agitación. Él señaló la sala, al fondo.

La encontré profundamente dormida en el sofá, con la cabeza apoyada en un pequeño tapete blanco bordado. Tenía la boca abierta y todas las arrugas de su rostro se habían esfumado. Con esa suavidad de la cara parecía una muchacha frágil, cándida e inocente. Un brazo le colgaba límpido al lado del sofá, el pecho estaba quieto, toda su fuerza había desaparecido. No tenía armas ni estaba rodeada de demonios. Parecía impotente, derrotada.

Entonces se apoderó de mí el temor de que tuviera aquel aspecto porque era cadáver, que hubiera muerto mientras yo tenía pensamientos terribles acerca de ella. Había deseado apartarla de mi vida y ella accedió, saliendo de su cuerpo para huir de mi odio intenso.

—¡Mamá! —grité—. ¡Mamá! —Se me quebró la voz y empecé a llorar.

Ella abrió los ojos lentamente y movió las manos.

—*Shemma?* Ah, Meimei, ¿eres tú?

Me quedé sin habla. No me había llamado Meimei, el nombre de mi infancia, desde hacía muchos años. Se irguió y reaparecieron las arrugas en su rostro, sólo que ahora parecían menos profundas, como tenues surcos de preocupación.

—¿A qué has venido? ¿Por qué lloras? ¿Ha ocurrido algo!

No sabía qué hacer ni decir. Me parecía que en cuestión de segundos había dejado de sentirme airada por su fuerza para asombrarme de su inocencia y luego asustarme por su vulnerabilidad. Y ahora me sentía extrañamente débil, como si alguien me hubiera desenchufado y se hubiese interrumpido la corriente que me recorría.

—No ha ocurrido nada, de veras —le dije con la voz ronca—. No sé por qué estoy aquí. Quería hablar contigo... quería decirte... Rich y yo vamos a casarnos.

Cerré los ojos con fuerza, esperando oír sus protestas sus lamentos, la voz seca pronunciando algún veredicto doloroso.

—*Jrdaule* (Ya lo sabía) —dijo ella, como para preguntarme por qué se lo decía de nuevo.

—¿Lo sabes?

—Claro. Aunque no me lo hubieras dicho lo sabría.

Aquello era peor de lo que había imaginado. Lo había sabido desde el principio, cuando criticó el chaquetón de visón, cuando menospreció las pecas de Rich y se quejó de su manera de beber. Ella no le aprobaba.

—Sé que le odias —dije con la voz temblorosa—. Sé que no te parece lo bastante bueno, pero yo...

—¿Odiarle? ¿Por qué crees que odio a tu futuro marido?

—Nunca quieres hablar de él. El otro día, cuando empecé a hablarte de él y

Shoshana en el Exploratorium, tú... cambiaste de tema... empezaste a hablar de la cirugía exploratoria de papá y entonces...

—¿Qué es más importante, explorar la diversión o explorar la enfermedad?

Esta vez no iba a dejarla escapar.

—Y luego, al verle, dijiste que tenía lunares en la cara.

Ella me miró, perpleja.

—¿No es eso cierto?

—Sí, pero lo dijiste sólo por malicia, para herirme, para...

—*Ai-ya*, ¿por qué piensas tan mal de mí? —Su rostro parecía viejo y lleno de aflicción—. Entonces crees que tu madre es muy mala. Crees que tengo una intención secreta, pero eres tú quien la tiene. *Ai-ya!* ¡Mi hija cree que soy tan mala!

Se sentó en el sofá, erguida y orgullosa, la boca apretada, las manos entrelazadas, los ojos brillantados por el llanto.

¡Ah, su fuerza!, ¡sus debilidades!, una y otras tirando de mí, desgarrándome. Mi cabeza iba por un lado y mi corazón por otro. Me senté en el sofá, a su lado, cada una conmocionada por la conducta de la otra.

Me sentía como si hubiera perdido una batalla, aunque sin saber que estaba librando. La fatiga se apoderó de mí.

—Me voy a casa —le dije finalmente—. No me encuentro muy bien.

—¿Estás enferma? —murmuró ella, poniéndome la mano en la frente.

—No —le dije rotundamente. Quería marcharme—. Es que... No sé lo que ocurre ahora en mi interior.

—Entonces te lo diré. —Me quedé mirándola, sorprendida. Ella continuó en chino—: La mitad de todo lo que hay dentro de ti procede del lado paterno. Eso es natural. Son del clan Jong, gente de Cantón, buena y honesta, aunque a veces tengan mal genio y sean tacaños. Tienes un ejemplo en tu padre, ya sabes cómo puede ser a menos que le llame la atención. —Me pregunté por qué me decía eso, qué relación tenía con mi situación. Pero mi madre siguió hablando, con una ancha sonrisa, agitando la mano—. Y la mitad de lo que hay en tu interior procede de mí, tu lado materno, del clan Sun de Taiyuan.

Escribió los ideogramas en el dorso de un sobre, olvidando que no sé leer el chino.

—Somos inteligentes, muy fuertes, astutos y famosos como guerreros. Conoces a Sun Yat-sen, ¿no? —Asentí—. Pertenece al clan de los Sun, pero su familia se trasladó al sur hace muchos siglos, por lo que no es exactamente del mismo clan. Mi familia siempre ha vivido en Taiyuan, incluso desde antes de la época de Sun Wei. ¿Conoces Sun Wei?

Negué con la cabeza. Aunque seguía sin saber adónde quería ir a parar con todo aquello, me sentía tranquilizada. Parecía ser la primera vez que sosteníamos una conversación casi normal.

—Combatió contra Genghis Khan, y cuando los soldados mongoles dispararon

contra los guerreros de Sun Wei... ¡ja!... sus flechas rebotaron en los escudos como la lluvia sobre las piedras. ¡Sun Wei había hecho una especie de blindaje tan fuerte que Genghis Khan creyó que era cosa de magia!

—Entonces Genghis Khan debió de inventar unas flechas mágicas —comenté—. Al fin y al cabo conquistó China.

Mi madre prosiguió como si no me hubiera oído nada.

—Eso es cierto, siempre sabemos cómo ganar. Así pues, ahora sabes lo que hay en tu interior: casi todo es buen material de Taiyuan.

—Supongo que los chinos sólo hemos evolucionado para ganar en el mercado de juguetes y aparatos electrónicos —le dije.

—¿Cómo sabes eso? —me preguntó ella ansiosa.

—Se ve por todas partes. *Made in Taiwan*.

—Ai! —exclamó ella, quejumbrosa—. ¡No soy de Taiwan!

Y así, de repente, la frágil conexión que estábamos efectuando empezó a romperse.

—Nací en China, en *Taiyuan* —puntualizó—. Taiwan no es China.

—Bueno, creí que decías «Taiwan» porque suena del mismo modo —aduje, irritada porque le molestara un error tan poco intencionado.

—¡Suena de un modo totalmente distinto! —dijo resoplando—. ¡El país es por completo diferente! Los que viven ahí sólo sueñan que eso es China, porque si eres chino nunca puedes apartar a China de tu mente.

Habíamos llegado a un punto muerto. Hubo una pausa de silencio y luego apareció un brillo en sus ojos.

—Escucha bien. También puedes decir que el nombre de Taiyuan es Bing. Todos los habitantes de esa ciudad la llaman así. Te será más fácil decirlo. Bing es un sobrenombre.

Escribió el ideograma y asentí, como si así quedara todo claro.

—Aquí ocurre lo mismo —añadió en inglés—. Llamáis La Manzana a Nueva York y Frisco a San Francisco.

—¡Nadie llama así a San Francisco! —repliqué, riendo—. La gente que la llama así es tonta.

—Ahora comprendes lo que quiero decir —dijo mi madre en tono triunfante.

Sonreí. Era cierto, por fin la comprendía. No lo que acababa de decir, sino lo que había sido verdadero desde el principio.

Vi por qué había estado luchando: era por mí, una niña asustada que huyó mucho tiempo atrás hacia un lugar que imaginaba más seguro. Y oculta en aquel lugar, detrás de mis barreras invisibles, sabía lo que había al otro lado: sus ataques laterales, sus armas secretas, su misteriosa habilidad para descubrir mis puntos más débiles. Pero en el breve instante en que me asomé por encima de las barreras, pude ver por fin lo que realmente había allí: una anciana con una freidora por armadura, una aguja de hacer punto por espada, gruñendo un poco mientras esperaba pacientemente a que su

hija la invitara a pasar.

\* \* \*

Rich y yo hemos decidido aplazar nuestra boda. Mi madre dice que julio no es una buena época para ir a China de luna de miel. Lo sabe bien porque ella y mi padre acaban de regresar de un viaje a Pekín y Taiyuan.

—En verano hace demasiado calor. ¡Te saldrán más lunares y entonces toda la cara se te pondrá roja! —le dice a Rich, y éste sonríe, hace un gesto con el pulgar hacia mi madre y me comenta:

—¿Puedes creer lo que sale de su boca? Ahora sé de dónde te has sacado tu naturaleza dulce y llena de tacto.

—Debéis ir en octubre. Es la mejor época. No hace mucho calor ni mucho frío. Yo también estoy pensando en volver por entonces —dice con firmeza, pero se apresura a añadir—: ¡No con vosotros, por supuesto!

Me río nerviosamente y Rich bromea:

—Eso sería estupendo, Lindo. Podrías traducirnos los menús y asegurarte de que no comemos serpientes o perros por error.

A punto estoy de darle un puntapié.

—No, no es eso lo que quiero decir —insiste mi madre—. No os pido tal cosa.

Y yo sé lo que quiere decir realmente. Le encantaría ir a China con nosotros, y yo lo detestaría. Tres semanas aguantando sus quejas sobre los palillos sucios y la sopa fría, tres comidas al día... No, sería un desastre.

Pero por otro lado la idea me parece muy acertada. Los tres dejaríamos atrás nuestras diferencias, nos sentaríamos uno junto al lado en el avión, despegaríamos, nos alejaríamos de Occidente rumbo al Oriente.

# Rose Hsu Jordan

## Sin madera

Siempre me creía todo lo que decía mi madre, incluso cuando ignoraba lo que quería decir. Una vez, de pequeña, me aseguró que iba a llover y que lo sabía porque unos fantasmas perdidos daban vueltas cerca de nuestras ventanas, diciendo «buu-buu» para que los dejáramos entrar. Según ella, las puertas se abrirían por sí solas en plena noche, a menos que comprobáramos dos veces si estaban bien cerradas. Decía que un espejo podía verme el rostro, pero que ella podía ver mi interior aun cuando yo estuviera fuera de la habitación.

Y todas estas cosas me parecían ciertas, tan fuerte era el poder de sus palabras.

Decía que si la escuchaba, más adelante sabría lo que ella sabía: de dónde procedían las palabras verdaderas, siempre de lo más alto, por encima de todo lo demás. En cambio, si no la escuchaba, prestaría oídos a otros con demasiada facilidad, a gentes cuyas palabras carecen de significado perdurable, porque proceden del fondo de sus corazones, donde habitan sus deseos, un lugar en el que yo no podía estar.

Las palabras que decía mi madre procedían de lo más alto. Recuerdo que yo siempre alzaba la vista para mirarla a la cara, mientras mi cabeza reposaba en la almohada. En aquel entonces mis hermanas y yo dormíamos en la misma cama doble. Janice, mi hermana mayor, tenía una alergia que obligaba a sus fosas nasales a trinar como un pájaro por la noche, y por eso la llamábamos Nariz Silbante. Ruth era Pie Feo, porque curvaba los dedos de los pies en forma de garra de bruja. Yo era Ojos Miedosos, porque cerraba con fuerza los ojos para no ver la oscuridad, cosa que, según Janice y Ruth, era una solemne tontería. Durante aquellos primeros años, yo era la última en dormirme. Me aferraba a la cama, negándome a abandonar este mundo para ingresar en el de los sueños.

—Tus hermanas ya se han ido a ver al viejo señor Chou —me susurraba mi madre en chino. Según ella, el viejo señor Chou era el guardián de una puerta que se abría a los sueños—. ¿Estás también dispuesta a ir a ver al viejo señor Chou?

Y yo sacudía la cabeza cada vez que me lo preguntaba.

—El viejo señor Chou me lleva a sitios malos —gemía.

El viejo señor Chou hacía dormir a mis hermanas, quienes nunca recordaban nada de lo ocurrido la noche anterior. Pero el viejo señor Chou me abría la puerta y, cuando yo intentaba entrar, la cerraba con rapidez, esperando aplastarme como a una mosca. Por eso siempre me despertaba.

Pero finalmente el viejo señor Chou se cansaba y dejaba de vigilar la puerta. La cabecera de mi cama se volvía pesada y se inclinaba lentamente, y yo me deslizaba de cabeza, a través de la puerta del viejo señor Chou, y aterrizaba en una casa sin puertas ni ventanas.

Recuerdo una ocasión en que soñé que caía por un agujero en la casa del viejo señor Chou. Me encontré en un jardín a oscuras y oí gritar al viejo: «¿Quién está en mi jardín trasero?». Eché a correr. Pronto me vi pisoteando plantas con venas sanguíneas, corriendo por campos de cabezas de dragón cuyos colores cambiaban como si fueran semáforos, hasta que llegué a un gigantesco terreno de juego, con innumerables hileras de cajones de arena, en cada uno de los cuales había una muñeca nueva. Y mi madre, que no estaba allí pero que podía ver en mi interior, le dijo al viejo señor Chou que sabía qué muñeca iba a elegir yo. Por ello decidí escoger una totalmente distinta.

«¡Deténgala!», gritó mi madre.

Intenté huir, pero el viejo señor Chou me persiguió, gritando:

«¡Mira lo que sucede cuando no escuchas a tu madre!» y yo me quedé paralizada, demasiado asustada para moverme en cualquier dirección.

A la mañana siguiente le conté a mi madre lo que había sucedido, y ella se rió y dijo:

—No hagas caso al viejo señor Chou. No es más que un sueño. Sólo tienes que escucharme a mí.

—Pero el viejo señor Chou también te escucha —repliqué llorando.

Más de treinta años después mi madre seguía intentando que la escuchara. Al mes de que le dijera que Ted y yo íbamos a divorciarnos, me reuní con ella en la iglesia, para el funeral de China Mary, una maravillosa anciana de noventa y dos años que había sido la madrina de todos los niños que cruzaron las puertas de la Primera Iglesia Bautista China.

—Estás adelgazando mucho —me dijo en tono quejumbroso cuando me senté a su lado—. Tienes que comer más.

—Estoy bien —le aseguré, sonriéndole para demostrárselo—. Y además, ¿no eras tú quien decía que la ropa siempre me iba demasiado ceñida?

—Come más —insistió ella, y me dio unos golpecitos con un pequeño cuaderno en cuya tapa, escrito a mano, figuraba el título: «Cocina al estilo chino por China Mary Chan». Los vendían de puerta en puerta, a sólo cinco dólares el ejemplar, a fin de recaudar dinero para el Fondo de Becas a Refugiados.

Cesó la música de órgano y el oficiante se aclaró la garganta. No era el pastor habitual, sino Wing, un muchacho que de pequeño robaba cromos de equipos de béisbol con mi hermano Luke. Más adelante fue al seminario gracias a China Mary, y Luke acabó en la cárcel por vender radios de coches robadas.

—Aún oigo su voz —dijo Wing a los asistentes al funeral—. Me dijo que Dios me había hecho con todos los ingredientes adecuados, por lo que sería una lástima que ardiera en el infierno.

—Ya incinerada —susurró mi madre en tono neutro, indicando con la cabeza el altar, donde había una foto de China Mary en color, enmarcada. Me llevé un dedo a los labios, como hacen los bibliotecarios, pero ella no me entendió—. Ése lo hemos

comprado nosotros —dijo señalando un gran ramo de crisantemos amarillos y rosas rojas—. Treinta y cuatro dólares. Todo artificial, así que durará eternamente. Puedes pagarme más tarde. Janice y Matthew también contribuyen. ¿Tienes dinero?

—Sí, Ted me envió un cheque.

Entonces el oficiante pidió a los fieles que se recogieran para orar. Mi madre calló por fin y se llevó un Kleenex a la nariz mientras el sacerdote seguía hablando.

—Puedo verla ahora mismo, embelesando a los ángeles con su cocina china y su actitud fervorosa.

Los fieles alzaron la cabeza después de orar, se levantaron y entonaron el himno número 335, el favorito de China Mary: «Puedes ser un ángel cada día sobre la tierra...».

Pero mi madre no cantaba: me estaba mirando.

—¿Por qué te ha enviado un cheque?

Yo seguí con la vista en el libro de himnos y cantando:

—Enviando rayos de sol, lleno de alegría desde el nacimiento.

Como no le respondía, ella misma lo hizo:

—Se dedica a las malas mañan con algún otro.

¿A las malas mañan? ¿Ted? Me entraron ganas de reír, por su elección de las palabras, pero también por la idea<sup>[5]</sup>. El frío, silencioso y lampiño Ted, cuya respiración no se alteraba lo más mínimo ni siquiera en el apogeo de la pasión.

Me lo imaginé gruñendo mientras se rascaba los sobacos, chillando y saltando sobre el colchón, tratando de agarrarme una teta.

—No, no lo creo —le dije.

—¿Por qué no?

—No es éste el lugar más adecuado para hablar de Ted.

—¿Por qué puedes hablar de esto con un siquiátrico y no con tu madre?

—Psiquiatra.

—Siquiátrico —se corrigió—. Una madre es mejor. Una madre sabe lo que hay dentro de ti. —Alzó la voz para hacerse oír por encima de las voces que cantaban—. El siquiátrico sólo te volverá *hulihudu*, te hará ver *heimongmong*.

Una vez en casa, pensé en lo que me había dicho, y era cierto. Últimamente me había sentido *hulihudu* y todo lo que me rodeaba parecía ser *heimongmong*. Nunca había pensado en los equivalentes ingleses de esos términos. Supongo que los significados más exactos serían «confuso» y «niebla oscura».

Pero, en realidad, las palabras significan mucho más. Tal vez no sea posible traducirlas fácilmente porque se refieren a una sensación que sólo experimentan los chinos, como si uno se cayera de cabeza a través de la puerta del viejo señor Chou y luego tratara de encontrar el camino de regreso, pero estuviera tan asustado que no pudiera abrir los ojos y anduviera a gatas en la oscuridad, tanteando, el oído atento a posibles voces que le indiquen el camino a seguir.

Había hablado con mucha gente, con mis amigos, con todo el mundo al parecer,

excepto con Ted, y a cada persona le contaba una historia diferente. Sin embargo, cada una de las versiones era cierta, estaba segura de ello, por lo menos en el momento en que la contaba.

A mi amiga Waverly le dije que no había sabido cuánto amaba a Ted antes de notar hasta qué punto podía herirme. Sentía un intenso dolor, un dolor literalmente físico, como si me hubieran arrancado los brazos sin anestesia y sin ensamblarlos y coserlos luego.

—¿Te los han arrancado alguna vez *con* anestesia? —inquirió Waverly—. ¡Dios mío! Jamás te había visto tan histérica. Si te interesa mi opinión, estás mucho mejor sin él. Te sientes dolida porque has tardado quince años en darte cuenta de lo débil que es en el aspecto emocional. Oye, sé lo que se siente.

A mi amiga Lena le dije que estaba mejor sin Ted. Tras la conmoción inicial, me di cuenta de que no le echaba en absoluto de menos. Lo único que añoraba era lo que sentía cuando estaba con él.

Lena se quedó boquiabierta.

—¿Y qué era eso? Estabas deprimida. Te manipuló haciéndote creer que no eras nada a su lado, y ahora crees que no eres nada sin él. Yo, en tu lugar, me buscaría un buen abogado y procuraría sacar la mejor tajada posible, para compensar.

A mi psiquiatra le dije que me obsesionaba la venganza. Soñaba con llamar a Ted e invitarle a cenar en uno de esos sitios lujosos, donde va la gente importante, como el Café Majestic o Rosalie's. Y cuando él hubiera empezado a tomar el primer plato y estuviera tranquilo y relajado, le diría: «No es tan sencillo, Ted». Sacaría del bolso un muñeco de vudú, préstamo de Lena y procedente de su almacén de utilería teatral. Dirigiría el tenedor especial para caracoles hacia un punto estratégico en el muñeco y diría alzando la voz, ante todos los elegantes clientes: «Ted, no eres más que un cabrón impotente y voy a asegurarme de que sigas así». Y ¡zas!

Al confesar estas cosas, me embargó la sensación de haber llegado a un momento de cambio radical en mi vida, a un nuevo yo sólo dos semanas después de haber iniciado la psicoterapia. Pero mi psiquiatra parecía aburrido y seguía con la barbilla apoyada en la mano.

—Parece que está experimentando unas sensaciones muy intensas —me dijo con expresión somnolienta—. Creo que deberíamos pensar más en ello la próxima semana.

De modo que ya no supe qué pensar. Durante las semanas siguientes hice inventario de mi vida, e iba de una habitación a otra, tratando de recordar la historia de los objetos que llenaban la casa: los que yo acumulé antes de conocer a Ted (las copas de cristal soplado a mano, las colgaduras de macramé y el balancín que hice reparar); los que compramos inmediatamente después de la boda (la mayor parte de los muebles grandes); los que nos regalaron (el reloj bajo una campana de cristal y que ya no funcionaba, tres juegos de sake, cuatro teteras); las cosas que él se reservó (las litografías firmadas, ninguna de ellas más allá del número veinticinco en una

serie de doscientas cincuenta, las fresas de cristal de Steuben) y las que me quedé porque no soportaba la idea de perderlas (los candeleros desemparejados comprados en unas rebajas, una colcha antigua, agujereada, frascos de formas extrañas que en otro tiempo contuvieron ungüentos, especias y perfumes).

Había iniciado el inventario de las estanterías de libros cuando recibí una carta de Ted, en realidad una nota, escrita apresuradamente con bolígrafo en su talonario de recetas. Decía: «Firma en los lugares indicados con una x». Y con tinta azul de estilográfica había añadido: «Adjunto cheque para ayudarte a salir del apuro hasta que solucionemos legalmente la situación».

La nota iba unida con un clip a los papeles del divorcio, junto con un talón por diez mil dólares, firmado con la misma tinta azul de la nota. Y en vez de estar agradecida, me sentí herida.

¿Por qué me enviaba el cheque con los documentos? ¿Por qué había usado bolígrafo y pluma? ¿Acaso había pensado en el cheque después de escribir la nota? ¿Cuánto tiempo estuvo sentado ante su mesa de trabajo, pensando en la cantidad que sería suficiente? ¿Y por qué había decidido firmarlo con *aquella* pluma?

Todavía recuerdo la expresión de su cara el año anterior, cuando abrió cuidadosamente el envoltorio de papel de estaño, y la sorpresa reflejada en sus ojos al examinar la pluma poco a poco, desde todos los ángulos, a la luz del árbol navideño. Luego me besó en la frente.

—Sólo la usaré para firmar cosas importantes —me prometió.

Al recordarlo, con el cheque en las manos, lo único que pude hacer fue sentarme en el borde del sofá, sintiendo una opresión en la cabeza. Miré las equis en los documentos del divorcio, las palabras en el volante de receta, los dos colores de tinta, la fecha del cheque, la raya después de la cifra.

Me quedé sentada allí, en silencio, tratando de escuchar a mi corazón para decidir correctamente, pero entonces caí en la cuenta de que desconocía las alternativas. Así pues, dejé los documentos y el cheque en un cajón donde guardaba cupones que nunca tiraba y que tampoco usaba nunca.

Un día mi madre me explicó el motivo de mi constante confusión. Dijo que me faltaba madera. Había nacido sin madera, por lo que prestaba atención a demasiada gente. Ella lo sabía bien, porque cierta vez estuvo a punto de volverse como yo.

—Una muchacha es como un árbol joven —me dijo—. Debes permanecer erguida y escuchar a tu madre, que está junto a ti. Pero si te inclinas para escuchar a otras personas, crecerás torcida y débil, y el primer viento fuerte te derribará al suelo. Entonces serás como un hierbajo, crecerás sin orden ni concierto en todas las direcciones, te extenderás por el suelo hasta que alguien te arranque y te tire.

Pero cuando me dijo eso, ya era demasiado tarde, pues había empezado a torcerme. Iba a la escuela, donde una maestra, la señora Berry, nos ponía en fila y nos hacía desfilar para entrar y salir de las aulas y recorrer los pasillos, al tiempo que decía: «Niños y niñas, seguidme». Y si no le hacías caso, te obligaba a inclinarte y te

daba diez azotes con una palmeta.

Todavía escuchaba a mi madre, pero también aprendí la manera de lograr que sus palabras resbalaran sobre mí, sin afectarme. Y a veces llenaba mi mente con pensamientos de otras personas, todos ellos en inglés, a fin de que cuando ella mirase mi interior, lo que había allí la dejara confusa.

Con el paso de los años, aprendí a elegir entre las mejores opiniones. Los chinos tenían opiniones chinas, mientras que los norteamericanos las tenían norteamericanas, y en casi todos los casos la versión norteamericana era mucho mejor.

Sólo más adelante descubrí que la versión norteamericana tenía un grave defecto. Había demasiadas alternativas, por lo que era fácil confundirse y elegir mal. Era lo que me ocurría en mi relación con Ted. Había demasiadas cosas en las que pensar, mucho que decidir, y cada decisión significaba un giro en otra dirección.

El cheque, por ejemplo. Me preguntaba si Ted trataba realmente de engañarme, de hacerme admitir que capitulaba, que no me opondría al divorcio. Y si lo cobraba, luego podría decir que esa cantidad me compensaba con creces. Entonces me puse un poco sentimental e imaginé, sólo por un momento, que me había enviado los diez mil dólares porque me quería de veras y, a su manera, me decía cuánto significaba para él... hasta que me di cuenta de que diez mil dólares era lo mismo que nada para Ted, y que yo tampoco era nada.

Pensé en poner fin a esa tortura y firmar los documentos del divorcio. Estaba a punto de sacarlos del cajón cuando pensé en la casa.

Me dije que amaba aquella casa, la gran puerta de madera de roble que da a un vestíbulo con ventanas emplomadas, la luz del sol en la sala del desayuno, la panorámica del sur de la ciudad desde el salón principal. El jardín de hierbas aromáticas y flores que Ted había plantado, en el que antes trabajaba los fines de semana, de rodillas sobre una almohadilla de goma verde, inspeccionando obsesivamente cada hoja como si le estuviera haciendo la manicura. Cada especie tenía su lugar asignado: los tulipanes no podían mezclarse con plantas perennes, y un esqueje de aloe vera que me dio Lena no pudo plantarse porque no teníamos otras plantas suculentas.

Miré a través de la ventana y vi que los lirios etíopes estaban caídos y se habían vuelto marrones, las margaritas habían sido aplastadas por su propio peso, las lechugas se habían echado a perder. Los hierbajos crecían entre las losas de los senderos que serpenteaban entre los macizos de plantas. Tras varios meses de abandono, la vegetación se había vuelto agreste.

Al ver el jardín tan abandonado recordé algo que leí una vez en una galleta de la suerte: cuando un marido deja de prestar atención al jardín, está pensando en arrancar las raíces. ¿Cuándo podó Ted el romero por última vez? ¿Cuándo roció por última vez los macizos de flores con el producto contra los caracoles?

Bajé en seguida al cobertizo del jardín, en busca de pesticidas y destructores de hierbajos, como si la cantidad que quedaba en los envases, la fecha de caducidad o

cualquier otra cosa pudiera darme una idea de lo que ocurría en mi vida. Entonces dejé el envase que tenía en la mano, con la sensación de que alguien me estaba mirando y se reía.

Entré de nuevo en casa, esta vez para telefonar a un abogado. Pero cuando empecé a marcar el número me sentí confusa y colgué el aparato. ¿Qué podría decirle? ¿Que quería del divorcio... cuando nunca supe qué había querido de mi matrimonio?

A la mañana siguiente seguía pensando en mi matrimonio: quince años viviendo a la sombra de Ted. Estaba acostada, con los ojos cerrados, incapaz de tomar las decisiones más sencillas.

Permanecí tres días en cama, levantándome sólo para ir al baño o calentar otra sopa de fideos con pollo. Pero, sobre todo, dormí. Me tomé los somníferos que Ted había dejado en el botiquín y, por primera vez desde que tengo memoria, no soñé nada. Lo único que podía recordar era que caía suavemente en un espacio oscuro, sin ninguna sensación de dimensión ni dirección. Yo era la única persona en aquella negrura, y cada vez que me despertaba, tomaba otra píldora y regresaba a ese espacio.

Pero al cuarto día tuve una pesadilla. No podía ver al viejo señor Chou en la oscuridad, pero él dijo que daría conmigo y, cuando me encontrara, me aplastaría contra el suelo. Tocaba una campana y, cuanto más fuerte era su sonido, tanto más cerca estaba de encontrarme. Retuve el aliento para no gritar, pero la campana sonaba cada vez más fuerte, hasta que me desperté bruscamente.

Era el teléfono, que debía de llevar una hora sonando. Respondí a la llamada.

—Ahora que estás despierta, voy a llevarte comida que ha sobrado —dijo mi madre. Parecía como si pudiera verme, pero la habitación estaba a oscuras, las cortinas corridas.

—No puedo, mamá... Ahora no puedo verte. Estoy ocupada.

—¿Demasiado ocupada para ver a tu madre?

—Tengo un cita... con mi psiquiatra.

Ella permaneció un momento en silencio.

—¿Por qué no pones las cosas en claro tú misma? —inquirió en tono apenado—. ¿Por qué no puedes hablar con tu marido?

—Mamá —le dije, sintiéndome exhausta—. Por favor, no me sigas diciendo que salve mi matrimonio. Ya es bastante duro tal como están las cosas.

—No te estoy diciendo que salves tu matrimonio —protestó ella—. Sólo digo que pongas las cosas en claro.

Cuando colgó, el teléfono sonó de nuevo. Era la recepcionista de mi psiquiatra. No había acudido a mi cita aquella mañana, como tampoco los dos días anteriores. ¿Quería concertar de nuevo las visitas? Le dije que consultaría mi agenda y volvería a llamarla.

Cinco minutos después el teléfono sonó otra vez.

—¿Dónde te habías metido?

Me eché a temblar. Era Ted.

—Había salido —le dije.

—Llevo tres días intentando localizarte. Incluso llamé a la telefónica por si te habían cambiado el número.

Y supe que lo había hecho realmente, no porque yo le preocupara, sino porque cuando quiere algo se vuelve impaciente e irracional si le hacen esperar.

—Han pasado dos semanas, ¿sabes? —dijo con una irritación evidente.

—¿Dos semanas?

—No has cobrado el cheque ni devuelto los documentos. Quería solucionar esto amistosamente, Rose. No olvides que puedo hacer que alguien se encargue oficialmente de los trámites.

—¿Puedes hacer eso?

Entonces, sin ninguna pausa, empezó a decirme lo que quería realmente, algo más despreciable que todas las cosas que yo había imaginado.

Quería que le devolviera los papeles firmados, quería quedarse con la casa, quería resolver el asunto lo antes posible... porque quería casarse otra vez.

No pude contenerme y le dije:

—¿De modo que te has dedicado a pegármela con otra? —me sentía tan humillada que casi me eché a llorar.

Entonces, por primera vez en varios meses, tras haber pasado en el limbo ese tiempo, todo se detuvo, todos los interrogantes desaparecieron. Ya no había alternativas, y me sentí libre, desbordante. Alguien se echó a reír, y al principio no tuve conciencia de que era yo misma.

—¿Dónde está la gracia? —me preguntó Ted, airado.

—Lo siento, es solo que...

Intenté sofocar la risa, pero se convirtió en unos resoplidos nasales que me hicieron reír más, y el silencio de Ted incrementó todavía más mi hilaridad.

Aún resoplaba cuando intenté empezar de nuevo con más calma:

—Escucha, Ted, lo siento... Creo que lo mejor que puedes hacer es venir después del trabajo. —No sabía por qué le decía tal cosa, pero me pareció que era correcta.

—No hay nada de qué hablar, Rose.

—Lo sé —le dije en un tono tan sereno que me sorprendió a mí misma—. Sólo quiero enseñarte algo. Y no te preocupes, te daré los documentos, créeme.

No tenía ningún plan. No sabía qué le diría luego. Sólo sabía que deseaba que Ted me viera una vez más antes del divorcio.

Acabé enseñándole el jardín. Cuando llegó, al caer la tarde, la bruma veraniega ya se había instalado. Yo tenía los documentos del divorcio en el bolsillo de mi chaqueta. Ted vestía un traje deportivo y temblaba mientras examinaba los daños del jardín.

—Qué desastre —le oí musitar, mientras agitaba la pernera del pantalón para liberarla de una rama de zarzamora que se había extendido sobre el sendero. Supe que

estaba calculando cuánto tiempo necesitaría para establecer de nuevo el orden.

—Me gusta tal como está —comenté.

Di unas palmaditas a las zanahorias demasiado crecidas, cuyas cabezas anaranjadas empujaban a través de la tierra, como si ésta las estuviera pariendo. Entonces me fijé en las malas hierbas: algunas habían brotado en las grietas del suelo y los muros del jardín, otras se habían afianzado en la pared lateral de la casa, y bastantes más habían encontrado refugio bajo ripias sueltas y trepaban por el tejado. Era imposible arrancarlas una vez metidas en la mampostería, pues si uno lo intentaba acabaría desmontando todo el edificio.

Ted recogía ciruelas del suelo y las arrojaba por encima de la cerca al jardín del vecino.

—¿Dónde están los papeles? —me preguntó finalmente.

Se los di y él los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Entonces me miró y vi en sus ojos la expresión que en otro tiempo confundí con amabilidad y protección.

—No tienes que marcharte en seguida —me dijo—. Sé que necesitarás por lo menos un mes para encontrar otra vivienda.

—Ya tengo donde vivir —me apresuré a decirle, porque en aquel preciso momento supe dónde me alojaría. Él enarcó las cejas, sorprendido y sonriente, por un instante muy breve, hasta que le dije—: Aquí.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó ásperamente. Aún tenía las cejas alzadas, pero ya no sonreía.

—He dicho que me quedo aquí —repetí.

—¿Quién te ha metido en la cabeza que puedes hacer eso?

Se cruzó de brazos, entrecerró los ojos y escrutó mi rostro, como si supiera que se descompondría de un momento a otro. Aquella expresión solía asustarme y me hacía tartamudear.

Ahora no sentí nada, ni temor ni cólera.

—Digo que me quedo, y mi abogado lo dirá también, una vez que te hagamos entrega de la documentación.

Ted se sacó del bolsillo los papeles del divorcio y los examinó. Sus equis seguían allí, los espacios en blanco seguían vacíos.

—¿Qué estás haciendo? —dijo él—. Quisiera saberlo exactamente.

Y la respuesta, la única importante por encima de todo lo demás, recorrió mi cuerpo y cayó de mis labios:

—No puedes arrancarme sin más de tu vida y tirarme a un lado.

Vi lo que deseaba: su expresión confusa y luego asustada, estaba *hulihudu*, tan fuerte era el poder de mis palabras.

Aquella noche soñé que deambulaba por el jardín. La niebla envolvía árboles y arbustos. Entonces distinguí al viejo señor Chou y a mi madre, a lo lejos, con sus bruscos movimientos arremolinando la niebla a su alrededor. Estaban inclinados sobre uno de los macizos de plantas.

—¡Ahí está ella! —exclamó mi madre. El viejo señor Chou sonrió y me saludó agitando la mano. Me acerqué a mi madre y vi que estaba inclinada sobre algo, como si atendiera a un bebé.

—Mira —me dijo, radiante—. Los he plantado esta mañana, algunas para ti y otros para mí.

Y bajo el *heimongmong*, extendiéndose por el suelo, había hierbajos que ya se derramaban por encima de los setos y se esparcían agrestes en todas direcciones.

# Jing-Mei Woo

## De la mejor calidad

Hace cinco años, después de una cena a base de cangrejo para celebrar el Año Nuevo chino, mi madre me dio mi «importancia de la vida», un colgante de jade con una cadena de oro. Personalmente, no habría elegido ese colgante, del tamaño de mi dedo meñique, jaspeado en blanco y verde e intrincadamente tallado. El efecto de conjunto me parecía erróneo: demasiado grande, demasiado verde, demasiado llamativo. Lo guardé en mi joyero de laca y me olvidé de él.

Pero últimamente pienso a menudo en la importancia de mi vida y me pregunto qué significa, porque mi madre murió hace tres meses, seis días antes de que yo cumpliera los treinta y seis, y ella era la única persona a la que podría habérselo preguntado, haberle pedido que me hablara de la importancia de mi vida, que me ayudara a comprender mi aflicción.

Ahora llevo a diario ese colgante. Creo que las tallas significan algo, porque las formas y los detalles, en los que nunca reparo hasta que alguien me los indica, siempre significan algo para los chinos. Sé que podría preguntarle a tía Lindo, a tía An-Mei o a otros amigos chinos, pero también sé que me explicarían un significado totalmente distinto del que le habría dado mi madre. ¿Y si me dijeran que esa línea curva que se ramifica en tres formas ovales es un granado y que mi madre me deseaba fertilidad y descendencia? ¿Y si mi madre hubiera dado a las tallas el significado de una rama de peral, para proporcionarme pureza y honestidad? ¿O gotitas de la montaña mágica con diez mil años de antigüedad, que darían orientación a mi vida y mil años de fama e inmortalidad?

Y como pienso constantemente en esto, siempre me fijo en quienes llevan los mismos colgantes de jade, no los medallones rectangulares planos o los blancos redondeados con orificios en el centro, sino los que son como el mío, una figura oblonga de cinco centímetros de longitud y color verde manzana. Es como si todos hubiéramos jurado la misma alianza secreta, tan secreta que ni siquiera supiéramos lo que tenemos en común. Por ejemplo, el último fin de semana vi a un camarero que llevaba uno. Mientras acariciaba mi colgante, le pregunté:

—¿De dónde ha sacado el suyo?

—Me lo dio mi madre.

Inquirí por qué motivo, pregunta impertinente que sólo un chino puede hacerle a otro chino. Entre una multitud de blancos, dos chinos ya son como dos miembros de la misma familia.

—Me lo dio después de mi divorcio. Supongo que con esto quiso decir que aún seguía valiendo algo.

Y, por el deje de extrañeza en su voz, supe que no tenía la menor idea de lo que el colgante significaba realmente.

Para la cena del último Año Nuevo chino mi madre cocinó once cangrejos, uno por persona y un cangrejo de más. Los había comprado en la calle Stockton de Chinatown. Bajamos la pendiente pronunciada en cuya cima se alza la casa familiar, el piso bajo de un edificio de seis plantas del que son propietarios, en Leavenworth, cerca de California. La vivienda estaba a sólo seis manzanas de la pequeña agencia publicitaria donde trabajó como creativa, por lo que dos o tres veces a la semana pasaba por allí a la salida de la oficina. Mi madre siempre tenía suficiente comida e insistía en que me quedara a cenar.

Esta vez el Año Nuevo chino cayó en jueves, y salí pronto del trabajo para ayudar a mi madre en la compra. Mi madre tenía setenta y un años, pero aún caminaba briosamente, con su menudo cuerpo erguido, la actitud decidida, y una bolsa de plástico, decorada con flores de colores chillones, en la mano. Yo iba detrás de ella, tirando del carrito metálico de la compra.

Cada vez que íbamos a Chinatown, señalaba a otras mujeres chinas de su edad.

—Señoras de Hong Kong —decía, mirando a dos damas muy elegantes, con largos abrigos de visón oscuro y el cabello negro perfectamente peinado—. Cantonesas, pueblerinas —susurraba al pasar junto a unas mujeres con gorros de lana, chaquetas acolchadas y chalecos de hombre.

Mi madre, con unos pantalones de poliéster azul claro, un suéter rojo y una chaqueta de color verde que le daba un aspecto infantil, no se parecía a nadie. Llegó a los Estados Unidos en 1949, tras un largo viaje iniciado en Kweilin en 1944. Fue al norte, hacia Chungking, donde se reunió con mi padre. Luego los dos se dirigieron al sudeste, a Shanghai, y huyeron más al sur, hasta Hong Kong, de donde zarpó el barco rumbo a San Francisco. Mi madre procedía de muchas direcciones diferentes.

Y ahora rezongaba, al ritmo de su paso cuesta abajo.

—Aunque no quieras, sigues con ellos —decía, irritada de nuevo con los inquilinos que vivían en el primer piso.

Dos años atrás había tratado de desalojarlos, con el pretexto de que unos parientes de China irían a vivir allí. Pero la pareja vio su estratagema para zafarse del control de alquileres, y dijeron que no se moverían de allí hasta que aparecieran los parientes. A partir de entonces tuve que escuchar a mi madre el relato de cada nueva injusticia que le infligía aquella gente.

Según ella, el hombre de cabellos grises ponía demasiadas bolsas en los cubos de basura, cosa que representaba «un coste extra». Y la mujer, muy elegante, con tipo de artista y pelo rubio, al parecer había pintado el piso de atroces colores rojo y verde.

—Es horrible —gemía mi madre—. Y además se bañan dos o tres veces al día. ¡El agua corre, corre, corre y nunca para!

A cada paso que daba su ira iba en aumento.

—La semana pasada el *waigoren* me acusó. —Se refería a todos los occidentales como *waigoren*, extranjeros—. Dicen que envenené un pescado y maté a ese gato.

—¿Qué gato? —le pregunté, aunque sabía exactamente de cuál me hablaba.

Había visto muchas veces aquel animal de una sola oreja y rayas grises, que había aprendido a saltar al alféizar de la ventana en la cocina de mi madre, quien se ponía de puntillas y golpeaba el vidrio para asustarle, pero el gato no se movía y respondía con un siseo de desagrado a sus gritos.

—Ese gato que siempre levanta la cola para hacer pipí junto a mi puerta.

Una vez la vi ahuyentarlo del hueco de la escalera, con un cazo de agua hirviendo. Sentí la tentación de preguntarle si realmente había envenenado un pescado, pero sabía que nunca debía enfrentarme a ella.

—¿Qué le pasó a ese gato? —le pregunté.

—¡Se fue! ¡Desapareció! —Levantó los brazos, sonriente, y por un momento pareció complacida, pero no tardó en fruncir el ceño de nuevo—. Y ese hombre alzó la mano así, me enseñó su feo puño y me dijo que soy la peor casera de Fukien. Yo no procedo de Fukien. ¡Ah! ¡No sabe nada! —concluyó, satisfecha por haber puesto a aquel hombre en su lugar.

Al llegar a la calle Stockton, fuimos de una pescadería a otra, buscando los cangrejos más vivos.

—No cojas ninguno muerto —me advirtió mi madre en chino—. Ni siquiera un mendigo se comería un cangrejo muerto.

Yo empujaba los cangrejos con un lápiz para comprobar su vitalidad. Si uno de ellos se aferraba al lápiz, lo sacaba y lo metía en una bolsa de plástico. Uno de los que cogí de esa manera estaba trabado con otro cangrejo, y al tirar de él perdió una pata.

—Devuélvelo —susurró mi madre—. La falta de una pata es mala señal en el Año Nuevo chino.

Pero un hombre con delantal blanco se nos acercó y se puso a hablar a gritos con mi madre en cantonés. Ella, que hablaba el cantonés tan mal que apenas lo diferenciaba del mandarín, le replicaba con la misma vehemencia, señalando el cangrejo cojo. Tras un intercambio de palabras violentas, aquel cangrejo fue a parar a nuestra bolsa.

—No importa —dijo mi madre—. Éste será el número once, un cangrejo extra.

Una vez en casa, mi madre sacó los cangrejos de sus envoltorios de papel de periódico y los echó en la pila llena de agua fría. Sacó una vieja tabla de madera y una cuchilla, cortó el jengibre y las cebolletas y vertió salsa de soja y aceite de sésamo en un plato. La cocina olía a periódicos mojados y a fragancias chinas.

Entonces cogió los cangrejos por el lomo, uno tras otro, los sacó de la pila y los agitó hasta que estuvieron secos y despiertos. Los animales flexionaron sus patas en el aire, entre la pila y los fogones. Mi madre los colocó en una marmita de varios niveles, apoyada sobre dos fuegos de la cocina, tapó el recipiente y encendió los fogones. No soportaba verla hacer eso, de modo que me fui al comedor.

Cuando tenía ocho años, jugué con un cangrejo que mi madre había comprado para la cena el día de mi cumpleaños. Lo tocaba y saltaba hacia atrás cada vez que él

extendía sus pinzas. Cuando por fin se levantó y caminó sobre la encimera, pensé que habíamos llegado a entendernos muy bien, pero antes de que pudiera decidir qué nombre le pondría a mi nuevo animalito doméstico, mi madre lo echó en una cacerola con agua fría y lo puso al fuego. Observé con creciente temor cómo se calentaba el agua y la cacerola matraqueaba con el cangrejo que intentaba huir de la sopa a la que él mismo proporcionaba sustancia. Todavía hoy me acuerdo de aquel cangrejo que gritaba mientras deslizaba una pinza de color rojo brillante sobre el borde de la cacerola burbujeante. Debía de ser mi propia voz, porque ahora sé, por supuesto, que los cangrejos no tienen cuerdas vocales, y también trato de convencerme de que no tienen suficiente cerebro para conocer la diferencia entre un baño caliente y una muerte lenta.

Mi madre había invitado a la cena de Año Nuevo a sus viejos amigos Lindo y Tin Jong. Sin necesidad de preguntárselo, yo sabía que vendrían también los hijos de los Jong: Vincent, de treinta y siete años, que vivía aún en casa de sus padres, y su hija Waverly, más o menos de mi edad. Vincent telefoneó para preguntar si podía llevar a su novia, Lisa Lum. Waverly dijo que iría con su nuevo prometido, Rich Shields, quien, como Waverly, era abogado especializado en tributación y trabajaba en Price Waterhouse. Añadió que Shoshana, su hija de cuatro años, habida en un matrimonio anterior, quería saber si mis padres tenían vídeo para ver la película *Pinocho* en caso de que se aburriera. Mi madre también me recordó que debía invitar al señor Chong, mi antiguo profesor de piano, que aún vivía a tres manzanas de distancia, en nuestra casa anterior.

Entre los invitados, mis padres y yo sumábamos once personas, pero mi madre sólo había contabilizado diez, pues para ella la pequeña Shoshana no contaba, por lo menos como consumidora de cangrejo. No se le había ocurrido que quizá Waverly pensara de otro modo.

Cuando pasaron alrededor de la mesa la fuente de humeantes cangrejos, Waverly fue la primera en servirse y eligió el mejor crustáceo, el más brillante y rollizo, que depositó en el plato de su hija. Luego eligió el mejor de los restantes para Rich y cogió otro buen ejemplar para ella. Y como había aprendido de su madre esta habilidad de escoger lo mejor, era muy natural que la señora Jong supiera elegir los mejores cangrejos que quedaban para su marido, su hijo, la novia de éste y ella misma. Y mi madre, naturalmente, examinó los cuatro últimos cangrejos y ofreció el que parecía mejor al abuelo Chong, porque tenía cerca de noventa años y se merecía esa clase de respeto, y luego eligió otro bueno para mi padre. Quedaron, pues, dos cangrejos en la fuente: uno grande, de color naranja desvaído, y el número once, el de la pata arrancada.

Mi madre agitó la fuente delante de mí.

—Cógelo, ya está frío —me dijo.

Desde aquel día de mi cumpleaños en que vi el cangrejo hervido vivo, no era muy aficionada a ese manjar, pero sabía que no podía rechazarlo. Las madres chinas no

expresan el amor que sienten por sus hijos con besos y abrazos, sino con severos ofrecimientos de budín al vapor, menudillos de pato y cangrejo.

Pensé que lo correcto sería tomar el cangrejo al que le faltaba una pata, pero mi madre gritó:

—¡No! ¡No! Cómete el grande. Yo no podría terminarlo.

Recuerdo los ruidos que hacían todos, quebrando los caparazones, chupando la carne de cangrejo, rebañando los restos con las puntas de los palillos... y el silencio de mi madre. Fui la única que reparó en que abría el caparazón, husmeaba el cuerpo del cangrejo y se levantaba para ir a la cocina, con el plato en la mano. Regresó sin el cangrejo, pero con más cuencos de salsa de soja, jengibre y cebolletas.

Y entonces, ya con los estómagos llenos, todos se pusieron a hablar por los codos.

—¡Suyuan! —llamó tía Lindo a mi madre—. ¿Por qué te has puesto ese color? —Señaló con una pata de cangrejo el suéter rojo de mi madre—. ¿Cómo puedes llevar todavía ese color? —la regañó—. ¡Demasiado joven!

Mi madre actuó como si le hubiera hecho un cumplido.

—Emporium Capwell —replicó—. Diecinueve dólares. Más barato que si me lo hubiera hecho yo misma.

Tía Lindo asintió, como si el color mereciera aquel precio. Entonces dirigió la pata de cangrejo hacia su futuro yerno, Rich, y dijo:

—Fijaos en ése. No sabe comer la comida china.

—El cangrejo no es chino —dijo Waverly quejumbrosa.

Era sorprendente que Waverly siguiera hablando igual que veinticinco años atrás, cuando teníamos diez y ella me anunció en aquel mismo tono: «No eres un genio como yo».

Tía Lindo miró a su hija con exasperación.

—¿Cómo sabes lo que es chino y lo que no lo es? —Entonces se volvió hacia Rich y le preguntó con mucha autoridad—: ¿Por qué no comes la mejor parte?

Vi que Rich le sonreía, divertido y sin el menor asomo de humildad en el semblante. Tenía el mismo color que el cangrejo de su plato: pelo rojizo, piel cremosa pálida y grandes pecas anaranjadas. Sonriente, tía Lindo le demostró la técnica apropiada, introduciendo un palillo en la parte esponjosa anaranjada.

—¿Ves? Tienes que sacar esto. El seso es lo más sabroso. Anda, inténtalo.

Waverly y Rich se miraron e hicieron una mueca de repugnancia. Oí que Vincent y Lisa se susurraban: «Qué vulgaridad», y reían disimuladamente.

El tío Tin empezó a reír entre dientes, para hacernos saber que también él tenía su chiste personal y, a juzgar por su preámbulo de bufidos y palmadas en las piernas, debía de haberlo ensayado innumerables veces.

—Le digo a mi hija: eh, ¿por qué ser pobre? ¡Cásate con un rico! —Soltó una risotada y dio un leve codazo a Lisa, sentada a su lado—. Eh, ¿no lo captas? Te lo explicaré. Va a casarse con este muchacho, Rich, porque yo le digo: *cásate con un rico*<sup>[6]</sup>.

—¿Cuándo vais a casaros? —preguntó Vincent.

—Yo podría haceros la misma pregunta —replicó Waverly. Lisa pareció azorada al ver que Vincent daba la llamada por respuesta.

—¡No me gusta el cangrejo! —gimió Shoshana.

—Bonito peinado —me dijo Waverly desde el otro lado de la mesa.

—Gracias. David siempre me hace un buen trabajo.

—¿Quieres decir que todavía vas a ese peluquero de la calle Howard? —me preguntó, arqueando una ceja—. ¿No tienes miedo?

Percibí el peligro, pero aun así le dije:

—¿Por qué iba a tener miedo? Siempre lo hace muy bien.

—Quiero decir que es gay —dijo Waverly—. Podría tener el sida, y te corta el pelo, que es como cortar un tejido vivo. Tal vez parezca paranoica, como madre que soy, pero es que últimamente no puedes estar nunca lo bastante segura...

Me quedé con la desagradable sensación de tener el pelo cuajado de virus.

—Deberías ver a mi peluquero, el señor Rory. Hace un trabajo fabuloso, aunque es probable que cobre más de lo que estás acostumbrada a pagar.

Sentí deseos de gritar. Mi amiga de la infancia sabía ser tan insultante... Por ejemplo, cada vez que le planteaba sencillas cuestiones sobre los impuestos, ella tergiversaba mis palabras y daba la sensación de que yo era demasiado mísera para pagar su asesoramiento legal. Decía más o menos: «La verdad es que no me gusta hablar de aspectos contributivos importantes fuera de mi despacho. Imagina que me planteas una cuestión fiscal de pasada, mientras comemos, con la informalidad propia de la situación, y yo te doy un consejo igualmente informal. Luego lo sigues y resulta que era erróneo, porque no me diste toda la información. Me sentiría muy mal, y tú probablemente también, te perjudicarías, ¿no crees?».

En aquella cena de Año Nuevo me enfureció tanto lo que había dicho de mi pelo que quise ponerla en un brete, revelar a todos los demás lo mezquina que era. Así pues, decidí sacar a colación el trabajo que había hecho por mi cuenta para su empresa, un folleto publicitario de ocho páginas sobre los servicios que ofrecía. Más de treinta días después de la presentación de mi factura, la empresa seguía sin pagarme.

—Tal vez podría permitirme los precios del señor Rory si una empresa que yo sé me pagara a su debido tiempo —le dije con una sonrisa burlona.

Me complació ver la reacción de Waverly. Estaba realmente turbada, sin habla. No pude resistir la tentación de remachar el clavo:

—Me parece muy irónico que una gran firma de gestión administrativa ni siquiera pueda pagar sus facturas a tiempo. En serio, Waverly, ¿para qué clase de empresa estás trabajando?

Ella permaneció callada y sombría.

—¡Vamos, vamos, chicas, basta de peleas! —dijo mi padre, como si Waverly y yo aún fuésemos niñas discutiendo por un triciclo o unos lápices de colores.

—Tiene razón. Éste no es el momento de hablar de esas cosas —dijo Waverly en voz baja.

—Bueno, ¿qué creéis que van a hacer los Giants en el próximo partido? —intervino Vincent, tratando de hacer gracia. Nadie se rió.

Esta vez no estaba dispuesta a dejarla escapar.

—Pero cada vez que te llamo por teléfono, tampoco puedes hablar del asunto —le dije.

Waverly miró a Rich, que se encogió de hombros. Ella se volvió hacia mí y suspiró.

—Mira, June, no sé cómo decírtelo... Ese texto que escribiste... en fin, la empresa decidió que era inaceptable.

—Estás mintiendo. Me dijiste que estaba muy bien.

Waverly suspiró de nuevo.

—Sí, te lo dije, porque no quería herir tus sentimientos. Trataba de ver si podíamos arreglarlo de algún modo, pero no hay manera.

Y así, de improviso, empecé a debatirme, arrojada sin previo aviso a unas aguas profundas, ahogándome, desesperada.

—La mayor parte de los textos publicitarios necesitan una depuración —comenté—. Es... normal que no salgan perfectos a la primera. Debería haber explicado mejor el proceso que siguen.

—June, no creo que sea necesario...

—Las nuevas redacciones son gratuitas. Estoy tan interesada como tú en que el trabajo sea perfecto.

Waverly no pareció haberme escuchado.

—Estoy tratando de convencerles para que te paguen por lo menos parte del tiempo empleado. Sé que has trabajado mucho en ello... Te debo eso por lo menos, por haberte sugerido que lo hicieras.

—Dime simplemente lo que quieren cambiar. Te llamaré la semana próxima para que podamos revisarlo, línea por línea.

—June... no puedo —dijo Waverly con fría determinación—. No es... sofisticado. Estoy segura de que lo que haces para otros clientes es maravilloso, pero la nuestra es una gran empresa, necesitamos a alguien que comprenda... nuestro estilo. —Dijo esto último llevándose la mano al pecho, como si se refiriese a su estilo. Entonces se rió alegremente—. En fin, June, lo que has hecho... —y empezó a hablar con una voz profunda de presentadora de televisión—: *Tres beneficios, tres necesidades, tres razones para comprar... Satisfacción garantizada... para sus necesidades impositivas de hoy y de mañana...*

Dijo esto de una manera tan curiosa que todos lo tomaron por un buen chiste y se rieron. Y entonces, para empeorar las cosas, oí que mi madre le decía:

—Cierto, ella no puede dar lecciones de estilo. June no es sofisticada como tú. Debe de haber nacido así.

Me sorprendió comprobar lo humillada que me sentía. Una vez más, Waverly se había burlado de mí, y ahora me había traicionado mi propia madre. Hice tal esfuerzo por sonreír que el labio inferior me temblaba a causa de la tensión. Intenté buscar alguna otra cosa en la que concentrarme, y recuerdo que cogí mi plato y luego el del señor Chong, como si estuviera recogiendo la mesa, viendo nítidamente a través de las lágrimas las desportilladuras en los bordes de los viejos platos, preguntándome por qué mi madre no había puesto la nueva vajilla que le compré cinco años atrás.

La mesa estaba cubierta de caparazones de cangrejo. Waverly y Rich encendieron cigarrillos y pusieron un caparazón entre ellos a modo de cenicero. Shoshana se había acercado al piano y aporreaba las teclas con una pinza de cangrejo en cada mano. El señor Chong, que con el paso de los años se había vuelto totalmente sordo, miró a Shoshana y aplaudió diciendo: «¡Bravo! ¡Bravo!». Y, aparte de sus extraños gritos, nadie más dijo nada. Mi madre fue a la cocina y regresó con una bandeja de naranjas cortadas en porciones. Mi padre rebañaba los restos de su cangrejo. Vincent se aclaró la garganta dos veces y luego palmeó la mano de Lisa.

Por fin habló tía Lindo:

—Waverly, déjala intentarlo de nuevo. La has obligado a trabajar demasiado rápido la primera vez. Claro que no pudo salirle bien.

Oí a mi madre comiendo una rodaja de naranja. No conocía a nadie más que hincara los dientes en las naranjas como si fueran manzanas crujientes. El sonido que producía era peor que el rechinar de dientes.

—Hacer las cosas bien requiere tiempo —siguió diciendo tía Lindo, al tiempo que meneaba la cabeza, mostrando su acuerdo consigo misma.

—Pon mucha acción —aconsejó el tío Tin—. Mucha acción, caramba, eso es lo que me gusta. Eso es todo lo que necesitas, eh, hazlo así y verás cómo te sale bien.

—Probablemente no —repliqué, y sonreí antes de llevar los platos a la pica.

Esa noche, en la cocina, comprendí que no debía hacerme ilusiones sobre mis cualidades. Era una redactora publicitaria que trabajaba para una pequeña agencia. A cada nuevo cliente le prometía: «Podemos proporcionarle el crepitar de la carne». El crepitar siempre se reducía a: «Tres beneficios, tres necesidades, tres razones para comprar», La carne era siempre cable coaxial, sistemas de transmisión multiplex T1, convertidores de protocolo y cosas similares. Era muy eficiente en mi trabajo, y realizaba con éxito esas pequeñeces.

Abrí el grifo para lavar los platos. Ya no me sentía airada con Waverly, sino cansada y estúpida, como si hubiera corrido huyendo de alguien que me perseguía y, al mirar atrás, descubriera que no había nadie.

Cogí el plato de mi madre, el único que ella había llevado a la cocina al principio de la cena. El cangrejo estaba intacto. Alcé el caparazón y lo husmeé, tal vez porque, de entrada, el cangrejo no me gustaba. No fui capaz de distinguir qué tenía de malo.

Cuando todos se hubieron ido, mi madre se reunió conmigo en la cocina. Yo estaba colocando los platos en su sitio. Ella puso agua a hervir para hacer más té y se

sentó ante la pequeña mesa de la cocina. Yo esperaba que me regañara.

—La cena ha sido buena, mamá —le dije cortésmente.

—No tan buena —replicó ella, mientras se escarbaba los dientes con un palillo.

—¿Qué tenía tu cangrejo? ¿Por qué lo has dejado?

—No tan bueno —repitió—. Ese cangrejo se murió. Ni siquiera un mendigo lo habría querido.

—¿Cómo puedes saberlo? No he notado ningún mal olor.

—¡Puedo saberlo antes de cocinarlo! —Se había levantado y miraba la noche a través de la ventana—. Lo meneé antes de echarlo a la cacerola. Las patas... caídas. La boca... muy abierta, ya era como una persona muerta.

—¿Por qué lo cocinaste si sabías que ya estaba muerto?

—Pensé que... quizás acababa de morir. Tal vez no tendría muy mal sabor. Pero noté el olor, el sabor a muerto, la falta de firmeza.

—¿Y si otro hubiera cogido ese cangrejo?

Mi madre me miró sonriente.

—Sólo tú cogerías ese cangrejo, nadie más. Eso ya lo sabía. Todos los demás quieren las cosas de la mejor calidad. Tú piensas de una manera diferente.

Parecía decir esto, en cierto modo, como si fuese una prueba... una prueba de algo bueno. Siempre decía cosas que no tenían ningún sentido, que parecían buenas y malas al mismo tiempo.

Estaba guardando el último plato desportillado cuando recordé algo más.

—Mamá, ¿por qué no usas la vajilla que te regalé? Si no te gusta, deberías habérmelo dicho. Podría haberla cambiado por otra.

—Claro que me gusta —replicó irritada—. Al principio pensé que era tan buena que quería conservarla, y luego me olvidé de que la tenía.

Entonces, como si acabara de caer en la cuenta, desenganchó el cierre de su collar de oro y se lo quitó, depositando la cadena con el colgante de jade en su palma. Me cogió la mano y puso en ella el collar. Luego me cerró los dedos a su alrededor.

—No, mamá —protesté—. No puedo aceptarlo.

—*Nata, nata* (Cógelo, cógelo) —me dijo, como si me regañara, y siguió diciendo en chino—: Hace mucho tiempo que quería darte este collar. Mira, lo he llevado sobre mi piel, de modo que cuando lo pongas sobre la tuya comprenderás cuál es su significado. Esto es la importancia de tu vida.

Miré el collar, el colgante de jade verde claro. Quería devolvérselo. No deseaba aceptarlo. Pero, por otro lado, me sentía como si me lo hubiera tragado.

—Me lo das sólo por lo que ha sucedido esta noche —le dije finalmente.

—¿Qué ha sucedido?

—Lo que ha dicho Waverly. Lo que han dicho todos.

—¡Bah! ¿Por qué escuchas a ésa? ¿Por qué quieres ir tras ella, persiguiendo sus palabras? Ella es como este cangrejo. —Tocó un caparazón en el cubo de basura—. Siempre camina de lado, se mueve torcida. Tú puedes hacer que tus piernas vayan en

la otra dirección.

Me puse el collar y lo noté frío sobre mi piel.

—Este jade no es muy bueno —dijo con naturalidad, tocando el colgante, y entonces añadió en chino—: Es jade joven. Ahora tiene un color muy claro, pero si lo llevas a diario se volverá más verde.

Mi padre no come bien desde la muerte de mi madre. Por eso estoy aquí, en la cocina, preparándole la cena. Estoy cortando rebanadas de tofu, para hacerle un plato de requesón de soja picante. Mi madre solía decirme que los platos calientes restauran el espíritu y la salud, pero yo le hago esto sobre todo porque sé que a él le gusta y conozco la manera de prepararlo. Me agrada su olor: el jengibre, las cebolletas, la salsa de guindillas rojas que me cosquillea la nariz en cuanto abro el tarro.

Oigo el ruido de las viejas tuberías que entran en acción en el piso de arriba, y el chorro del grifo de la pila se convierte en un hilillo de agua. Uno de los inquilinos debe de estar duchándose. Recuerdo la queja de mi madre: «Aunque no quieras tenerlos, sigues con ellos». Ahora sé lo que quería decir.

Mientras aclaro el tofu en la pila, me sobresalta una masa oscura que aparece de repente en la ventana. Es el gatazo de arriba, que sólo tiene una oreja. Está en el alféizar, frotando su flanco contra la ventana.

Me alivia pensar que, al fin y al cabo, mi madre no mató a ese gato. Entonces veo que se restriega con más vigor contra el vidrio de la ventana y empieza a levantar la cola.

—¡Lárgate de aquí! —le grito, y golpeo la ventana tres veces. Pero el gato se limita a entrecerrar los ojos, yergue su única oreja y me replica con un siseo.

## La Reina Madre de los Cielos Occidentales

—¡Oh! Hwai dungsyi (*Mal bichejo*) —dijo la mujer, bromeando con su nietecilla—. ¿Acaso Buda te enseña a reír sin motivo?

*El bebé siguió gorjeando y la mujer sintió que un profundo deseo se agitaba en su corazón.*

—Aunque pudiera vivir eternamente —le dijo al bebé—, no sé en qué dirección te enseñaría. En otro tiempo fui muy libre e inocente, y también me reía sin motivo. Pero luego prescindí de mi absurda inocencia para protegerme, y enseñé a mi hija, tu madre, a desprenderse de su inocencia, para que tampoco sufriera daño.

»Dime, hwai dungsyi, ¿es erróneo pensar así? Si ahora reconozco la maldad en los demás, ¿no será porque también me he vuelto mala? Si veo que alguien tiene una nariz suspicaz, ¿no he olido acaso las mismas cosas nocivas?

*El bebé reía, escuchando los lamentos de su abuela.*

—¡Ah, ah! ¿Dices que te ríes porque ya has vivido eternamente, una y otra vez? ¡Dices que eres Syi Wang Mu, la Reina Madre de los Cielos Occidentales, que has vuelto para darme la respuesta! Bien, bien, te escucho...

»Gracias, pequeña reina. Entonces debes enseñar a mi hija esta misma lección, cómo perder la inocencia pero no la esperanza, cómo reír eternamente.

# An-Mei Hsu

## Urracas

Ayer mi hija me dijo que su matrimonio se viene abajo y ahora lo único que puede hacer es contemplar cómo se desmorona. Se tiende en un diván de psiquiatra y habla entre lágrimas de esta desgracia. Creo que seguirá ahí tendida hasta que no quede nada por caer, nada por lo que llorar.

—¡No hay ninguna alternativa! —exclamó.

No se da cuenta de que, si no habla, ya está siguiendo una alternativa. Si no lo intenta, puede perder su oportunidad para siempre.

Lo sé porque me educaron a la manera china: me enseñaron a no desear nada, a tragarme la desgracia de otros, a comerme mi propia amargura.

¡Y aunque enseñé a mi hija lo contrario, ella ha seguido el mismo camino! Tal vez se deba a que soy su madre y es mujer, y yo soy hija de mi madre y mujer también. Todas somos como unas escaleras, un escalón tras otro, que llevan arriba y abajo pero en la misma dirección.

Sé lo que es permanecer en silencio, escuchar y observar, como si la vida fuese un sueño. Puedes cerrar los ojos cuando ya no quieres mirar, pero cuando ya no deseas escuchar, ¿qué puedes hacer? Aún oigo lo que sucedió hace más de sesenta años.

\* \* \*

Cuando mi madre llegó a casa de mi tío, en Ningpo, era una desconocida para mí. Yo tenía nueve años y no la había visto en mucho tiempo, pero supe que era mi madre por el dolor que experimenté.

—No mires a esa mujer —me advirtió mi tía—. Ha vuelto el rostro hacia la corriente que fluye del este. Su espíritu ancestral se ha perdido para siempre. La persona que ves es sólo carne descompuesta, maligna, podrida hasta los huesos.

Y yo miré fijamente a mi madre. No me parecía maligna, y quería tocar su rostro, tan parecido al mío.

Es cierto que llevaba unas extrañas ropas extranjeras, pero no replicó cuando mi tía la maldijo. Incluyó aún más la cabeza cuando mi tío la abofeteó por llamarle hermano. Lloró sinceramente cuando Popo murió, aunque Popo, su madre, la había echado de casa muchos años atrás. Y después del funeral de Popo, obedeció a mi tío. Se preparó para regresar a Tientsin, donde había deshonrado su viudedad al convertirse en la tercera concubina de un hombre rico.

¿Cómo pudo marcharse sin mí? Yo no podía hacer esta pregunta. Era una niña. Sólo podía observar y escuchar.

La noche anterior al día de su marcha, sostuvo mi cabeza contra su cuerpo, como si quisiera protegerme de un peligro que yo no veía. Yo estaba llorando para que regresara antes incluso de haberse ido. Y, mientras yacía en su regazo, me contó una historia.

—An-Mei —susurró—, ¿has visto la tortuguita que vive en el estanque?

Asentí. El estanque estaba en nuestro patio, y yo solía sumergir un palo en el agua tranquila para que la tortuga saliera de su refugio debajo de las rocas.

—Esa tortuga ya estaba ahí cuando yo era pequeña —prosiguió mi madre—. A menudo me sentaba en la orilla del estanque y veía cómo nadaba hasta la superficie y mordía el aire con su piquito. Es una tortuga muy vieja.

Podía ver aquella tortuga en mi mente y sabía que mi madre veía el mismo animal.

—Esa tortuga se alimenta de nuestros pensamientos. Lo supe un día, cuando tenía tu edad y Popo me dijo que ya no podía seguir siendo una niña. Me dijo que no podía gritar ni correr ni sentarme en el suelo para cazar grillos. No podía llorar si estaba decepcionada. Tenía que permanecer en silencio y escuchar a mis mayores. Y si no lo hacía así, Popo dijo que me cortarían el pelo y me enviaría a un sitio donde vivían las monjas budistas.

»Aquella noche, después de que Popo me dijera eso, me senté en la orilla del estanque, mirando el agua. Y, como era débil, empecé a llorar. Entonces vi que la tortuga nadaba hacia la superficie, y su pico se tragaba mis lágrimas en cuanto éstas caían al agua. Las engullía velozmente, cinco, seis, siete lágrimas, y luego salió del estanque, se arrastró hasta una piedra de superficie suave y, una vez encima de ella, empezó a hablar. Me dijo: “He bebido tus lágrimas, y por eso conozco el motivo de tu aflicción, pero debo advertirte que si lloras tu vida siempre será triste”.

»Entonces la tortuga abrió el pico y arrojó cinco, seis, siete huevos perlinos. Los huevos se rompieron y de ellos salieron siete pájaros, los cuales en seguida se pusieron a trinar y cantar. Por sus vientres blancos como la nieve y sus voces hermosas supe que eran urracas, aves de alegría. Los pájaros inclinaron sus picos sobre al agua y bebieron ávidamente. Cuando alargué la mano para coger uno, todos se irguieron, agitaron sus alas negras en mi cara y alzaron el vuelo, riendo.

»La tortuga regresó despaciosamente al agua.

»“Ahora sabes por qué es inútil llorar”, me dijo. “Tus lágrimas no arrastran consigo tus penas, sino que alimentan la alegría de otros. Por eso debes aprender a tragarte tus propias lágrimas”.

Pero cuando mi madre concluyó este relato, vi que estaba llorando, y yo también reanudé mi llanto, porque aquel era nuestro destino, vivir como dos tortugas viendo juntas el mundo acuático desde el fondo del pequeño estanque.

Por la mañana me desperté al oír, no al pájaro de la alegría, sino gritos airados a lo lejos. Salté de la cama y corrí a asomarme a la ventana. Mi madre estaba arrodillada en el patio, arañando el suelo de piedra con los dedos, como si hubiera

perdido algo y supiera que no podría encontrarlo jamás. Mi tío, el hermano de mi madre, estaba ante ella, y le gritaba.

—¡Quieres llevarte a tu hija y arruinar también su vida! —Dio una patada en el suelo, como si esta idea fuese demasiado impertinente—. Ya deberías haberte ido.

Mi madre no decía nada. Seguía en el suelo con la cabeza inclinada y la espalda tan redondeada como la tortuga del estanque. Estaba llorando con la boca cerrada, y yo empecé a llorar de la misma manera, tragándome las lágrimas amargas.

Corrí a vestirme, y cuando bajé la escalera y llegué a la sala, mi madre estaba a punto de marcharse. Un criado estaba sacando su baúl. Mi tía sujetaba de la mano a mi hermano pequeño. Antes de que pudiera recordar que debía cerrar la boca, grité: «¡Mamá!».

—¡Mira cómo tu mala influencia ya se ha extendido a tu hija! —exclamó mi tío.

Y mi madre, con la cabeza todavía gacha, alzó los ojos y vio mi rostro. No pude evitar que mis lágrimas siguieran fluyendo, y creo que la visión de mi rostro anegado por el llanto la hizo cambiar de actitud. Se levantó y, con la espalda erguida, era casi tan alta como mi tío. Me tendió la mano y yo corrí a su lado.

—An-Mei —me dijo en voz baja y pausada—. No te lo pido, pero ahora voy a regresar a Tientsin y puedes seguirme.

Al oír esto mi tía se apresuró a decir:

—¡Una muchacha no es mejor que la persona a la que sigue! An-Mei, crees que si viajas en lo alto de un carro nuevo puedes ver nuevas cosas, pero delante de ti no hay más que el culo de la misma mula vieja. Tu vida es lo que ves delante de ti.

Las palabras de mi tía reforzaron mi decisión de marcharme, porque la vida delante de mí era la casa de mi tío, que estaba llena de enigmas oscuros y de un sufrimiento que yo no podía comprender. Por eso volví la cabeza, desoí las extrañas palabras de mi tía y miré a mi madre.

Entonces mi tío cogió un jarrón de porcelana.

—¿Es esto lo que quieres hacer? —me preguntó—. ¿Tirar tu vida? Si sigues a esta mujer nunca podrás levantar la cabeza de nuevo.

Arrojó el jarrón al suelo, rompiéndolo en muchos fragmentos. Me sobresalté, y mi madre me cogió de la mano. La suya era cálida.

—Vamos, An-Mei, debemos darnos prisa —me dijo, como si el cielo amenazara lluvia.

—¡An-Mei! —oí que me llamaba lastimeramente mi tía.

—*Swanle!* (¡Se acabó!) —dijo entonces mi tío—. ¡An-Mei ya ha cambiado!

Mientras me alejaba de la vida que había llevado hasta entonces, me pregunté si era cierto lo que mi tío había dicho, que había cambiado y nunca podría volver a levantar la cabeza. Así que lo intenté. La levanté. Y vi a mi hermanito, llorando desesperado, con tanta fuerza como la que empleaba mi tía para sujetarle la mano. Mi madre no se atrevió a llevárselo, pues un hijo nunca puede ir a vivir a una casa ajena. Si lo hacía, perdería toda esperanza de futuro. Pero yo sabía que él no pensaba así.

Lloraba, airado y asustado, porque mi madre no le había pedido que la siguiera.

Lo que mi tío había dicho era cierto. Tras ver la reacción de mi hermanito, no pude mantener la cabeza levantada.

En el *jinrikisha* que nos llevaba a la estación del ferrocarril, mi madre murmuró:

—Pobre An-Mei, sólo tú lo sabes. Sólo tú sabes cuánto he sufrido.

Me sentí orgullosa porque sólo yo podía ver aquellos pensamientos excepcionales y delicados. Pero una vez en el tren, me di cuenta de lo lejos que dejaba mi vida, y sentí miedo. Viajamos durante siete días, uno de ellos en tren y los demás en barco de vapor. Al principio mi madre estaba muy animada, y cada vez que yo volvía la cabeza hacia lo que dejábamos atrás, me contaba relatos de Tientsin.

Me habló de buhoneros inteligentes que vendían toda clase de alimentos sencillos: budines al vapor, cacahuets hervidos y la golosina preferida de mi madre, una torta delgada con un huevo en el centro y unos brochazos de negra pasta de alubias, que se enrollaba y, caliente todavía, recién salida de la plancha, se servía al hambriento cliente.

Me describió el puerto y sus restaurantes, y afirmó que allí los productos del mar eran incluso mejores que la comida de Ningpo. Grandes almejas, gambas, cangrejos, toda clase de pescado, de mar y agua dulce, lo mejor... Si no fuera así, ¿por qué acudirían tantos extranjeros a aquel puerto?

Me habló de las calles estrechas con bazares atestados. A primera hora de la mañana, los campesinos vendían verduras que yo no había visto ni comido en toda mi vida, y mi madre me aseguraba que las encontraría muy dulces, tiernas y frescas. Había barrios de la ciudad donde vivían extranjeros de diversas nacionalidades, japoneses, rusos blancos, norteamericanos y alemanes, pero nunca juntos, sino cada grupo por separado y con sus hábitos propios, unos sucios y otros limpios, y tenían casas de todas las formas y colores, una pintada de rosa, otra con habitaciones que sobresalían en todos los ángulos como las partes delantera y trasera de un vestido victoriano, otras con tejados como sombreros puntiagudos y tallas de madera pintadas de blanco para que parecieran de marfil.

Me dijo que en invierno vería la nieve. Dentro de unos meses llegaría la época del Rocío Frío, luego empezaría a llover y después la lluvia caería más suave, más lentamente, hasta volverse blanca y seca como los pétalos de hojas de membrillo en primavera. ¡Ella me cubriría con abrigos y pantalones forrados de piel, y daría igual que hiciera un frío atroz!

Me contó muchos relatos, hasta que dejé de mirar atrás y volví la cabeza adelante, hacia mi nuevo hogar de Tientsin.

Pero al quinto día, cuando nos acercábamos al golfo de Tientsin, el color de las aguas pasó del amarillo turbio al negro y el barco empezó a balancearse y crujir. Me sentí asustada y mareada, y por la noche soñé con la corriente que fluía al este, contra la que mi tía me había prevenido, las aguas oscuras que cambiaban a una persona para siempre. Y al mirar aquellas aguas, desde el camastro en el que yacía mareada,

temí que las palabras de mi tía fuesen ciertas. Veía que mi madre estaba empezando a cambiar, lo sombrío y enojado que se había vuelto su semblante, la mirada perdida en el mar, su silencio, sumida en sus pensamientos. Y también los míos se volvieron turbios y confusos.

La mañana del día que íbamos a llegar a Tientsin, mi madre entró en el camarote con su vestido chino de duelo, de color blanco, y cuando regresó al salón de cubierta parecía una desconocida. Tenía las cejas muy pintadas en el centro y largas y afiladas en los extremos. Sus ojos estaban rodeados de tiznajos, el rostro era blanco y los labios rojo oscuro. Se tocaba con un sombrero de fieltro marrón, cruzado en la parte frontal por una gran pluma moteada de pardo. Su cabello corto estaba oculto bajo el sombrero, con excepción de dos rizos perfectos sobre la frente, que se miraban uno a otro como pequeñas tallas lacadas. Llevaba un largo vestido marrón con cuello de encaje blanco que se extendía hasta la cintura, donde se abrochaba con una rosa de seda.

Me sorprendió verla vestida así, porque estábamos de luto, pero no pude decirle nada. Yo era una chiquilla. ¿Cómo podía reñir a mi propia madre? Sólo podía sentirme avergonzada al ver a mi madre exhibir su propia vergüenza con tanta audacia.

Sus manos enguantadas sostenían una gran caja de color crema con unas palabras extranjeras en la tapa: «Prendas finas de estilo inglés». Recuerdo que depositó la caja entre ambas y me dijo: «¡Ábrela, rápido!». Estaba exaltada y sonriente. Su nueva actitud me sorprendió tanto que sólo muchos años después, cuando usaba aquella caja para guardar cartas y fotografías, me pregunté cómo lo supo mi madre. Aunque no me había visto en muchos años, supo que algún día la seguiría y que debería llevar un vestido nuevo cuando lo hiciera.

Y al abrir la caja, mi vergüenza y mis temores se disiparon por completo. Contenía un vestido blanco, almidonado. Tenía volantes en el cuello y a lo largo de las mangas, y la falda estaba formada por seis hileras de volantes. Había también medias blancas, zapatos blancos de piel y un enorme lazo blanco, ya preparado y listo para atarlo con dos cintillas.

Todo era demasiado grande. Mis hombros se deslizaban fuera del gran orificio del cuello, la cintura era demasiado ancha para mí. Pero no me importaba, ni a mi madre tampoco. Levanté los brazos y permanecí inmóvil. Ella sacó unos alfileres y, haciendo un pliegue aquí y otro allá, redujo la tela sobrante, y luego relleno las puntas de los zapatos con papel de seda, hasta adaptarlo todo a mi talla. Vestida con aquellas prendas tuve la sensación de que me habían crecido nuevas manos y pies y ahora tendría que aprender a caminar de otro modo.

Entonces el semblante de mi madre volvió a ponerse sombrío. Se sentó con las manos entrelazadas en el regazo, contemplando cómo nuestro barco se iba acercando al muelle.

—An-Mei, ahora estás preparada para iniciar tu nueva vida. Vivirás en una nueva

casa y tendrás un nuevo padre, muchas hermanas y otro hermanito, vestidos y cosas buenas para comer. ¿Crees que todo eso te bastará para ser feliz?

Asentí en silencio, pensando en la desdicha de mi hermano en Ningpo. Mi madre no dijo nada más acerca de la casa, ni de mi nueva familia, ni de mi felicidad, y yo no le hice ninguna pregunta, porque ahora sonaba una campana y un marinero anunciaba que estábamos llegando a Tientsin, Mi madre dio rápidas instrucciones a nuestro porteador, señaló los dos pequeños baúles y le dio dinero, como si hubiera hecho eso todos los días de su vida. Entonces abrió cuidadosamente otra caja y sacó cinco o seis pieles que parecían zorros muertos, con ojos de cristal, garras flácidas y colas mullidas. Se puso esa prenda de aspecto más bien terrible alrededor del cuello y los hombros, luego me cogió la mano con fuerza y avanzamos por el pasillo entre los demás pasajeros.

Nadie nos recibió en el puerto. Mi madre descendió lentamente la rampa y cruzó la plataforma de equipajes, mirando nerviosamente a uno y otro lado.

—¡Vamos, An-Mei! ¡No seas tan lenta! —me dijo en un tono rebosante de temor.

Yo arrastraba los pies, procurando que no salieran de aquellos zapatos demasiado grandes, mientras el suelo oscilaba bajo mis plantas, y cuando no miraba en qué dirección se movían los zapatos, alzaba la vista y veía que todo el mundo tenía prisa, todos parecían desdichados: familias con madres y padres ancianos, todos vestidos con ropas oscuras, de colores sombríos, empujando y acarreando bolsas y cajas con las posesiones de su vida; pálidas damas extranjeras vestidas como mi madre, que caminaban al lado de hombres extranjeros con sombrero; viudas ricas que reñían a las doncellas y criados que las seguían, cargados con baúles, bebés y cestos de comida.

Nos detuvimos cerca de la calle, por donde *jinrikishas* y camiones iban y venían. Cogidas de la mano, sumidas en nuestros pensamientos, mirábamos a la gente que llegaba a la estación y a los viajeros que se alejaban apresuradamente de allí. Era casi mediodía, y aunque parecía que en la calle hacía calor, el cielo era gris y se estaba encapotando.

Tras permanecer largo rato en pie sin ver a nadie conocido, mi madre suspiró y finalmente llamó a un *jinrikisha*.

Durante el trayecto, mi madre discutió con el hombre que tiraba del vehículo, pues quería cobrar más dinero por transportarnos a las dos y el equipaje. Luego se quejó del polvo que levantábamos al pasar, del olor de la calle, el traqueteo debido a la mala pavimentación, lo tarde que era y su dolor de estómago. Y cuando puso fin a estos lamentos, me dirigió *sus* quejas: una mancha en mi vestido nuevo, el pelo enmarañado, las medias torcidas. Intenté congraciarme de nuevo con ella, señalándole un jardincillo, un pájaro que volaba sobre nuestras cabezas, un largo tranvía eléctrico que pasó por nuestro lado haciendo sonar la campana.

Pero ella se irritó más todavía y me dijo:

—Quédate quieta, An-Mei, y no te excites tanto. Sólo vamos a casa.

Y cuando por fin llegamos a casa, ambas estábamos exhaustas.

Sabía desde el principio que nuestro nuevo hogar no sería una morada ordinaria. Mi madre me había dicho que viviríamos en casa de Wu Tsing, un comerciante rico, que tenía una fábrica de alfombras y habitaba una mansión localizada en la Concesión Británica de Tientsin, la mejor zona de la ciudad donde podían vivir los chinos. No estábamos lejos de Paima Di, o calle de las Carreras de Caballos, donde sólo podían vivir los occidentales, y tampoco estaban lejos las tiendecitas que vendían una sola cosa: sólo té, o sólo tela, o jabón únicamente.

Mi madre me dijo que la casa era de construcción extranjera. A Wu Tsing le gustaban las cosas extranjeras, porque los extranjeros le habían enriquecido, y llegó a la conclusión de que por ese motivo mi madre tenía que llevar ropa de estilo occidental, a la manera de los nuevos ricos chinos que gustaban de exhibir su riqueza.

Aunque ya supiera todo esto antes de llegar, lo que vi no dejó de asombrarme.

Se accedía a la casa a través de un portal chino de piedra, redondeado en la parte superior, con grandes puertas de laca negra y un umbral que era preciso pisar. El patio, al otro lado del portal, me sorprendió. No tenía sauces ni casias de dulce olor ni pabellones ni bancos al borde de un estanque ni tinas con peces. Había un ancho sendero pavimentado con ladrillo y flanqueado por largas hileras de arbustos, y a los lados de esos arbustos sendas extensiones de césped en las que se alzaban unas fuentes. Avanzamos por el sendero y, al aproximarnos a la casa, vi que ésta era de estilo occidental, de argamasa y piedra. Tenía tres plantas, con largos balcones de hierro en cada uno y chimeneas en los ángulos.

En cuanto llegamos, salió de la casa una joven sirvienta que saludó a mi madre con gritos de alegría. Hablaba en voz alta y áspera.

—¡Oh, Taitai, por fin has llegado! ¿Cómo es posible?

Era Yan Chang, la sirvienta personal de mi madre, y sabía la cantidad apropiada de carantoñas que debía hacerle. La había llamado Taitai, el sencillo título honorable de Esposa, como si mi madre fuera la primera esposa, la única.

Yan Chang llamó a gritos a otras sirvientas para que se hicieran cargo del equipaje, mientras ordenaba a otra que trajera té y preparase un baño caliente. Entonces se apresuró a explicar que Segunda Esposa había dicho a todo el mundo que no llegaríamos por lo menos hasta una semana más tarde.

—¡Qué vergüenza! ¡Nadie ha ido a recibirte! Segunda Esposa está en Pekín, visitando a unos parientes. Tu hija es muy bonita, muy parecida a ti. Es muy tímida, ¿verdad? Primera Esposa y sus hijas... han ido de peregrinaje a otro templo budista... La semana pasada, un tío del primo, un hombre un poco raro, vino de visita y luego resultó que no era primo ni tío, a saber quién era...

En cuanto entramos en aquella casa enorme, mi mirada se perdió entre tantas cosas que me llamaban la atención: una escalera curva que subía y subía en espiral, un techo con rostros pintados en cada ángulo, pasillos que se ramificaban para dar acceso a distintas habitaciones. A mi derecha había una sala muy grande, como ninguna otra que hubiera visto jamás, con sofás, mesas y sillas de madera de teca. En

el otro extremo de esa habitación larguísima había puertas que daban a otras habitaciones, con más muebles y más puertas. A mi izquierda se abría una sala oscura, otro salón, éste con mobiliario extranjero, sofás de cuero verde oscuro, cuadros con escenas de caza, sillones y escritorios de caoba. En aquellas habitaciones veía a distintas personas, y Yan Chang me explicaba:

—Esta joven es la criada de Segunda Esposa. Ésa no es nadie, sólo la hija del ayudante del cocinero. Este hombre se ocupa del jardín.

Entonces subimos la escalera y llegamos a otra amplia sala de estar. Nos dirigimos a la izquierda, por un pasillo, cruzamos una habitación y entramos en otra.

—Ésta es la habitación de tu madre —me dijo orgullosamente Yan Chang—. Aquí es donde vas a dormir.

Lo primero que vi, lo único que pude ver al principio, fue una cama magnífica, pesada y ligera al mismo tiempo, de madera oscura y reluciente, decorada con tallas de dragones. Cuatro postes sostenían un dosel de seda, y de cada uno colgaban grandes cintas de seda que sujetaban unas cortinas. Las patas de la cama eran cuatro garras de león, como si su peso hubiera aplastado al animal. Yan Chang me enseñó a usar un pequeño taburete para subirme a la cama. Y cuando me dejé caer sobre la colcha sedosa, reí al descubrir un colchón que tenía diez veces el grosor del de mi cama en Ningpo.

Sentada en aquella cama, lo admiré todo como si fuese una princesa. La habitación tenía una puerta de vidrio que daba a un balcón. Ante la ventana había una mesa redonda de la misma madera que la cama. Sus patas también terminaban en garras de león y estaba rodeada por cuatro sillas. Una criada ya había dejado té y dulces sobre la mesa, y ahora estaba encendiendo el *houlu*, un hornillo de carbón.

En realidad, la casa de mi tío en Ningpo no era pobre.

Muy al contrario, era la vivienda de una familia acomodada. Pero la mansión de Tientsin era asombrosa, y pensé que mi tío se equivocaba, que el matrimonio de mi madre con Wu Tsing no era en absoluto vergonzoso.

Mientras pensaba tales cosas, me sobresaltó un súbito estrépito metálico seguido de música. En la pared, enfrente de la cama, había un gran reloj de madera, con tallas que representaban un bosque y varios osos. La puerta del reloj se había abierto y por allí salía una diminuta habitación llena de gente. Sentado a una mesa había un hombre de barba con un gorro puntiagudo, que inclinaba la cabeza una y otra vez para tomar sopa, pero la barba penetraba primero en el cuenco y se lo impedía. Una muchacha con un pañuelo blanco y un vestido azul estaba de pie al lado de la mesa, y se inclinaba una y otra vez para servir más sopa al hombre. Junto a estos dos personajes había otra chica con falda y chaqueta corta, que movía el brazo adelante y atrás, tocando el violín. Siempre tocaba la misma canción siniestra, y aún puedo oírla en mi cabeza al cabo de tantos años: ¡ni-ah! ¡nah! ¡nah! ¡nah! ¡na-ni-nah!

Era un reloj magnífico, pero después de oír la música aquella primera vez, una hora después y así sucesivamente, se convirtió en una molestia excesiva. Pasé

muchas noches sin poder dormir, y más adelante descubrí que tenía la capacidad de hacer oídos sordos a las cosas insensatas que intentaban llamarme la atención.

Las primeras noches en aquella casa tan entretenida, durmiendo en la cama grande y blanda con mi madre, me sentí muy feliz. Yacía en aquella cama cómoda, pensando en la casa de mi tío en Ningpo, y entonces comprendía lo desdichada que había sido y me sentía apesadumbrada por la suerte de mi hermanito. Pero la mayor parte de mis pensamientos se centraban en todas las cosas nuevas que podía ver y hacer en la casa.

Veía los grifos de agua caliente no sólo en la cocina, sino también en lavabos y bañeras en los tres pisos de la casa. Veía orinales que se limpiaban solos, sin necesidad de que los criados tuvieran que vaciarlos. Veía habitaciones tan lujosas como la de mi madre. Yan Chang me explicó cuáles pertenecían a Primera Esposa y las otras concubinas, a las que llamaban Segunda Esposa y Tercera Esposa. Y algunas habitaciones no pertenecían a nadie. «Son para los invitados», me dijo Yan Chang.

En el tercer piso estaban las habitaciones de los criados varones, una de las cuales incluso tenía una puerta de acceso a un gabinete que en realidad era un escondite, por si atacaban los piratas.

Me resulta difícil recordar todo lo que contenía la casa, pues demasiadas cosas buenas juntas no tardan en confundirse y parecer lo mismo al cabo de cierto tiempo. Cuando Yan Chang me traía los mismos dulces que el día anterior, le decía: «Estos ya los he probado».

Mi madre parecía recobrar su talante simpático. Volvió a ponerse sus viejas prendas largas, vestidos chinos y faldas, ahora con franjas blancas de luto cosidas en los bordes. Durante el día me enseñaba cosas extrañas y curiosas, y me las nombraba: bidet, cámara Brownie, tenedor para ensalada, servilleta. Por la noche, cuando no había nada que hacer, hablábamos de los criados, de quién era listo, quién diligente y quién leal. Chismorreábamos mientras cocíamos huevos pequeños y boniatos encima del *houlu*, sólo para disfrutar de su aroma. Y, por la noche, mi madre me contaba relatos, meciéndome en sus brazos para que me durmiera.

Si examino mi vida entera, no puedo pensar en otro tiempo en que me sintiera más cómoda: entonces no tenía preocupaciones ni temores ni deseos, y mi vida parecía tan blanda y deliciosa como yacer en el interior de un capullo, de seda rosa. Pero recuerdo claramente cuándo toda esa comodidad dejó de ser cómoda.

Debió de ser un par de semanas después de nuestra llegada. Yo estaba en el amplio jardín trasero, lanzando una pelota y viendo cómo la perseguían los perros. Mi madre sentada a una mesa, contemplaba mi juego. Entonces oí el sonido de una bocina a lo lejos, al que siguieron gritos, y los dos perros se olvidaron de la pelota y echaron a correr, ladrando alegremente.

Vi en el rostro de mi madre la misma expresión temerosa que puso en la estación marítima. Se apresuró a entrar en la casa, pero yo doblé la esquina y me encaminé a la entrada principal. Habían llegado dos *jinrikishas* de un negro reluciente, y tras ellos

un gran automóvil también negro. Un criado descargaba el equipaje de uno de los *jinrikishas*. Del otro saltó una joven sirvienta.

Todos los criados se apiñaron alrededor del automóvil, viendo sus caras reflejadas en el metal pulimentado, admirando las ventanillas con cortinas y los asientos de terciopelo. Entonces el conductor abrió la portezuela trasera y bajó una joven, de cabello corto y muy ondulado. Aparentaba unos años más que yo, pero llevaba un vestido de mujer, medias y tacones altos. Miré mi vestido blanco, manchado por la hierba, y me sentí avergonzada.

Los criados se inclinaron sobre el asiento trasero del coche y sacaron lentamente a un hombre, cogiéndole de ambos brazos. Era Wu Tsing, más bien bajo pero hinchado como un pájaro que ahueca las plumas, y mucho mayor que mi madre, con la frente alta, reluciente, y un gran lunar negro en la nariz. Vestía un traje occidental, con un chaleco demasiado prieto sobre el abdomen, pero sus pantalones eran muy holgados. Bajó del coche resoplando y gruñendo, y en cuanto sus pies tocaron el suelo echó a andar hacia la casa, actuando como si no viera a nadie, aunque todos le saludaban y se apresuraban a abrirle las puertas, llevarle el equipaje y cogerle el largo abrigo. Entró en la casa seguido de la mujer joven, que miraba a todos con una sonrisa tonta, como si le hicieran los honores a ella, y cuando apenas había llegado al umbral, oí que un criado le decía a otro:

—Quinta Esposa es tan joven que no ha traído a ninguno de sus criados, sino sólo un aya.

Alcé la vista y vi a mi madre mirando desde su ventana, observándolo todo. De esta manera informal mi madre descubrió que Wu Tsing había tomado su cuarta concubina, la cual no era en realidad más que un capricho, un decorado absurdo para el nuevo coche de aquel hombre.

Mi madre no tuvo celos de aquella muchacha a quien ahora llamarían Quinta Esposa. ¿Por qué habría de tenerlos? No amaba a Wu Tsing. En China una mujer no se casaba por amor, sino para tener una posición, y más adelante supe que la posición de mi madre era la peor.

Tras la llegada a casa de Wu Tsing y Quinta Esposa, mi madre solía quedarse en su habitación, bordando. Por la tarde salíamos a dar largos paseos por la ciudad, en busca de un rollo de seda cuyo color, al parecer, no sabía nombrar. Su desdicha era semejante: no podía nombrarla.

Y así, aunque todo parecía apacible, yo sabía que no lo era. Quizá te preguntes cómo una niña de sólo nueve años puede saber esas cosas. Ahora yo misma me lo pregunto. Sólo recuerdo lo incómoda que me sentía, cómo me encogía el estómago la certidumbre de que iba a ocurrir algo terrible. Y puedo asegurarte que era una sensación casi tan mala como la que experimenté unos quince años después, cuando empezaron a caer las bombas japonesas y, aguzando el oído, oí a lo lejos un rumor sordo y supe que no había manera de detener lo que se aproximaba.

Pocos días después de la llegada de Wu Tsing a casa, me desperté en plena noche.

Mi madre me movía suavemente el hombro.

—An-Mei, sé buena chica —me dijo con voz fatigada—. Ve ahora a la habitación de Yan Chang.

Me restregué los ojos y, mientras me despertaba, vi una sombra y me eché a llorar. Era Wu Tsing.

—Tranquilízate, no ocurre nada —susurró mi madre—. Vete con Yan Chang.

Me cogió en sus brazos y me depositó lentamente en el frío suelo. Oí que el reloj de madera empezaba a sonar y poco después la voz profunda de Wu Tsing quejándose del frío. Cuando me reuní con Yan Chang, ésta actuó como si me estuviera esperando y supiera que iba a llorar.

A la mañana siguiente no fui capaz de mirar a mi madre, pero vi que Quinta Esposa tenía el rostro hinchado como el mío; durante el desayuno, delante de todo el mundo, su cólera estalló por fin y gritó rudamente a una criada porque le servía con demasiada lentitud. Todos, hasta mi madre, la miraron sorprendidos de sus malos modales y de que criticara de esa manera a una criada. Vi que Wu Tsing la miraba como un padre severo, y ella se echó a llorar. Pero luego, aquella misma mañana, Quinta Esposa volvía a sonreír y se pavoneaba con un vestido y unos zapatos nuevos.

Aquella tarde mi madre me habló de su desdicha por primera vez. Estábamos en un *jinrikisha*, camino de una mercería en busca de hilo para bordar.

—¿Te das cuenta de lo desgraciada que es mi vida? —se lamentó—. ¿Ves que no tengo ninguna posición? ¡Ha traído a casa una nueva esposa, una chica de clase baja, de piel oscura y sin modales! La ha comprado por un puñado de dólares a una pobre familia pueblerina que se dedica a fabricar tejas de barro. Y por la noche, cuando ya no puede usarla, él viene a mí despidiendo su olor a barro. —Ahora lloraba y, más que hablar, farfulló como una loca—: Ya ves que una cuarta es menos que una quinta. No debes olvidarlo, An-Mei. Yo fui una primera esposa, *yi tai*, la esposa de un erudito. ¡Tu madre no siempre ha sido Cuarta Esposa, *Sz Tai*!

Pronunció con tanto odio esa palabra, *sz*, que me estremecí. Sonaba como la *sz* que significa «morir», y recordé que Popo me dijo una vez que el cuatro es un número muy agorero porque si lo pronuncias airadamente, siempre le das el sentido erróneo.

Llegó el Rocío Frío, empezó a helar y Segunda y Tercera Esposa, hijos y criados regresaron a Tientsin. Hubo una gran conmoción a su llegada. Wu Tsing había permitido que el coche nuevo fuese a la estación pero, naturalmente, no bastaba para transportarlos a todos. Me acuerdo que seguían al automóvil unos doce *jinrikishas*, que avanzaban dando brincos, como grillos en pos de un gran escarabajo brillante. Del coche empezaron a bajar mujeres.

Mi madre estaba detrás de mí, dispuesta a saludar a los recién llegados. Una mujer que llevaba un sencillo vestido extranjero y unos zapatos grandes y feos se acercó a nosotras. La seguían tres niñas, una de ellas de mi edad.

—Ésta es Tercera Esposa y sus tres hijas —dijo mi madre.

Las tres niñas eran aún más tímidas que yo. Rodearon a su madre, con la cabeza gacha y sin decir nada, pero yo seguí mirándolas. Eran tan poco agraciadas como su madre, con los dientes grandes, los labios gruesos y las cejas tan hirsutas como una oruga. Tercera Esposa me saludó cariñosamente y permitió que le llevara uno de sus paquetes. Mi madre apoyaba su mano en mi hombro, y noté que se ponía rígida.

—También está Segunda Esposa —susurró—. Querrá que la llames Madre Grande.

Vi a una mujer que llevaba un largo abrigo negro de piel y ropas occidentales de color oscuro, muy elegantes. Sostenía en brazos a un niño pequeño de gruesas mejillas rosadas, que tendría unos dos años.

—Es Syauidi, tu hermanito —susurró mi madre.

El pequeño llevaba un gorro de la misma piel oscura y curvaba el dedo meñique alrededor del collar de perlas de Segunda Esposa. Me pregunté cómo podía ésta tener un hijo de tan corta edad. Era bastante guapa y parecía sana, pero ya muy mayor, tal vez tuviera cuarenta y cinco años. Entregó el bebé a una sirvienta y empezó a dar instrucciones a las numerosas personas que seguían apiñadas a su alrededor.

Entonces Segunda Esposa se me acercó sonriente, su abrigo de piel destellando a cada paso. Cuando llegó a mi lado me dio unas palmaditas en la cabeza y, con un rápido y garboso movimiento de sus pequeñas manos, se quitó el largo collar de perlas y lo puso alrededor de mi cuello.

Era la joya más hermosa que yo había visto jamás, diseñada al estilo occidental, cada perla del mismo tamaño e idéntico tono rosado, con un pesado broche de plata ornamentada que unía los extremos.

Mi madre se apresuró a protestar.

—Esto es demasiado para una niña pequeña. Lo romperá... lo perderá.

Pero Segunda Esposa se limitó a decirme:

—Una niña tan bonita necesita algo que le ilumine el rostro.

Por la manera en que mi madre retrocedió y guardó silencio, comprendí que estaba enfadada. No le gustaba Segunda Esposa, y yo debía ser cuidadosa al mostrar mis sentimientos, para que mi madre no pensara que aquella mujer se había ganado mi voluntad. Sin embargo, me sentía atolondrada, rebotante de alegría porque Segunda Esposa me había hecho aquel favor especial.

—Gracias, Madre Grande —dije a Segunda Esposa. Bajé los ojos para que no me viera el rostro, pero aun así no pude evitar una sonrisa.

Por la tarde, cuando mi madre y yo tomamos el té en su habitación, supe que su enfado persistía.

—Ten cuidado, An-Mei —me dijo—. Lo que ella te dice no es auténtico. Siempre forma nubes con una mano y lluvia con la otra. Intenta engañarte para que hagas cualquier cosa por ella. —Permanecí inmóvil, tratando de no prestar atención a mi madre. Pensaba que protestaba demasiado, que posiblemente todas sus desdichas se originaban en sus quejas. Pensaba que no debía escucharla. Entonces me sorprendió

—: Dame el collar —dijo de pronto. Me quedé mirándola sin moverme y ella insistió —: Como no me crees, debes darme el collar. No permitiré que te compre por tan bajo precio.

Seguí sin moverme, y ella se levantó, se acercó a mi lado y me quitó el collar del cuello. Sin darme tiempo a gritar para impedirselo, lo tiró al suelo y lo pisó. Cuando lo puso sobre la mesa, vi lo que había hecho. Aquel collar que casi había comprado mi corazón y mi mente, tenía ahora una cuenta de cristal rota.

Más tarde mi madre extrajo aquella cuenta rota e hizo un nudo en el hilo para que el collar volviera a parecer entero. Me dijo que lo llevara puesto durante una semana, para que recordara la facilidad con que podían convencerme de algo falso. Y después de que hubiera lucido las perlas falsas el tiempo suficiente para aprender la lección, permitió que me las quitara. Entonces abrió una caja y se volvió hacia mí.

—¿Sabes reconocer ahora lo auténtico? —me preguntó. Asentí y ella me puso algo en la mano. Era un pesado anillo de zafiro azul acuoso, con una estrella en el centro, tan puro que a partir de entonces nunca dejé de mirarlo maravillada.

Antes de que empezara el segundo mes frío, Primera Esposa regresó de Pekín, donde tenía una casa y vivía con dos hijas solteras. Recuerdo que imaginaba a Primera Esposa como alguien que haría inclinar la cerviz a Segunda Esposa. Según la ley y la costumbre, Primera Esposa era la principal.

Pero Primera Esposa resultó ser un espectro viviente y no supuso ninguna amenaza para la Segunda Esposa, cuyo fuerte espíritu continuó intacto. Primera Esposa parecía bastante vieja y frágil, con el cuerpo encorvado, los pies vendados, chaqueta y pantalones acolchados, al estilo antiguo, y el rostro arrugado y feo. Pero ahora que la recuerdo, no debía de ser demasiado vieja, pues tendría la edad de Wu Tsing, unos cincuenta años.

Cuando vi a Primera Esposa, pensé que era ciega, pues actuó como si no me viera. Tampoco pareció ver a Wu Tsing ni a mi madre y, no obstante, veía a sus hijas, dos solteronas que habían dejado atrás la edad en que las mujeres son casaderas. Tenían por lo menos veinticinco años. Primera Esposa siempre recuperaba la vista a tiempo para regañar a los dos perros por husmear en su cuarto, remover la tierra en el jardín, al otro lado de su ventana, u orinarse en la pata de una mesa.

Una noche, mientras Yan Chang me ayudaba a bañarme, le pregunté:

—¿Por qué Primera Esposa ve unas veces y otras no?

—Primera Esposa dice que sólo ve lo que es la perfección de Buda —respondió ella—. Dice que es ciega a casi todos los defectos.

Yan Chang me contó que Primera Esposa había decidido ser ciega a la infelicidad de su matrimonio. Ella y Wu Tsing se habían unido en *tyandi*, el cielo y la tierra, de modo que el suyo era un matrimonio espiritual, dispuesto por una casamentera, ordenado por los padres del novio y protegido por los espíritus de sus antepasados. Pero tras el primer año de matrimonio, Primera Esposa dio a luz una hija con una pierna demasiado corta, y esta desgracia la incitó a emprender peregrinaje a los

templos budistas, para ofrecer limosnas y vestidos de seda a medida con los que honrar la imagen de Buda, quemar incienso y orar para que Buda alargara la pierna de su hija. Pero Buda prefirió bendecir a Primera Esposa con otra hija, ésta con las dos piernas perfectas, pero ¡ay!, con una mancha de color té pardo que le cubría medio rostro. Esta segunda desgracia hizo que Primera Esposa emprendiera tantos peregrinajes a Tsinan, a media jornada en tren hacia el sur, que Wu Tsing le compró una casa cerca del Despeñadero de los Mil Budas y el Bosque de Bambú con Manantiales Burbujeantes. Y todos los años le aumentaba la asignación necesaria para mantener aquella vivienda. Así pues, dos veces al año, durante los meses más cálidos y más fríos, regresaba a Tientsin para presentar sus respetos y sufrir sin ser vista en la casa de su marido. Y cada vez que regresaba, permanecía en su habitación, sentada el día entero como un Buda, fumando opio y hablando en voz baja consigo misma. No bajaba a comer y ayunaba o tomaba comidas vegetarianas en su cuarto. Una vez a la semana, Wu Tsing la visitaba por la mañana en su aposento, y pasaba media hora tomando té e informándose sobre su salud. No la molestaba por la noche.

Aquella mujer espectral no debería haber causado ningún sufrimiento a mi madre, pero la verdad es que le hizo concebir ideas inconvenientes. Mi madre creyó que también ella había sufrido lo suficiente para merecer su propia vivienda, si no en Tsinan, tal vez en el este, en la pequeña Petaiho, una bella localidad costera llena de terrazas, jardines y viudas ricas.

—Vamos a vivir en una casa propia —me dijo alegremente el día que la nieve se acumuló en el suelo alrededor de nuestra casa. Llevaba un nuevo vestido de seda forrado en piel, del color turquesa brillante que tiene el plumaje del martín pescador—. La casa no será tan grande como ésta. No, será muy pequeña, pero podremos vivir solas, con Yan Chang y otras sirvientas. Wu Tsing ya me lo ha prometido.

Durante el mes más frío del invierno todos nos aburríamos, adultos y niños por igual. No nos atrevíamos a salir al aire libre. Yan Chang me advirtió que mi piel se congelaría y rompería en mil fragmentos. Los demás criados siempre chismorreaban sobre las cosas que veían a diario en la ciudad, las escalinatas traseras de las tiendas, siempre obstruidas por los cuerpos helados de los mendigos, tan cubiertos por una espesa capa de nieve que resultaba difícil distinguir si eran hombres o mujeres.

Por tanto, nos quedamos en casa un día tras otro, pensando en cómo divertirnos. Mi madre hojeaba revistas extranjeras, recortaba ilustraciones de vestidos que le gustaban y bajaba para comentar con el sastre la manera de confeccionar la prenda utilizando los materiales disponibles.

No me gustaba jugar con las hijas de Tercera Esposa, que eran tan dóciles y aburridas como su madre. Se contentaban con pasarse el día entero mirando a través de la ventana, contemplando la salida y la puesta del sol. Por ello, en vez de hacerles compañía, Yan Chang y yo asábamos castañas en el hornillo de carbón y, quemándonos los dedos al comerlas, reíamos y chismorreábamos con toda naturalidad. Entonces se oía el estrépito del reloj y se iniciaba la misma música de

siempre. Yan Chang fingía cantar mal en el estilo de la ópera clásica, y ambas nos reíamos, recordando cómo había cantado Segunda Esposa el día anterior, acompañando su voz temblorosa con los sonos de un laúd de tres cuerdas, que tocaba cometiendo muchos errores. Aquella velada musical había fastidiado a todo el mundo, hasta que Wu Tsing puso fin al sufrimiento general quedándose dormido en su sillón y riéndose de esta anécdota, Yan Chang me habló de Segunda Esposa.

—Hace veinte años era una cantante famosa de Shantung, una mujer que gozaba de cierta estima, sobre todo entre los hombres casados que frecuentaban las casas de té. Aunque nunca había sido bonita, era inteligente y sabía encantarles. Tocaba varios instrumentos musicales, contaba antiguos relatos con una expresividad desgarradora, se llevaba un dedo a la mejilla y cruzaba sus pies diminutos de la manera apropiada.

»Wu Tsing le había pedido que fuera su concubina, no por amor, sino por el prestigio de poseer lo que muchos otros hombres deseaban. Y la cantante, tras haber visto su enorme riqueza y a su primera esposa debilitada, consintió en ser su concubina.

»Desde el principio, Segunda Esposa supo controlar el dinero de Wu Tsing. La palidez de éste cuando silbaba el viento le informó que temía a los fantasmas, y todo el mundo sabe que el suicidio es la única manera que tiene una mujer para huir de su matrimonio y vengarse, para regresar convertida en fantasma y esparcir hojas de té y buena suerte. Por ello, cuando su marido le negó una mayor asignación económica, fingió suicidarse. Se comió un trozo de opio crudo, suficiente para enfermarla, y envió su doncella a Wu Tsing para comunicarle que estaba agonizando. Tres días después, Segunda Esposa recibió una asignación superior a la que había pedido.

»Fingió tantas veces el suicidio, que los criados empezaron a sospechar que ya no se molestaba en tomar el opio. Su actuación bastaba para hacer verosímil el intento. Pronto dispuso de un aposento mejor en la casa, su *jinrikisha* particular, una casa para sus ancianos padres y dinero para sufragar bendiciones en los templos.

»Pero una sola cosa le estaba vedada: los hijos, y sabía que Wu Tsing no tardaría en desear un hijo varón que pudiera realizar los ritos ancestrales y, en consecuencia, garantizar su propia eternidad espiritual. Así pues, antes de que Wu Tsing pudiera quejarse de la esterilidad de Segunda Esposa, ésta le dijo: “Ya he encontrado una concubina apropiada para darte hijos. Por su misma naturaleza, podrás ver que es virgen”. Y esto era del todo cierto. Como sabes, Tercera Esposa es muy fea y ni siquiera tiene los pies pequeños.

»Naturalmente, Tercera Esposa estaba en deuda con Segunda Esposa por este convenio, y no discutieron quién llevaría la administración de la casa. Aunque Segunda Esposa no tenía necesidad de levantar un solo dedo, supervisaba la compra de provisiones, aprobaba la contratación de criados y, cuando se celebraban los festivales, invitaba a los parientes. Buscó amas de cría para cada una de las tres hijas que Tercera Esposa le dio a Wu Tsing y más adelante, cuando éste volvió a mostrar su impaciencia por tener un hijo y empezó a gastar demasiado dinero en las casas de té

de otras ciudades, ¡Segunda Esposa dispuso que tu madre se convirtiera en la tercera concubina y Cuarta Esposa de Wu Tsing!

Yan Chang me contó este relato de una manera tan natural y animada que aplaudí su final tan inteligente. Seguimos pelando castañas, hasta que no pude callar por más tiempo.

—¿Qué hizo Segunda Esposa para que mi madre se casara con Wu Tsing? —le pregunté tímidamente.

—¡Una niña pequeña no puede comprender esas cosas! —me reconvino. Bajé los ojos en seguida y permanecí en silencio, hasta que Yan Chang volvió a sentir deseos de oír su propia voz en la quietud de la tarde—. Tu madre —prosiguió, como si hablara consigo misma— es demasiado buena para nuestra familia.

»Hace cinco años, tu padre había muerto el año anterior, ella y yo fuimos a Hangchow para visitar la pagoda de las Seis Armonías, en el extremo del lago Occidental. Tu padre había sido un profesor respetado y devoto de las seis virtudes del budismo veneradas en aquella pagoda. Por ello tu madre se arrodilló y tocó el suelo de la pagoda con la frente, en señal de homenaje, prometiendo observar la correcta armonía de cuerpo, pensamiento y lenguaje, abstenerse de dar opiniones y prescindir de la riqueza. Y cuando subimos a bordo del barco para cruzar de nuevo el lago, nos sentamos frente a un hombre y una mujer: eran Wu Tsing y Segunda Esposa.

»Wu Tsing debió de reparar de inmediato en su belleza. Por entonces el cabello de tu madre le llegaba a la cintura y lo recogía en un alto moño. Su piel era hermosa como pocas, de un color rosado lustroso. ¡Incluso con sus blancas ropas de viuda estaba bella! Pero, precisamente por ser viuda, carecía de valor en muchos aspectos. No podía volver a casarse.

»Pero esto no impidió que a Segunda Esposa se le ocurriera una estratagema. Estaba harta de ver cómo el dinero que debería contribuir al bienestar de su hogar se desperdiciaba en tantas casas de té. ¡El dinero que gastaba su marido bastaría para mantener a otras cinco esposas! Estaba deseosa de colmar el apetito que Wu Tsing intentaba saciar fuera de casa, y pensó en la manera de atraer a tu madre a su cama.

»Habló con tu madre y descubrió que tenía la intención de ir al Monasterio del Retiro de los Espíritus al día siguiente. Segunda Esposa también se presentó allí y, tras una charla amistosa, invitó a tu madre a cenar. Ella estaba tan sola y deseosa de buena conversación que aceptó encantada. Después de la cena, Segunda Esposa le preguntó: “¿Juegas al *mah jong*? Oh, no importa que lo hagas mal. Ahora sólo somos tres y no es posible jugar a menos que encontremos a una persona amable que quiera sumarse mañana por la noche”.

»A la noche siguiente, tras una larga velada de *mah jong*, Segunda Esposa bostezó e insistió en que mi madre pasara allí la noche. “¡Quédate! ¡Quédate! No seas tan cortés. No, tu cortesía es, en realidad, más inconveniente. ¿Por qué despertar ahora al muchacho del *jinrikisha*? Mira, mi cama es lo bastante grande para las dos”.

»Cuando tu madre dormía profundamente en la cama de Segunda Esposa, ésta se levantó en plena noche y salió de la habitación a oscuras, dejando que Wu Tsing ocupara su lugar. Tu madre se despertó y, al ver que aquel hombre la estaba tocando por debajo de sus prendas interiores, saltó de la cama, pero él la agarró del pelo y la arrojó al suelo. Entonces le puso el pie en la garganta y le ordenó que se desnudara. Tu madre no gritó ni lloró cuando Wu Tsing se abalanzó sobre ella.

»Por la mañana, a primera hora, se marchó en un *jinrikisha*, con el cabello revuelto y las lágrimas corriéndole por el rostro. Sólo me contó a mí lo que le había ocurrido, pero Segunda Esposa se quejó a mucha gente de la viuda desvergonzada que había encantado a Wu Tsing, llevándola a su cama. ¿Cómo podía una viuda sin valor acusar de embustera a una mujer rica?

»Así pues, cuando Wu Tsing le pidió a tu madre que fuese su tercera concubina, para darle un hijo varón, ¿qué alternativa tenía ella? Ya estaba en un nivel tan bajo como el de una prostituta, y cuando regresó a la casa de su hermano y, arrodillada, tocó tres veces el suelo con la cabeza para despedirse, su hermano le dio un puntapié y su propia madre la echó de la casa familiar para siempre. Por eso no volviste a ver a tu madre hasta la muerte de tu abuela. Tu madre se fue a vivir a Tientsin para ocultar su vergüenza con la riqueza de Wu Tsing. Y tres años después dio a luz un hijo, que Segunda Esposa reconoció como si fuese de ella.

»Y así es cómo llegué a vivir en la casa de Wu Tsing —concluyó orgullosamente.

Y así es cómo supe que el bebé Syaudi era realmente el hijo de mi madre, mi hermano más pequeño.

La verdad es que Yan Chang hizo mal al contarme la historia de mi madre. A los niños no hay que revelarles secretos, es preciso mantener la olla de la sopa tapada, de modo que un exceso de verdad no les haga hervir demasiado.

Después de que Yan Chang me contara esta historia, lo vi todo con claridad, caí en la cuenta de cosas que hasta entonces no había comprendido, vi cuál era la auténtica naturaleza de Segunda Esposa, vi que a menudo le daba dinero a Quinta Esposa para que viajara a su humilde pueblo, y estimulaba a aquella niña estúpida diciéndole: «¡Enseña a tus amigos y tu familia lo rica que has llegado a ser!». Y, naturalmente, sus visitas siempre recordaban a Wu Tsing la procedencia de clase baja de quinta Esposa y lo necio que había sido por ceder al atractivo de su cuerpo vulgar.

Vi el *koutou* que le hizo Segunda Esposa a Primera, una respetuosa reverencia mientras le ofrecía más opio, y supe qué era lo que había consumido las fuerzas de Primera Esposa.

Vi cómo el temor invadía a Tercera Esposa cuando Segunda le contaba historias de viejas concubinas echadas a patadas a la calle. Y supe que Tercera Esposa velaba por la salud y felicidad de Segunda.

También fui testigo del terrible dolor de mi madre cuando Segunda Esposa mecía a Syaudi en su regazo, besaba al hijo de mi madre y le decía:

—Mientras yo sea tu madre, nunca serás pobre ni desdichado. De mayor serás el

dueño de esta casa y me sustentará en la vejez.

Y supe por qué mi madre lloraba tan a menudo en su habitación. La promesa de una casa propia que le hiciera Wu Tsing, por ser la madre de su único hijo varón, desapareció el día que Segunda Esposa quedó postrada tras otro intento de suicidio. Y mi madre supo que no podía hacer nada para lograr que él mantuviera su promesa.

Después de que Yan Chang me contara esta historia, sufrí intensamente. Quería que mi madre gritara a Wu Tsing, a Segunda Esposa, a Yan Chang, y le dijera a ésta que no debía contarme tales cosas. Pero mi madre ni siquiera tenía derecho a hacer eso. No tenía alternativa.

Dos días antes del año nuevo lunar, Yan Chang me despertó cuando aún estaba oscuro fuera.

—¡Rápido! —gritó, tirando de mí antes de que mi mente se hubiera despejado.

La habitación de mi madre estaba brillantemente iluminada. En cuanto entré, vi lo que ocurría. Corrí a su cama y me subí al taburete. Ella estaba tendida, pero movía sin cesar brazos y piernas, adelante y atrás. Era como un soldado que desfilara hacia ninguna parte, dirigiendo la cabeza a derecha e izquierda. Entonces todo su cuerpo se puso recto y rígido, como si quisiera estirarse para salir de sí misma. Tenía la mandíbula caída y tosía, tratando de sacar la lengua hinchada.

—¡Despierta! —le susurré, y, al volverme, vi que también estaban allí Wu Tsing, Yan Chang, Segunda, Tercera y Quinta Esposa y el médico.

—Ha tomado demasiado opio —gimió Yan Chang—. El médico dice que no puede hacer nada. Se ha envenenado.

Así pues, no hacían nada y se limitaban a esperar. También yo esperé durante muchas horas.

Los únicos sonidos eran los de la muñequita del reloj que tocaba el violín. Yo quería gritar al reloj para que cesara aquel ruido impertinente, pero no lo hice.

Contemplé los bruscos movimientos de mi madre en la cama. Quería decirle algo que aplacara su cuerpo y su espíritu, pero me quedé allí como los demás, esperando sin abrir la boca.

Entonces recordé su relato sobre la tortuguita, la advertencia que me hizo para que no llorase. Y quise gritarle que era inútil, pues ya se agolpaban en mis ojos demasiadas lágrimas. Intenté tragármelas una tras otra, pero me brotaban con mucha rapidez, hasta que mis labios apretados se abrieron y di rienda suelta al llanto, dejando que todos los presentes se alimentaran de mis lágrimas.

Tanta aflicción me hizo perder el conocimiento, y me llevaron a la cama de Yan Chang. Y así, aquella mañana, mientras mi madre agonizaba, yo estaba soñando.

Soñé que caía por el aire hacia un estanque, y entonces me convertía en una tortuguita que yacía en el fondo de aquel ámbito acuático. Por encima de mí veía los picos de un millar de urracas que bebían en el estanque, bebían, cantaban felices y llenaban sus vientres blancos como la nieve. Yo estaba llorando con todas mis fuerzas, vertía innumerables lágrimas, pero las aves bebían y bebían, hasta que no me

quedaron lágrimas y el estanque se vio vacío, tan seco como la arena.

Más tarde Yan Chang me contó que mi madre escuchó a Segunda Esposa e intentó fingir el suicidio. ¡Falsas palabras! ¡Mentiras! Ella nunca escucharía a aquella mujer que la hizo sufrir tanto.

Sé que mi madre escuchó a su propio corazón y no quiso fingir más. Lo sé porque, de no ser así, ¿por qué habría muerto dos días antes del nuevo calendario lunar? ¿Por qué planeó su muerte con tal minuciosidad que la convirtió en un arma?

Tres días antes del nuevo año lunar había comido *ywansyau*, el viscoso budín dulce tradicional en esas fechas. Se comió uno tras otro, y recuerdo que hizo una observación extraña.

—Ya ves cómo es esta vida —me dijo—. No puedes tragar una cantidad suficiente de esta amargura.

Lo que había hecho era comer *ywansyau* relleno de una clase de veneno amargo y no de semillas confitadas. No se había procurado el dulce sopor del opio, como creían los demás. Cuando el veneno se diseminó en su cuerpo, me susurró que prefería matar su propio espíritu débil, a fin de darme otro más fuerte.

La viscosidad se aferró a su cuerpo. No pudieron extraerle el veneno y murió dos días antes del nuevo año. La tendieron sobre una tabla de madera, en el vestíbulo. Llevaba un atuendo fúnebre más lujoso que el que llevó en vida, prendas interiores de seda para mantenerla caliente sin la pesada carga de un abrigo, y un vestido de seda cosido con hilos de oro. Adornaron su tocado con oro, lapislázuli y jade. Dos delicadas zapatillas, con las suelas de la piel más suave, y dos perlas gigantes sobre cada dedo de los pies servirían para aligerar su camino hacia el nirvana.

Al verla aquella última vez, me arrojé sobre su cuerpo. Y ella abrió los ojos lentamente. No me asusté, pues sabía que podía verme y ver lo que al fin había hecho, así que le cerré los ojos con mis dedos y le dije con el corazón que también yo podía ver la verdad, que también yo era fuerte.

Porque ambas sabíamos que el tercer día después de la muerte, el alma regresa para ajustar las cuentas pendientes. En el caso de mi madre, ése sería el primer día del nuevo calendario lunar y, por ser año nuevo, todas las deudas deben pagarse, so pena de sufrir desastres o infortunios.

Aquel día Wu Tsing, temeroso del espíritu vengativo de mi madre, se puso ropas de duelo del algodón blanco más áspero. Juró al espíritu de mi madre que nos cuidaría a Syaudi y a mí como sus hijos respetados, y prometió reverenciarla como si hubiera sido la Primera Esposa, su única mujer.

Y aquel día le mostré a Segunda Esposa el collar de perlas falsas que ella me había dado y lo pisé.

Y aquel día el cabello de Segunda Esposa empezó a encanecer.

Y aquel día aprendí a gritar.

\* \* \*

Sé lo que es vivir tu vida como un sueño, escuchar y mirar, despertar e intentar comprender lo que ha sucedido realmente. No es necesario ser psiquiatra. Un psiquiatra no quiere que despiertes. Te dice que sueñes un poco más, para que encuentres el estanque y viertas más lágrimas en él. Y, en realidad, él es otro pájaro que bebe en tu desgracia.

Mi madre padeció, perdió su prestigio y trató de ocultarlo. Sólo encontró más aflicción y eso, finalmente, no pudo ocultarlo. No cabe entender otra cosa. Aquello era China. Eso es lo que la gente hacía entonces. No tenían alternativa. No podían levantar la voz. No podían huir. Aquél era su destino.

Pero ahora pueden hacer algo más. Ahora ya no tienen que tragar sus propias lágrimas ni sufrir las mofas de las urracas. Lo sé porque he leído esta noticia en una revista enviada desde China.

Dice esa revista que durante miles de años los pájaros han atormentado a los campesinos. Volaban en bandadas para observar a los campesinos encorvados en los campos, removiendo la tierra seca, llorando en los surcos para humedecer las semillas. Y cuando se erguían, los pájaros bajaban, se bebían las lágrimas y se comían las semillas, y así los niños se morían de hambre.

Pero un día, aquellos campesinos extenuados se reunieron en todos los campos de China. Vieron a los pájaros beber y comer, y dijeron: «¡Basta de sufrimiento y de silencio!». Y empezaron a aplaudir y golpear con palos cacerolas y sartenes, mientras gritaban: «Sz! Sz! Sz!» (¡Morid, morid, morid!).

Y todos los pájaros remontaron el vuelo alarmados y confundidos por aquella nueva cólera, agitaron sus alas negras y revolotearon por encima de los campesinos, esperando que cesara el tumulto. Pero los gritos de la gente se hicieron más fuertes y airados. Los pájaros se fatigaron más, incapaces de aterrizar y comer. Y esto continuó durante muchas horas y muchos días, hasta que todos los pájaros —¡centenares, millares y luego millones!— cayeron y quedaron inmóviles, muertos, hasta que no quedó uno solo en el cielo.

¿Qué diría tu psiquiatra si le dijera que grité de alegría cuando leí que había ocurrido esto?

# Ying-Ying St. Claire

## Esperando entre los árboles

Mi hija me ha alojado en la habitación más pequeña de su nueva casa.

—Ésta es la habitación de los invitados —me dijo, en su orgulloso estilo norteamericano.

Le sonreí, pero, según el modo de pensar chino, la habitación de huéspedes tendrá que ser la de ella y su marido, que es la mejor. No le he dicho tal cosa, pues la sabiduría de mi hija es como un estanque insondable. Si echas piedras en él, se hundan en la oscuridad y se disuelven. Sus ojos, al mirarme, no reflejaban nada.

Me digo esto para mis adentros, aunque quiero a mi hija. Ella y yo hemos compartido el mismo cuerpo. Hay una parte de su mente que forma parte de la mía. Pero cuando nació saltó de mí como un pez resbaladizo, y desde entonces se ha alejado nadando. Durante toda su vida la he observado, como si lo hiciera desde otra orilla, y ahora debo contárselo todo acerca de mi pasado. Es la única manera de penetrar a través de su piel y tirar de ella hasta donde pueda estar a salvo.

El techo de este cuarto se inclina hacia la cabecera de mi cama. Sus paredes me encierran como un ataúd. Debería advertirle a mi hija que no aloje a ningún bebé en esta habitación, pero sé que no me haría caso. Ya me ha dicho que no quiere tener hijos. Ella y su marido están demasiado ocupados dibujando edificios que otros construirán y en los que otros vivirán. No sé decir la palabra norteamericana para nombrar lo que ella y su marido son. Es una palabra fea. «Arti-teko», pronuncié una vez delante de mi cuñada. Mi hija se rió al oírme. De niña debería haberle pegado más a menudo por su falta de respeto, pero ahora es demasiado tarde, ahora ella y su marido me dan dinero que se suma a mi pensión. Por ello, aunque a veces la mano me quema, he de retirarla a mi corazón y mantenerla ahí.

¿Qué sentido tiene dibujar bellos edificios y luego vivir en uno que no vale nada? Mi hija tiene dinero, pero todo lo que contiene su casa es de mírame y no me toques, y ni siquiera sirve de adorno. Esta mesita auxiliar, por ejemplo, de pesado mármol blanco sobre unas débiles patitas negras. Has de tener cuidado y no ponerle encima cosas pesadas, porque podría romperse. Lo único que puedes apoyar en esta mesa es un alto florero negro que parece una pata de araña, tan delgado que sólo cabe en él una flor. Si agitas la mesa, el florero y la flor se caerán.

Veo los signos en todas partes, alrededor de esta casa. Mi hija mira pero no ve. Es una casa que se romperá en pedazos. ¿Cómo lo sé? Siempre he sabido previamente lo que va a ocurrir.

\* \* \*

De muchacha, cuando vivía en Wushi, era *lihai*, bulliciosa y testaruda. Siempre tenía una sonrisa en los labios. No hacía caso a los demás. Era menuda y bonita, con unos pies diminutos de los que estaba muy orgullosa. Si un par de zapatillas de seda se ensuciaban, las tiraba. Llevaba caros zapatos importados de piel de becerro, con los tacones pequeños. Rompí muchos pares y destrucé muchas medias corriendo por el patio de guijarros.

A menudo me desenmarañaba el pelo y lo llevaba suelto. Mi madre me miraba la greña revuelta y me regañaba:

—*Aii-ya*, Ying-Ying, eres como los fantasmas femeninos que habitan en el fondo del lago.

Ésas eran las mujeres deshonradas que se habían suicidado ahogándose y se aparecían en las casas de los vivos con el pelo desmelenado para mostrar su eterna desesperación. Mi madre decía que yo iba a llevar la deshonra a la casa, pero yo me echaba a reír mientras ella intentaba recogerme la cabellera con largos alfileres. Me quería demasiado para enojarse. Yo era como ella, y por eso me puso el nombre de Ying-Ying, que significa Reflejo Claro.

Nuestra familia era una de las más ricas de Wushi. Teníamos muchas habitaciones, y todas ellas contenían mesas grandes y pesadas. Sobre cada mesa había un pote de jade, cerrado herméticamente con una tapa también de jade. Aquellos potes encerraban cigarrillos británicos sin filtro, siempre la cantidad adecuada, ni mucha ni poca, y habían sido fabricados expresamente con esa finalidad. A mí aquellos recipientes no me decían nada, me parecían simples chucherías. Cierta vez mis hermanos y yo robamos uno de ellos y tiramos los cigarrillos a la calle. Corrimos a un gran hoyo que se había abierto en la calle, en un lugar donde fluían aguas subterráneas, y nos acuclillamos al lado de los niños que vivían junto al arroyo. Utilizamos el pote de jade para recoger agua sucia, confiando encontrar un pez o un tesoro ignoto. No encontramos nada, pronto nuestras ropas estuvieron cubiertas de barro y no nos diferenciábamos de los niños que vivían en las calles.

Teníamos muchas riquezas en aquella casa. Alfombras de seda y joyas, cuencos exquisitos y marfil delicadamente tallado. Pero cuando pienso de nuevo en la casa, cosa que no me ocurre con frecuencia, lo que acude a mi mente es aquel pote de jade, el tesoro lleno de barro cuyo valor desconocía.

Guardo otro recuerdo claro de aquella casa.

Yo tenía dieciséis años. Era la noche del día en que se casó mi tía más joven. Ésta y su marido ya se habían retirado a su dormitorio en compañía de su suegra y el resto de su nueva familia.

Muchos de los familiares invitados se quedaron en la casa, sentados alrededor de la gran mesa en el salón principal, riendo, comiendo cacahuetes y mondando naranjas. Un hombre procedente de otra ciudad estaba sentado con nosotros, un amigo del flamante marido de mi tía. Tenía más edad que mi hermano mayor, por lo que yo le llamaba tío. Había bebido *whisky* y tenía el rostro enrojecido.

—Ying-Ying —me dijo con la voz ronca mientras se levantaba de su silla—. Puede que aún tengas apetito, ¿no es cierto?

Miré a mi alrededor, sonriendo a todos por la atención especial que me dedicaban. Pensé que iba a ofrecerme alguna golosina contenida en una bolsa en la que ahora estaba metiendo las manos, y confié en que fuesen galletas endulzadas. Pero sacó una sandía que depositó sobre la mesa con un ruido sordo.

—*Kai gwa?* (¿Abro la sandía?) —me dijo, colocando un gran cuchillo sobre el fruto perfecto.

Entonces hundió el cuchillo, lo empujó con todas sus fuerzas y abrió su boca para soltar una carcajada tan estentórea que le vi las muelas de oro. Todos los reunidos alrededor de la mesa se echaron a reír. Me sentí azorada y noté que me ardía el rostro, porque en aquel entonces no comprendía esa clase de bromas.

Sí, es cierto que yo era una chica impetuosa, pero inocente. No sabía qué malicia encerraba su acto de cortar la sandía. No lo comprendí hasta seis meses después, cuando me casé con él y me siseó con la voz distorsionada por el alcohol que estaba preparado para *kai gwa*.

Era un hombre tan malo que, a pesar del tiempo transcurrido, no puedo pronunciar su nombre. ¿Por qué me casé con él? Fue porque la noche siguiente a la boda de mi tía más joven, empecé a percibir por anticipado lo que iba a suceder.

La mayoría de los parientes se habían ido por la mañana, y a media tarde mis hermanas y yo nos aburríamos. Estábamos sentadas a la misma mesa del banquete, tomando té y comiendo pepitas de sandía tostadas. Mis medio hermanas chismorreaban ruidosamente, mientras yo partía pepitas y hacía un montoncito con la parte comestible.

Ellas soñaban en casarse con jóvenes inútiles, de familias no tan buenas como la nuestra, pues no sabían alzar la mano muy alto para coger cosas buenas. Eran las hijas de las concubinas de mi padre, pero yo era la hija de su esposa.

—Su madre te tratará como a una criada... —reprendió una de ellas a otra tras enterarse de quién era el joven elegido.

—Una locura por parte de su tío... —replicó la otra. Cuando se cansaron de intercambiar pullas, me preguntaron con quién quería casarme.

—No conozco a ninguno —les dije altivamente.

No era que los chicos no me interesaran. Sabía cómo llamar la atención y ser admirada, pero era demasiado vana para pensar que cualquiera de ellos sería adecuado para mí.

Tales eran entonces mis pensamientos, pero existen dos clases de pensamientos: algunos son semillas plantadas en nosotros cuando nacemos por nuestros padres y sus antepasados, mientras que otros los planta el prójimo. Es posible que las semillas de sandía que estaba comiendo me hicieran pensar en el hombre que reía la noche anterior. Y en aquel momento sopló una ráfaga de viento del norte y la flor que estaba sobre la mesa se desprendió de su tallo y cayó a mis pies.

Ésta es la verdad. Fue como si un cuchillo hubiera cortado la flor a modo de señal. Supe inmediatamente que me casaría con aquel hombre. No experimenté ninguna alegría al pensar en ello, pero me maravilló el hecho de saberlo.

Pronto empecé a oír que mi padre, mi tío y el nuevo marido de mi tía mencionaban a aquel hombre. Durante la cena me echaban su nombre en mi cuenco junto con el cucharón de sopa. Un día le descubrí mirándome desde el otro lado del patio de mi tía, y decía a otros: «Mirad, no puede volver la cabeza. Ya es mía».

Es cierto que no volví la cabeza. Sostuve su mirada, le escuché con la cabeza alta, husmeando el hedor de sus palabras cuando me dijo que mi padre probablemente no concedería la dote que él iba a pedirle. Me debatí tanto para apartarle de mis pensamientos que al final perdí pie y caí en un lecho nupcial con él.

Mi hija no sabe que me casé con aquel hombre hace tanto tiempo, veinte años antes de que ella naciera. No sabe lo bella que era yo cuando me casé con él. Era mucho más guapa que mi hija, que tiene pies de campesina y una nariz grande como la de su padre.

Incluso hoy mi piel es todavía suave y mi figura esbelta como la de una muchacha. Pero hay profundas arrugas alrededor de mi boca, donde antes sólo había sonrisas. ¡Y mis pobres pies, en otro tiempo tan pequeños y bonitos! Ahora están hinchados, llenos de callos y agrietados en los talones. Mis ojos, tan vivaces y brillantes a los dieciséis años, ahora están amarillentos, velados.

Pero sigo viéndolo casi todo con claridad. Cuando quiero recordar, es como si mirase el interior de un cuenco y descubriera los últimos granos de arroz que no acabaste.

Recuerdo una tarde en el lago Tai, poco después de que me casara con aquel hombre. Fue entonces cuando llegué a amarle. Él me había vuelto el rostro hacia el sol poniente. Sostuvo mi barbilla, me acarició la mejilla y dijo:

—Tienes ojos de tigre, Ying-Ying. Por el día recogen fuego y por la noche tienen un fulgor dorado.

No me reí, aunque ése era un poema que él recitaba muy mal. Lloré con sincera alegría. Me sentía como si estuviera en el agua, debatiéndome para salir pero, a la vez, deseando quedarme dentro. Así llegué a quererle, así sucede cuando una persona une su cuerpo al tuyo y una parte de tu mente se debate para unirse a esa persona contra tu voluntad.

Me convertí en una extraña para mí misma. Realzaba mi belleza para él. Si me calzaba zapatillas, elegía un par que a él sin duda alguna le gustaría. Cada noche me cepillaba el pelo noventa y nueve veces, a fin de atraer la suerte a nuestro lecho nupcial, con la esperanza de concebir un hijo.

La noche que él engendró un hijo en mí, una vez más lo supe antes de que ocurriera. Supe que era un varón, vi su cuerpecillo en mi matriz. Tenía los ojos de mi marido, grandes y muy separados, tenía los dedos largos, gruesos lóbulos en las orejas y un pelo liso y brillante que se iniciaba muy arriba para revelar la frente

ancha.

Precisamente porque mi alegría fue tan grande, llegué a experimentar tanto odio. Pero cuando estaba en el apogeo de mi felicidad, tuve una preocupación que comenzó exactamente encima de mi frente, en el lugar donde conoces las cosas. Más adelante esa preocupación fue deslizándose hacia mi corazón, donde sientes las cosas y se vuelven reales.

Mi marido empezó a realizar muchos viajes de negocios al norte. Estos viajes se iniciaron poco después de que nos casáramos, pero se hicieron más largos después de que yo quedara embarazada. Recordé que el viento del norte había soplado suerte y marido hacia mí, por lo que de noche, cuando él estaba ausente, abría de par en par las ventanas de mi dormitorio, incluso cuando hacía frío, para que el viento me trajera de nuevo su espíritu y su corazón.

Lo que no sabía era que el viento del norte es el más frío. Penetra en el corazón y arrebató el calor. El viento adquirió tal fuerza que se llevó a mi marido de mi dormitorio haciéndole salir por la puerta trasera. Mi tía más joven me comunicó que mi marido me había dejado para vivir con una cantante de ópera.

Más tarde todavía, cuando superé mi aflicción y llegué a no albergar en mi pecho más que desesperación y odio, mi tía más joven me habló de otras mujeres, bailarinas y señoras norteamericanas, prostitutas, una prima incluso más joven que yo y que se marchó misteriosamente a Hong Kong, poco después de que mi marido desapareciera.

Así pues, le hablaré a Lena de mi vergüenza. Le diré que fui rica y bella, demasiado buena para un hombre cualquiera, y que me convertí en una mercancía abandonada. Le diré que, a los dieciocho años, la belleza desapareció de mis mejillas y que pensé en arrojarme al lago como otras mujeres deshonradas. Y le diré que maté al bebé por el odio que llegué a sentir hacia aquel hombre.

Saqué al bebé de mi matriz antes de que pudiera nacer. En aquel tiempo, en China, matar a un bebé antes de que naciera no era nada malo. Pero incluso entonces pensé que sí lo era, porque un terrible deseo de venganza fluyó de mi cuerpo con los jugos del hijo primogénito de aquel hombre.

Cuando las enfermeras me preguntaron qué debían hacer con el bebé sin vida, les arrojé un periódico y les dije que lo envolvieran como a un pescado y lo arrojaran al lago. Mi hija cree que no sé lo que significa no desear un bebé.

Cuando mi hija me mira, ve a una vieja menuda, porque sólo me ve con los ojos externos. No tiene *chuming*, conocimiento interior de las cosas. Si tuviera *chuming* vería a una mujer que es como un tigre, y sentiría prevención y temor.

Nací en el año del Tigre. Fue un año muy malo para nacer, pero un año muy bueno para ser un Tigre. Aquel año entró en el mundo un espíritu maligno. Los habitantes del campo morían como pollos en un día tórrido de verano, mientras que los de la ciudad se convirtieron en sombras, entraron en sus hogares y desaparecieron. Los recién nacidos no engordaban. La carne se desprendía de sus huesos al cabo de

unos días y morían.

El espíritu maligno permaneció cuatro años en el mundo. Pero yo procedía de un espíritu más fuerte todavía y viví. Eso es lo que me dijo mi madre cuando tuve edad suficiente para saber por qué siempre ponía tanto empeño en salirme con la mía.

Entonces me contó por qué el tigre es dorado y negro. Este animal tiene dos aspectos. El lado dorado salta con su corazón feroz, mientras que el lado negro permanece inmóvil, lleno de astucia, ocultando su oro entre los árboles, viendo sin ser visto, esperando con paciencia a que lleguen las presas. Yo no aprendí a usar mi lado negro hasta que aquel mal hombre me abandonó.

Me volví como las mujeres del lago. Cubrí con paños los espejos de mi dormitorio para no ver mi aflicción. Perdí las fuerzas, hasta tal punto que ni siquiera podía levantar las manos para ponerme alfileres en el pelo. Y entonces floté como una hoja muerta sobre el agua, hasta que salí de la casa de mi suegra y regresé al hogar de mi familia.

Me fui al campo, en las afueras de Shanghai, para vivir con la familia de un primo segundo. Me quedé en aquella casa diez años, y si me preguntas qué hice durante esos largos años, sólo puedo decir que esperé entre los árboles. Dormía con un ojo cerrado y el otro abierto y vigilante.

No hacía ningún trabajo. La familia de mi primo me trataba bien porque yo era la hija de la familia que los mantenía. La casa era de aspecto pobre y en ella se hacinaban tres familias. No era cómodo vivir allí, y eso era lo que yo quería. Los bebés gateaban por el suelo entre ratones. Los pollos entraban y salían como los toscos invitados campesinos de mis familiares. Comíamos en la cocina, en medio del pringue depositado en todas partes por las frituras. ¡Y las moscas! Si dejabas un cuenco con unos granos de arroz, por pocos que fueran, no tardarías en encontrarlo cubierto de ávidas moscas, hasta tal punto que parecería un cuenco viviente de sopa de alubias negras. Así de pobres eran aquellos campos.

Al cabo de diez años estaba dispuesta. Ya no era una muchacha, sino una mujer extraña, todavía casada pero sin marido. Fui a la ciudad con los dos ojos bien abiertos. Era como si el cuenco de moscas negras se hubiera vertido en las calles. Por todas partes había gente moviéndose, hombres desconocidos que se abrían paso empujando a mujeres desconocidas sin que a nadie le importara.

Con el dinero de mi familia me compré ropa nueva, trajes rectos y modernos. Me corté el largo pelo al estilo que entonces estaba de moda, como un muchacho. Estaba tan cansada de no hacer nada durante tantos años que decidí trabajar, y lo hice como dependienta en una tienda.

No tuve necesidad de aprender a halagar a las mujeres. Conocía las palabras que ellas deseaban oír. Un tigre sabe producir un suave y profundo ronroneo dentro de su pecho y hacer que hasta los conejos se sientan seguros y satisfechos.

Aunque ya era una mujer madura, volví a ser bonita. Esto era un don. Llevaba ropas mucho mejores y más caras que las que se vendían en la tienda. Y esto incitaba

a las mujeres a comprar las prendas baratas, porque creían que podrían parecer tan bonitas como yo.

Fue en aquella tienda, trabajando como una campesina, donde conocí a Clifford St. Clair. Era un norteamericano corpulento y pálido que compraba las prendas baratas de la tienda y las enviaba a ultramar. Fue su apellido lo que me hizo saber que me casaría con él.

—Mister Saint Clair —me dijo en inglés, y añadió en su chino indistinto, desentonado—: Como el ángel de la luz.

Ni me gustaba ni me dejaba de gustar, no le encontraba atractivo ni desagradable. Pero supe una cosa: supe que él era una señal de que mi lado negro no tardaría en marcharse.

Saint me cortejó durante cuatro años a su extraña manera. Aunque yo no era la propietaria de la tienda, él siempre me saludaba, me estrechaba la mano y la retenía durante largo rato. Sus palmas siempre estaban húmedas, incluso después de casarnos. Era limpio y simpático, pero olía como un extranjero, tenía un olor a cordero que no desaparecía por mucho que se lavara.

Era amable, pero *kechi*, demasiado cortés. Me hacía regalos baratos: una figurita de cristal, un broche de vidrio tallado, un encendedor coloreado de plata. Saint actuaba como si esos regalos no tuvieran ninguna importancia, como si él fuese un hombre rico que ofrecía a una pobre muchacha campesina cosas que nunca habíamos visto en China.

Pero me fijaba en su expresión mientras yo abría las cajas. Inquieto y deseoso de complacer. No sabía que aquellas cosas no eran nada para mí, acostumbrada a riquezas que él ni siquiera podía imaginar.

Siempre aceptaba sus regalos con elegancia, protestando siempre lo suficiente, ni muy poco ni demasiado. No le estimulaba, pero como sabía que aquel hombre sería algún día mi marido, guardaba cuidadosamente aquellas baratijas sin valor en una caja, cada una envuelta en papel de seda. Sabía que algún día él querría verlas de nuevo.

Lena cree que Saint me rescató del pobre villorrio del que le dije que procedo. Está en lo cierto y se equivoca a la vez. Mi hija no sabe que Saint tuvo que esperar pacientemente durante cuatro años, como un perro ante una carnicería.

¿Por qué decidí finalmente casarme con él? Aguardaba la señal de cuya llegada estaba segura, y tuve que esperar hasta 1946.

Recibí una carta de Tientsin, no de mi familia, pues creían que había muerto, sino de mi tía más joven. Supe lo que decía antes de rasgar el sobre: mi marido había muerto. Había dejado a su cantante de ópera mucho tiempo atrás y vivía con una chica de clase baja, una joven sirvienta, pero de carácter fuerte y temeraria, incluso más que él, y cuando intentó abandonarla, ella ya había afilado su cuchillo de cocina más largo.

Yo creía que aquel hombre había secado en el pasado todos los sentimientos de

mi corazón, pero ahora fluyó algo fuerte y amargo, y me hizo sentir otro vacío que no había creído posible. Le maldije en voz alta, para que pudiera oírme: tienes ojos de perro, saltabas y seguías a quienquiera que te llamara, y ahora estás persiguiendo tu propia cola.

Así pues, tomé la decisión. Permití a Saint casarse conmigo. Me resultó muy fácil. Era la hija de la esposa de mi padre. Hablé en voz temblorosa, palidecí, enfermé, adelgacé más. Me abandoné hasta convertirme en un animal herido. Dejé que el cazador viniera a mí y me convirtiera en el espectro de un tigre. Abandoné de buen grado mi *chi*, el espíritu que me causó tanto dolor.

Ahora era un tigre que ni se abalanzaba ni yacía acechando entre los árboles. Me convertí en un espíritu invisible.

Saint me llevó a los Estados Unidos, donde viví en casas más pequeñas que aquella en el campo. Vestía holgadas prendas norteamericanas, hacía tareas propias de las criadas. Aprendí las costumbres occidentales. Intenté hablar con la voz apagada. Crié a una hija, contemplándola desde otra orilla. Acepté su manera de ser y sus hábitos norteamericanos.

Nada de todo esto me importó. No tenía espíritu.

¿Puedo decirle a mi hija que amé a su padre? Era un hombre que me frotaba los pies por la noche, alababa la comida que yo preparaba, que lloró sinceramente cuando saqué las baratijas que había guardado para el día apropiado, el día que me dio a mi hija, una muchacha tigre.

¿Cómo podría no amar a ese hombre? Pero era el amor de un fantasma, unos brazos que rodeaban pero no tocaban, un cuenco lleno de arroz pero sin apetito para comerlo, sin avidez, sin plenitud.

Ahora Saint es un fantasma. Ahora podemos tenernos un amor igual. Él sabe las cosas que he ocultado durante todos estos años. Y ahora debo decírselo todo a mi hija. Que es la hija de un fantasma. Ella no tiene *chi*, y ésa es mi mayor vergüenza. ¿Cómo puedo abandonar este mundo sin dejarle mi espíritu?

He aquí lo que pienso hacer. Reuniré mi pasado y lo contemplaré, veré algo que ya ha sucedido, el dolor que cortó y separó mi espíritu. Retendré ese dolor en mi mano hasta que se haga duro y brillante, más claro, y entonces podré recuperar mi fiereza, mi lado dorado, mi lado negro. Usaré este dolor agudo para atravesar la dura piel de mi hija, para cortar y separar su espíritu de tigre. Ella luchará contra mí, porque así es la naturaleza de dos tigres, pero yo venceré y le daré mi espíritu, pues así es como una madre ama a su hija.

Oigo a mi hija hablando con su marido en el piso de abajo. Dicen palabras que no significan nada. Están en una habitación que carece de vida.

Percibo lo que va a ocurrir antes de que suceda. Ella oirá el estrépito del florero y la mesa cuando caigan al suelo. Subirá y entrará en esta habitación. Sus ojos no verán nada en la oscuridad, donde yo espero entre los árboles.

# Lindo Jong

## Doble semblante

Mi hija quería ir a China para pasar allí su segunda luna de miel, pero ahora tiene miedo.

—¿Y si me mezclo tan bien que me consideran uno de ellos? —me preguntó Waverly—. ¿Y si no me dejan regresar a Estados Unidos?

—Cuando vayas a China, ni siquiera tendrás necesidad de abrir la boca —le respondí—. En seguida sabrán que eres forastera.

—¿Qué quieres decir? —A mi hija le gusta replicar, siempre cuestiona lo que le digo.

—*Aii-ya*, aunque te pongas sus ropas, aunque te quites el maquillaje y escondas tus lujosas joyas, lo sabrán. Les bastará ver tu manera de andar, la expresión de tu cara. Sabrán que no eres de allí.

A mi hija no le gustó que le dijera que no parece china. Puso una avinagrada expresión norteamericana en su rostro. Hace diez años, quizás habría aplaudido alborozada, como si eso fuese una buena noticia, pero ahora quiere ser china, es algo que está de moda. Y sé que es demasiado tarde. ¡Cómo me empeñé en enseñarle, año tras año! Ella siguió mis hábitos chinos sólo hasta que fue capaz de salir sola a la calle e ir a la escuela. Ahora las únicas palabras chinas que conoce son *sh-sh*, *houche*, *chr fan* y *gwan deng shweijyan*. ¿Cómo va a comunicarse con esas palabras? Pipí, el tren, come, apaga la luz y duerme. ¿Cómo se le ocurre que podrá mezclarse con ellos? Sólo su piel y su pelo son chinos. Por dentro... es norteamericana pura.

Yo tengo la culpa de que sea así. Quise que mis hijos tuvieran la mejor combinación: circunstancias norteamericanas y carácter chino. ¿Cómo podía saber que esas dos cosas son incompatibles?

Le enseñé cómo funcionan las circunstancias norteamericanas. Aquí, nacer pobre no es una vergüenza perdurable. Estás entre los primeros en la cola para conseguir una beca. Si el tejado se derrumba sobre tu cabeza, no tienes que llorar por tu mala suerte. Puedes demandar a cualquiera y hacer que el propietario de la casa lo repare. No tienes que sentarte como un Buda bajo un árbol y dejar que las palomas se caguen en tu cabeza. Puedes comprar un paraguas o entrar en una iglesia católica. En Estados Unidos, nadie dice que debes adaptarte a las circunstancias que otros te imponen.

Ella aprendió esas cosas, pero no pude enseñarle nada acerca del carácter chino, de cómo obedecer a los padres y escuchar las opiniones de tu madre, cómo guardarte tus pensamientos y velar tus sentimientos a fin de aprovecharte de las oportunidades ocultas, de por qué no merece la pena ir corriendo en pos de las cosas fáciles, de cómo conocer tu propia valía y pulirla, sin exhibirla nunca como un anillo barato. Ni de por qué el pensamiento chino es mejor.

No, esta manera de pensar le era indiferente. Estaba demasiado ocupada

mascando chicle y haciendo burbujas más grandes que sus mejillas. Sólo le importaba esa clase de ocupaciones.

—Termina el café —le dije ayer—. No desperdicies tus bendiciones.

—No seas tan anticuada, mamá —me replicó, tirando el café a la pica—. Soy independiente.

Y me pregunto cómo puede decir con tanta facilidad que es independiente. ¿Cuándo acepté que ya no me pertenecía?

\* \* \*

Mi hija va a casarse por segunda vez y me ha pedido que vaya a su peluquería, a su célebre señor Rory. Sé por qué lo ha hecho. Mi aspecto le avergüenza. ¿Qué pensarán su marido y los importantes abogados amigos de éste de una vieja y atrasada mujer china?

—Tía An-Mei puede cortarme el pelo —le digo.

—Rory es famoso —dice mi hija, como si no tuviera oídos—. Hace un trabajo fabuloso.

De modo que me siento en el sillón del señor Rory, quien me sube y me baja hasta que estoy a la altura adecuada. Entonces mi hija me critica como si yo no estuviera presente.

—Mire lo plana que es lateralmente —acusa a mi cabeza—. Necesita un corte y la permanente. Y este teñido púrpura se lo ha hecho ella en casa. Nunca le ha arreglado el pelo un profesional.

Mira al señor Rory en el espejo, y él me mira a mí del mismo modo. No es la primera vez que veo esta mirada profesional. Los norteamericanos no se miran realmente unos a otros cuando hablan, sino que hablan a sus imágenes reflejadas. Miran a los demás o a sí mismos sólo cuando creen que nadie está mirando. Por eso nunca ven cuál es su verdadero aspecto. Se ven sonriendo sin abrir la boca, o vueltos hacia un lado, donde no pueden ver sus defectos.

—¿Cómo lo quiere? —pregunta el señor Rory. Cree que no entiendo el inglés. Está deslizando los dedos a través de mi pelo, mostrando cómo su magia puede hacer que parezca más espeso y más largo.

—¿Cómo lo quieres, mamá? —¿Por qué cree mi hija que me está traduciendo el inglés? Sin darme tiempo a responder, explica mis pensamientos—: Quiere un ondulado suave. Probablemente no debemos cortarlo mucho, pues estaría demasiado compacto para la boda. No lo quiere ensortijado ni con un aspecto raro. —Entonces me dice alzando la voz como si me hubiera quedado sorda—: ¿No es cierto, mamá? No lo quieres demasiado compacto, ¿verdad?

Sonrío y adopto mi semblante norteamericano. Ése es el rostro que los americanos consideran chino, la expresión que no pueden comprender. Pero por

dentro me siento avergonzada. Me avergüenzo de que ella esté avergonzada, porque es mi hija y estoy orgullosa de ella, pero soy su madre y no está orgullosa de mí.

El señor Rory me da unas palmaditas más en el pelo, me mira y luego mira a mi hija. Entonces le dice algo que a ella le desagrada de veras:

—¡Es extraordinario el parecido entre ambas!

Sonríó, esta vez con mi semblante chino. Pero los ojos y la sonrisa de mi hija se estrechan mucho, como un gato que se contrae antes de atacar. Ahora el señor Rory nos deja para que podamos pensar. Le oigo chasquear los dedos:

—¡Lavado! ¡La señora Jong es la siguiente!

Mi hija y yo estamos solas en esta peluquería atestada. Ella mira su imagen en el espejo con el ceño fruncido. Me ve mirándola.

—Las mismas mejillas —dice. Señala las mías y luego se toca las mejillas. Las hunde para parecer una persona desnutrida. Pone su rostro junto al mío y nos miramos en el espejo.

—Puedes ver tu carácter en el semblante —le digo sin pensar—. Puedes ver tu futuro.

—¿Qué quieres decir?

Y ahora he de poner a raya mis sentimientos. Pienso en lo parecidos que son esos dos rostros. La misma felicidad, la misma tristeza, la misma buena estrella, los mismos defectos.

Me veo a mí misma y a mi madre, allá en China, cuando yo era una chiquilla.

\* \* \*

Cierta vez mi madre, tu abuela, me dijo cuál sería mi suerte, que mi carácter me conduciría a circunstancias buenas y malas. Estaba sentada ante el tocador, con su espejo enorme, y yo de pie detrás de ella, con el mentón apoyado en su hombro. Al día siguiente empezaba el año nuevo. Yo tendría diez años, según el cómputo chino, y se trataba de un cumpleaños importante para mí. Tal vez por esta razón mi madre no me criticaba demasiado. Me estaba mirando el rostro.

—Eres afortunada —me dijo, tocándome la oreja—. Tienes las orejas como yo, con el lóbulo grande y grueso, muy carnoso en la parte inferior, lleno de bendiciones. Hay personas que nacen muy pobres. Sus orejas son muy delgadas, están muy pegadas a la cabeza, y por eso nunca pueden oír que la suerte las llama. Tú tienes unas orejas como es debido, pero debes escuchar para captar tus oportunidades.

Deslizó su delgado dedo por mi nariz.

—Tienes una nariz como la mía. Las fosas no son demasiado grandes, por lo que tu dinero no se escapará. Es recta y suave, una buena señal. Una muchacha con la nariz torcida es proclive a la desgracia. Siempre va en pos de lo que no le conviene, de las personas que no le interesan, de la peor suerte. —Me dio unos golpecitos en el

mentón y luego tocó el suyo—: No es muy corto ni muy largo. Nuestra longevidad será adecuada, no pereceremos demasiado pronto ni viviremos tanto como para ser una carga.

Me apartó el pelo de la frente.

—Somos iguales —concluyó mi madre—. Quizá tu frente es más ancha, por lo que serás incluso más inteligente. Y tienes el cabello espeso, el movimiento del pelo está bajo, en la frente, lo cual significa que sufrirás algunas penurias en tu juventud. Lo mismo me sucedió a mí. ¡Pero mira qué alto tengo ahora ese perfil! Es una bendición en mi ancianidad. Más tarde aprenderás a preocuparte y también perderás tu pelo.

Me cogió el mentón, volvió mi rostro hacia ella y me miró a los ojos. Movié mi rostro a un lado y luego al otro.

—Hay sinceridad y vehemencia en tus ojos. Me siguen y muestran respeto. No miran abajo, avergonzados. No se resisten volviéndose hacia el otro lado. Serás buena esposa, madre y nuera.

Cuando mi madre me dijo esas cosas, yo era pequeña todavía. Y aunque dijo que parecíamos iguales, yo quería parecerme más. Si ella levantaba los ojos con una expresión de sorpresa, yo quería que los míos hicieran lo mismo. Si su boca adoptaba un rictus de desdicha, yo también quería sentirme desdichada.

Era muy parecida a mi madre. Eso ocurría antes de que las circunstancias nos separaran: una inundación que obligó a mi familia a dejarme atrás, mi primer matrimonio en el seno de una familia que no me quería, guerra en todas partes y, más tarde, un océano que me llevó a un nuevo país. Ella no vio cómo cambiaba mi rostro en el transcurso de los años, cómo empezaba a languidecer mi boca, cómo empecé a preocuparme pero aun así no perdía el pelo, cómo mis ojos empezaron a adoptar las expresiones norteamericanas. No me vio fruncir la nariz en un traqueteante y abarrotado autobús en San Francisco. Tu padre y yo íbamos camino de la iglesia para agradecer a Dios todas nuestras bendiciones, pero tuve que restar un poco de agradecimiento por mi olfato.

Es difícil mantener tu semblante chino en Estados Unidos. Al principio, antes incluso de llegar, tuve que ocultar mi verdadero yo. Pagué a una muchacha china de Pekín, que se había educado en Norteamérica, para que me enseñara cómo hacerlo.

—En Estados Unidos no puedes decir que quieres vivir allí para siempre —me dijo—. Si eres china, debes decir que admiras sus escuelas, su manera de pensar, debes decir que quieres estudiar y luego regresar y enseñar a los chinos lo que has aprendido.

—¿Qué debo decirles que quiero aprender? Si me hacen preguntas y no sé responderlas...

—Religión, debes decir que quieres estudiar religión —dijo aquella muchacha tan lista—. Cada norteamericano tiene una idea diferente sobre la religión, por lo que no hay respuestas correctas y erróneas. Diles que te interesa difundir la palabra de Dios y

te respetarán.

Por otra suma de dinero, aquella muchacha me dio un formulario lleno de palabras inglesas. Tuve que copiar aquellas palabras una y otra vez, como si fuesen palabras inglesas formadas en mi cabeza. Al lado de la palabra NOMBRE, escribí *Lindo Sun*, a lado de FECHA DE NACIMIENTO, anoté *11 de mayo de 1918*, que según aquella muchacha era lo mismo que tres meses después del nuevo año chino lunar. Al lado de LUGAR DE NACIMIENTO indiqué *Taiyuan, China*, y al lado de la palabra OCUPACIÓN escribí *estudiante de teología*.

Di a la muchacha más dinero por una lista de direcciones en San Francisco, gente con buenas conexiones. Y finalmente me dio, sin cobrarme nada, instrucciones para cambiar mis circunstancias.

—Primero debes encontrar un marido —me dijo—. Un ciudadano norteamericano es lo mejor. —Al ver mi expresión de sorpresa, se apresuró a añadir—: ¡Chino! Naturalmente, debe ser chino. «Ciudadano» no significa de raza blanca. Pero si no es ciudadano, debes pasar de inmediato al número dos. Mira, aquí está: debes tener un hijo, chico o chica, eso no importa en Estados Unidos. Ni uno ni otra se ocuparán de ti cuando seas vieja, ¿no es cierto? —Ambas nos echamos a reír—. Pero ten cuidado —añadió—. Las autoridades te preguntarán si tienes hijos o si piensas tenerlos. Debes decir que no. Debes parecer sincera y decir que no estás casada, que eres religiosa y sabes que, en tu caso, no sería correcto tener un hijo.

Debí de mostrarme perpleja, porque ella amplió su explicación:

—Escucha, ¿cómo puede saber un bebé no nacido lo que no debe hacer? Y, una vez que nazca, será ciudadano norteamericano y podrá hacer lo que quiera, como pedirle a su madre que se quede en el país. ¿No es cierto?

Pero no fue ésta la razón de mi perplejidad. Me intrigó lo que había dicho sobre la sinceridad. ¿Cómo no iba a parecer sincera cuando dijera la verdad?

Mira qué sincero parece todavía mi semblante. ¿Por qué no te transmití este rasgo? ¿Por qué siempre dices a tus amigos que llegué a Estados Unidos en un barco que navegó lentamente desde China? Eso no es cierto. Yo no era tan pobre. Vine en avión. Había ahorrado el dinero que me dieron los familiares de mi primer marido cuando se deshicieron de mí, así como el dinero que recibí por mi trabajo de telefonista durante doce años. Pero es cierto que no tomé el avión más rápido. Me pasé tres semanas volando, haciendo escala en todas partes: Hong Kong, Vietnam, las Filipinas, Hawaii. Y así, cuando llegué, no parecía sinceramente contenta de estar aquí.

¿Por qué dices siempre a la gente que conocí a tu padre en la Casa de Catay, que partí una galleta de la suerte y supe así que me casaría con un hombre guapo y moreno, y que cuando alcé la vista, allí estaba, el camarero, tu padre? ¿A qué viene esa broma? Eso no es sincero. ¡Eso no es cierto! Tu padre no era camarero, jamás comí en ese restaurante. La Casa de Catay tenía un letrero que decía «Comidas Chinas», por lo que sólo la frecuentaban norteamericanos antes de que la derribaran.

Ahora es un restaurante McDonald's con un gran letrero chino que dice *mai dong lou*, «trigo», «este», «edificio». Una estupidez. ¿Por qué sólo te atrae la estupidez china? Debes entender mis circunstancias reales, cómo llegué, cómo me casé, cómo perdí mi semblante chino, por qué eres como eres.

Cuando llegué, nadie me hizo preguntas. Las autoridades miraron mis documentos, pusieron un sello y me dejaron pasar. Decidí ir primero a una dirección de San Francisco que me había dado aquella muchacha de Pekín. El autobús me dejó en una calle ancha, por la que circulaban tranvías. Era la calle California. Subí por aquella cuesta empinada y vi un edificio alto. Era el templo Old St. Mary. Bajo el letrero indicador de la iglesia, en caracteres chinos escritos a mano, alguien había añadido: «Ceremonia china para salvar a los fantasmas de la inquietud espiritual, de 7 a 20:30 horas». Me aprendí de memoria esta información, por si las autoridades me preguntaban dónde practicaba mi religión. Entonces vi otro letrero en la acera de enfrente. Estaba pintado en el exterior de un edificio bajo: «Ahorre hoy para mañana en el Banco de América». Y pensé que allí era donde los norteamericanos practicaban su religión<sup>[7]</sup>. ¡Ya ves que ni siquiera entonces era tan tonta! Hoy esa iglesia tiene el mismo tamaño, pero donde estaba aquel pequeño banco hay ahora un alto edificio de cincuenta pisos, donde tú y tu futuro marido trabajáis y miráis a los de abajo por encima del hombro.

Mi hija se rió cuando le dije esto. Su madre es capaz de hacer un buen chiste.

Así pues, seguí subiendo la cuesta. Vi dos pagodas, una a cada lado de la calle, como si fuesen la entrada a un gran templo budista. Pero cuando miré detalladamente, vi que la pagoda no era más que una construcción con varios tejados, sin muros ni nada debajo. Me sorprendió que intentaran dar a todo el aspecto de una antigua ciudad imperial o de la tumba de un emperador, pero si mirabas a cada lado de aquellas falsas pagodas, veías que las calles eran estrechas, oscuras y sucias, llenas de gente. Me pregunté por qué habían elegido lo peor de las ciudades chinas para el interior. ¿Por qué no habían construido jardines con estanques en vez de aquel hacinamiento? Cierto que aquí y allá había algo parecido a una célebre caverna antigua o una ópera china, pero el interior era siempre pobre y de mal gusto.

De manera que cuando encontré la dirección que me había dado la muchacha de Pekín, sabía que no podía esperar gran cosa. Era un enorme edificio verde, muy ruidoso, con niños que subían y bajaban corriendo las escaleras exteriores y pululaban en los pasillos. En el número 402 encontré a una anciana, la cual me dijo sin preámbulos que había perdido el tiempo esperándome durante toda la semana. Anotó rápidamente varias direcciones y me las dio, manteniendo la mano extendida con la palma hacia arriba después de que yo cogiera el papel, por lo que le di un dólar. Ella lo miró y me dijo:

—*Syaujye*, señorita, ahora estamos en los Estados Unidos. Hasta un mendigo se moriría de hambre si tuviera que comer con este dólar. —Le di otro dólar y ella se quejó—: *Aii*, ¿cree que es tan fácil conseguir esta información?

Le di un dólar más y ella cerró la mano y la boca.

Gracias a las direcciones facilitadas por la anciana, encontré un piso barato en Washington Street. Era una casa como todas las demás que había visto, encima de una pequeña tienda. Y gracias a la lista que me había costado tres dólares, encontré un empleo horrible, pagado a setenta y cinco centavos la hora. Intenté conseguir trabajo como dependienta, pero para eso tenías que saber inglés. Probé otro empleo como camarera china, pero también querían que sobara a hombres desconocidos, y supe en seguida que era un trabajo tan malo como el de las prostitutas de cuarta categoría en China. Taché esa dirección con tinta negra. Otros trabajos requerían que tuvieras una relación especial. Había empleos ofrecidos por familias de Cantón, Toishan y los Cuatro Distritos, gentes del sur que habían llegado muchos años atrás para hacer fortuna y seguían aferrados a su pequeño negocio ayudados por sus biznietos.

Mi madre acertó en la predicción de mis penurias. El trabajo en una fábrica de galletas fue el peor de todos. Grandes máquinas negras funcionaban día y noche, vertiendo pequeñas tortas en unas planchas redondas móviles. Las otras mujeres y yo nos sentábamos en altos taburetes y, cuando las tortitas pasaban, teníamos que cogerlas de la plancha caliente, precisamente cuando se doraban. Poníamos una tira de papel en el centro, doblábamos la galleta por la mitad y torcíamos los extremos hacia atrás, en el momento en que se endurecía. Si cogías la torta demasiado pronto, te quemabas los dedos con la pasta caliente y húmeda, pero si la cogías demasiado tarde, la galleta se endurecía antes de que pudieras completar el primer pliegue. Tenías que echar tus errores a un cubo, y te los descontaban, porque el propietario sólo podía venderlos como restos.

Al terminar la primera jornada, tenía los diez dedos de las manos enrojecidos. Aquél no era trabajo para una persona estúpida. Tenías que aprender con rapidez o los dedos se te convertirían en salchichas fritas. Por eso al día siguiente sólo me ardieron los ojos, porque no los aparté ni un momento de las tortas, y al otro me dolieron los brazos por haberlos mantenido extendidos y dispuestos a coger las tortas en el momento preciso. Pero al finalizar la primera semana se convirtió en un trabajo automático y pude relajarme lo suficiente para fijarme en quién trabajaba a cada lado. Una de ellas era una mujer mayor que nunca sonreía y hablaba consigo misma en cantonés cuando estaba enfadada. Hablaba como una loca. A mi otro lado había una mujer más o menos de mi edad, cuyo cubo contenía muy pocos desperdicios, pero yo sospechaba que se comía sus errores, pues estaba muy rolliza.

—¡Eh, *Syaujye!* —me llamó alzando la voz para hacerse oír por encima del ruido de las máquinas. Me alivió oír su voz y descubrir que ambas hablábamos mandarín, aunque su dialecto tenía un sonido áspero—. ¿Has pensado alguna vez que llegarías a tener el poder de determinar la suerte de otros? —me preguntó.

No comprendí a qué se refería, y ella cogió una de las tiras de papel y leyó, primero en inglés: «No te querelles ni laves tus trapos sucios en público, porque la

suciedad irá a parar al vencedor». Entonces me tradujo al chino: «No debes pelearte y hacer la colada al mismo tiempo, Si ganas, se te ensuciará la ropa».

Yo seguía sin saber lo que quería decir. Entonces cogió otra tira de papel y leyó en inglés: «El dinero es la raíz de todos los males. Mira a tu alrededor y ahonda más». Y me explicó en chino: «El dinero es una mala influencia. Te vuelves descontento y robas tumbas».

—¿Qué son estas tonterías? —le pregunté, guardándome las tiras de papel en el bolsillo, con la intención de estudiar los proverbios norteamericanos clásicos.

—Son tiras de la suerte. Los norteamericanos creen que los chinos escriben estas cosas.

—¡Pero jamás decimos unas cosas tan absurdas! Éstos no son horóscopos ni buenaventuras, sino malas instrucciones.

—No, señorita —dijo ella, riendo—. Son tiras de la suerte. Tenemos la mala suerte de estar aquí, metiendo las tiras en las galletas, y otros tienen la mala suerte de comprarlas.

Así es como conocí a An-Mei Hsu. Sí, sí, la tía An-Mei, ahora tan anticuada. Todavía nos reímos recordando aquellas extrañas tiras de la suerte, que más adelante fueron muy útiles y me ayudaron a encontrar marido.

—Eh, Lindo —me dijo An-Mei un día en el trabajo—: Ven a mi iglesia este domingo. Mi marido tiene un amigo que está buscando una buena esposa china. No tiene la ciudadanía, pero estoy segura de que sabe cómo se puede conseguir.

Aquella fue la primera vez que oí hablar de Tin Jong, tu padre. No fue como mi primer matrimonio, en el que todo estuvo convenido. No, en esta ocasión tenía alternativa, podía aceptarle como marido o no aceptarle y regresar a China.

Nada más verle supe que había un inconveniente: ¡era cantonés! ¿Cómo podía pensar An-Mei que me casaría con semejante persona? Pero ella se limitó a decir: «Ya no estamos en China y no estás obligada a casarte con un muchacho del pueblo. Aquí todo el mundo es del mismo pueblo aunque proceda de distintas zonas de China». Ya ves cómo ha cambiado tía An-Mei desde aquellos viejos tiempos.

Al principio, tu padre y yo éramos tímidos y no podíamos comunicarnos en nuestros dialectos respectivos. Íbamos juntos a las clases de inglés, hablábamos entre nosotros con las palabras del nuevo idioma y, a veces, escribíamos en un trozo de papel un ideograma chino para aclarar lo que queríamos decir. Por lo menos teníamos eso, un trozo de papel que nos unía. Pero es difícil conocer las intenciones matrimoniales de alguien cuando no puede decir las cosas a viva voz. Esos pequeños signos, las palabras burlonas, mandonas, regañonas, son los que te permiten saber si sus intenciones son serias. Sólo podíamos hablar a la manera de nuestro profesor de inglés: veo un gato, veo un pato, veo un plato.

Pero no tardé en ver cuánto le gustaba a tu padre. Él hacía una representación teatral china para mostrarme lo que quería decir. Corría de un lado a otro, daba brincos, se pasaba los dedos por el cabello, y así yo sabía —*mangjile!*— cuán

dinámica y excitante era la Pacific Telephone, la compañía donde él trabajaba. ¿No conocías esta faceta de tu padre, lo buen actor que puede ser? ¿No sabías que tu padre tenía tanto pelo?

Sí, más adelante descubrí que su trabajo no era tal como él lo describía. No era tan bueno. Todavía hoy, ahora que puedo hablar cantonés con tu padre, siempre le pregunto por qué no busca una situación mejor, pero él actúa como si estuviéramos en aquellos viejos tiempos, cuando no podía comprender nada de lo que yo le decía.

A veces me pregunto por qué quise casarme con tu padre. Creo que An-Mei me inculcó la idea.

—En las películas, los chicos y las chicas siempre se están pasando notas en la clase —me dijo—. Así es como se meten en líos. Es preciso que te metas en líos para que ese hombre comprenda tus intenciones. De lo contrario, te harás vieja antes de que llegue a darse cuenta.

Aquella tarde An-Mei y yo fuimos a trabajar y buscamos entre las tiras de la suerte que acompañaban las galletas, tratando de encontrar las instrucciones correctas para dárselas a tu padre. An-Mei las leía en voz alta, poniendo a un lado las que podían servir: «Los diamantes son el mejor amigo de una chica. No te conformes nunca con un compañero». «Si tienes tales pensamientos, es hora de que te cases». «Confucio dice que una mujer vale mil palabras. Dile a tu esposa que ha agotado su cupo».

Estas frases nos hicieron reír, pero supe cuál era la apropiada cuando di con ella. Decía: «Una casa no es un hogar si no hay en ella una desposada». Esta vez no me reí. Coloqué la tira en una torta y doblé la galleta con todo mi corazón.

La tarde siguiente, al salir de la escuela, metí la mano en mi bolso e hice una mueca, como si me la hubiera mordido un ratón.

—¿Qué es esto? —exclamé, y entonces saqué la galleta y se la ofrecí a tu padre—. ¡Ah! Después de pasarme el día entero entre galletas, sólo verlas me da náuseas. Anda, tómala.

Sabía incluso que él era por naturaleza un hombre que no desaprovechaba nada. Abrió la galleta, la mordisqueó y entonces leyó la tira de papel.

—¿Qué dice? —le pregunté, procurando actuar como si no tuviera importancia. Y al ver que él seguía mudo, le pedí—: Tradúcelo, por favor.

Estábamos paseando por Portsmouth Square, la niebla ya se había asentado y tenía frío bajo mi chaqueta delgada. Confiaba en que tu padre se apresurase a pedirme en matrimonio, pero él mantuvo su expresión seria y dijo:

—No conozco la palabra «desposada». Esta noche la buscaré en el diccionario y mañana te diré el significado.

Al día siguiente me preguntó en inglés:

—Lindo, ¿quieres desposarme?

Me eché a reír y le dije que no decía bien la palabra. Él replicó con una broma confuciana, diciéndome que si las palabras eran erróneas, entonces las intenciones

también debían serlo. Nos pasamos todo aquel día reprendiéndonos y bromeando, y así fue cómo decidimos casarnos.

Al cabo de un mes celebramos la ceremonia en la Primera Iglesia Bautista China, donde nos habíamos conocido. Y nueve meses después tu padre y yo recibimos nuestra prueba de ciudadanía, un hijo varón, tu hermano mayor Winston. Le puse Winston porque me gustaba el significado de esas dos palabras, «wins ton<sup>[8]</sup>». Quería criar un hijo que pudiera ganar muchas cosas, alabanzas, dinero, una buena vida. Entonces pensé: «Por fin tengo todo lo que quería». Me sentía tan feliz que no me daba cuenta de que éramos pobres. Sólo veía lo que teníamos. ¿Cómo iba a saber que Winston moriría en un accidente de automóvil? ¡Tan joven, con sólo dieciséis años!

Dos años después del nacimiento de Winston, llegó tu otro hermano, Vincent. Le llamé Vincent, que suena como «win cent<sup>[9]</sup>», para hacer dinero, porque empezaba a pensar que no teníamos suficiente. Y entonces me aplasté la nariz cuando viajaba en el autobús. Poco después naciste tú.

No sé cuál fue el motivo de mi cambio. Tal vez la nariz torcida dañó mi pensamiento. Tal vez fue el verte tan pequeña y tan parecida a mí, lo cual hizo que me sintiera insatisfecha de mi vida. Quería lo mejor para ti. Quería que tuvieras las mejores circunstancias, el mejor carácter. No quería que lamentaras nada. Y por eso te puse por nombre Waverly, el de la calle donde vivíamos, pues quería que pensaras: «Éste es el lugar al que pertenezco». Pero también sabía que si te ponía el nombre de esta calle; no tardarías en crecer, te irías de aquí y te llevarías una parte de mí contigo.

\* \* \*

El señor Rory me está cepillando el pelo. Es todo suave. Todo negro.

—Tienes un aspecto magnífico, mamá —dice mi hija—. Los invitados a la boda te tomarán por mi hermana.

Contemplo mi rostro en el espejo de la peluquería. Veo mi reflejo y no puedo ver mis defectos, pero sé que están ahí. Le di a mi hija esos defectos, los mismos ojos, las mismas mejillas, el mismo mentón. Su carácter derivó de mis circunstancias. Miro a mi hija y ahora lo veo por primera vez.

—*Ai-ya!* ¿Qué te ha pasado en la nariz?

Ella se mira en el espejo y no ve nada.

—¿Qué quieres decir? No me ha pasado nada. Es la nariz de siempre.

—¿Pero cómo se te torció? —le pregunto. Un lado de su nariz se curva hacia abajo, arrastrando la mejilla consigo.

—¿Pero qué dices? Es tu nariz. La heredé de ti.

—¿Cómo es posible tal cosa? Es una nariz caída. Debes corregirla con cirugía plástica.

Pero mi hija no hace caso de mis palabras y pone su rostro sonriente junto al mío preocupado.

—No seas tonta. Nuestra nariz no está tan mal. Nos da un aspecto tortuoso.

Parece satisfecha de lo que acaba de decir.

—¿Qué significa «tortuoso»? —le pregunto.

—Significa que miramos en una dirección mientras seguimos otra. Nos inclinamos a un lado pero también al otro, hablamos en serio pero nuestras intenciones son diferentes.

—¿La gente puede ver eso en nuestra cara?

Mi hija se ríe.

—Bueno, no todo lo que pensamos. Sólo saben que tenemos dos semblantes.

—¿Y eso es bueno?

—Lo es si consigues lo que quieres.

Pienso en nuestros dos semblantes y en mis intenciones. ¿Cuál es el norteamericano? ¿Cuál es el chino? ¿Cuál es mejor? Si muestras uno, siempre debes sacrificar el otro.

Es como lo que sucedió cuando fui a China el año pasado, después de casi cuarenta años de haber salido de allí. Me quité mis lujosas joyas, no me puse vestidos llamativos, hablé su idioma y usé su moneda local, pero aun así se dieron cuenta, supieron que mi rostro no era chino al cien por ciento y siguieron cobrándome los altos precios que piden a los extranjeros.

# Jing-Mei Woo

## Un par de billetes

En el instante en que nuestro tren abandona la frontera de Hong Kong y entra en Shenze, China, me siento distinta. Noto un cosquilleo en la frente, mi sangre se apresura por una nueva ruta, experimento en lo más hondo un viejo dolor familiar. Y pienso que mi madre tenía razón. Me estoy volviendo china.

«Es inevitable», me dijo mi madre cuando yo tenía quince años y había negado con vehemencia que hubiera en mí algo chino bajo la piel. Estudiaba el segundo curso en la escuela secundaria Galileo de San Francisco, y todos mis amigos occidentales estaban de acuerdo en que yo era tan china como ellos. Pero mi madre había estudiado en una famosa escuela de enfermería en Shanghai, y afirmaba poseer grandes conocimientos de genética. Por eso no abrigaba duda alguna, al margen de que yo estuviera de acuerdo o no: cuando naces china, no puedes evitar el hecho de que piensas y sientes como una china.

—Algún día lo verás —me dijo—. Lo llevas en la sangre, esperando que lo liberes.

Y al oír estas palabras me vi transformándome como una mujer lobo, un fragmento mutante de DNA estimulado de súbito, reproduciéndose insidiosamente en un *síndrome*, un manojito de reveladores hábitos chinos, todas aquellas cosas que hacía mi madre para ponerme en apuros... el regateo con los propietarios de las tiendas, mondarse los dientes en público, padecer una especie de daltonismo que le impide ver que el amarillo limón y el rosa pálido no son buenas combinaciones para las prendas de invierno.

Pero hoy comprendo que nunca he sabido realmente lo que significa ser china. Tengo treinta y seis años, mi madre ha muerto y estoy en un tren, trayendo conmigo sus sueños de regresar a casa. Voy a China.

Nos dirigimos primero a Guangzhou: mi padre, Canning Woo, con setenta y dos años a cuestas, y yo, para visitar a una tía a la que él no ve desde que tenía diez años. Y no sé si es por la perspectiva de ver a su tía o por el hecho de regresar a China, pero lo cierto es que ahora parece un muchacho, tan inocente y feliz que siento deseos de abrocharle el suéter y darle unas palmaditas en la cabeza. Estamos sentados frente a frente, separados por una mesita sobre la que hay dos tazas de té frío. Por primera vez, que yo recuerde, los ojos de mi padre están humedecidos por las lágrimas. Todo lo que ve a través de la ventanilla del tren es un campo dividido en parcelas amarillas, verdes y marrones, un estrecho canal que flanquea la vía, unas colinas bajas y tres personas con chaquetas azules en una carreta tirada por bueyes, a esta hora temprana de una mañana de octubre. No puedo evitar que también mis ojos se empañen, como si hubiera visto estas cosas hace largo tiempo y casi las hubiera olvidado.

Antes de tres horas estaremos en Guangzhou, que según mi guía es como ahora se llama correctamente Cantón. Parece ser que ha variado la ortografía de todas las ciudades de las que he oído hablar, excepto Shanghai. Dicen que China ha cambiado también en otros aspectos. Chungking es Chongqing y Kweilin es Guilin. He buscado esos nombres en la guía, porque tras visitar a la tía de mi madre en Guangzhou, tomaremos un avión con destino a Shanghai, donde veré a mis medio hermanas por primera vez.

Son las hijas gemelas que tuvo mi madre en su primer matrimonio, a quienes se vio obligada a abandonar en la carretera cuando huía de Kweilin hacia Chungking, en 1944. Eso fue todo lo que mi madre me contó sobre sus hijas, y éstas permanecieron como bebés en mi mente durante todos estos años, sentadas en la cuneta de la carretera, escuchando el silbido de las bombas que estallaban a lo lejos y chupándose los pacientes y enrojecidos pulgares.

No supimos nada más de ellas hasta este año, cuando alguien las encontró y nos escribió para darnos la grata noticia. Llegó una carta de Shanghai, dirigida a mi madre. Al principio, cuando me enteré de que estaban vivas, imaginé a mis hermanas idénticas transformándose de bebés en niñas de seis años. Las veía mentalmente sentadas a la mesa, una al lado de la otra, turnándose para usar la estilográfica. Una de ellas escribía una pulcra línea de caracteres: *Querida mamá, estamos vivas*. Se echaba atrás el delgado flequillo y pasaba la pluma a la otra hermana, que escribía: *Ven a buscarnos. Date prisa, por favor*.

Naturalmente, no podían saber que mi madre había muerto tres años antes, repentinamente, a causa de la rotura de una arteria cerebral. Estaba hablando con mi padre, quejándose de los inquilinos del piso de arriba y maquinando la manera de echarlos con el pretexto de que iban a venir unos parientes de China que vivirían allí. De súbito se llevó la mano a la cabeza, cerró los ojos con fuerza, intentó avanzar a tientas hasta el sofá y cayó al suelo agitando convulsamente las manos.

De modo que fue mi padre quien abrió la carta, que resultó ser larga. La llamaban «mama», y decían que siempre la habían reverenciado como su verdadera madre y que tenían una foto de ella enmarcada. Le hablaban de su vida, desde el día en que mi madre las vio por última vez en la carretera de Kweilin hasta que por fin las encontraron.

La carta desgarró hasta tal punto el corazón de mi padre —aquellas hijas llamando a mi madre desde otra vida que él nunca conoció— que se la dio a la vieja amiga de mi madre, tía Lindo, y le pidió que respondiera y dijese a mis hermanas, de la manera más delicada posible, que mi madre había muerto.

En lugar de hacer eso, tía Lindo llevó la carta al Club de la Buena Estrella y habló con las tías Ying y An-Mei de lo que debía hacerse, pues sabían desde hacía mucho tiempo que mi madre no había cejado en la búsqueda de sus hijas gemelas y su esperanza había sido inagotable. Tía Lindo y las demás lloraron por esta doble tragedia: tres meses atrás habían perdido a mi madre y ahora la perdían de nuevo. Por

ello pensaron inevitablemente en algún milagro, alguna manera posible de resucitar a mi madre de entre los muertos, a fin de que pudiera hacer realidad su sueño.

La carta que escribieron las tías a mis hermanas de Shanghai decía así: «Queridísimas hijas: Tampoco yo os he olvidado ni en mi memoria ni en mi corazón. Nunca he abandonado la esperanza de que pudiéramos vernos de nuevo en una alegre reunión. Lo único que siento es que haya tenido que pasar tanto tiempo. Quiero contaros toda mi vida desde la última vez que os vi. Quiero hablaros de esto cuando nuestra familia os visite en China...». Firmaron la carta con el nombre de mi madre.

Sólo entonces me hablaron de mis hermanas, de la carta que recibieron y de la que ellas habían enviado.

—Entonces creen que ella va a ir —murmuré, e imaginé a mis hermanas como si ahora tuvieran diez u once años: daban saltos, se cogían de las manos, sus coletas brincaban, embargadas de emoción porque *su* madre iba a verlas, mientras que mi madre estaba muerta.

—¿Cómo puedes decir en una carta que ella no irá? —dijo tía Lindo—. Es su madre y la tuya. Debes decirlo tú. Durante todos estos años han soñado con ella.

Pensé que tenía razón. Pero entonces también yo empecé a soñar con mi madre, mis hermanas y cómo sería mi llegada a Shanghai. Durante todos aquellos años, mientras ellas esperaban que las encontraran, yo viví con mi madre y luego la perdí. Imaginé que veía a mis hermanas en el aeropuerto. Estarían de puntillas, la ansiedad reflejada en su rostro, escudriñando a cada pasajero a medida que bajábamos del avión, y las reconocería al instante, vería sus rostros con idéntica expresión preocupada.

—*Jyejye, jyejye*, hermana, hermana, ya estamos aquí —me veía chapurreando en chino.

—¿Dónde está mamá? —me preguntarían ellas, mirando a su alrededor, todavía sonrientes, sus rostros encendidos y ansiosos—. ¿Se ha escondido?

Esconderse habría sido muy propio de mi madre, quedarse algo rezagada para bromear un poco, divirtiéndose con la impaciencia de los demás. Yo menearía la cabeza y les diría a mis hermanas que no estaba escondida.

—Ah, ésa debe de ser mamá, ¿verdad? —susurraría excitada una de mis hermanas, señalando a otra mujer menuda, totalmente absorta en una torre de regalos.

Y eso también habría sido propio de mi madre, llevar montañas de regalos, comida y juguetes para los niños —todos comprados en las rebajas—, y habría rehuido los agradecimientos, diciendo que los regalos no valían nada, aunque más tarde diera la vuelta a las etiquetas para mostrar a mis hermanas: «Calvin Klein, pura lana 100%».

Me imaginé diciendo:

—Lo siento, hermanas, pero he venido sola...

Y antes de que pudiera explicarme —lo habrían leído en la expresión de mi rostro — se echarían a llorar y comenzarían a tirarse del pelo, el dolor contraería su boca y

se alejarían de mí corriendo. Entonces me veía subiendo al avión y regresando a casa.

Tras soñar esta escena muchas veces, viendo cómo la desesperación de mis hermanas pasaba del horror a la cólera, le rogué a tía Lindo que escribiera otra carta. Al principio ella se negó.

—¿Cómo puedo decirles que está muerta? —replicó con obstinación.

—Pero es una crueldad hacerles creer que volará a China. Cuando vean que sólo he ido yo, me odiarán.

Ella frunció el ceño.

—¿Odiarte? Eso no puede ser. Eres su hermana, su única familia.

—No lo comprendes —protesté.

—¿Qué es lo que no comprendo?

—Pensarán que soy responsable de su muerte, que murió porque yo no la apreciaba.

Y tía Lindo pareció satisfecha y triste al mismo tiempo, como si esto fuese cierto y por fin se hubiera dado cuenta. Se sentó a escribir y al levantarse, una hora después, me entregó una carta de dos páginas. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Comprendí que acababa de hacer exactamente lo que yo había temido, pues aunque hubiera escrito la noticia de la muerte de mi madre en inglés, yo no habría sido capaz de leerla.

Le susurré las gracias.

\* \* \*

El paisaje se ha vuelto gris, lleno de construcciones bajas de cemento, fábricas viejas, vías y más vías con trenes como el nuestro que circulan en dirección contraria. Veo andenes atestados de gente con grises ropas occidentales, y aquí y allá puntos de brillantes colores: niños con prendas de color rosa, amarillo, rojo, melocotón. Hay soldados uniformados de verde oliva y rojo, y señoras con suéteres grises y faldas hasta media pantorrilla. Estamos en Guangzhou.

Antes de que frene el tren, los pasajeros cogen sus pertenencias de los portaequipajes. Por un momento hay un peligroso chaparrón de pesadas maletas cargadas de regalos para los parientes, cajas medio rotas, atadas con kilómetros de cordel para evitar que caiga su contenido, bolsas de plástico repletas de madejas de lana y verduras, paquetes de setas deshidratadas y cámaras fotográficas. Entonces nos vemos en medio de un torrente de personas apresuradas que nos empujan, nos llevan con ellos, hasta que nos encontramos en una de las varias colas, quizás una docena, que esperan para pasar por la aduana. Me siento como si estuviera subiendo al autobús número 30 de Stockton, en San Francisco, y he de recordarme que estoy en China. Por alguna razón, la multitud no me molesta, me parece natural que haya tanta gente, y también yo empiezo a abrirme paso empujando.

Saco los formularios de declaración y mi pasaporte. «Woo», dice en la primera línea, y debajo «June May», que nació en «California, EE.UU.», en 1951. Tal vez los aduaneros me preguntarán si soy la misma persona de la foto. En esta foto el cabello, que me llegaba a la barbilla, está recogido atrás y peinado con elegancia. Llevo pestañas postizas, tengo los ojos sombreados y los labios perfilados. El maquillaje me realza las mejillas. Pero no había previsto este calor en octubre. Ahora el pelo me cuelga lacio a causa de la humedad. No llevo maquillaje. En Hong Kong el rímel se licuó, formando círculos negruzcos, y el resto del maquillaje me producía la sensación de estar embadurnada con varias capas de grasa. Por eso hoy no llevo nada en la cara, ningún adorno salvo la pátina brillante de sudor en la frente y la nariz.

Sabía que, incluso sin maquillaje, no podría pasar por una china auténtica. Mido un metro sesenta y ocho y mi cabeza sobresale por encima de la muchedumbre, mis ojos sólo están a la altura de los de otros turistas. En cierta ocasión mi madre me dijo que debo mi altura al abuelo, originario del norte y tal vez con algo de sangre mongola.

—Eso es lo que tu abuela me contó una vez —dijo mi madre—, pero ahora es demasiado tarde para preguntarle. Todos están muertos, tus abuelos, tus tíos, sus esposas e hijos, todos murieron en la guerra, cuando cayó una bomba en nuestra casa. Tantas generaciones desaparecidas en un solo instante.

Dijo esto con tanta naturalidad que tuve la impresión de que había superado su pesadumbre mucho tiempo atrás. Entonces me intrigó que supiera con tanta certeza que todos habían muerto.

—Quizá salieron de la casa antes de que cayera la bomba —le sugerí.

—No —dijo mi madre—. Toda nuestra familia ha desaparecido. Sólo quedamos tú y yo.

—¿Pero cómo lo sabes? Es posible que algunos se salvaran.

—No puede ser —replicó, ahora casi enojada. Entonces una expresión de perplejidad alisó su ceño fruncido, y empezó a hablar como si tratara de recordar dónde había extraviado algo—. Regresé a la casa, me quedé mirando el lugar donde se levantó. Ya no era una casa, por encima del suelo sólo había el espacio vacío, y bajo mis pies estaban sus cuatro pisos reducidos a ladrillos y madera quemados. A un lado, en el patio, había varios objetos arrojados allí por la explosión, nada valioso. Una cama que alguien usaba y que, en realidad, no era más que un armazón metálico torcido hacia arriba en un ángulo, y un libro, no sé de qué clase, porque todas sus páginas estaban carbonizadas. Vi una tetera intacta pero llena de cenizas, y entonces encontré mi muñeca, con las manos y las piernas rotas y el pelo chamuscado... De pequeña lloré por aquella muñeca, al verla solitaria en el escaparate de la tienda, y mi madre me la compró. Era una muñeca americana con el pelo amarillo, brazos y piernas que podían doblarse. Los ojos se movían arriba y abajo. Cuando me casé y abandoné la casa de mi familia, regalé la muñeca a mi sobrina más pequeña, porque era como yo y lloraba si aquella muñeca no estaba siempre a su lado. ¿Te das cuenta?

Si ella estaba en la casa con aquella muñeca, sus padres y todos los demás también estaban allí, esperando juntos, porque así era nuestra familia.

La funcionaria de aduanas examina mis documentos, me echa un breve vistazo, con dos rápidos movimientos sella el visado y con un gesto adusto me invita a seguir adelante. En seguida mi padre y yo nos encontramos en una gran extensión llena de gente y maletas. Me siento perdida y mi padre es incapaz de tomar ninguna decisión.

—Perdone —le digo a un hombre que parece norteamericano—. ¿Sabe usted dónde puedo encontrar ahora un taxi?

Él murmura algo, quizás en sueco u holandés.

—¡Syau Yen! ¡Syau Yen! —oigo que grita a mis espaldas una voz aguda.

Una anciana tocada por un gorro de lana amarillo nos mira con un brazo alzado del que cuelga una bolsa de plástico rosa llena de envoltorios que parecen baratijas. Supongo que pretende vendernos algo, pero mi padre mira a esa mujercita menuda como un pájaro con los ojos entrecerrados. En seguida los abre y su rostro se ilumina con una sonrisa, como un chiquillo complacido.

—Aiyi! Aiyi!, ¡tía, tía! —exclama en tono afectuoso.

—¡Syau Yen! —le arrulla mi tía abuela. Encuentro divertido que haya llamado a mi padre «pequeño ganso salvaje». Debe de ser el apodo que le pusieron de bebé, para ahuyentar a los espíritus que raptan a los niños.

Se cogen las manos, sin abrazarse, y permanecen así, diciéndose por turno:

—¡Fíjate! ¡Qué viejo estás! ¡Cómo has envejecido!

Ambos lloran abiertamente y ríen al mismo tiempo, mientras yo me muerdo el labio, procurando contener las lágrimas. Me da miedo experimentar su alegría, porque pienso en lo distinta que será mañana nuestra llegada a Shanghai, lo incómoda que me sentiré.

Ahora Aiyi sonrío alegremente y señala una foto Polaroid de mi padre, que tuvo el acierto de enviar fotografías cuando escribió anunciando nuestro viaje. «Mira qué lista soy», parece dar a entender mientras compara la foto con mi padre. Él decía en su carta que la llamaría desde el hotel cuando llegáramos, por lo que es una sorpresa que hayan ido a recibirnos. Me pregunto si mis hermanas estarán en el aeropuerto.

Entonces me acuerdo de la cámara. Quería hacer una foto de mi padre y su tía en el momento de su encuentro. No es demasiado tarde.

—A ver, quietos un momento —les digo, alzando la Polaroid.

El flash destella y en seguida les ofrezco la instantánea. Aiyi y mi padre siguen juntos, cada uno sosteniendo un ángulo de la foto, contemplando cómo empiezan a formarse sus imágenes. Están casi reverentemente silenciosos. Aiyi sólo tiene cinco años más que mi padre, por lo que ronda los setenta y siete, pero parece ancianísima, encogida, una reliquia momificada. Su escaso cabello es de un blanco puro, los dientes estropeados, de color parduzco, y pienso en lo inverosímiles que son los relatos sobre mujeres chinas que parecen eternamente jóvenes.

Ahora Aiyi se dirige a mí en su tono arrullador.

—*Jandale*, qué grande eres ya.

Me mira de arriba abajo y luego inspecciona su bolsa de plástico rosa —sigo creyendo que contiene los regalos para nosotros— como si se preguntara qué podría darme, ahora que soy tan mayor. Y entonces cierra su mano en mi codo, como con una fuerte pinza, y me da la vuelta. Un hombre y una mujer cincuentones están estrechando la mano de mi padre, sonrientes, exclamando: «¡Ah! ¡Ah!». Son el hijo mayor de Aiyi y su esposa, y a su lado hay otras cuatro personas, más o menos de mi edad, y una niña de unos diez años. Las presentaciones son tan rápidas que sólo me entero de que uno de ellos es el nieto de Aiyi, con su esposa, y la otra es su nieta, acompañada de su marido. La pequeña es Lili, la biznieta de Aiyi.

Aiyi y mi padre hablan el dialecto mandarín de su infancia, pero el resto de la familia sólo habla el cantonés de su pueblo. Entiendo únicamente el mandarín, pero no sé hablarlo muy bien. Así, Aiyi y mi padre chismorreean a sus anchas en mandarín, intercambiando noticias sobre la gente de su antiguo pueblo, y sólo de vez en cuando hacen una pausa para hablarnos a los demás, unas veces en cantonés y otras en inglés.

—Oh, ya me lo imaginaba —dice mi padre, volviéndose hacia mí—. Murió el verano pasado.

Ya he comprendido a quién se refiere, aunque no sé nada de esa persona, Li Gong. Me siento como si estuviera en las Naciones Unidas y los traductores se hubieran vuelto locos.

—Hola —le digo a la pequeña—. Me llamo Jing-Mei.

Pero la chiquilla se aparta y me vuelve la cara. Sus padres ríen azorados. Intento pensar algunas palabras cantonesas y decírselas, cosas que aprendí de mis amigos en Chinatown, pero sólo se me ocurren tacos, términos para designar las funciones corporales y frases cortas como «sabe bien», «sabe a basura» y «es fea de veras». Entonces concibo otro plan: alzo la Polaroid y llamo a Lili moviendo un dedo. Ella se adelanta en seguida, se pone una mano en la cadera, como una modelo, saca pecho y sonrío enseñándome todos los dientes. En cuanto hago la foto se me acerca y se pone a brincar y reír mientras ve formarse su imagen en la película verdosa.

Cuando llamamos taxis para ir al hotel, Lili me tiene cogida la mano con fuerza y tira de mí.

En el taxi, Aiyi habla por los codos y no me da oportunidad de preguntarle por las cosas que vemos al pasar.

—En tu carta decías que sólo pasaríais aquí un día —le dice Aiyi a mi padre en tono agitado—. ¡Un día! ¿Cómo puedes ver a tu familia en un día? Toishan está a muchas horas de viaje de Guangzhou. Y la idea de llamarnos al llegar... Es una tontería. No tenemos teléfono.

El corazón se me acelera un poco. Me pregunto si tía Lindo les diría a mis hermanas que llamaríamos desde el hotel de Shanghai.

Aiyi sigue riñendo a mi padre.

—Me puse furiosa, pregúntale a mi hijo. ¡Menudo jaleo armé tratando de

encontrar una solución! Al final decidimos que lo mejor era tomar el autobús en Toishan y venir a Guangzhou, veros nada más llegar.

Ahora retengo el aliento mientras el taxista esquivo camiones y autobuses, haciendo sonar el claxon constantemente. Parece ser que estamos en un paso superior de autopista, como un puente sobre la ciudad. Veo una hilera tras otra de edificios de viviendas, cuajados de ropa tendida en todos los balcones. Adelantamos a un autobús público, tan atestado de pasajeros que sus caras se aplastan contra las ventanillas. Entonces veo el perfil de lo que debe de ser el centro de Guangzhou. Desde lejos se parece a una gran ciudad de los Estados Unidos, con rascacielos y edificios en construcción por doquier. Cuando el taxista aminora la marcha en la parte más congestionada de la ciudad, veo docenas de tiendecillas con interiores tan oscuros que apenas se distinguen los mostradores y estanterías. Y ahora pasamos ante un edificio sobre cuya fachada se alza un andamio de cañas de bambú, unidas con tiras de plástico. Hombres y mujeres están de pie en las estrechas plataformas, sin cinturones de seguridad ni cascos, y pienso en el magnífico mercado que tendría aquí la empresa OSHA.

Oigo de nuevo la voz aguda de Aiyi.

—Es una lástima que no podáis ver nuestro pueblo y la casa. Mis hijos han tenido mucho éxito vendiendo nuestras verduras en el mercado libre. En los últimos años hemos ganado lo suficiente para construir una casa grande, de tres pisos, toda de ladrillo nuevo, lo bastante amplia para nuestra familia y algunos más. Y cada año las ganancias son mayores. ¡Los americanos no sois los únicos que sabéis haceros ricos!

El taxi se detiene y supongo que hemos llegado, pero al mirar por la ventanilla veo una versión más lujosa del Hyatt Regency.

—¿Ésta es la China comunista? —me pregunto en voz alta. Miro a mi padre y meneo la cabeza—. Sospecho que nos hemos equivocado de hotel.

Me apresuro a sacar mi itinerario, los billetes y las reservas. Di instrucciones a mi agente de viajes para que eligiera un hotel de precio moderado, entre los treinta y los cuarenta dólares. Estoy segura de haberlo hecho. Pero en el itinerario figura el nombre de este establecimiento: Garden Hotel, Huanshi Dong Lu. Pues bien, será mejor que el agente esté dispuesto a pagar la diferencia de su bolsillo. No faltaría más.

El hotel es magnífico. Un botones con uniforme y gorro se acerca de inmediato y empieza a llevar nuestras maletas al vestíbulo. El interior del hotel es una orgía de tiendas y restaurantes encajados en granito y cristal. Más que sentirme impresionada, me preocupa el gasto, así como la idea que Aiyi va a hacerse de nosotros: pensará que los ricos norteamericanos no podemos prescindir de los lujos ni siquiera una noche.

Pero cuando me acerco a la recepción decidida a regatear por el error en la reserva, me confirman que nuestro alojamiento ya está pagado, a treinta y cuatro dólares cada habitación. Me siento avergonzada, mientras que Aiyi y los demás parecen encantados por nuestro entorno provisional. Lili mira con los ojos muy

abiertos una tienda llena de vídeo-juegos.

Toda nuestra familia entra en un ascensor; el botones agita la mano y dice que se reunirá con nosotros en el piso dieciocho. En cuanto se cierran las puertas del ascensor, todos guardan silencio, y cuando vuelven a abrirse todos hablan a la vez, con un alivio evidente. Tengo la sensación de que Aiyi y los demás nunca han hecho un recorrido tan largo en ascensor.

Nuestras habitaciones son contiguas e idénticas. Las alfombras, cortinas y colchas son de color gris oscuro con un ligero tinte pardo. Hay un televisor en color con mando a distancia empotrado entre las dos camas gemelas. Las paredes y el suelo del baño son de mármol. Encuentro un bar con un pequeño frigorífico y un surtido de cerveza Heineken, Coca-Cola y Seven-Up, botellines de Johnnie Walker etiqueta roja, ron Bacardi y vodka Smirnoff, paquetes de M&M, anacardos tostados con miel y tabletas de chocolate Cadbury. Y una vez más digo en voz alta:

—¿Ésta es la China comunista?

Mi padre entra en mi habitación.

—Han decidido que nos quedemos aquí —dice encogiéndose de hombros—. Dicen que será más cómodo y tendremos más tiempo para hablar.

—¿Y la cena? —le pregunto.

Desde hace días imagino mi primer festín chino auténtico, un gran banquete con una de esas sopas humeantes vertida en medio melón ahuecado, pollo envuelto en arcilla, pato a la pequinuesa, toda clase de manjares exóticos.

Mi padre coge la guía del servicio de habitaciones que está junto a una revista *Travel Leisure*, pasa rápidamente las páginas y señala el menú.

—Esto es lo que quieren —me dice.

Así pues, está decidido. Esta noche cenaremos en nuestras habitaciones, con la familia, a base de hamburguesas, patatas fritas y tarta de manzana *à la mode*.

Aiyi y su familia curiosean en las tiendas mientras nosotros nos aseamos. El viaje en tren ha sido caluroso y estoy deseosa de ducharme y ponerme ropa limpia.

El champú proporcionado por el hotel tiene la consistencia y el color de la salsa hoisin, y pienso que esto es más apropiado: esto sí que es China. Me froto con la extraña sustancia el cabello húmedo.

De pie bajo la ducha, me doy cuenta de que ésta es la primera vez que estoy sola desde hace muchas horas, e incluso tengo la sensación de que han transcurrido días. Pero en vez de sentirme aliviada, la soledad me pesa. Pienso en lo que dijo mi madre, lo de que mis genes se activarían y me volvería china. Y me pregunto qué quiso decir exactamente.

Cuando murió mi madre, me planteé muchas cosas a las que no podía dar respuesta, forzándome así a aumentar mi aflicción. Era como si quisiera mantener mi pena, asegurarme de que mis sentimientos habían sido lo bastante profundos. Pero ahora me planteo las preguntas sobre todo porque quiero conocer las respuestas. ¿Cómo era aquel relleno a base de carne de cerdo que ella hacía y que tenía la textura

del serrín? ¿Cómo se llamaban los tíos que murieron en Shanghai? ¿Qué había soñado durante tantos años acerca de sus otras hijas? Cada vez que se enfadaba conmigo, ¿pensaba realmente en ellas? ¿Deseaba que yo fuese una de ellas? ¿Lamentaba que no lo fuera?

\* \* \*

A la una de la madrugada me despiertan unos golpes ligeros en la ventana. Me quedé dormida sin darme cuenta y ahora noto que mi cuerpo se despereza. Estoy sentada en el suelo, apoyada en una de las camas gemelas. Lili está tendida a mi lado. Los demás también duermen, tendidos en las camas y el suelo. Aiyi está sentada ante una mesita y parece muy somnolienta. Mi padre mira a través de la ventana y sus dedos tamborilean en el cristal. Antes de que me durmiera, mi padre le hablaba a Aiyi de su vida desde la última vez que la vio, le decía que había ido a la Universidad de Yenching, que luego se colocó en un periódico de Chungking, donde conoció a mi madre, una viuda joven, que luego fueron juntos a Shanghai con el propósito de encontrar la casa de la familia de mi madre, pero que allí no había nada. Finalmente viajaron a Cantón y desde allí a Hong Kong y Haiphong, donde embarcaron hacia San Francisco...

—Suyuan no me dijo que durante todos esos años intentaba encontrar a sus hijas —dice ahora en voz baja—. Naturalmente, no hablábamos nunca de las niñas. Yo suponía que se avergonzaba de haberlas dejado atrás.

—¿Dónde las dejó? —pregunta Aiyi—. ¿Cómo las encontraron?

Ahora estoy despierta del todo, aunque conozco algunos fragmentos de esta historia que me contaron los amigos de mi madre.

—Ocurrió cuando los japoneses ocuparon Kweilin —dice mi padre.

—¿Los japoneses en Kweilin? —replica Aiyi—. Eso debe de ser un error. No es posible. Los japoneses nunca ocuparon Kweilin.

—Sí, eso es lo que dijeron los periódicos. Lo sé porque en aquel entonces yo trabajaba para la agencia de noticias, y el Kuomintang nos indicaba a menudo lo que podíamos decir y lo que no. Pero sabíamos que los japoneses habían llegado a la provincia de Kwangsi. Según nuestras fuentes, habían tomado la línea férrea entre Wuchang y Cantón, y avanzaban tierra adentro, con mucha rapidez, hacia la capital provincial.

Aiyi parece asombrada.

—Si la gente no sabía eso, ¿cómo sabía Suyuan que los japoneses se acercaban?

—Se lo advirtió en secreto un oficial del Kuomintang —explica mi padre—. El marido de Suyuan también era oficial y todo el mundo sabía que los oficiales y sus familias serían los primeros ejecutados. Así pues, reunió algunas posesiones y, en plena noche, cogió a sus hijas y huyó a pie. Los bebés aún no tenían un año de edad.

—¿Cómo pudo abandonar a los bebés? —suspira Aiyi—. Nuestra familia nunca había conocido la fortuna de tener unas gemelas. —Bosteza de nuevo y pregunta—: ¿Cómo se llamaban?

Aguzo el oído. Tenía la intención de dirigirme a ellas llamándolas sencillamente «hermana», pero ahora quiero saber cómo se pronuncian sus nombres.

—Tienen el apellido de su padre, Wang —dice mi padre—, y sus nombres son Chwun Yu y Chwun Hwa.

—¿Qué significan esos nombres? —le pregunto.

—Oh, sí... —Mi padre traza unos caracteres imaginarios en el cristal de la ventana—. Uno significa «Lluvia de primavera» y el otro «Flor de primavera» —me explica en inglés—, porque nacieron en primavera y, naturalmente, la lluvia viene antes que la flor, en el mismo orden en que nacieron las niñas. Tu madre era muy poética, ¿no crees?

Hago un gesto de asentimiento y veo que Aiyi también mueve la cabeza, pero le cae y se queda en esa posición. Respira profunda y ruidosamente, dormida.

—¿Y qué significa el nombre de mamá? —susurro.

Mi padre escribe más caracteres invisibles en el cristal.

—Suyuan... Tal como ella lo usaba significa «Deseo largamente acariciado». Es un nombre muy elegante, no tan ordinario como un nombre de flor. Mira este primer ideograma, que significa algo así como «Eternamente nunca olvidada». Pero hay otra manera de escribir «Suyuan», que suena exactamente igual, pero su significado es el contrario. —Su dedo traza otro ideograma—. La primera parte es igual, «nunca olvidada», pero la otra parte que completa la palabra significa «rencor largamente mantenido». Tu madre se enfadaba conmigo cuando le decía que debería llamarse Rencor. —Mi padre me mira con los ojos humedecidos—. Ya ves que también yo soy bastante listo, ¿eh?

Asiento, lamentando no encontrar la manera de consolarlo.

—¿Y mi nombre? —le pregunto—. ¿Qué significa Jing-Mei?

—También tu nombre es especial —responde, y me asalta la duda de que exista en chino algún nombre que no sea especial—. Ese *jing* tiene un sentido de excelente, no sólo bueno, sino algo puro, esencial, de la mejor calidad. *Jing* es lo bueno que queda cuando quitas las impurezas de algo como el oro, el arroz o la sal, de modo que lo restante... es la esencia pura. En cuanto a Mei es el *mei* común, como en *meimei*, «hermana menor».

Pienso en lo que acaba de decirme. El deseo largamente acariciado de mi madre. Yo, la hermana menor a la que mi madre suponía la esencia de las otras. Me nutro de la antigua aflicción, pensando en lo decepcionada que debió de sentirse mi madre. La menuda Aiyi se mueve de repente, levanta la cabeza y la echa atrás, abriendo la boca como para responder a mi pregunta. Gruñe en sueños y se acurruca en la silla.

—Entonces, ¿por qué abandonó a los bebés en la carretera? —Necesito saberlo, porque ahora también yo me siento abandonada.

—Eso mismo me he preguntado yo durante mucho tiempo —responde mi padre —, pero luego leí esa carta de sus hijas que ahora viven en Shanghai, y hablé con tía Lindo y las demás. Y por fin lo supe. No hubo vergüenza alguna en lo que hizo, en absoluto.

—¿Qué sucedió?

—Cuando tu madre huyó... —empieza a contarme.

—No, dímelo en chino —le interrumpo—. Puedo entenderlo, de veras.

Y él me habla, todavía de pie ante la ventana, contemplando la noche.

\* \* \*

—Cuando tu madre huyó de Kweilin, caminó durante varios días, tratando de encontrar una carretera principal. Esperaba que la recogiera algún camión o una carreta, para llegar de esa manera a Chungking, donde estaba tu padre en su puesto de servicio.

»Había cosido dinero y joyas en el forro de su vestido, y suponía que sería suficiente para pagar a quienes aceptaran llevarla. Creía que, con suerte, no tendría que desprenderse del pesado brazalete de oro y el anillo de jade, joyas heredadas de su madre, tu abuela.

»Al tercer día de camino, no había hecho ningún trueque. Las carreteras estaban llenas de gente que huía y suplicaba a los camioneros que la llevara. Los camiones pasaban de largo, pues sus conductores temían detenerse.

»Tu madre no encontró a nadie que la llevara, y empezó a sufrir dolores de estómago causados por la disentería.

»En dos cabestrillos que había hecho con pañuelos llevaba a los bebés, cuyo peso le lastimaba los hombros. Le salieron ampollas en las palmas, debidas al roce con las asas de cuero de las maletas, y luego las ampollas reventaron y empezaron a sangrar. Al cabo de algún tiempo abandonó las maletas, quedándose sólo con la comida y alguna ropa. Más tarde prescindió también de las bolsas de harina de trigo y arroz y siguió caminando así a lo largo de muchos kilómetros, cantando canciones a las pequeñas, hasta que el dolor y la fiebre la hicieron delirar.

»Finalmente, no pudo dar ni un solo paso más. No tenía fuerzas para seguir acarreando a los bebés, y se dejó caer al suelo. Sabía que moriría a causa de su enfermedad, o quizá de sed o hambre, o a manos de los japoneses, a los que creía muy cerca.

»Sacó a sus hijitas de los cabestrillos y las sentó en el borde de la carretera. Se tendió a su lado y les dijo que eran muy buenas y tranquilas. Ellas le sonreían, tendiendo sus rollizas manitas, deseosas de que volviera a cogerlas. Entonces comprendió que no soportaría verlas morir con ella.

»Vio a una familia con tres niños pequeños que avanzaban por la carretera en un

carromato.

»“Llevaos a mis pequeñas, por favor”, les imploró. Pero ellos la miraron inexpresivos y siguieron su camino sin detenerse.

»Vio pasar a otra persona y la llamó. Esta vez el hombre se volvió, y tenía una expresión tan terrible, que tu madre se estremeció y desvió la vista. Dijo que parecía la encarnación de la muerte.

»Cuando la carretera volvió a quedar desierta, tu madre desgarró el forro de su vestido y puso las joyas bajo la camisita de un bebé y el dinero bajo la del otro. Sacó del bolsillo las fotos de su familia, la de sus padres, la de ella y su marido el día de la boda, y escribió en el dorso de cada una los nombres de los bebés y el mismo mensaje: “Por favor, cuide de estas niñas con el dinero y las joyas adjuntas. Cuando se pueda viajar sin peligro, si las lleva a Shanghai, 9 Weichang Lu, la agradecida familia le dará una generosa recompensa. Li Suyuan y Wang Fuchi”.

»Entonces acarició las mejillas de sus hijas, diciéndoles que no llorasen: iba a caminar un trecho por la carretera en busca de comida y volvería en seguida. Y, sin mirar atrás, echó a andar, tambaleándose y llorando, sólo pensando en esta última esperanza: que alguien de buen corazón encontrara a sus hijas y cuidara de ellas. No se permitía imaginar otra cosa.

»No recordaba cuánto caminó, qué dirección siguió, cuándo perdió el sentido ni cómo la encontraron. Cuando despertó, estaba en la caja de un camión traqueteante, entre otros enfermos, todos los cuales gemían. Y ella se echó a gritar, creyendo que ahora viajaba hacia un infierno budista, pero el rostro de una misionera americana se inclinó sobre ella y le sonrió, hablándole cariñosamente en una lengua que ella no comprendía. No obstante, algo pudo entender: la habían salvado, sencillamente, y ahora era demasiado tarde para regresar y salvar a sus bebés.

»Cuando llegó a Chungking, se enteró de que su marido había muerto dos días antes. Más adelante me dijo que se echó a reír cuando los oficiales le dieron la noticia, pues su extravío y su enfermedad la hacían delirar. Llegar tan lejos, perder tanto y no encontrar nada...

»Yo la conocí en el hospital. Estaba tendida en un camastro, apenas capaz de moverse, delgadísima a causa de la disentería. Yo había ido allí para tratarme un pie, del que había perdido un dedo, seccionado por un cascote desprendido. Vi que estaba hablando consigo misma en voz alta.

»“Mira esta ropa”, murmuraba, y vi que llevaba puesto un vestido nada habitual en tiempos de guerra, de satén sedoso. Estaba muy sucio, pero no había duda de que era un vestido precioso.

»“Mira qué cara”, musitó a continuación, y vi su rostro tiznado, las mejillas hundidas, los ojos brillantes. “¿No ves qué estúpida era tu esperanza? Creía haberlo perdido todo, excepto estas dos cosas”, murmuró, “y me preguntaba qué perdería a continuación. ¿Las ropas o la esperanza? ¿La esperanza o las ropas? Pero mira qué ocurre ahora”, dijo riendo, como si todas sus oraciones hubieran sido atendidas. Y

empezó a arrancarse hebras de cabello tan fácilmente como se arranca el trigo nuevo del suelo húmedo.

—Las encontré una vieja campesina. “¿Cómo podría haberme resistido?”, les preguntó más adelante, cuando fueron mayores. Seguían sentadas obedientemente cerca de donde tu madre las había dejado, como pequeñas hadas que aguardaran la llegada de su carroza.

»La mujer, Mei Ching, y su marido, Mei Han, vivían en una cueva. Había centenares de cuevas como aquélla ocultas en Kweilin y sus alrededores, tan secretas que la gente siguió escondida en ellas incluso después del final de la guerra. Los Mei salían de su cueva de vez en cuando en busca de alimentos abandonados en la carretera, y a veces encontraban cosas que era una pena desperdiciar. Así, un día llevaban a su cueva un juego de cuencos de arroz delicadamente pintados, otro día un pequeño taburete con el asiento de terciopelo y dos mantas de matrimonio nuevas. Y una vez encontraron a tus hermanas.

»Eran piadosos musulmanes, creían que los bebés gemelos eran un señal de doble suerte, y se cercioraron de ello cuando, aquella noche, descubrieron lo valiosas que eran las pequeñas. Ella y su marido nunca habían visto unos brazaletes semejantes, y aunque admiraron las fotos y comprendieron que los bebés procedían de una buena familia, no sabían leer ni escribir. Pasaron muchos meses antes de que Mei Ching encontrara a alguien capaz de leer el mensaje escrito en el dorso de las fotografías, y por entonces quería a las pequeñas como si fuesen sus propias hijas.

»El marido, Mei Han, murió en 1952. Las gemelas ya tenían ocho años, y Mei Ching decidió que era hora de encontrar a su verdadera familia. Mostró a las niñas la foto de su madre y les dijo que habían nacido en el seno de una familia importante y que las llevaría a ver a su madre y sus abuelos auténticos. Les habló de la recompensa, pero juró que la rechazaría. Quería tanto a las pequeñas que su único deseo era conseguirles aquello a lo que tenían derecho, una vida mejor, una buena casa y educación adecuada. Tal vez la familia le permitiría quedarse como ama de las niñas. Sí, estaba segura de que insistirían en ello.

»Por supuesto, cuando se presentó en el número 9 de Weichang Lu, en la antigua Concesión Francesa, encontró algo muy distinto a lo que esperaba. Allí se levantaba una fábrica recién construida y ninguno de los trabajadores sabía qué había sido de la familia cuya casa ardió en aquel lugar.

»Desde luego, Mei Ching no podía saber que tu madre y yo, su nuevo marido, ya habíamos ido al mismo lugar en 1945, con la esperanza de encontrar a la familia y las hijas.

»Tu madre y yo permanecemos en China hasta 1947. Fuimos a muchas ciudades, regresamos a Kweilin, pasamos por Changsha y nos adentramos en el sur, llegando hasta Kunming. Ella siempre miraba por el rabillo del ojo, primero buscando bebés y más adelante niñas pequeñas. Luego fuimos a Hong Kong, y cuando por fin partimos hacia Estados Unidos, en 1949, me pareció que incluso buscaba a sus hijas en el

barco. Pero tras nuestra llegada no volvió a hablar de ellas, y pensé que por fin habían muerto en su corazón.

»Cuando fue posible el intercambio postal entre China y Estados Unidos, escribió en seguida a unos viejos amigos de Shanghai y Kweilin. No me informó que lo había hecho, y lo supe por tía Lindo. Sin embargo, por aquel entonces habían cambiado los nombres de todas las calles, algunas de aquellas personas estaban muertas y otras se habían mudado, por lo que pasaron muchos años hasta que logró encontrar un contacto, y cuando por fin obtuvo la dirección de una compañera de escuela y le escribió pidiéndole que buscara a sus hijas, la amiga le respondió diciéndole que era tan imposible como buscar una aguja en el fondo del océano. ¿Cómo sabía que sus hijas estaban en Shanghai y no en algún otro lugar de China? Naturalmente, la amiga no le preguntó cómo sabía que sus hijas estaban vivas.

»Así pues, su compañera de escuela no buscó a tus hermanas. Había que tener una imaginación enfermiza para buscar criaturas perdidas durante la guerra, y ella no tenía tiempo para eso.

»Pero cada año tu madre escribía a distintas personas, y el último año creo que concibió la gran idea de ir a China y buscar ella misma a tus hermanas. Recuerdo que me dijo: “Deberíamos ir antes de que sea demasiado tarde, Canning, antes de que nos hagamos demasiado viejos”. Y yo le repliqué que ya éramos demasiado viejos y era demasiado tarde.

»¡Pensé que quería ir de turismo! Desconocía su intención de ir en busca de sus hijas. Por eso cuando dije que era demasiado tarde, debí de hacerle concebir la idea terrible de que las chicas podrían haber muerto. Y creo que esa posibilidad fue creciendo más y más en su cabeza, hasta que acabó con ella.

»Tal vez fue el espíritu de tu madre muerta lo que guió a su compañera de escuela de Shanghai a encontrar a sus hijas, porque después de su muerte, la antigua amiga vio a tus hermanas por casualidad, cuando compraba zapatos en el Almacén Número Uno de la calle Nanjing Dong. Dijo que fue como un sueño ver a aquellas dos mujeres tan iguales, que subían juntas las escaleras. Había algo en la expresión de sus caras que evocó en aquella señora a tu madre.

»Se acercó a ellas y las llamó por sus nombres, que ellas, claro está, no reconocieron al principio, porque Mei Ching se los había cambiado. Pero la amiga de tu madre estaba tan segura que insistió. “¿No sois Wang Chwun Yu y Wang Chwun Hwa?”, les preguntó.

»Y entonces las gemelas se excitaron mucho, pues recordaron los nombres escritos en el dorso de una vieja foto, la de un hombre y una mujer jóvenes a los que todavía honraban como sus primeros padres queridos, que murieron y se transformaron en espíritus que vagaban por la tierra buscándolas.

\* \* \*

En el aeropuerto estoy agotada. Anoche no pude dormir. Aiyi me siguió a mi dormitorio a las tres de la madrugada y se quedó dormida al instante en una de las camas gemelas, roncando como un leñador. Permanecí despierta pensando en mi madre, consciente de lo poco que he sabido de ella, apesadumbrada porque mis hermanas y yo la hemos perdido.

Y ahora, en el aeropuerto, tras estrecharle la mano a todos y despedirme de ellos, pienso en las diferentes formas en que nos separamos de la gente en este mundo. Saludando alegremente a unos en las terminales, sabedores de que nunca volveremos a vernos. Dejando a otros en la cuneta de la carretera con la confianza de un futuro reencuentro. Descubriendo a mi madre en el relato de mi padre y despidiéndome de ella sin tener la oportunidad de conocerla mejor.

Aiyi me sonrío mientras esperamos que nos avisen para embarcar. ¡Qué anciana es! Deslizo un brazo sobre sus hombros mientras rodeo a Lili con el otro. Casi parecen las dos del mismo tamaño. Llega la hora de partir. Cuando nos decimos adiós una vez más, tengo la sensación de que voy de un funeral a otro. De mi mano penden dos billetes para Shanghai. En un par de horas estaremos allí.

El avión despegá. Cierro los ojos. ¿Cómo podré hablarles de mi madre en mi chino deplorable? ¿Por dónde empezaré?

—Despierta, hemos llegado —me dice mi padre.

Al despertarme siento el pulso desbocado en mi garganta. Miro a través de la ventanilla y veo que el avión ya rueda por la pista de aterrizaje. El ambiente exterior es gris.

Y ahora bajo por la escalerilla de la terminal, recorro un trecho alquitranado y entro en la terminal. Ojalá, me digo, ojalá ella hubiera vivido lo suficiente para ser quien va al encuentro de mis hermanas. Estoy tan nerviosa que ni siquiera siento mis pies. Me muevo sin saber cómo.

—¡Ahí está! —grita alguien.

Y entonces la veo. El cabello corto, el cuerpo menudo y esa misma expresión en el rostro. Se aprieta la boca con el dorso de la mano. Está llorando, como si hubiera vivido una terrible experiencia cuyo final la hiciera feliz.

No, no es como mi madre, pero tiene la misma expresión que ella cuando yo contaba cinco años y una tarde desaparecí durante tanto tiempo que se convenció de que había muerto. Cuando aparecí milagrosamente, con los ojos somnolientos, saliendo de debajo de mi cama, lloró y rió y se mordió el dorso de la mano para asegurarse de que era cierto.

Ahora la veo de nuevo, las veo a las dos agitando las manos y mostrando una foto, la Polaroid que les envié. En cuanto entro en la terminal, corro a su encuentro, ellas vienen hacia mí y nos abrazamos, los titubeos y las expectativas olvidados por completo.

—Mamá, mamá —murmuramos, como si ella estuviera entre nosotras.

Mis hermanas me miran con orgullo.

—*Meimei jandale* —le dice una a la otra—. La hermana pequeña se ha hecho mayor.

Vuelvo a mirarles el rostro y no distingo ningún rasgo de mi madre. Sin embargo, siguen pareciéndome familiares. Y me doy cuenta de cuál es mi parte china. Es algo tan evidente... algo que está en la familia, en la sangre, algo que por fin puedo liberar.

Mis hermanas y yo estamos abrazadas, riéndonos y enjugándonos mutuamente las lágrimas. Mi padre dispara la Polaroid y nos ofrece la instantánea. Mis hermanas y yo contemplamos el papel en silencio, ansiosas por ver lo que aparece.

La superficie gris verdosa se troca en los brillantes colores de nuestras tres imágenes, nítidos e intensos, tras unos pocos segundos. Y aunque no hablamos, sé lo que vemos las tres: juntas nos parecemos a nuestra madre. Sus mismos ojos, su misma boca, abierta por la sorpresa de ver al fin hecho realidad su sueño largamente acariciado.



AMY TAN nació el 19 de febrero de 1952 en la ciudad californiana de Oakland, hija de un matrimonio chino emigrado a los Estados Unidos. Sus orígenes familiares serían base para su obra literaria, la cual rebota en el contraste cultural, el choque generacional, el destino, la creencia, la memoria, las relaciones materno-filiales o la identidad cultural. Estudió lingüística en la San Jose State University y debutó como escritora con éxito a finales de los años 80 con *El club de la buena estrella* (1989), novela llevada al cine por Wayne Wang. Más tarde publicaría *La esposa del Dios del Fuego* (1991). En 1995 escribe *Los cien sentidos secretos*. En 2001 publica *La hija del curandero* y *Un lugar llamado nada* en 2005. Su obra más reciente es *El valle del asombro*, publicado en 2013.

# Notas

[1] Medida lineal china, equivalente a unos 540 metros. (*N. del T.*) <<

[2] En inglés: *faith*, fe y *fate*, destino. (N. del T.) <<

[3] En inglés: *chicken*, pollo, y *chicken pox*, varicela. (N. del T.) <<

[4] En inglés: «*For Your Information*». y «*Forever You & I*». (N. del T.) <<

[5] En inglés *monkey business*, literalmente «ocupación de mono», que significa trampas, malas mañas. (N. del T.) <<

[6] En inglés *rich*, rico. (N. del T.) <<

[7] Confusión debida a las distintas acepciones de *save*, entre ellas «salvar» y «ahorrar». (N. del T.) <<

[8] En inglés, «gana toneladas». (*N. del T.*) <<

[9] En inglés, «gana cientos». (*N. del T.*) <<